

E.L.
DOCTOROW
— LA GRAN MARCHA —



• Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2007
Premio PEN/Faulkner 2006

Lectulandia

La historia de un líder carismático y su camino hacia las arcas de la Historia. En 1861 estalló en Estados Unidos la Guerra de Secesión, que enfrentó a los estados del Sur, confederados, con los del Norte, unionistas. Tres años después, tras quemar Atlanta, el general unionista Sherman inició la marcha hacia el mar. Un ejército de 60.000 soldados, seguidos por una multitud de esclavos negros liberados, atravesó el estado de Georgia hasta las Carolinas. Esclavistas, sirvientes, prisioneros y advenedizos se sumaron a la travesía; todo un mundo flotante caminando hacia el futuro, hacia la libertad.

Lectulandia

E. L. Doctorow

La gran marcha

ePub r1.1

Titivillus 04.10.15

Título original: *The March*
E. L. Doctorow, 2005
Traducción: Isabel Ferrer y Carlos Milla

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Georgia

I

A las cinco de la mañana, golpes en la puerta y griterío, su marido, John, fusil en mano tras levantarse de un brinco de la cama, y al mismo tiempo el eco de los pasos de Roscoe que, sobresaltado, corría descalzo desde la parte de atrás de la casa: Mattie se apresuró a ponerse la bata, predispuesto el ánimo a la alarma de la guerra pero con el corazón en un puño porque al final había llegado, y bajó desalada por la escalera para ver a través de la puerta abierta, a la luz de la farola, los dos caballos frente a la escalinata del atrio, los ijares vaheantes, las cabezas en alto, los ojos desorbitados, y el cochero, un negro joven de hombros caídos, exhibiendo una paciencia imperturbable aun en tales circunstancias, y la mujer que estaba de pie en el carruaje, no otra que su tía Letitia Pettibone de McDonough, su anciano rostro transido por la angustia, el pelo desgreñado, una mujer por lo común tan atildada, una matrona que era prácticamente dueña y señora de la vida social de Atlanta, ahora de pie en el coche como una parca del destino, en lo que en efecto se iba a convertir. El carruaje estaba lleno a rebosar de maletas y hatillos, y mientras ella permanecía allí de pie, parte de la plata cayó al suelo, cuchillos, tenedores, un candelabro, reflejándose en el estrépito los exiguos destellos de la antorcha que sostenía Roscoe. Al echar a correr escalinata abajo, ciñéndose aún la bata, Mattie pensó tontamente, como consideró más tarde, sólo en la vergüenza que aquello representaba para esa mujer, por quien sentía más respeto que afecto, y recogió y estrechó contra sí la pesada plata, como si la tarea no correspondiese a Roscoe, ni a su marido, John Jameson.

Letitia rehusó bajar del carruaje; no había tiempo, dijo. Era una mujer muy asustada, indiferente al estado de los caballos, como vio John, que enseguida dio orden de que trajeran cubos, mientras la mujer gritaba: Marchaos, marchaos, coged lo que podáis y salid de aquí, y pareció montar en cólera al ver que ellos se limitaban a escuchar, al mismo tiempo que, con el alba, unos cuantos peones aparecían por un lado de la casa, como si cobraran vida con la primera luz del día. ¡Y yo lo conozco!, anunció ella a gritos. Ha cenado en mi casa. Ha vivido entre nosotros. Está quemando los lugares adónde fue a comer, está incendiando la ciudad en cuyos clubes brindó. ¡Ah, sí, un hombre bien educado, o eso pensábamos, aunque a mí nunca me impresionó! No, nunca me impresionó; era demasiado embarullador, falto de conversación, y desaliñado en el vestir, descuidado en el arreglo personal, y aun así, lo consideraba bastante civilizado por su escaso talento para disimular o fingir lo que no sentía. Y qué amarga hiel me sube a la garganta por haber creído que era un hombre de su casa, que sin duda quería a su mujer y sus hijos, y ahora resulta que no es más que un salvaje sin un ápice de compasión en ese corazón frío.

Tanto despotricaba que no era fácil obtener información de sus palabras. John, sin intentarlo siquiera, empezó a dar órdenes y volvió corriendo a la casa. Fue ella,

Mattie, quien escuchó. La histeria de su tía, expresada paradójicamente en términos de tertulia de salón, reclamó su atención de manera perentoria. Por un momento se olvidó incluso de sus hijos, en el piso de arriba.

Ya vienen, Mattie, ya marchan hacia aquí. Es un ejército de perros salvajes bajo el mando de ese apóstata, ese canalla repugnante, ese demonio que primero se beberá tu té y saludará con una reverencia y luego te lo arrebatará todo.

Y a continuación, una vez transmitido el mensaje, su tía volvió a desplomarse en el asiento y dio orden de partir. Mattie no consiguió enterarse de adónde se dirigía Letitia Pettibone. Como tampoco supo, de hecho, cuánto tiempo faltaba para que aquel azote llegara a su puerta. No es que dudase de la palabra de esa mujer. Miró el cielo, que se iluminaba lentamente, camino ya del comienzo gris del día. Sólo oyó el canto del gallo y luego, cuando se volvió, de pronto enfadada, los cuchicheos de los esclavos reunidos en la esquina de la casa. Y después, cuando el tiro se alejó, arrastrando el carruaje por el camino de gravilla, Mattie se dio media vuelta y, recogiendo el dobladillo de la bata, subió por los peldaños, donde vio a aquella niña insufrible, Pearl, tan insolente como siempre, de pie, con los brazos cruzados, apoyada contra la columna, como si la plantación fuera suya.

A John Jameson no lo cogieron desprevenido. Ya en septiembre, cuando llegó la noticia de que Hood se había retirado y los ejércitos de la Unión habían tomado Atlanta, sentó a Mattie y le explicó qué debía hacerse. Enrollaron las alfombras, descolgaron los cuadros de las paredes, y en cuanto a lo demás, las sillas de tapicería bordada —todo lo que ella valoraba, le dijo—, las telas inglesas, la porcelana, hasta la Biblia de la familia, tenían que embalarlo todo y llevarlo en carro a Milledgeville y allí meterlo en un tren con rumbo a Savannah, donde el representante algodónero de John estaba dispuesto a guardarlo en su almacén. Mi piano no, había dicho ella, eso se quedará aquí. Se pudriría con la humedad de aquel lugar. Como quieras, había dicho John, puesto que de todos modos carecía de sensibilidad para la música.

Mattie quedó consternada al ver su casa tan vacía. Por las ventanas desnudas penetraba el sol, iluminando el suelo como si su vida diera marcha atrás y volviera a ser una joven novia en la mansión recién construida y sin muebles, con un marido que le doblaba la edad y la intimidaba un poco. Se preguntaba cómo sabía él que la guerra los afectaría directamente. De hecho, no lo sabía, pero, como hombre de éxito que era, creía tener razones para suponerse más listo que la mayoría de la gente. Tenía mucha presencia, con su pecho ancho y su gran cabeza cubierta de una mata de pelo cano y despeinado. No me discutas, Mattie. Perdieron a veinte o treinta mil hombres al tomar esa ciudad. Va a armarse la de Dios es Cristo. Si fueras general con un loco por Presidente, ¿te quedarías de brazos cruzados? ¿Adónde, pues? ¿A Augusta? ¿A Macon? ¿Y por dónde pasará, si no por estos montes? Y no esperes que eso que se hace llamar ejército rebelde haga algo. Pero si me equivoco, y Dios lo quiera, ¿qué pierdo? Dime.

Mattie no estaba autorizada a disentir sobre estos asuntos. Sintió una consternación aún mayor y calló cuando, en plena cosecha, John dispuso la venta de una docena de sus mejores esclavos. Los mandaron a todos a un negrero de Columbia, en Carolina del Sur. Cuando llegó el día y, engrilletados, los subieron al carromato, Mattie tuvo que correr escalera arriba y taparse los oídos para no oír el llanto de las familias en las chozas. John se limitó a decir: Ninguno de mis negros llevará el uniforme federal, eso te lo aseguro.

Pero Mattie, pese a las advertencias y preparativos de John, no podía creer que había llegado el momento de marcharse de Fieldstone. Le flojearon las piernas a causa del miedo. No imaginaba la vida más que en su propio hogar, con sus propias cosas, y el mundo georgiano organizado para proporcionarles a ella y a su familia todo cuanto requería su posición. Y aunque la tía Letitia se había ido, les había contagiado su pánico. Pese a tanta previsión, John corría de un lado a otro, enrojecido, vociferando y dando órdenes. Los chicos, sacados de la cama y todavía a medio vestir, bajaron por la escalera con sus fusiles y salieron a toda prisa por la puerta de atrás.

Mattie fue a su habitación y se quedó inmóvil, sin saber por dónde empezar. Se oyó gimotear a sí misma. De algún modo consiguió vestirse y cogió lo que pudo de su armario y su cuarto de baño y lo echó todo en dos baúles de viaje. Oyó un disparo y, al mirar por la ventana de atrás, vio a una de las mulas doblar las rodillas y caer. Roscoe sacaba otra de la cuadra, mientras el primogénito de Mattie, John hijo, cebaba su fusil. Poco después, cuando parecían haber transcurrido sólo unos minutos y el sol asomaba apenas por encima de las copas de los árboles, los carruajes esperaban ya ante la puerta. ¿Dónde iban a sentarse? Los dos carruajes estaban cargados de equipaje y cestos de comida y sacos de azúcar y harina. Y la brisa matutina arrastraba hacia allí el humo desde las chozas, donde John había prendido fuego al forraje. Y Mattie tuvo la sensación de que era su propia vida tiznada de hollín la que se elevaba hacia el cielo.

Cuando los Jameson se marcharon, Pearl permaneció en el camino de gravilla todavía con su morral. El amo tan sólo le había lanzado una mirada antes de azotar a los caballos. Roscoe, llevando las riendas del segundo carruaje, había pasado frente a ella y, sin mirar, había tirado a sus pies algo envuelto en un pañuelo atado. Ella no hizo ademán de cogerlo. Aguardó en la paz y el silencio posteriores a la marcha de todos ellos. Sintió la brisa fresca en las piernas. Después el aire se detuvo y se volvió más cálido y, tras unos segundos en que la tierra pareció contener el aliento, el sol matutino se extendió en un abrir y cerrar de ojos por la plantación.

Sólo entonces recogió lo que había tirado Roscoe. Enseguida supo qué contenía la tela: las mismas dos monedas de oro que él le había mostrado una vez cuando era niña. Los ahorros de toda una vida. Son de verdad, señorita Pearl, había dicho. Muérdalas y verá como son de verdad. ¿Ve las águilas? Si consigue un buen montón

de éstas, volará tan alto como las águilas, muy alto, lejos de la tierra: eso quieren decir las águilas de estas monedas.

Pearl sintió arder las lágrimas en la garganta. Dio la vuelta a la gran casa y pasó ante las dependencias y el ahumadero y las mulas muertas, ante las viviendas de los esclavos, donde éstos cantaban y reunían sus cosas, y recorrió el sendero del bosque en dirección hacia el pedazo de tierra que, con el permiso del amo, usaban como cementerio.

Había ya seis tumbas en ese claro húmedo, cada una señalada con un tablón y el nombre de la persona marcado en la madera. Los túmulos más antiguos, como el de su madre, estaban cubiertos de musgo. Pearl se agachó y leyó el nombre en voz alta: Nancy Wilkins. Mamá, dijo. Soy libre. Tú me lo dijiste: Hija mía, mi querida Pearl, serás libre. Ahora ellos se han ido y ya lo soy. Libre, libre como nadie en el mundo. Así de libre. ¿Se dignó el amo a mirar a su hija verdadera? Ajá. Como que tengo sus ojos de caléndula y sus pómulos salidos y me parezco más a él que esos enclenques que hizo la señora su mujer, los hermanos primero y segundo. Yo, de piel tan blanca como un clavel.

Pearl cayó de rodillas y juntó las manos. Jesús, mi Dios, susurró, haz un hueco a tu lado para esta buena mujer. Y a mí, a tu Pearl, enséñame a ser libre.

Lentamente, los esclavos, con sus enseres en bolsas de tela o en fardos, se encaminaron hacia la casa principal y se dispusieron ante la fachada bajo los cipreses. Contemplaban el cielo como si de allí fuese a llegar lo que les habían anunciado. Vestían la ropa de los domingos. Había siete adultos —dos hombres, el anciano Jake Early y Jubal Samuels, que era tuerto, y cinco mujeres, incluida la abuela, ya vieja, a quien le costaba caminar— y tres niños pequeños. Los niños estaban anormalmente callados. Sin alejarse, hacían ramilletes con hierbajos o hundían piedras y guijarros en la tierra.

Jake Early no tuvo que recomendar paciencia. El miedo que todos ellos habían visto en los ojos de los amos al huir les reveló que había llegado la liberación. Pero no había ni una nube en el cielo, y al salir el sol todos se acomodaron y algunos incluso dieron una cabezada, cosa que Jake Early lamentó, pues pensaba que cuando llegaran los soldados de la Unión no debían encontrar a negros ociosos, sino elegantemente ataviados como un comité de bienvenida de hombres y mujeres libres.

Él, inmóvil en medio de la carretera con su bastón, escuchó atentamente. Durante un largo rato no percibió más sonido que el ligero movimiento del aire, como un susurro en el oído o el murmullo del bosque. Pero de pronto sí oyó algo. ¿O no? No era exactamente un ruido, era más bien la sensación de algo transformado en sus propias expectativas. Y de pronto, casi como si lo que sostenía en la mano fuese la vara de un zahorí, su bastón señaló el cielo hacia el oeste. Los demás, al verlo, se pusieron en pie y se apartaron de los árboles: lo que avistaron a lo lejos era humo procedente de distintos puntos del paisaje, primero aquí, luego allá. Pero en medio de

todo eso se produjo un cambio de color en el cielo, que gradualmente adoptó la nítida forma de una nube marrón que se elevaba desde la tierra, como si el mundo estuviera del revés.

Y mientras miraban, la nube marrón adquirió un matiz rojizo. Avanzó, fina como la hoja de un hacha por delante, ensanchándose después como el surco del arado. Se desplazaba a través del cielo al sur de donde ellos estaban. Cuando les llegó el ruido de esa nube, no se parecía a nada que hubiesen oído en su vida. No era una temible obra de Dios, como el trueno, el rayo o el viento huracanado, sino que lo sentían en los pies, una resonancia, como si la tierra zumbara. A continuación, transportado por una ráfaga de viento, el ruido se convirtió a rachas en rítmicos pasos que, para alivio de ellos, se revelaron como la razón humana de la gran nube de polvo. Y luego, en la periferia de ese ruido de tierra pisoteada, oyeron, por fin, el vocerío de hombres vivos. Y los mugidos del ganado. Y los chirridos de las ruedas. Pero no vieron nada. Involuntariamente, bajaron hacia la carretera, pero siguieron sin ver nada. Aquel clamor sinfónico lo invadía todo, llenando el cielo igual que la nube de polvo rojo que pasaba como una flecha por el sur y empañaba el cielo, era la gran procesión de los ejércitos de la Unión, pero sin más sustancia que un ejército de fantasmas.

En su partida de aprovisionamiento, Clarke llevaba dos carromatos, una recua de tres mulas de reserva y veinte hombres a caballo. Las órdenes especificaban no menos de cincuenta hombres. Estaba a varios kilómetros de la columna, así que, cuando llegaron a la plantación, decidió actuar deprisa.

Al entrar en la finca, vio de inmediato a los esclavos allí de pie, sin concederles mayor atención. Meneó la cabeza. A su lado, en el suelo, tenían los viejos estuches agrietados de los tambores y hatos de algodón con sus pertenencias. Apostó a los piquetes de vigilancia y puso a sus hombres a trabajar. En el patio detrás de las dependencias, el forraje era una pila humeante y las pavesas negras flotaban en la brisa. Había tres mulas muertas; les habían volado la cabeza. Tenía órdenes de responder a los actos de rebeldía en consonancia.

Su determinación no flaqueó cuando los hombres salieron de la vaquería con sacos de azúcar, maíz y arroz a los hombros. En el ahumadero, los estantes se combaban bajo el peso de los tarros de miel y sorgo. Colgadas de ganchos, estaban las hojas de tocino y los jamones curados que el amo no había tenido tiempo de llevarse. Y uno de los pesebres contenía al menos cien kilos de boniatos.

Los hombres trabajaron afanosamente. Sacrificaron a los cerdos, pero de algún modo, por incompetencia de alguien, las gallinas escaparon del corral. A raíz de eso se armó un gran revuelo, suficiente para que los niños negros se acercaran corriendo. Se desternillaron de risa y dieron brincos de alborozo mientras los soldados perseguían a las gallinas, con su estridente cacareo, e intentaban atar las patas de las ocas, que no dejaban de graznar. Todo el mundo se lo pasa en grande, pensó Clarke. Una guerra divertida, ésta.

Era uno de los pocos militares del Este en el Ejército del Tennessee. Como tal, no era tan tratable ni, en su opinión, tan provinciano como la mayoría de los hombres. Incluso los oficiales de bajo rango sabían apenas leer y escribir. Clarke, destinado en la Casa Blanca, había llevado una carta del Presidente al Estado Mayor del general Sherman en Allatoona. Llegó en plena batalla. Después, el general simplemente le ordenó que se quedara. Cabía suponer que habían mandado un telegrama a Washington; aun así, fue todo muy poco ceremonioso, y para Clarke un tanto humillante que su destino se decidiese tan a la ligera.

Ahora le preocupaba otra cosa. ¿Dónde estaba el ganado? Fue a la parte delantera de la casa y habló con el negro de pelo cano que dijo llamarse Jacob Early. Guiado por Early, dejó atrás las viviendas de los esclavos, se adentró en un bosque, pasó por un pequeño cementerio y luego siguió cuesta abajo, donde el terreno se encharcaba. Tras un cañaveral se extendía una ciénaga donde el amo había planeado ahogar las vacas. Todavía quedaban cinco inmersas en cieno hasta la cruz, impasibles, sin quejarse. Una ternera había sucumbido y flotaba a medias, asomando sólo las ancas por encima del agua. Para sacarlas, se requirió el esfuerzo de varios hombres provistos de cuerdas que tiraron de ellas. Y se requirió tiempo. Sacrificaron a la ternera. A las vacas las llevaron a los carromatos y las ataron para que los siguieran al trote.

Con tales expolios, podía darse el día por concluido y bien aprovechado, pero pasaba ya de la hora meridiana. Por propia iniciativa, los hombres empezaron a explorar la casa y ver qué encontraban para su esparcimiento. Aunque impaciente por ponerse en marcha, Clarke sabía que no convenía contrariarlos. Ése era un ejemplo de órdenes tácitas emanadas de la tropa. No era algo que él pudiera explicar de manera coherente en una carta a su casa. En la gran masa de hombres que constituía un ejército, circulaban extrañas corrientes de terquedad y expresión personal dentro de la estructura de la disciplina militar. Los mejores oficiales sabían cuándo debían hacer la vista gorda. Incluso los generales daban órdenes sólo por cubrir el expediente. Para Clarke, todo eso era inquietante. Le gustaba el orden. La disciplina. Él mismo iba siempre aseado y bien afeitado. El uniforme cepillado. La mochila con cada cosa en su sitio. El papel de carta envuelto en hule. Pero el aprovisionamiento era una misión temeraria, y atraía a espíritus libres. A su tropa de vagabundos le gustaba la independencia. Les gustaba lucrarse, y podían hacerlo con impunidad, porque los expolios eran cruciales para el éxito de un ejército concebido por el general Sherman para vivir de la tierra, ligero de carga.

Una claraboya abovedada iluminaba el suelo de madera melada del vestíbulo. Una escalera curva muy elegante, con balaustres abocinados, conducía al rellano de la segunda planta. A media escalera había una ventana con una vidriera de colores. Como bostoniano, Clarke no salía de su asombro ante el esplendor de aquellas

mansiones erigidas entre los campos en el Sur rural. Tal era la riqueza obtenida de la explotación de los esclavos que no le extrañaba que aquella gente luchara hasta la muerte.

En el comedor, los soldados Henry y Gullison habían encontrado en el aparador una bandeja con licoreras de cristal tallado llenas de *bourbon*. Se reunieron con los demás alrededor del piano en el salón, y cuando Clarke oyó los primeros acordes, se preguntó qué táctica podía emplear para sacar de allí a sus hombres. El pianista era el soldado Toller. Sus manos regordetas se deslizaban sobre el teclado con un dominio sorprendente. Clarke no había atribuido a Pudge Toller más aptitudes que su capacidad para comer y beber.

El sargento Malone ofreció puros de un humidor. Los hombres cantaron:

*Justo antes de la batalla, madre,
bebía yo el rocío de la montaña.
Cuando vi marchar a los rebeldes,
huí corriendo a la retaguardia.*

Clarke aceptó un puro y dejó que el sargento Malone le acercara una cerilla. Luego subió por la majestuosa escalera y, habitación tras habitación, destripó tapicerías y colchones y, con la empuñadura de la espada, hizo añicos ventanas y espejos. El estrépito tuvo su efecto, ya que, minutos después, varios hombres estaban arriba con él, destrozando los muebles a hachazos, arrancando las cortinas y rociándolo todo de queroseno.

Había un desván, y cuando Clarke subió, quedó atónito al encontrar allí a una chiquilla —una muchacha, con las piernas desnudas— de pie delante de un espejo, envolviéndose los hombros con un hermoso chal rojo bordado en oro, tan tranquila como si no estuvieran destruyendo la casa debajo de ella. Hasta que ella alzó la vista y le devolvió la mirada en el espejo, Clarke no se dio cuenta de que era una negra blanca, blanca como el chocolate blanco. Con la barbilla en alto, lo observó como si fuera la señora de la casa. No tendría más de doce o trece años, y aunque iba descalza y llevaba un sencillo vestido hasta las rodillas, con el chal ofrecía el aspecto de una joven de porte regio. Antes de que Clarke pudiera despegar los labios, ella pasó junto a él como una flecha y descendió por la escalera. Él alcanzó a ver unas pantorrillas blancas y suaves, con el chal flotando tras ella.

No tuvo más remedio que permitir a los negros encontrar hueco para ellos y sus pertenencias en los carromatos, sentados entre los expolios o junto a los cocheros. Habían conseguido una carreta tirada por un poni para la anciana abuela. Su alborozo entristeció a Clarke. No eran aptos para el reclutamiento. Eran un estorbo. No podían proporcionarles alimento ni cobijo. Cerca de un millar de negros seguían ya al ejército. Habría que mandarlos de vuelta, pero ¿adónde? No dejamos a nuestro paso

un nuevo gobierno civil. Quemamos los campos y seguimos adelante. Tan probable es que vuelvan a capturarlos como que no; o que les ocurra algo peor, con la guerrilla pisándonos los talones.

Los hombres habían lanzado las antorchas por las ventanas, y se elevaba ya el primer humo desde el tejado y asomaban lenguas de fuego por el revestimiento exterior. Clarke pensó: Estamos prendiendo fuego al medio de vida de los negros. Pero todos, alegres, charlaban y reían. El sargento Malone lucía la chistera y el chaqué del amo encima del uniforme. Habían encontrado unos sombreros viejos de la milicia colonial para los niños esclavos. El soldado Toller se había puesto un vestido de volantes, y todos y cada uno de los hombres, incluidos los dos negros viejos, fumaban puros. Dios mío, ¿al mando de qué estoy?, preguntó Clarke, sin dirigirse a nadie en concreto. Dio la señal de avanzar. Restallaron los látigos, giraron las ruedas, y los caballos, azuzados, iniciaron el trote. Clarke, ya en marcha, vio con el rabillo del ojo a la niña negra blanca. Se había mantenido aparte, sin unirse a los demás en los carromatos, y ahora allí estaba, descalza, con el magnífico chal rojo y dorado al cuello, viendo cómo se alejaban. Después Clarke se preguntaría por qué no le había parecido ridículo que ella requiriese una invitación especial. Tras revolver el caballo, regresó a medio galope, se agachó y la cogió de la mano. Usted vendrá conmigo, señorita, dijo, y al instante la niña iba detrás de él en la silla de montar, firmemente sujeta a su cintura con los brazos. En ese momento él no entendió lo que sentía, salvo que las pesadas responsabilidades de su cargo de pronto se habían aligerado. Notó el calor y la presión de los brazos de la niña. Ella apoyó la mejilla en su hombro y al rato las lágrimas de ella le traspasaron la guerrera.

Y así, a última hora de la tarde de un noviembre todavía templado, partieron, negros y blancos, hacia la columna de polvo iluminada por el sol que avanzaba hacia el sudeste en el cielo de Georgia.

II

Al principio, el chico, Will, se negaba a comer. Lo habían traído flaco como una escoba, sin carne en la cara huesuda, un par de ojos en un palo que, agarrado a los barrotes, mantenía la mirada fija en el lado opuesto del pasillo. Arly, en la celda de enfrente, dijo: Come, hijo. Que tengan intención de matarte no significa que tú debas hacer el trabajo por ellos.

Arly siguió con la cháchara, tomándosela como un tónico. ¿Y si nos indultan?, preguntó. De poco va a servirte si estás tan débil que no puedes salir por la puerta. ¿Qué hago yo? Pues me como su tocino agusanado y sus judías y, educadamente, doy las gracias por los exquisitos manjares al sargento Baumgartner, el celador, que está al final del pasillo, aunque de hecho esté sordo como una tapia. ¿Cuál ha sido tu afrenta, joven Will? Cuéntame.

Deserción, susurró el chico. Es que necesitaba volver a casa.

Vaya, no sabía que eso se castigara con la pena capital. Son tantos los chicos que abandonan esta guerra que el Estado Mayor, supongo, necesita hacer un escarmiento. Pues a mí me pillaron dormido durante una guardia. Pero podría ser peor. ¿Sabes John, el violador, que estuvo aquí hasta la semana pasada? A ése lo ahorcaron, pero fue por un delito civil. A ti y a mí, como somos soldados y hemos incurrido en falta según tal o cual legalismo militar, sólo nos pondrán ante un pelotón de fusilamiento.

El chico no sonrió, sino que fue a su camastro y se tumbó de espaldas con las manos detrás de la cabeza.

Pero tú no te preocupes, continuó Arly, porque el general Hood, bueno, a ése le gusta que marche una compañía por delante y otra compañía por detrás, y que estén todos en posición de firmes con sus galas y las banderas ondeando y los tamborileros tamborileando y quienquiera que haya de morir sentado en el borde de su ataúd para que caiga dentro cuando el pelotón de fusilamiento apriete el gatillo. Pero como han enviado a todo hijo de vecino a los reductos de Atlanta, no quedan soldados suficientes en Milledgeville para organizar un fusilamiento digno. Hay cadetes de la Academia Militar en esta misma calle, pero cabezas más sabias debieron de pensar que, como son unos chiquillos, no es trabajo adecuado para ellos. ¿Estás a favor de la religión, Will?

Nunca he obrado conforme a ella.

Pues te diré cómo lo veo yo. Dios ha levantado la mano para darnos un respiro. Es posible que tenga pensado algo más para nosotros. En este tiempo del que disponemos, deberíamos intentar saber qué es, ya que él no hace obras de caridad porque sí.

Las cálidas temperaturas de noviembre descendieron bruscamente, y los dos hombres se envolvían con sus mantas día y noche. Las ventanas de las celdas eran

sólo un hueco en el muro. Cuando llovía, las paredes se humedecían, y luego, cuando despejaba y arreciaba el frío, una capa de hielo cubría la piedra. Los barrotes no podían tocarse de tan fríos. El presidio de Milledgeville era mohoso y frío como una cripta.

Sargento Baumgartner, gritó Arly, tiene usted ese brasero a los pies. ¿Por qué no lo acerca, y se acerca usted también, para que no muramos congelados antes de que nos fusilen?

El celador guardó silencio. Era un hombre gordo y se oía su resuello cada vez que tomaba aire.

Sargento Baumgartner, gritó Arly, auguro que llegará el día en que abrirá usted estas puertas y nos dejará en libertad.

Baumgartner suspiró. Soy demasiado viejo para el combate, dijo, así que mi misión es sentarme aquí con hombres como tú. Si eso no se merece una medalla, que venga Dios y lo vea.

Como siempre, estaban en pie antes del amanecer, dando saltos para hacer circular la sangre y andando en un movimiento estático con las rodillas muy levantadas. Will había observado a Arly hacerlo, y lo convirtió en su propio régimen de ejercicio. Pero esa mañana, al rayar el alba, además del frío en los huesos y la visión de su propio vaho, sucedía algo más. Oyeron el bullicio de voces exaltadas y ruedas de carruajes. Will se acercó a su ventana y se puso de puntillas para mirar entre los barrotes. Desde allí se veía toda la ladera del monte.

¿Qué pasa?, preguntó Arly.

Un carruaje tras otro. Como un desfile, contestó Will. Están arreando a los caballos.

¡Por Dios, entonces ha llegado!

Por encima de todo ese clamor, Will oyó algo en el cielo: no tanto el viento como una presión en el aire, como si el cielo se comprimiera, y eso acompañado de un murmullo, o quizá un olor, como lo que se huele a veces tras un relámpago. Percibió la pesadez de una tormenta inminente, aunque conforme salía el sol, el cielo adquiriría un color azul frío y, por lo que él veía, no se avecinaba ninguna tormenta.

Dentro del presidio se había armado alboroto. Ellos estaban en el último piso y les llegaba el griterío de los pisos de abajo. Los presos habían empezado a repiquetear en los barrotes con las tazas de hojalata. Sonaron silbatos.

Arly tenía una amplia sonrisa: Más vale que recojas tus cosas, joven Will. Vamos a abandonar nuestro querido hogar.

El sargento Baumgartner, alarmado por el jaleo, se había puesto en pie y estaba frente a la puerta de roble, con el mosquete listo.

Oiga, señor Baumgartner, gritó Arly, tenga usted cuidado con eso, no vaya a hacerse daño.

Como si le diera la razón, el pobre hombre volvió a sentarse para contener el

aliento.

Oyeron pasos en los suelos de piedra, el ruido metálico de las puertas de las celdas. Por un momento Will temió que, al estar en su pequeña aguilera, demasiado lejos de todo, los pasaran por alto. Pero de pronto aporrearon la puerta. Baumgartner, con un susto de muerte, se las vio y se las deseó para encontrar la llave.

Arly y Will se encontraron fuera de las celdas y se dieron la mano por primera vez en su amistad. Se unieron al desfile de reclusos que bajaba por la escalera de hierro y salieron al patio de la cárcel bajo el sol frío, entre quizá otros ciento cincuenta presos, también ellos calzados con zapatos sin cordones y envueltos en mantas.

Se quedaron allí tiritando. Ésta no es la imagen más hermosa del mundo, dijo Arly, contemplando los rostros barbudos y consumidos y los hombros encorvados bajo las mantas y los guardias y las paredes grises de piedra y la tierra dura y apisonada bajo sus pies. Pero ha sido creada por Dios, Will, amigo mío; es su misteriosa obra sin lugar a dudas.

Un oficial de alto rango, elegantemente vestido de gris, entró en el patio escoltado por un teniente y cuatro soldados rasos con fusiles. Por la pluma en el sombrero y la faja granate en torno al vientre, saltaba a la vista que era importante. Lo ayudaron a subirse a un podio improvisado. Los reclusos cruzaron murmullos al ver las charreteras. Esperó a que callaran; luego ahuecó las manos alrededor de la boca. Soy el comandante general Nathaniel Wayne, dijo. Con el consentimiento del gobernador Brown, estoy autorizado a dar por cumplida vuestra condena, la de todos y cada uno de vosotros, siempre y cuando aceptéis el alistamiento en la milicia y juréis defender nuestro gran estado de Georgia bajo mi mando.

Detrás de él, unos guardias habían sacado una mesa y una silla.

Tenéis tres minutos. Os daré tres minutos para levantar la mano derecha en señal de que estáis dispuestos a jurar y ser reclutados, con todos los derechos y privilegios que conlleva este servicio. De lo contrario, ya podéis volver a vuestras jaulas y quedaros allí hasta que el infierno se congele.

Al oírlo, se armó un revuelo. Algunos reclusos estaban a favor, y algunos, a punto de salir en libertad condicional, en contra. Arly meneó la cabeza. Era un debate como los de las sesiones en una asamblea legislativa. Un delincuente gritó: ¡Prefiero pudrirme aquí a que me vuelen las pelotas!

Todos hablaban a la vez. Estos hombres no son tontos, dijo Arly. Atlanta ha sido incendiada y la guerra viene hacia aquí. Si la milicia está tan necesitada de hombres como para poner armas en manos de delincuentes comunes, ¿sabes cuántas posibilidades tenemos de salir vivos de ésta?

¿Ni media?, contestó Will.

Pues más o menos. No sé tú, Willie, dijo Arly, levantando la mano bien alto. Pero a mí tanto me da cómo me maten.

Al cabo de unas horas, convertidos ya en milicianos, se encontraban en el contingente desplegado para defender un puente de madera que atravesaba el río Oconee, a unos veinticinco kilómetros de la ciudad. Estaban acuclillados en el barrizal de la orilla este, bajo el musgo que colgaba de las ramas. Tenían mosquetes y cartucheras, galletas secas en los bolsillos, zapatos sin calcetines y guerreras raídas y manchadas de sangre, abrochadas encima de los uniformes de presidiarios. Llevaban las mantas a modo de capa. Hacía tanto frío que cuando pisaban el barro, sus zapatos dejaban una huella rota en la fina lámina de hielo.

El tren que los había trasladado hasta allí permanecía en la vía detrás de ellos, con un cañón de campaña montado en un vagón de plataforma. En la ribera occidental, los chicos de la Academia Militar de Georgia, a quienes se había concedido el honor de resistir el grueso de un ataque, se hallaban atrincherados detrás de defensas improvisadas en el suelo del bosque.

Pensaba que nos apostarían en la ciudad para proteger allí a las mujeres y los niños, dijo Arly, pero, por lo que se ve, no tienen importancia militar. Miró a Will. Aun mientras masticaba la galleta, el chico tenía una expresión lúgubre en el semblante.

Tú no es que seas la alegría de la huerta, ¿eh, joven Will? ¿Y eso qué quiere decir?

Quiere decir que ya no estamos en esas celdas. Quiere decir que eres un pesimista de mierda, siendo un hombre recién salido del valle de las sombras de la muerte.

¿Sentado aquí bajo este árbol, mientras me caen gotas de agua helada en el cuello y espero a que un ejército me aplaste? No veo gran diferencia.

Pues, ya que estamos, a lo mejor encuentras cierta satisfacción llevándote por delante a un par de yanquis. Pero he estado pensando otra cosa. Según el papel que firmamos, hemos cumplido nuestras condenas. ¿Cómo se puede haber cumplido una condena a muerte? Una manera es que te ejecuten y luego vuelvas de entre los muertos.

Yo no recuerdo haber hecho eso.

Ni yo. Otra manera de cumplir una condena a muerte es por medio de una dispensa de Dios. O sea, eso no lo puede decidir un general. Ni siquiera el gobernador tiene autoridad para eso. La inspiración para algo así tiene que venir de Dios, porque es un asunto sobrenatural muy serio, eso de convertir la muerte en vida. ¿No te parece?

Supongo.

¿Y por qué Dios nos salvó del pelotón de fusilamiento si sólo pretendía que muriéramos en el cieno junto a un puente de ferrocarril? Y la respuesta es: No nos salvó para eso. Así que procura no poner esa cara.

En ese momento avistaron al enemigo por primera vez, un grupo de caballería azul entre los árboles más allá de la orilla opuesta, tirando de las riendas cuando los

caballos se encabritaban por las detonaciones de los disparos. Will sintió alivio al ver que sólo eran seres humanos. Pero después todo pensamiento abandonó su mente, como si pensar fuera un capricho. Más tarde, en sus cavilaciones, se diría que si bien era un desertor, había demostrado no ser ningún cobarde, pero en ese momento tan sólo estaba al servicio de un mosquete. Se arrodilló y disparó y volvió a cargar y disparó de nuevo. Ya no tenía frío. Era como si el aire hubiera aumentado de temperatura con la fricción de las balas y los proyectiles. Los cañonazos detrás de ellos eran ensordecedores. Cuando disparaba el cañón de campaña, sentían la sacudida en los oídos, y después, durante varios segundos, todo quedaba sumido en el silencio. Las copas de los árboles del otro lado del río caían en silencio, los reclusos en su fila se llevaban las manos al pecho y caían, en silencio. Luego, de pronto, volvía el fragor. A su lado, Arly, tan tranquilo, soplaba el humo del cañón de su mosquete. Trozos de hielo se desprendían de los árboles y caían sobre sus cabezas. Las balas silbaban. Tienen esos fusiles de repetición nuevos, gritó Arly, mientras levantaba su mosquete para disparar. Uno de los jinetes de casaca azul llegó a la ribera, donde recibió una bala, cuyo impacto casi lo desazonó, desequilibró a su montura, y ambos cayeron al río.

Will no sabía si había abatido a alguien. De pronto los casacas azules se retiraron y desaparecieron en el bosque. Un oficial gritó: ¡Alto el fuego! Y en la reverberante paz posterior varios hombres empezaron a vitorear. Arly dijo: Los vítores se les atragantarán en la próxima incursión. Will respiraba con la misma agitación que si hubiese estado corriendo. Una nube de humo flotaba en el bosque.

Y al rato los yanquis volvieron, pero sin más táctica que la primera vez. Era como si tuvieran que averiguar que el puente estaba siendo defendido. Cada vez que Will disparaba, parecía hundirse un poco más en el barro. Oía los chasquidos de los fusiles y las detonaciones de los cartuchos, y el olor acre de la batalla le penetraba en los orificios de la nariz. Llegaron a sus oídos exclamaciones y chillidos de muchachos, y relinchos de caballos, hasta que las fuerzas de la Unión, con su superioridad numérica, volvieron a batirse en retirada. De pronto el silencio parecía amenazador. El humo seguía suspendido entre los árboles.

Eso no era el ejército al completo del que nos hablaron, dijo Arly. Eso era la caballería que asoma la nariz aquí y allá para ver qué pasa. Ahora traerán la artillería, y mientras nos entretienen con eso, organizarán una maniobra envolvente río arriba, valiéndose de sus pontones, y nos aplastarán.

Will, sudoroso, se notó el pelo empapado. Intentó enjugarse el sudor de la frente, y cuando apartó la mano, la tenía manchada de sangre. Estoy herido, murmuró.

Maldita sea, es verdad.

Estoy sangrando.

Tienes una buena brecha en la cabeza, nada más, dijo Arly. Como te he dicho, Dios vela por nosotros. Pero eso no significa que no pueda jugar un poco. Mira.

A su derecha e izquierda, los milicianos presidiarios abandonaban sus posiciones,

tiraban sus armas y ponían pies en polvorosa. Un oficial vociferó y disparó al aire con la pistola.

La idea es buena, pero van en dirección equivocada, dijo Arly. Sígueme. Antes de que Will se diese cuenta, Arly había bajado ya a trompicones por el terraplén hasta el puente. Se volvió y le hizo señas.

Cruzaron a todo correr el puente, que ardía en algunos sitios. Unos cuantos hombres arrojaban mantas sobre el fuego y apagaban las llamas a pisotones. Arly y Will cedieron desinteresadamente sus mantas y siguieron corriendo. Al otro lado, el terreno estaba menos encharcado, y en los claros musgosos yacían cadetes de Milledgeville muertos o heridos detrás de troncos o montículos de tierra. Muchachos sin un rasguño erraban aturcidos. Algunos lloraban. Había cadetes oficiales entre ellos, obligándolos a volver a sus puestos a empujones, abofeteándolos para que obedecieran.

Arly condujo a Will más allá de las líneas enemigas. Tropezaron con muertos de la Unión junto a las vías del ferrocarril. También con monturas abatidas que gemían como hombres, algunas intentando levantar la cabeza del suelo.

Al frente, en el bosque, oyeron el eco de las voces y el avance atronador de las cureñas a través de la maleza. Deprisa, dijo Arly. Empezó a quitarle el uniforme a un yanqui muerto.

¿Qué haces?, preguntó Will.

¡Busca algo de tu talla, chico!

Will miró alrededor y le quitó la guerrera a un hombre que, tendido con las piernas abiertas, parecía de su misma estatura. Le habían volado un ojo. Will lo despojó del pantalón y las botas. Se le revolvió el estómago al notar la resistencia que oponía el cadáver. ¿Qué estamos haciendo?, musitó, mientras se apropiaba del poncho enrollado y el sombrero caído en la hierba, pese a que estaba ensangrentado. A continuación, advirtió que el muerto empuñaba uno de los nuevos fusiles de repetición, de modo que tiró su arma, separó los dedos contraídos y cogió el fusil. Después, la cartuchera y la taza de hojalata.

Cargados con los fardos, corrieron agachados paralelamente al río. Encontraron un caballo sin jinete, con el hocico hundido en hierba amarillenta, y, llevándolo de las riendas, continuaron casi dos kilómetros río abajo. Allí se detuvieron y se vistieron de soldados de la Unión.

Will se estremeció al ponerse el uniforme frío y húmedo. Tenía la cara embadurnada de su propia sangre. Caminaba en círculos, intentando no sentir la guerrera que le apretaba en la espalda y le tiraba en la sisa. Intentaba acordarse de cuál era la palabra que designaba a alguien aún peor que un desertor.

Arly estaba sentado con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en un árbol. Con ese caballo, somos ricos, dijo. Al palparse la guerrera, encontró una petaca de *bourbon* en el bolsillo. La destapó y bebió un trago. ¡Yujuuu! Prueba esto, joven Will. Venga. Si te cabía alguna duda de que Dios quería que sobreviviéramos, sólo tienes

que probar esto.

III

Emily Thompson envió a Wilma al piso de arriba a sentarse con él en su habitación. Tengo el vaporario en la chimenea para que el juez respire mejor, dijo. Si se despierta, llámame.

Sí, señora.

Había hecho cuanto estaba en sus manos: había escondido café, azúcar, maíz, manteca de cerdo y dos jamones en el arcón del ajuar bajo dos almohadas bordadas y el vestido de novia de su madre. Había dejado en la despensa provisiones de sobra para que no pensaran que había ocultado algo. A continuación, se puso un chal, salió y se colocó en lo alto de la escalinata, ante la puerta cerrada de la casa. Era la hija del juez Horace Thompson, miembro del Tribunal Supremo de Georgia, y se plantó en jarras para dejar constancia de ello, pese a que su corazón trémulo palpitaba como el de un conejo.

Cuando aparecieron los primeros, se respiraba en la calle, en el barrio entero, una paz anormal. A caballo o a pie, no se los veía precisamente cohibidos pero tampoco arrogantes. Y eran tan jóvenes. Pocos tenían la edad de Foster Thompson cuando cayó. Un teniente descabalgó, abrió la verja de hierro fundido y recorrió el camino. Deteniéndose al pie de la escalinata, la saludó y le dijo que no tenía nada que temer. El general Sherman no hace la guerra a mujeres y niños, dijo.

Por lo visto, debía transmitir ese mensaje a todo aquel que encontrase aún en Milledgeville. A su paso, dejaba un guardia apostado ante cada casa. El soldado emplazado junto a la verja la miró y sonrió, y se tocó el ala del sombrero con el dedo índice. Ella respondió con un gesto de asentimiento y se retiró; al entrar, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Cuando llegó arriba y miró por la ventana de la biblioteca, la calle estaba atestada. Los tamborileros marcaban el compás, pero los soldados caminaban al desgaire, charlando y riendo, y su porte era cualquier cosa menos marcial. De pronto la asaltó un acuciante recelo. En efecto, el guardia que se le había asignado tan noblemente vio a unos amigos suyos entre la multitud que pasaba y se fue con ellos sin siquiera volver la vista atrás.

Y al cabo de un rato eran ya tantos que desbordaron la calle e invadieron los jardines como un río que ensancha sus márgenes. Aparecieron carromatos con tendales blancos tirados por recuas de mulas, con los cocheros arremangados, y detrás las cureñas, donde los tubos de las piezas de artillería reflejaban el sol vespertino con súbitas e intensas esquirlas de luz que insinuaban su mortífera capacidad de propulsión. Corrió las cortinas por completo y, de espaldas a la ventana, cerró los ojos. Oyó los mugidos del ganado, voces, los chasquidos de los látigos. Eso no era un ejército, era una plaga.

Habitualmente, a la iglesia sólo asistía por obligación, pero ahora pensó en rezar. ¿Qué podía implorar? ¿En qué podía cifrar sus esperanzas? Serían esperanzas tan poco prácticas como ver a Foster Thompson aparecer a caballo, agitando el sombrero y con una amplia sonrisa en el rostro, para decirle que no era un fantasma.

Voy a luchar contra la tiranía, había dicho, las últimas palabras que le dirigió al besarla en la mejilla. Exhibía tan gallardo aplomo con el uniforme, emblema de su forma de vida, su libertad, su honor.

Lo que ahora oía no eran hombres que marchaban sino que avanzaban con movimiento vacilante, como si, a su turbulenta manera, tuvieran conciencia de dónde estaban de un modo más personal. Sonó un clarín a lo lejos. Oyó voces independientes del resto, como de visitas en la verja. Sin poder contenerse, volvió a mirar por la ventana. Por todas partes se preparaban para acampar. En los jardines, en la plaza al final de la calle. Y entonces alguien aporreó la puerta. Salió al rellano. Wilma, con miedo en la mirada, había abandonado la habitación del juez. El juez se había despertado. ¡Qué! ¿Qué ocurre?, exclamó con voz débil. ¡Nada, padre, no pasa nada! Y luego, mientras bajaba, airada, dijo en un susurro a Wilma, detrás de ella: No quiero tener que preocuparme también por ti; vuelve ahí adentro como se te ha ordenado.

Descorrió el cerrojo de la puerta y retrocedió cuando un grupo de casacas azules, apartándola a empujones, entró y se adueñó de la casa.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Wilma y ella fueron confinadas en el dormitorio del juez. No se le asignó más residencia que ésa. Se acostó en el sofá, hecha un ovillo. Había incendios en la ciudad. Vio constancia de ello en la luz parpadeante y amenazadora reflejada en el techo. Era una suerte, supuso, que se hubiese elegido su casa para alojar a los oficiales del Estado Mayor. Le habían aconsejado muy educadamente que subiera al piso de arriba y se quedara allí; cabía esperar, pues, que cuando se marchasen —y Dios quisiera que fuese pronto—, no se advirtiesen en la casa los efectos de su presencia. Pero a lo largo de la noche oyó risas y continuas idas y venidas. La jarra colocada en la rinconera, junto a su cabeza, temblaba con las pisadas de las botas en la planta baja. Había trasiego entre la casa y las dependencias anexas. Por debajo de la puerta penetraba el humo del tabaco.

La masculinidad opresiva de todos ellos la desconcertaba. Advirtió que era un sentimiento conocido: una repulsión hacia el otro sexo, su animalidad, tanto más ofensiva porque ellos apenas eran conscientes de ello. Simplemente existían y dejaban que ella lo padeciera. Ya de niña se había sentido así cuando su hermano Foster llevaba a sus amigos a casa. Incluso Foster, su querido Foster, en cierto modo la arrinconaba y ella se veía apartada de su propia vida. Parecía ocupar más espacio del que le correspondía. Sus apetitos se hacían notar, los apetitos de todos ellos. Era como vivir con criaturas de la selva, viendo la expresión de sus ojos cuando exhibían sus caballerosas galanterías. Y eran ellos quienes hacían la guerra. Las mujeres no

hacían la guerra: no salían al galope blandiendo espadas y proclamando a gritos el honor y la libertad.

Pero no creyó que esa guerra acabaría con la vida que había conocido y la relegaría a un perpetuo estado de desamparo hasta que, levantándose repentinamente del sofá, se convenció de ello. ¿Qué la había asustado? Debían de ser las dos o las tres de la mañana. El fuego de la chimenea se había apagado, no había movimiento en el piso de abajo. Sólo la luz de la luna iluminaba la gélida habitación. Se acercó a la cama de su padre. Estaba inmóvil, tumbado cara arriba. Pero tenía la boca abierta y los puños cerrados, en alto, por encima del cubrecama. Emily le tocó la mejilla y la notó seca y fría.

Wilma, Wilma, susurró en una reacción irracional, como si no quisiera molestar a su padre. La muchacha dormía en el suelo a los pies de la cama. Emily la sacudió. ¡Despierta!

¡Despierta!

Emily corrió escalera abajo y salió de la casa a una ciudad que no reconoció. Las cañoneras en todos los jardines, en el césped de todas las plazas, parecían ringleras de dientes surgidos de la tierra. Las ascuas de las fogatas encendidas para guisar proyectaban su resplandor rojo en el claro de luna. Los caballos estaban amarrados a las farolas. Oyó una música extraña y, al llegar a la plaza del Capitolio, vio una danza a la luz de unas antorchas. Eran los músicos de la banda militar, con las casacas desabrochadas, quienes proporcionaban la alegre melodía, con un clarinete, una tuba, un pífano. Y eran mujeres y niños esclavos quienes, cogidos de la mano, bailaban en círculo. Una bandera yanqui flameaba en la cúpula del Capitolio. Billetes de banco confederados revoloteaban en el aire y caían al suelo como hojas en otoño. Por las ventanas de la Biblioteca Estatal de Georgia salían volando libros que los soldados cogían en la calle. Oyó los gritos de una mujer que llegaban de la oscuridad al final de un callejón.

La casa del doctor Stephens estaba a oscuras. Dio repetidos aldabonazos, escudriñó por las ventanas. Corrió a la parte de atrás. Las caballerizas estaban vacías. El doctor Stephens ya no existía. Milledgeville ya no existía. Emily no sabía qué hacer. Echó a correr. Vio una luz intensa y corrió hacia allí. Tras una de las majestuosas mansiones de la ciudad, el jardín estaba iluminado con antorchas. Había una hilera de carromatos con tendales blancos, y las mulas tenían los hocicos metidos en los morrales. Oyó gemidos y se deslizó entre dos carromatos hasta asomar por el lado opuesto. Unos enfermeros habían tendido a un soldado en un camastro. El soldado se acodó para incorporarse y le sonrió. Llevaba la guerrera embebida en sangre.

En el suelo, frente a las puertas abiertas del granero, había algo de lo que no pudo desviar la mirada a tiempo. Se negó a aceptar que estaba viendo un viscoso revoltijo de piernas y brazos amputados.

La luz interior, debido a los numerosos faroles, resplandecía de tal modo que el

granero parecía en llamas. Junto a una mesa había un cirujano militar, rodeado de su equipo de enfermeros. Se volvió hacia ella, frunció el entrecejo y masculló algo. En ese temible momento aquel hombre quedó grabado indeleblemente en la memoria de Emily. Era un hombre bajo, bien proporcionado, que parecía incólume en medio de aquella carnicería. Llevaba un delantal de goma sobre la guerrera. Sostenía en la mano una sierra ensangrentada. Tenía las cejas pobladas, y los ojos que habían mirado por debajo de ellas eran de un color azul pálido. A ella le pareció que rebosaban una angustia que reflejaba la suya propia. Un enfermero corrió hacia ella. No debería estar aquí, señorita, dijo él, conduciéndola a la puerta. Necesitamos un médico, dijo Emily. Mi padre es el juez Thompson, y ocurre algo muy grave.

Al decir esto, ahogó un grito. Lo que ocurría, supo, era que su padre había muerto.

Wrede Sartorius, con rango de coronel, era el superior de los jóvenes oficiales alojados en casa de los Thompson. Les ordenó que se fueran.

El viejo, en efecto, había entregado su alma. Casi resultaba extraño ver la muerte en un anciano. La cara en la almohada miraba arriba ciegamente, como si ya se hubiera iniciado el tránsito hacia el cielo. Con los ojos cerrados, parecía crecerle la nariz.

Podía proporcionar un ataúd, dijo Wrede a la señorita Thompson. Sonrió con tristeza. Nosotros lo tenemos todo. Satisfacemos todas las necesidades.

A Emily la conmovió profundamente la amabilidad del cirujano. Al mismo tiempo, le confirmó el trato que creía merecer.

Cuando Wilma fue en busca del padre McKee, lo encontró casi demasiado aturdido para volver con ella. Habían causado grandes destrozos en la iglesia de Santo Tomás, contó a Emily. Arrancaron los bancos para sus fogatas. Profanaron el altar. ¿Se consideran cristianos los que han hecho esto?, preguntó el padre a Emily. Y ella, la doliente, acabó consolándolo a él.

Por la mañana las tropas, ya en marcha, atravesaron la ciudad en una procesión inacabable. Habían incendiado el presidio. Se oían explosiones amortiguadas procedentes del arsenal de la ciudad. Milledgeville había quedado reducida a escombros: ventanas rotas, jardines pisoteados, tiendas saqueadas.

Wrede insistió en que el entierro se celebrara de inmediato. Proporcionó una guardia montada. Así, un único carruaje transportó el féretro entre el tráfico y luego cuesta arriba hasta el cementerio, donde dieron sepultura al ilustre juez Thompson. Emily lloró por la trágica brevedad de las exequias. Su padre tenía que haber yacido en una capilla ardiente. Fue un gran hombre, dijo a Wrede de camino a casa. Se enjugó la comisura de los ojos con el pañuelo. Sus fallos habían quedado en los anales del derecho. Si ustedes no estuvieran aquí, las campanas de las iglesias doblarían por toda Georgia, y todos los habitantes de la ciudad harían cola para presentar sus últimos respetos. Y sí, también los negros, porque fue un hombre

bueno, y un hombre generoso.

Wrede guardó silencio. Pensó que Emily Thompson había sabido desde el principio que su padre moriría, una víctima más de la guerra. Ella no había visto en otra parte del cementerio a los sepultureros de la Unión enterrar a los caídos en el río Oconee que los servicios médicos no habían podido salvar. Tampoco parecía darse cuenta de que él le prestaba más atención de la requerida. Wrede era un ciudadano nacionalizado, un alemán. Su refinamiento era europeo. Había reconocido cierto aire de aristocracia rural en el porte de esa joven. Era una muchachita esbelta, con el pecho ceñido y una boca recatada que, estaba seguro, no había recibido nunca un beso. Aun así, tenía fuego en los ojos, un espíritu que el dolor no había quebrantado.

El ejército se había puesto en marcha para abandonar Milledgeville. Wrede se despidió. Le dijo el número de su brigada e insinuó que si por casualidad pasaba ante la casa, volvería a detenerse un momento. Le dio el pésame y cerró la puerta al salir.

Las alas norte y sur del ejército de Sherman habían confluido en Milledgeville. Durante todo el día las tropas que seguían a los que habían acampado en la ciudad atravesaron sus calles y continuaron adelante. Emily estaba de pie junto a la ventana. Filas interminables de soldados, y cureñas y caravanas de intendencia, ambulancias, rebaños de vacas. Los tamborileros marcaban el paso con cada compañía. Emily intentaba distinguir los números en los estandartes de los regimientos.

Su calle estaba flanqueada de árboles jóvenes plantados para dar sombra. Soldados y carromatos rodeaban por jardines y callejones mientras zapadores negros talaban los árboles con sierras, cada una manejada por dos hombres. Otros negros los desramaban, y otros cargaban los troncos y las ramas en carros fuertes tirados por recuas de seis u ocho mulas. Con tamaña eficiencia, arrasar la ciudad era, por lo visto, cuestión de un momento. Emily adoraba ese paseo arbolado, y ahora estaba tan aturdida que no percibía nada salvo que en su casa había cambiado la luz. Oyó la orquesta de un regimiento a lo lejos. Parecía regocijarse en el dolor que ella sentía. Decidió no esperar más el regreso del cirujano de modales impecables y extraño nombre: Wrede Sartorius.

Wilma había retirado la ropa de la cama en la habitación del juez. Había abierto las ventanas para dejar entrar el sol frío y había barrido, quitado el polvo y recogido los medicamentos del juez en una caja. No lloró hasta que guardó sus zapatillas y su chal en el armario, entre los trajes y los chaqués y la chistera. En la planta baja se movió como un ciclón, barriendo la tierra y las cenizas de tabaco y toda la suciedad dejada por los militares. Wilma trabajó con la actitud posesiva de un criado. Cuando a Emily Thompson se le ocurrió mirar alrededor, la casa estaba como tenía que estar salvo por unas cuantas marcas y patas de sillas rotas.

Las dos mujeres colgaron crespones en las ventanas del segundo piso. Emily, con el pelo suelto y caído sobre la cara, se sentó en la cocina sin una lágrima, con la mirada perdida, mientras Wilma preparaba un té. Cuando el té, aún en la taza, se

había enfriado ya, Emily advirtió la presencia de Wilma a su lado, vestida para viajar y con una bolsa de tela en la mano. Emily observó el rostro de color café con la sensación de no haberlo visto nunca. Los ojos oscuros, ligeramente rasgados, orientales, le resultaban familiares. Pero ahora esos ojos le devolvían la mirada. La frente ancha y redondeada, la boca firme y los pómulos salientes revelaban que ya no era una niña, sino una mujer bien parecida. No había en su actitud la menor señal de deferencia. Ya me voy, señorita Emily, dijo Wilma. Se habían criado juntas; puede que Wilma fuera uno o dos años más joven. ¿Adónde irás?, preguntó Emily. Con los demás, contestó Wilma. Emily se apresuró a seguirla. ¡Espera! ¡Espera!, gritó. Wilma, por favor, espera. Emily corrió escalera arriba hacia su habitación, donde estaba el baúl con el ajuar de su madre. Cogió el saco de arpillera con las provisiones que había escondido y, tras extraer unas cuantas cosas para ella, volvió a atarlo y lo bajó. Por favor, llévate esto. Wilma movió la cabeza en un gesto de negación. Llévatelo, es la última orden que te doy, dijo Emily. ¡Por amor de Dios, llévate!

En ese momento pasaban los últimos rezagados de la tropa, y detrás de ellos el desfile de negros que habían decidido seguir al ejército. Había centenares —hombres, mujeres y niños—, a pie, en carromatos, cojos algunos, y su ruido era distinto al ruido del ejército. Aquí no se oía el redoble de los tambores, ni el retumbo de las cureñas, ni el estruendo militar. Era un ruido festivo y arrítmico el que surgía de ellos, un parloteo alegre, casi como el gorjeo de los pájaros en un árbol, salpicado de risas o fragmentos de canciones. Era el ruido del alborozo colectivo, como si aquella gente celebrase alguna festividad y fuese a una reunión en la parroquia o una merienda campestre. Los niños, con sus voces agudas y aflautadas, brincaban o se hacían pasar por soldados, o se adelantaban un trecho y luego desandaban el camino a todo correr. Mientras Emily se detenía ante la puerta a observar, Wilma se escabulló entre la multitud y, mirando por encima del hombro, sonrió, se despidió con un gesto tímido y desapareció.

Y luego la ciudad de Milledgeville, vacía y silenciosa, quedó sumida en un estado de abandono, barrida por un viento racheado que arrojaba papeles y broza contra las paredes de los edificios y desperdigaba por la calle los rescoldos de las fogatas. El aire era acre. Al iniciarse la guerra, Emily no se hacía cargo de lo que iba a representar. Representó la muerte de toda su familia. Representó la muerte de los Thompson. Se sentía vacía por dentro, como si no quedara nada en su interior para llorarlos. El poder de la guerra y sus efectos parecían haber borrado de un plumazo su pasado hasta ese momento. Deambuló por la casa donde había vivido siempre. Tuvo la impresión de que las habitaciones, una tras otra, le plantaban cara. Se detuvo en la puerta del dormitorio de su padre. El padre insigne y enérgico, su presencia y su manera de actuar, su dignidad, el respeto que infundía, el rostro rubicundo y agraciado, la mata de pelo cano, todo ello desfiló por su cabeza hasta el patético y lúgubre final del hombre, débil y quejumbroso, y por último paralizado en la muerte,

con los puños cerrados en el aire. Le era imposible olvidar su cara en la muerte. Pensó en él ahora en su ataúd bajo tierra, lo que llamaban los «despojos». Y en los despojos de su madre. Y en los despojos de su hermano Foster, enterrados en algún lugar de Tennessee. Se estremeció y se arrebujó en el chal. ¡Qué espanto! ¡Qué horror! ¿Acaso también ella era ya despojos? ¿Era la casa su tumba?

Tras marcharse los ejércitos de la Unión, apareció una brigada de la caballería del general Hood. La gente salió a la calle a recibirlos. La guerrilla había capturado a tres rezagados de la Unión, incluido un niño tamborilero. Los prisioneros, sujetos a lazo como las reses, con las manos detrás de la espalda, eran abucheados mientras avanzaban a trompicones. Al mirar por la ventana, Emily vio que sus vecinos, antes escondidos igual que ratones, salían ahora para aclamar a los soldados como a héroes. Allí tenían, pues, otro desfile, la mínima expresión de un desfile, unos cuantos ciudadanos tras los pasos de un abigarrado grupo a caballo, todos muy orgullosos y triunfales en su intención de ejecutar a dos hombres y un niño. Ésa era la respuesta secesionista. Se horrorizó.

Emily metió unas cuantas cosas en un baúl y unas pocas provisiones en otro. Después de ponerse el abrigo de invierno y coger una manta para protegerse del frío, fue a las caballerizas y enganchó el jamego del juez a la calesa. Ése era otro regalo del cirujano militar, Wrede Sartorius, que había mediado para que su caballo no pasara a manos de la Unión. Emily ni siquiera volvió la vista atrás cuando salió de la ciudad. Sacudió las riendas. El viento le secó las lágrimas. Sabía qué dirección habían tomado los ejércitos. Bastaba con seguir las carreteras holladas, y no tardaría en oír un ruido impropio del campo. Y después los olería.

IV

Se habían tomado la molestia de ensuciarse con barro la insignia de la unidad. Pero podrían habérselo ahorrado. Cuando aparecieron otra vez en la ciudad, ya había anochecido. Milledgeville era una gran fiesta. La mansión del gobernador estaba llena de oficiales de la Unión. Will los vio por las ventanas. También había oficiales en la asamblea legislativa: se los oía vociferar y cantar. Sí, seguro que estaban empujando el codo y tenían los pies apoyados en los escritorios. Entumecido, sudoroso y al mismo tiempo aterido de frío con su uniforme de cabo, Will temía que lo reconociese algún oficial del presidio o un celador. Se imaginaba protestando: ¿Acaso no lo habían indultado? Pero qué cosas le pasaban por la cabeza: si no había celadores. No había oficiales del presidio. Todos, desde el gobernador para abajo, se habían ido. Tan cansado y famélico estaba que la cabeza ya no le regía.

Le tocaba a Arly ir a caballo, y Will caminaba a su lado.

Will, chico, estás muy callado. Imagino que lo que sea que andas rumiando de poco provecho será para nuestra causa.

Bueno, ser un renegado es una adversidad digna de cautela.

¿Eso eres? Podrías ver las cosas con mejores ojos. Como leal hijo del Sur detrás de las líneas enemigas, podrías ser un espía, por ejemplo.

Sea lo que sea, quizá ya ni siquiera lo sé, puesto que ocupo el lugar de un muerto.

Bueno, sabes que tienes hambre, y ya es algo. Mira, esta calle pinta bien. ¿Hueles eso? Vamos.

Arly había visto una hoguera en el jardín delantero de una casa donde las estacas de la cerca apiladas habían servido para encender un buen fuego. Un anciano y su mujer permanecían de pie en el porche. Los soldados pasaban por delante de ellos, unos entrando, otros saliendo con los brazos cargados. La mujer maldecía mientras el hombre le daba palmadas en la mano.

Entra como si tal cosa, masculló Arly. Como si fueras uno más.

¿Y qué hacemos con el caballo?

Ya le daremos de comer después. Ahora mismo buscamos un sitio seguro donde amarrarlo para que no nos lo roben.

Dicho esto, Arly guió su montura hacia los peldaños del porche y a través de la puerta hasta el vestíbulo, donde la ató al poste de arranque de la escalera. No hizo falta más para que los chicos de la Unión se echaran a reír y la anciana a chillar.

Y así Arly y Will, ya en el juego, revolvieron primero en la despensa y después en el sótano, donde encontraron sacos de boniatos. Will temía que este grupo de vencedores en plena francachela, todos de la misma compañía, no les dispensara una acogida cristiana, pero cuando Arly y él salieron y depositaron su aportación junto al fuego, no necesitaron más tarjeta de presentación, ya que en todo caso la mayoría de

los hombres estaban medio borrachos.

A Will se le saltaron las lágrimas. Había pollos en espetones, patatas sobre las brasas, sartenes con tocino y col. Había tarros de frutas y verduras de verano en conserva, y hogazas de pan auténtico. Un sargento vertió generosamente el contenido de su botella en la taza de hojalata de Will. Éste se sentó en la hierba con las piernas cruzadas y se dispuso a disfrutar de su mejor comida desde que se fue de casa. Con la boca llena, la barbilla pringada de grasa, contempló la posibilidad de que todos los hombres fuesen hermanos.

Después, cuando salió la luna, Arly fumó un puro y habló con cierta modestia de su heroísmo en el río Oconee, y sus interlocutores lo escucharon con respeto, aunque acaso su escarapela de teniente tuviese algo que ver.

Pero Arly no sólo habló, también escuchó. Cuando Will y él se despidieron y encontraron forraje y espacio para el caballo en un establo tras una casa abandonada, y mientras se acomodaban en la casa, arriba en el primer piso, en una sala de estar, Arly contó a Will que el ejército se pondría en marcha al amanecer. La caballería hará amago de ir a Augusta, pero es a Savannah adonde se dirigirá el ejército, dijo.

¿Lo sabe el general Sherman? Tal vez deberías decírselo.

Hijo, este general es casi demasiado listo para ser general, y si hay un contingente esperando en Augusta, como es la impresión de todos aquellos con los que he hablado, ¿para qué ir allí? Además, la Unión dispone de una armada, según tengo entendido, y esos barcos que esperan cerca de la costa de Savannah, pues no te quepa duda de que allí están, traen el correo y los pertrechos y los zapatos nuevos y las soldadas que nosotros no hemos cobrado desde los tiempos del rey que rabió.

¿Nosotros? ¿Nosotros no las hemos cobrado? Creía que éramos espías del ejército rebelde.

Bueno, ¿y qué? Su dinero es bueno. A decir verdad, es mucho mejor que el papel que nos endilgó Jeff Davis.

Tras desguazar varias sillas y los cajones de un escritorio, encendieron un buen fuego en la chimenea. Arly se quedó con el sofá y Will con el suelo, y a modo de almohada utilizó el cojín de una butaca tapizada. Como mantas, usaron retazos de alfombras cortados con sus bayonetas.

Fuera, unos hombres de la Unión cantaban:

*Los años pasan despacio, Lorena,
la nieve cubre otra vez la hierba;
el sol está bajo en el cielo, Lorena,
donde hubo flores, brilla la escarcha...*

Se oía en las calles algún que otro grito que indicaba que las tropas se disponían a pernoctar. Will pensó en lo extraño que era aquello, un ejército, que siempre acampa igual, ya sea en un bosque a la orilla de un arroyo o entre casas y edificios públicos.

Se apilan los fusiles, se apuestan los centinelas, y el clarín toca a silencio tanto en un bosque como en una metrópoli de la civilización.

No tenemos por qué levantarnos con ellos al amanecer, dijo Arly. Esperaremos a los carromatos de intendencia, las ambulancias y demás. Y éstos tardarán. Nos interesa rezagarnos para estar donde el ejército se compone de médicos, cocineros y administrativos que saben tanto acerca de la labor de un soldado como las damas en un salón de té. Allí no pasan lista.

Will despertó sobresaltado mucho después de haber oído el toque de diana. Se apoyó en los codos para incorporarse y escuchó con atención esperando oír el traqueteo de los carromatos o los tambores de las brigadas mientras la larga cola del Vigésimo Cuerpo seguía a los regimientos. No oyó nada. El sol iluminaba el suelo en toda su superficie. Daba la impresión de que fuese mediodía. Se acercó a rastras a la ventana. La calle estaba desierta.

El ejército se había marchado.

Despertó a Arly, y poco después corrían escalera abajo y salían por la puerta de atrás en dirección al establo.

Alguien se llevaba el caballo sujeto por la brida. Un soldado rebelde con su uniforme gris. A Will le dio un vuelco el corazón. En ese primer momento de desconcierto habría podido alzar la voz para saludar a aquel muchacho. Pero Arly arremetió contra él. Cuando los dos cayeron, el rebelde se resistió a soltar la brida, y el caballo, obligado a torcer la cabeza, afirmó en tierra las patas delanteras para no precipitarse hacia delante. Pero relinchaba.

Poco a poco, Will tomó conciencia de que el alboroto era mayor del que convenía si los hombres de Hood habían llegado a la ciudad pisando los talones al ejército de la Unión. Se miró el uniforme.

El rebelde ya había soltado el caballo a fin de dejar las dos manos libres para la pelea. Si bien era más robusto que Arly, estaba en peor condición física, de modo que, uno encima del otro, se revolcaron, se dieron de puñetazos y gruñeron en medio de una polvareda. ¡Will!, gritó Arly. Su preocupación era el caballo, que casi derribó a Will cuando se encabritó y circundó la casa a medio galope en dirección a la calle.

Will, al salir corriendo, se fijó en el arriate de crisantemos contiguo a la casa, una comunidad de humildes flores amarillas y blancas coronadas de ceniza, trémulas por efecto de la brisa. Pensó en la dicha que suponía la inmovilidad y la ausencia de pensamiento de la vida vegetal, en que acaso tuviera no pocas ventajas, mientras en la calle, frente al jardín, dos jinetes de la caballería rebelde perseguían al galope al animal que corría libremente y otros tres habían revuelto sus monturas hacia él, uno con la espada desenvainada, otro con la pistola amartillada, y un tercero con una ancha sonrisa en la cara sin afeitar y un par de mellas entre los dientes delanteros.

Will paró en seco. Estiró los brazos en un ademán que habría podido considerarse una efusiva señal de reconocimiento, una especie de abrazo al aire, pero que los

milicianos prefirieron interpretar como rendición. Rieron, y el que empuñaba la pistola disparó alegremente al suelo ante los pies de Will.

La gente salió a la calle de las casas donde se había escondido. Estaban eufóricos de ver llegar a sus tropas para salvarlos. Will se quedó inmóvil, el gesto paralizado. Una hoja de periódico arrastrada por el viento se le pegó a las piernas. Le cayó ceniza en la boca abierta. En el cielo azul, el humo de los escombros del presidio incendiado se disipaba como el ejército ya en marcha del que Will había dependido. Uno de los jinetes pasó al trote junto a él de camino hacia el establo. Will rogó que Arly hubiera perdido la pelea. Porque de lo contrario, si había matado al rebelde, los ejecutarían, después de todo, allí en Milledgeville, aunque tal vez con menos ceremonia de la que esperaba como desertor. Pero tampoco quería que Arly hubiese perecido, ya que Arly era la esperanza única y vacilante, si no por completo extinta, que a Will le quedaba en esta desdichada vida, a excepción de su deseo, en ese último y aciago momento de sus diecinueve años de existencia, de acabar con ella de una vez por todas.

Pocos minutos después, Will y Arly, junto con un niño tamborilero rezagado que habían encontrado los rebeldes, eran conducidos por la calle con los brazos atados al cuerpo. Los seguía una creciente multitud. De vez en cuando uno de los soldados los miraba desde lo alto de su montura y escupía. Alguien arrojó una piedra y alcanzó al tamborilero en la espalda. El niño, con el rostro bañado en lágrimas, dio un traspié.

Arly dijo algo y tuvo que repetirlo, porque Will no entendió sus palabras. Arly tenía una mejilla hinchada, un ojo medio cerrado, el labio inferior tumefacto y varios dientes menos. Además, renqueaba, porque, al levantarse de encima de su adversario con las manos en alto, éste le había asestado una patada en las costillas. Los tuyos, entendió Will.

¿Los míos? ¿Eso dices?

Arly asintió. Señaló con la cabeza a aquellos que corrían a su lado, riendo y abucheándolos. La gente de entre la que has salido, dijo.

V

Clarke sabía que las atenciones que dispensaba a Pearl proporcionaban a los hombres una fuente de cínico entretenimiento. Pearl no era la primera negra manumisa que recibía un trato especial. A las de piel más clara, en particular, venían recogién-dolas a lo largo de todo el camino y acomodándolas como reinas en los carromatos. Les daban alimentos selectos y ropa obtenida en el saqueo de las plantaciones. En este caso la situación era muy distinta, pero Clarke sabía que de poco servían las explicaciones. Ni siquiera él alcanzaba a entenderlo. La manera en que esa niña lo conmovía lo había cogido totalmente por sorpresa. Quería hacer cosas por ella. Quería cuidarla. Al mismo tiempo, sin embargo, era consciente de que despertaba en él una atracción indebida. Se fijaba en su porte, esa suerte de gracia altiva que no era aprendida sino por completo natural. No pudo menos que compararla con las mujeres de su propia generación que había conocido en Boston. Cuanto hacían y decían era producto de un comportamiento aprendido. Eran muchachas sin la menor originalidad, que por razones de decoro habían renunciado a cualquier clase de talento que pudieran poseer. Practicaban las artes como incentivos para el matrimonio.

Pensó que tal vez Pearl llevaba en las venas sangre real africana. ¿De dónde, si no, había sacado esa inteligencia iracunda, tan imperiosa? Nada escapaba a aquellos ojos claros de gato. Desconfiaba de él. Se mostraba crítica con los hombres. Los consideraba sucios y así se lo hizo saber a Clarke: Ustedes los blancos huelen como la vaquería de casa del amo. Así de mal, no, más mal.

No, peor, corrigió él.

No, peor, repitió ella. ¡Dios mío! Ni los apestosos hermanos primero y segundo de mi casa era tan inaguantables como esto.

Eran, corrigió él.

Como esto. Estos hombres nunca se lavan las partes bajas, sólo se paran a cagar en el suelo y luego siguen adelante como animal torpe.

Animales. Animales torpes, corrigió él.

Exacto. Y la grasa de las armas se les agría en el pelo, y Dios sabe qué más les crece en el pellejo y los pies que tanto les apestan. ¡Uf! ¿Es que ninguno no ha tenido madre para enseñarle?

Ninguno ha tenido, corrigió él.

Supongo que no.

Pearl se bañaba cada noche con jabón duro y una palangana de agua fría en la tienda de campaña de Clarke mientras él montaba guardia ante la puerta. Después se iba a dormir en una tienda que él había levantado junto a la suya. Quería que los hombres supieran que ella estaba bajo su protección pero su conducta era honorable.

Tras los primeros días de risas disimuladas y comentarios, parecieron entender y aceptar la situación tal como era. También ellos adoptaron una actitud protectora. Fue el sargento Malone quien apareció con un uniforme de tamborilero para ella. Al principio, Pearl se puso muy contenta. Estaban acampados en un pinar, y ella, tras enfundarse el pantalón y la guerrera, salió de su tienda y se plantó allí para que todos la admirasen, a pesar de que la ropa le quedaba un poco grande. Incluía también un sombrero, y botones de plata que ella frotó hasta sacarles brillo. Pero de pronto se quedó pensativa.

Nunca he tocado un tambor, dijo.

No tiene ningún misterio, dijo Malone. Ya te enseñaremos. Algo no me cuadra en esto de ser tamborilero blanco, dijo a Clarke.

¿Qué?

Soy demasiado bonita para ser un tamborilero. Tampoco soy blanca, por blanca que sea.

Clarke dijo: Pearl, tarde o temprano los negros tendrán que volver. Son las órdenes del general Sherman. Y tú no querrás volver, ¿verdad?

Quemaron ustedes la casa, se llevaron las provisiones.

¿Volver adónde?

Precisamente. Cuando ganemos la guerra, las autoridades elaborarán leyes para que los esclavos manumisos puedan tener tierras en propiedad. Pero ahora, si nos siguen, son demasiadas bocas que alimentar. A los hombres jóvenes podemos reclutarlos, pero las mujeres, los niños y los ancianos se quedarán por el camino ¿y qué será de ellos? Así pues, esto es lo mejor.

Bueno, una niña tampoco sirve para disparar.

Clarke estaba asombrado de su propio aplomo a la hora de subvertir las órdenes. Puedes tocar el tambor mientras marchamos, dijo. Y puedes ir en los carromatos cuando salgamos en misión de aprovisionamiento.

Pearl no se dejó convencer. Empezaba a pensar que su obligación era quedarse con Jake Early y los demás. La perspectiva era inquietante, y no sabía por qué se sentía así. Ellos nunca se habían portado bien con ella, pero había algo que no le cuadraba en el hecho de que los enviaran de vuelta a casa y ella, en cambio, se quedara. Le gustaba que la mimaran. Nunca la habían tratado así —y se debía a que era libre—, pero se acordaba de la plantación, de aquellos campos y arboledas que amaba. Conocía hasta el último rincón de ese lugar donde había pasado toda la vida. Conocía cada arroyo, cada piedra, cada arbusto. Pero, sobre todo, temía que, faltado ella, la tumba de su madre cayese en el olvido, sin nadie que la cuidara o atendiera. Las viviendas de los esclavos seguían en pie. Y si era libre, ¿no era acaso libre para regresar si así lo quería? ¿Para morir de hambre si quería? ¿Para volver a ser la hija esclava de Jameson si quería?

Ése era su ánimo cuando se sentó junto a la fogata con su uniforme nuevo y se reunió con los hombres para cenar. Le dieron un plato de hojalata que contenía un

muslo de pollo asado con boniatos y pan de maíz con sorgo. Eso por sí solo habría podido persuadirla, pero en ese momento salió de la oscuridad Jake Early, junto con Jubal Samuels, el tuerto. Los escoltaban dos soldados rasos, a punta de fusil.

El sargento Malone exclamó: ¡Cielos! ¿Qué pasa aquí? Salta a la vista que no somos confederados, dijo Jubal Samuels.

Buscábamos a esa niña, dijo Jake Early, señalando a Pearl.

Aquí la tenéis, dijo Pearl.

Si conoce la Biblia, señorita Pearl, se acordará de Jezabel. Más le vale venir con nosotros, dijo Jake Early.

No soy ninguna Jezabel.

La veo con estos soldados. Tuvo un padre blanco para convertirse en pecadora de piel blanca. Más vale que venga con su gente ahora si no quiere acabar siendo una Jezabel para el ejército como lo fue su madre para el señor Jameson.

Pearl dejó el plato en el suelo y se puso en pie. Mi madre era una pobre esclava como tú, Jacob Early. Pero con un alma cariñosa y amable, no el hielo frío que tienes tú en el corazón. Tú nunca te has preocupado por Pearl, Jacob, ni tú, Jubal Samuels; no, ninguno de vosotros. En todo ese tiempo sólo Roscoe fue amigo mío. Fue como un padre para mí. Me daba comida de la cocina cuando tenía hambre. Velaba por mí. Pero vosotros nunca fuisteis una familia para Pearl, no señor, no lo fuisteis entonces y tampoco lo sois ahora.

Clarke se levantó y se dirigió a los dos soldados. Llevaos a estos hombres al lugar que les corresponde, ordenó.

¡A Pearl nadie la ha tocado! Cuando era pequeña, lo intentó el hermano. Ah, sí. Pero yo levanté esta rodilla huesuda y se la hundí con todas mis fuerzas en lo que tiene ahí, y eso fue todo, y desde entonces nadie más. ¿Oyes a esta chica, Jacob Early, señor hombre libre? ¡Y desde entonces nadie más! ¡Y yo no soy ninguna Jezabel!, gritó.

Así fue como Pearl tomó la decisión, y cuando atravesaron Milledgeville, se había convertido en el tamborilero de la compañía de Clarke. Daba un solo baquetazo por cada dos pasos, pero ellos seguían su propio ritmo, algunos con rostro sonriente. Ella mantenía la mirada fija al frente y los hombros rectos bajo las bandoleras, consciente de que los blancos miraban por las ventanas. Y ninguno sabía que ella no era el tamborilero al que veían.

Al este de Milledgeville, el tiempo cambió y la tierra se encharcó. Una lluvia torrencial azotó los palmitos y tamborileó en el barro. Los zapadores habían cubierto el camino con postes de cerca y troncos de árboles jóvenes colocados transversalmente. Clarke, en la vanguardia con sus hombres, precedió a sus carromatos al cruzar el pontón del Oconee. A partir de ese punto el terreno se elevó y endureció, la lluvia amainó, y se dirigieron hacia Sandersonville, dejando atrás el grueso del ejército. Clarke quería aramblar con todo en el pueblo y esperar allí.

Llevaba a treinta hombres a caballo, seis carromatos y mulas de carga en igual cantidad.

Clarke sabía por los mapas que en el territorio que se extendía al este de Sandersonville y de ahí en adelante, hasta Savannah, los expolios menguarían gradualmente, ya que las tierras bajas sólo servían para el cultivo de arroz. ¿Y cómo demonios iba el ejército a descascarillar el arroz? Su partida de aprovisionamiento había recibido muchos elogios en el regimiento, y él había entablado una especie de competición con el destacamento del teniente Henley.

En una curva de la carretera, a medio kilómetro al oeste del pueblo, dio el alto. El sargento Malone se acercó para consultar con él. Aquello imponía más respeto que una plantación. Por encima de las copas de los árboles vieron el campanario de una iglesia y el tejado de un edificio público, probablemente un juzgado.

Anochecía. Clarke no olió humo de chimeneas ni vio luces. Sargento, llévese a dos hombres. A pie y a campo traviesa. Infórmeme de lo que pasa allí.

La patrulla partió, y Clarke quedó a la espera. Detrás de él, quedamente en el crepúsculo, chirriaban las riendas de cuero, respiraban y resoplaban los animales. Clarke retrocedió a lomos de su caballo hasta los carromatos y encontró a Pearl al final de la caravana, sentada junto al cochero. A ella le brillaron los ojos al mirarlo en la oscuridad, como si hubieran absorbido la poca luz que quedaba, invisible para él pero a disposición de ella en toda su magnificencia.

Clarke volvió al frente para recibir a la patrulla. Malone informó de que el pueblo estaba tranquilo, las calles vacías, pero había luces en las casas. Mientras hablaba, no miraba a Clarke, sino al suelo, lo que, según interpretó Clarke, significaba que él, Clarke, estaba actuando como cabía esperar de un melindroso señorito de Nueva Inglaterra.

Si eso era lo que pensaba Malone, también lo pensarían los demás. Empezaba a levantarse la niebla. Clarke ordenó a sus hombres que desenfundaran los fusiles y la compañía entró en Sandersonville.

Cuando empezaron los disparos, el cochero del último carromato estaba en un cruce de la entrada del pueblo, de modo que, vociferando y maldiciendo, logró hacer girar al tiro asustado. Pearl abandonó el pescante para pasar al interior del carromato y se asomó por detrás. No los seguía nadie. Oyó gritos. Vio a hombres caer de los caballos a la luz de los fogonazos de los mosquetes. El cochero azotaba a las mulas y el carromato avanzaba a toda velocidad. Pearl saltó y fue a dar en tierra de manos y rodillas. Renqueando, se adentró entre los matorrales y se agachó.

Poco después pasaron dos caballos sin jinete al galope. Al cabo de un minuto, tres o cuatro soldados de la Unión, y luego dos en un solo caballo. Después, perdió la cuenta. Rezó para que el teniente no la abandonara.

Clarke no habría podido batirse en retirada aunque se lo hubiese planteado. No se planteaba nada, sólo intentaba sofrenar con una mano a su caballo, encabritado por el

miedo, mientras, con el mosquetón Enfield enristrado en la sangría del otro brazo, disparaba a toda silueta o sombra que se le acercara. Los rebeldes habían salido de las calles adyacentes y formado una única línea ofensiva. En un instante, dio la impresión, los habían envuelto por ambos flancos. El sargento Malone, de pie sobre los estribos para apuntar su arma, recibió el tajo de una espada. Mientras caía al suelo, con una herida sangrante en el cuello como una boca abierta de estupefacción, miró a Clarke. Con sus alaridos, los rebeldes semejaban fantasmas ululantes en la niebla, perversos espectros que aparecían y desaparecían. Clarke también gritaba. No sintió miedo hasta que su mosquetón dejó de funcionar. A la sazón, agachó la cabeza, se inclinó sobre la yegua como un *jockey* e intentó hacerla avanzar, sin saber en qué dirección iba. Pero su montura pisaba cuerpos, y de pronto se alzó en torno a él una muralla de caballos y jinetes. Cuando Clarke se enderezó, sintió una pistola en la nuca y oyó el chasquido del martillo en el disparador. Se quedó inmóvil y fue como si hubiera dado una orden, ya que el tumulto se apagó poco a poco y sólo oyó la respiración anhelante de caballos y hombres.

El soldado Toller, Pudge Toller, el pianista, lo ayudó a quitarse la guerrera y le arrancó la manga de la camiseta para hacerle un torniquete. Clarke apenas era consciente de que sangraba de una herida de bala en el brazo.

Una docena de sus hombres estaban con él en la celda. No sabía cuántos habían escapado ni cuántos habían muerto. Creía que Pearl estaba muerta. La había puesto en peligro al ceder a los impulsos más egoístas e inmorales. En la agonía del auto-reproche, se le formó un nudo en la garganta. Siempre había creído en la razón, que ésa era la fuerza que regía su vida, y aun plenamente convencido de eso se había dejado arrastrar por un estado de embrujamiento tan antinatural que apenas si se reconocía a sí mismo. Y ahora ella había muerto.

Cada pocos minutos el soldado Gullis se agarraba a los barrotes de la ventana y se elevaba a pulso para asomarse. Fuera había dos guardias, informó. Pero ahora unos cuantos hombres hablaban en corrillos. Desde allí no veía si eran soldados rebeldes o no.

Toller preguntó: Señor, ¿qué van a hacer con nosotros?

Somos prisioneros de guerra, contestó Clarke. Nos enviarán a uno de sus condenados campos de concentración.

Clarke quería poner buena cara al mal tiempo. Sabemos que hay uno en Millen, dijo. La marcha pasará por allí. Nos enviarán a Millen, y en pocos días lo invadirán nuestros ejércitos y volveremos al servicio.

Han venido más hombres, dijo Gullis. Traen fusiles.

Con dificultad, Clarke se levantó. Se dio cuenta de que todos los hombres de la celda estaban de pie y escuchando. ¿Son guardias?, preguntó Gullis. Ya no los veo. Ahora hay ahí fuera una muchedumbre.

Clarke sacó papel y un lápiz de carbón de su envoltorio de hule y, usando la pared

de piedra en lugar de una escribanía, dedicó los siguientes minutos a redactar una carta. Apenas veía lo que escribía. Acababa de sellar la carta y escribir el nombre del destinatario en el sobre cuando la primera embestida sacudió las puertas de la cárcel.

A Pearl no se le ocurrió más opción que seguir adelante. Quería encontrar al teniente Clarke. Presentía que no era uno de los que habían huido. Pero entonces ¿dónde estaba? Si había repelido a los rebeldes, ¿por qué no iba a buscarla? Ella había vigilado la carretera, y nadie había pasado desde el momento en que volvió a reinar la calma.

Avanzó al amparo del bosque excepto allí donde la niebla se espesaba y ennegrecía como el humo en las cocinas cuando el viento entraba por el tiro de la chimenea. Después siguió por la carretera. Al aproximarse a los alrededores del pueblo, oyó una descarga de fusilería y corrió a esconderse detrás de un árbol. Se quedó quieta mientras el eco se perdía en el bosque. Esperó a que sucediera algo más, pero no pasó nada. Aun así, esperó.

Bajo el uniforme, Pearl llevaba el vestido, con la falda recogida y atada a la cintura. Se quitó la guerrera y se sacudió el vestido para bajárselo hasta los tobillos; después enrolló el sombrero y la guerrera y los ocultó al pie del árbol. Cuando entró en el pueblo, era una muchacha negra blanca.

La niebla se había disipado y el cielo empezaba a despejarse. Vio unas cuantas estrellas. Pisó algo húmedo y resbaladizo. La sangre había anegado la carretera y parecía formar un rastro, de modo tal que las manchas, salpicaduras e hilos de sangre la condujeron a la calle donde estaba la cárcel y hasta las mismas puertas de la cárcel. Las puertas estaban abiertas. Dentro, la oscuridad no permitía ver nada, pero olió la sangre y percibió el vacío.

Tras la cárcel había un descampado y, al despejarse el cielo, se veía a la luz de la luna, y fue así como se topó con los cadáveres. Dios mío de mi vida, que me has obligado a ver esto, se dijo. ¿Acaso no he visto ya suficientes cosas como éstas desde que nació? Encontró a Clarke caído de lado, con el cuerpo torcido, una pierna encima de la otra. Llevaba una gran venda en el brazo izquierdo. Pearl lo empujó por el hombro para ponerlo boca arriba. Parecía a punto de decirle algo. Le brillaban los dientes. Tenía la mirada perdida. En su mano había una carta, y cuando Pearl se la arrancó de entre los dedos, dio la impresión de que no quisiese soltarla.

VI

Sophie preparó un cesto con pan de maíz, tocino, patatas hervidas, azúcar y hojas de té. Añadió velas y jabón, cubiertos y manteles, su tabaco y una caja de cerillas. La petaca podía llevarla él mismo en el bolsillo. Le hizo la bolsa de viaje y luego metió sus propias cosas en un chal, que lió y se echó al hombro. Atravesó el pueblo detrás de él, con la bolsa de viaje en una mano y el cesto en la otra.

Vamos, vamos, gruñó él. Apoyado en el bastón, avanzó a buen paso para ser un viejo cojo. Entre su propio peso y toda la carga que acarreaba, a Sophie le faltaba el aliento.

El tren esperaba en la estación. Ella lo ayudó a subir. El vagón iba vacío. Excepto el señor Marcus Aurelius Thompson, nadie quería interponerse en el camino de la guerra.

El tren dio una sacudida, se ladeó y paró, brincó hacia delante y empezó a avanzar lentamente. Tras unos cuantos kilómetros, los campos parecían rasos y abrasados, como si les hubieran pasado una plancha caliente por encima. Ya no era el mundo natural creado por Dios. Allí donde antes había casas, se alzaban ahora chimeneas, como lápidas, sobre montículos ennegrecidos.

En el siguiente pueblo les dijeron que ése era el final del recorrido. Él se indignó. Se negó a apearse del tren. Apareció el revisor y dijo: Señor Thompson, no hay inconveniente en que se quede en el tren. Espere aquí si lo desea; volveremos dentro de un rato.

Permanecieron de pie en el andén, con el equipaje al lado. Estaban al aire libre, a cielo descubierto. La estación había ardido hasta los cimientos. En el pueblo, más allá, no quedaba piedra sobre piedra, las casas y tiendas habían quedado reducidas a pilas de escombros humeantes. Había borra de algodón prendida de los arbustos. Más adelante, los raíles habían sido arrancados, sometidos a la acción del fuego y doblados en torno a árboles.

Sophie meneó la cabeza y se sentó en un trozo de muro. El anciano permaneció apoyado en el bastón, encorvado, volviendo la cabeza sin cesar a uno y otro lado con movimientos cortos y espasmódicos, como un pájaro posado en una rama. Supongo que querrás volver, ¿no?, preguntó.

No, señor.

Más te vale, porque me acompañarás aunque sea hasta el mismísimo infierno. Tengo que decirle unas cuantas cosas a mi hermano antes de que se muera.

Cuando el sol se acercaba al mediodía, vieron a un granjero en su carromato. Miraba el suelo a ambos lados mientras su mula avanzaba. El anciano agitó el bastón en el aire.

Usted nos llevará a Milledgeville, dijo. ¿Cuánto pide?

Mil dólares de Jeff Davis, contestó el hombre. Se echó a reír. Tostado por el sol y encorvado, iba envuelto en una casaca gris del ejército.

Le ofrezco algo mejor, dijo el señor Thompson. Le daré una moneda de oro de dos dólares del Tesoro de Estados Unidos. Y decida usted cómo va a subirme al carromato.

El granjero se alejó rodeando el pueblo y volvió con un sillón de orejas. Tenía bultos en la tapicería. Los faldones parecían impregnados de sangre. Sophie y el hombre levantaron al anciano por los codos y lo dejaron en la plataforma del carromato; una vez allí, él se sentó en el sillón. Sophie subió el equipaje, se encaramó con dificultad y se sentó en el banco lateral.

Nunca nos llevamos bien, el famoso juez Thompson y yo, dijo el anciano. La de cosas que yo podría contarte. Me lo imagino.

Nada de imaginaciones. Ese hombre era un ateo; ¿sabes lo que eso significa?

No creer en el Más Allá.

Así es. Un blasfemo contra Jesucristo nuestro Señor.

El hedor del ganado muerto junto a la carretera era insoportable. Con el calor del sol, se les había reventado el vientre. Sophie cogió un trozo de algodón que revoloteaba en el aire; luego sacó un frasco de colonia del morral, empapó el algodón y se lo ofreció.

¿De dónde ha salido eso?, preguntó.

Del tocador del ama.

¿Lo has robado?

Ella suspiró. He dejado su habitación tal como estaba. Todo en su sitio, como si ella siguiera allí. Si quiere seguir aguantando esa peste, allá usted, a mí tanto me da.

De acuerdo, de acuerdo, dijo él, cubierto el rostro por el algodón.

No debería decir esas cosas.

De acuerdo, dijo él.

La tenaz mula, con la cabeza gacha, seguía al trote sin detenerse. Las pocas casas que permanecían en pie estaban desvalijadas, con los cristales de las ventanas rotos, las puertas colgando de los goznes. Las dependencias anexas se habían derrumbado como naipes. Los graneros estaban vacíos, el forraje volaba suelto por los campos. De vez en cuando pasaban ante soldados sentados en el borde de la carretera que ni se molestaban en alzar la vista. De pronto un hombre empezó a seguirlos a trompicones, pidiendo algo para comer. ¡Largo, caballero!, exclamó el señor Thompson esgrimiendo el bastón. ¡Largo de aquí! En los campos, la gente recolectaba algo de rodillas. Pero ¿qué había que recolectar? Y el carromato un tiro en la cabeza a todo perro que veían.

Sophie vio a un soldado extraer granos de avena de una pila de bosta de caballo.

Como el puente del Oconee se había venido abajo, ocuparon su lugar en la cola del transbordador. Detrás quedaban los campos pisoteados donde habían acampado los casacas azules. Más abajo, al otro lado del río, estaba la capital del estado,

destruida. Espirales de humo se elevaban de los edificios incendiados.

¿Por qué tardamos tanto? El viejo Thompson se levantó del sillón y dirigió la palabra a los carromatos que los precedían: ¿Qué los trae a ustedes aquí? No soportaba la espera. Tenía que decirle unas cuantas cosas a Horace antes de que se lo llevara el diablo.

Más le vale no cansarse con tanta alteración, recomendó Sophie.

Tenía razón. Él volvió a sentarse, cerró los ojos y rezó para tranquilizarse. Con los ojos cerrados, olió un país muerto. Sophie, dijo, ¿soy el faraón?

Ella negó con la cabeza. Nunca sabía qué iba a salir por esa boca. Usted es usted, contestó.

Porque sí soy el faraón, estoy convencido. No necesito ranas, ni langostas, te dejas libre. Tú quieres tu libertad, y yo te la concedo. Y esto, dijo, agitando la mano, es lo que la acompaña. Esto es lo que obtienes junto con tu libertad de negra.

Le asomaron las lágrimas a los ojos. La maldita guerra no sólo había arrasado el país, sino también todas sus presunciones sobre la autoestima humana. Pobre y necia pretensión era una familia, una cultura, un lugar en la historia, cuando todo podía difamarse tan fácilmente. Y Dios estaba detrás de eso. Era obra de Dios, con la Unión como instrumento.

En realidad, él quería y admiraba a su hermano tanto como lo aborrecía. Se acordó de su hermano y él juntos, los dos jóvenes y rivales, y temió encontrar a Horace en la vejez y el sufrimiento ahora al final de la vida. Y al mismo tiempo que temía lo que podía encontrar, había una resistencia en ello, una resistencia al Dios que les había arrebatado toda presunción. Aun el amor horrorizado era amor, y eso Dios no podía destruirlo.

VII

Los carromatos médicos de Wrede acompañaron a la división enviada a Waynesboro, otro pueblo en esa misma carretera, para rescatar a la caballería en combate del general Kilpatrick. Sherman había desplegado a la caballería en un amago, y los rebeldes, creyendo que se disponía a avanzar hacia Augusta, opusieron una férrea resistencia. La estrategia dio resultado, pero las bajas fueron numerosas. Una vez afianzados en Waynesboro, Wrede instaló su hospital de campaña en la estación del ferrocarril. Fue tal la cantidad de heridos en la lucha cuerpo a cuerpo que los camilleros tenían que dejarlos en camillas de lona en el andén. Allí esperaban gimiendo, pidiendo agua. Emily Thompson se movía entre ellos con palabras amables para aliviar su sufrimiento en la medida de lo posible. Había descubierto, y Wrede había coincidido con ella, que para los hombres, los cuidados de una mujer proporcionaban un mayor consuelo. También los enfermeros militares habían reparado en el bálsamo apaciguador que constituía la presencia de Emily. Y ella había aprendido deprisa. A los hombres con heridas en el estómago o el pecho no había que darles más que un sorbo de agua. A aquéllos cuyo dolor era insoportable, les sostenía la cabeza delicadamente con la mano y les acercaba tintura de opio a los labios. A otros les ofrecía tazas de coñac. Los hombres hacían chistes malos ridiculizándose, o le agradecían sus atenciones con lágrimas en los ojos. A algunos les escribía las cartas mientras agonizaban.

Emily estaba asombrada de sí misma. Por haber salido en busca de Wrede Sartorius y haberse unido a él en la gran marcha como una desvergonzada. Por haber demostrado que era capaz de presenciar escenas horrendas. Por vivir a cielo descubierto como los hombres, sin las fruslerías ni los accesorios para el arreglo personal que en teoría las mujeres consideraban imprescindibles.

No sentía el menor remordimiento por haber traicionado sus lealtades sureñas. Y todo se debía a aquel médico de la Unión. Había sido absuelta por las trascendentes atenciones de Wrede a los heridos de guerra. Fuera del Norte o del Sur, militares o civiles, él no hacía distinciones. Incluso en esos momentos se veían uniformes grises entre los casacas azules tendidos en los camastros. Él, Wrede Sartorius, parecía estar por encima de las facciones en guerra. Era como un dios que intentaba restañar el flujo del desastre humano. Ella había perdido a toda su familia en la guerra y, sin embargo, le parecía que la comprensión de la tragedia bélica que él mostraba era superior a la suya. Había sido un gesto muy propio de él acompañarla a casa para ver a su pobre padre. Se sentía privilegiada cuando él le dirigía la palabra o se interesaba por su bienestar. Su acento no podía definirse exactamente como extranjero; era más bien una entonación que acaso se debiera a su habla formal. Ella no advertía en él ninguna de las señales que desde niña había percibido en los hombres. Wrede

sobrellevaba unas responsabilidades extraordinarias, era cierto, pero ella intuía que ni siquiera en circunstancias normales él se prestaría a estratagemas sociales. No exhibiría la galantería estudiada de los chicos sureños, quienes al mismo tiempo, como ella bien sabía, no se lo pensarían dos veces a la menor oportunidad de aprovecharse de ella.

Aun así, él otorgaba un reconocimiento masculino a Emily, una aceptación sutil de su presencia que no era del todo oficial.

Cuando acabaron de trabajar, era ya entrada la noche. Emily, en la puerta de la estación de ferrocarril, observaba a los enfermeros que, a la luz de las antorchas, subían a los amputados a las ambulancias. Tras adentrarse unos metros en el bosque, varios hombres cavaron la fosa para los miembros cercenados. Una cuadrilla de sepultureros llegó con su carromato cargado de ataúdes para llevarse a los muertos a un cementerio. Se registró a los cadáveres en busca de objetos personales: cartas, sortijas, diarios y los papeles de alistamiento que los identificaban. Se pidió a los comandantes de las compañías que escribieran el pésame oficial a las familias de los caídos.

Emily estaba agotada. No tenía aún la menor idea de dónde dormiría esa noche. En la estación, los enfermeros restregaban con arena el suelo y las mesas de operaciones. Sartorius, sentado ante el escritorio del jefe de estación, escribía sus notas a la luz de una lámpara de queroseno. Para realizar esta tarea, usaba sus anteojos de montura metálica, que a ella le parecían encantadores. Le conferían un aire juvenil, de estudiante concentrado en sus estudios. Y tenía unas manos hermosas, cuadradas y fuertes pero con los dedos blancos, largos y estilizados. ¡Qué destreza la de esas manos! Uno de los enfermeros le contó, porque ella todavía no se sentía capaz de presenciar los procedimientos quirúrgicos, que en el cuerpo el doctor tenía fama de amputar una pierna en doce segundos. Para un brazo tardaba sólo nueve. Los hospitales de campaña siempre andaban escasos de soporíferos. Nunca había suficiente cloroformo para todos, así que un soldado, tras recibir sólo un trago de coñac, tenía buenas razones para bendecir al médico que llevaba a cabo su cometido con la mayor rapidez.

Los hombres de Wrede les encontraron alojamiento: una casa en la calle Mayor que seguía razonablemente intacta, aunque tenía las ventanas hechas añicos y el revestimiento exterior marcado y astillado por la metralla. La dueña, una anciana viuda, los recibió en la puerta llorando. No me queda nada, dijo entre sollozos. Me han desvalijado. ¿Qué más quieren de mí? Suplicaba quejosamente, con las manos entrelazadas ante el corazón. Pero cuando vio a Emily, se cuadró de hombros, echó atrás la cabeza y adoptó una expresión imperiosa. Ustedes han ahuyentado a mis esclavos, han robado mis provisiones. Creía que no podían hacer nada más para mancillar esta casa, dijo a Wrede. Emily apartó la vista, demasiado abochornada para hablar. Pero Wrede no parecía escuchar. Ordenó a un soldado que trajera víveres para

la mujer y acompañó a Emily al piso de arriba.

Se detuvieron un momento en el rellano.

El cuerpo se reincorpora a la marcha antes del amanecer, dijo Wrede. Consultó su reloj de bolsillo. Disculpe, tendría que haberla dejado irse hace horas.

No he hecho nada en comparación con lo que se le ha exigido a usted en el día de hoy.

Él sonrió y movió la cabeza en un gesto de negación. Es tan poco lo que sabemos. Nuestro servicio médico no es menos bárbaro que la guerra que lo requiere. Algún día dispondremos de otros medios. Encontraremos hongos botánicos para atajar las infecciones. Restituiremos la sangre perdida. Fotografiaremos los huesos a través del cuerpo. Y muchas cosas más.

Wrede eligió una habitación, se despidió con un ademán, entró y cerró la puerta.

Emily se quedó pensando en lo que había dicho. No sabía si lo había oído bien.

Fue a su habitación, cerró la puerta, se desvistió y se acostó en una cama mullida por primera vez en muchas noches. Sin embargo, estaba lejos de conciliar el sueño. Nunca había conocido a un hombre cuyos pensamientos pudieran sorprenderla tanto. Ella era una mujer culta. Había ganado el primer premio de Redacción y Francés en el Centro de Enseñanza Superior para Jóvenes Episcopalianas de Santa María. Tras la muerte de su madre, desempeñó el papel de anfitriona en las cenas de su padre. Distinguidos juristas cenaron en su mesa. Siempre había sabido desenvolverse bien en las conversaciones, a menudo filosóficas. Sin embargo, era como si este médico pusiera en su cabeza imágenes de otro mundo, un mundo que ella sólo podía ver de lejos, que aparecía y desaparecía como si asomase entre nubes empujadas por el viento.

Yació con la mirada fija en la oscuridad. La cama estaba fría. Se estremeció bajo las mantas. No le gustaba su olor. En tiempos de guerra, los hombres de uniforme podían ocupar una casa con impunidad. ¿Acaso no había sufrido ella misma semejante intrusión? Pero al tratarse de una mujer era distinto. La anciana ha deducido sin más que yo soy una furcia, pensó Emily. Yo en su lugar habría llegado a la misma conclusión. Me he puesto en una situación comprometida. Nunca en la vida había yo dado razones a nadie para dudar de mi respetabilidad.

Se incorporó en la cama. ¿Qué diría papá? La asaltó una sensación de miedo gélido, como unas náuseas. ¿En qué había estado pensando? ¿Qué la había inducido a obrar así? ¡Lanzarse a ese vagabundeo por propia voluntad! De pronto estaba francamente asustada, temblando y al borde del llanto. Volvió a tenderse y se tapó hasta la barbilla. Por la mañana tenía que encontrar una manera de regresar a casa. Sí, eso haría exactamente. Su sitio estaba en casa y sólo en casa.

Esa determinación tuvo un efecto tranquilizador. Pensó en el hombre de la habitación contigua. Aguzó el oído, atenta a algún sonido que indicara que Wade Sartorius seguía despierto. No le habría extrañado que no necesitara dormir. Pero no oyó nada. Tampoco había luz en su habitación, ya que la habría distinguido a través

de su ventana, donde sólo veía la sombra de un gran árbol.

Wrede le había procurado una montura, y en la marcha ella cabalgaba junto a él. El sol salió cuando atravesaban un bosque de pinos descomunales, en su mayoría rectos y verdes sólo en las copas. Emily tenía la sensación de hallarse en un lugar sagrado, amortiguadas las pisadas de los caballos y las mulas e incluso los chirridos de los carromatos por el espeso lecho de pinaza marrón que cubría el suelo del bosque. Al clarear el día, vio avanzar por el bosque, a ambos lados, a la infantería que los cubría, desapareciendo y volviendo a aparecer como si actuara con discreción.

En la marcha pacífica e incesante por el pinar encontró una razón para admirar a los hombres. Como norteños, estos soldados estaban lejos de sus hogares y sus familias. No obstante, perseveraban y pisaban la tierra como si la tierra fuera su hogar. Se dio cuenta de que Wrede estaba hablando y no supo si es que había trasladado las palabras de él a su propia cabeza o si él le había adivinado el pensamiento.

Confieso que ya no se me hace raro no tener una morada, despertarme cada mañana en un lugar distinto, dijo. Marchar y acampar, y volver a marchar. Encontrar resistencia en un río o un villorrio y librar una batalla. Y luego enterrar a nuestros muertos y reanudar la marcha.

Es que ustedes llevan su mundo a cuestas, dijo Emily.

Sí, tenemos todo lo que define a una civilización, dijo Wrede. Tenemos ingenieros, intendente, asentador de real, cocineros, músicos, médicos, carpinteros, criados y armas. ¿Está impresionada?

No sé qué pensar. Lo he perdido todo en esta guerra. Y veo que la persistencia no está en las mansiones arraigadas de una ciudad, sino en lo que no tiene raíces, en lo ambulante. Un mundo flotante.

Es lo que se impone, observó Wrede.

Sí.

Y en medio de todo eso se siente segura.

Sí, susurró Emily, y en ese momento sintió que había revelado algo muy íntimo acerca de sí misma.

Pero supongamos que somos más bien una forma de vida no humana. Imagine un gran cuerpo segmentado que se mueve con contracciones y dilataciones a un ritmo de veinte o veinticinco kilómetros al día, una criatura de treinta mil metros. Es tubular y extiende sus tentáculos por las carreteras y los puentes que recorre. Envía a sus hombres a caballo como antenas. Lo consume todo a su paso. Es un organismo inmenso, este ejército, con un cerebro pequeño. Ese cerebro sería el general Sherman, a quien nunca he visto.

No sé si al general le gustaría oír semejante descripción de sí mismo, observó Emily con actitud solemne. Y a renglón seguido se echó a reír.

Pero era evidente que a Wrede le complacía el rumbo que habían tomado sus

pensamientos. Todas las órdenes a las que obedecen nuestros amplios movimientos parten de ese cerebro, dijo. Se transmiten a través de los generales, los coroneles y los oficiales de alto rango para distribuirse por el cuerpo que constituimos nosotros. Ése es el sistema nervioso de la criatura. Y ninguno de los sesenta mil poseemos más identidad que la de una célula en la principal función de esta criatura gigantesca, que es avanzar y consumir todo lo que encuentra.

¿Cómo se explica, pues, la presencia de los cirujanos, cuya misión es curar y salvar vidas?

La criatura se cura a sí misma. Y cuando no lo consigue, las muertes no tienen mayor trascendencia que la muerte de las células de cualquier organismo, que siempre serán sustituidas por células nuevas.

Otra vez la palabra «células». Emily lo miró con expresión interrogativa.

Wrede acercó su caballo al de ella. Es de lo que están compuestos nuestros cuerpos, dijo. De células. Constituyen la composición elemental, y sólo se ven mediante un microscopio. Diversas células con diversas funciones componen los tejidos, o los órganos, o los huesos, o la piel. Cuando muere una célula, crece una célula nueva en su lugar. Cogió la mano a Emily y la examinó. Incluso el tegumento de la mano de la señorita Thompson tiene una estructura celular, dijo.

Él la miró con aquellos ojos de un alarmante color azul hielo, como para comprobar si lo había entendido. Emily se sonrojó y, al cabo de un momento, retiró la mano.

Siguieron cabalgando. Ella sentía una dicha extraordinaria.

VIII

Estaban en la torre de la prisión militar, empapados y cabizbajos, mientras la lluvia fría les caía torrencialmente sobre los hombros y el goteo de las gorras les corría cuello abajo.

Will dijo: Estuve a punto de decirles quién era.

Sí, claro, dijo Arly, que estábamos allí escondidos y disfrazados, esperándolos sin más. Desde luego habría sido un gran acierto, cómo no.

Ya, pues mira dónde hemos acabado gracias a ti. ¿Es mejor nuestra situación que la de estos pobres yanquis a los que supuestamente vigilamos? Comemos la misma bazofia que ellos. Estamos aquí al raso bajo esta maldita lluvia igual que ellos. Así que, ¿dónde ves la diferencia?

Will, hijo, lo que te pasa es que no piensas.

¡Y para colmo me ponen una pistola en la sien hasta que juro lealtad a mi propio bando! ¡Como si yo no fuera quien soy! Con razón no confiaron en nosotros más que para mandarnos aquí arriba a cumplir con esta triste misión. ¿Qué harías tú en su lugar? Porque cómo vas a confiar en un hombre que hace un juramento sólo porque le ponen una pistola en la cabeza.

Bueno, el caso es que has vuelto a tu bando. Eso es lo que querías: nunca hiciste buena liga con la casaca azul que llevabas.

Capitán, tenía que haber dicho, soy tan secesionista como usted. Soy el soldado Will B. Kirkland del vigésimo Noveno Regimiento de Infantería de Carolina del Norte. No necesito ninguna pistola en la cabeza.

Y con eso habría bastado.

Exacto. Y habríamos recibido una gran bienvenida y una buena misión.

Ese capitán no te habría hecho ninguna pregunta que le permitiera seguirte el rastro hasta la cárcel de Milledgeville, donde estabas por desertar de tu Vigésimo Noveno Regimiento. Ni a mí, para averiguar que me quedé dormido durante una guardia en situación de combate.

El general aquel nos indultó.

Claro, y tienes los papeles que lo demuestran. Eh, Dios, ¿me oyes con esta lluvia? Heme aquí con este muchacho que cree que un ejército en guerra es algo razonable. Cree que un soldado es algo más que el uniforme que lleva. Cree que vivimos en unos tiempos y una vida regidos por la cordura, y tú sabes tan bien como yo que eso no es lo que concebiste para nosotros los pecadores.

Bueno, sea como fuere, tú dijiste que Dios tenía sus propios planes para nosotros, y no parece que sean éstos.

Estamos vivos, Willy, hijo mío. ¿Y por qué? Porque declaramos que éramos lo que aparentábamos ser, ni más ni menos. No obligamos a estrujarse la mollera a un

capitán rebelde corto de alcances. No le contamos ninguna historia rara como para que, al final, alterado, nos pegase un tiro por embusteros. Parecíamos de la Unión, y eso es lo que entendió. Y eso es lo que éramos. Y lo que ya no somos.

Doy fe de eso.

Sí, estamos mojados y tenemos hambre y frío en esta oscura noche de noviembre, pero seguimos vivos, lo que es mucho mejor que esos muertos que caen a tierra cada minuto en todos los estados de la Confederación. Y el hecho de que continuemos vivos, cambiando de bando según convenga, demuestra cierto talento por nuestra parte. Yo percibo el plan, desde luego, y lamento que tú no lo veas. Y rezaré para que Dios no te llame a capítulo por tu ingratitud. O para que no se desahogue conmigo.

Las guardias eran de dos horas con cuatro de descanso, pero al clarear el cielo todavía no los habían relevado. Había escampado y soplaban un viento que parecía traer la luz consigo. Por debajo de ellos apareció el campamento, anegado y desprovisto de toda vegetación, con riachuelos de agua cenagosa filtrándose a través de las paredes de la prisión militar. Los presos que no tenían un cobertizo para resguardarse se levantaban de los aguazales donde habían dormido. Con los primeros rayos de un sol frío, todos estaban en pie en el recinto, tiritando encorvados o dando brincos. A Will las toses y carraspeos que surgían de esa masa de hombres se le antojaron disparos de fusil. Todos se volvieron hacia los cobertizos de la cocina, pero no salía humo de las chimeneas.

Más allá de los muros exteriores de la prisión militar y entre los pinos, Will veía el río, que bajaba crecido e impetuoso a causa de las intensas lluvias.

Esa mañana olía especialmente mal por las letrinas salobres abiertas y porque la lluvia se había llevado parte de la tierra y había dejado medio descubierta la fosa común, justo debajo del puesto de guardia. Asomaban cadáveres aquí y allá. Will volvió la espalda a ese espectáculo e intentó aspirar algo del aroma del pinar que los rodeaba. Fue entonces cuando vio correr a los guardias con sus sabuesos y antorchas.

No mucho después, los prisioneros de la Unión —mojados, sucios, esqueléticos— eran conducidos como ganado por la calle, a través del pueblo de Millen, hacia el apartadero del ferrocarril. Todavía quedaban más de mil hombres, y pocos tenían el ánimo o las fuerzas para preguntar por qué abandonaban el campo de concentración de Millen. A ambos lados de la columna de prisioneros, cada veinte metros, guardias con los fusiles a punto, y algunos con perros guardianes, supervisaban la marcha. Arly se rezagó hasta situarse a la altura de Will. No vamos a ir en el condenado ferrocarril, dijo. ¿Me oyes?

Te oigo.

Allí a donde van la manduca es aún más escasa. Mírame y haz lo mismo que yo, indicó Arly.

Tenía que haberlo sabido, dijo Will.

En la estación había un largo tren con vagones de carga enganchados a dos

locomotoras entre el humo negro que expelían las chimeneas a cada resoplido y el siseo de las calderas. En cuanto se llenaba un vagón, cerraban y atrancaban la puerta corrediza. A algunos prisioneros, los que ya no podían caminar, los cargaban a hombros sus compañeros. Arly, seguido de Will, empezó a retroceder como para redoblar la vigilancia en cada vagón mientras se llenaba. Will se fijó en lo concienzudo que parecía Arly, con el fusil listo para disparar, la mirada alerta por si alguien intentaba fugarse. De este modo llegaron al último vagón, y en un momento en que los oficiales más cercanos habían desmontado y conversaban consultando sus mapas, Arly y Will rodearon furtivamente el último vagón y se escondieron detrás de la estación.

Desde allí tenían otra vista del río Ogeechee. En la otra orilla una línea de caballería de la Unión observaba impotente mientras sonaban los silbatos y el tren se ponía en marcha.

Algún día, dijo Will, iré a ver a uno de esos médicos de la cabeza... ¿cómo se llaman?

Frenólogos, contestó Arly.

Eso. Y le preguntaré —si por milagro aún vivo, claro está— qué trastorno tenía yo en la cabeza para decir amén a toda penalidad que concebías para nosotros.

No tienes ningún trastorno en la cabeza, dijo Arly. Reconoces el sentido común y la astucia refinada cuando se te explica bien.

Habían vuelto al campo de concentración, ahora vacío salvo por unos pocos presos moribundos en los cepos y varios más que habían muerto por la noche. Arly se desnudó, hizo un rebujo con el uniforme confederado y lo tiró a la zanja de las letrinas. En una especie de representación aleccionadora para Will, se revolcó desnudo por el barro y se emplastó puñados de barro en el pelo. A continuación se vistió los andrajos que había quitado a un cadáver. Después, lanzando voces y alaridos, empezó a saltar y correr de un lado a otro.

¿Y eso?, preguntó Will.

¡Tengo frío, imbécil!, exclamó Arly.

Al cabo de una hora, la infantería de la Unión había ocupado todo Millen. En la prisión militar, un destacamento de zapadores negros se dispuso a enterrar a los muertos y apilar tierra en la fosa común descubierta. Los oficiales inspeccionaron los cobertizos destinados a la cocina y el hospital, y también los cepos de madera. Observándolos desde detrás de un carromato, Will vio la cólera de aquellos hombres de la Unión. Cerraban los puños y maldecían y echaban pestes. Cabeceaban mientras iban que aquí para allá. Se estremeció bajo la gruesa manta de lana que le dieron. A Arly le castañeteaban los dientes, pero la expresión de su rostro era de serena satisfacción.

Se llevaron a cabo los preparativos para incendiar cuanto había a la vista. Unos cuantos hombres, provistos de antorchas, corrieron junto a las paredes de la prisión prendiéndoles fuego. Pronto los cobertizos ardían con un humo negro y espeso y

llamaradas irregulares. Cuando la ambulancia se alejó y repechó una cuesta, Will y Arly miraron atrás y vieron el humo que se elevaba también desde el pueblo. Los yanquis estaban reduciendo a cenizas todo aquello que llevase el nombre de Millen.

Mientras avanzaban al trote veloz de las mulas, Arly advirtió la suavidad con que se movían. Estas ambulancias llevan muelles, dijo. Maldita sea, tenemos que conseguir un carromato así. Los trasladaron a una carpa hospital levantada en el pinar donde había acampado el ejército. Se acostaron en camastros con mantas de lana y almohadas de verdad bajo la cabeza. Al cabo de un rato, se alzó el faldón de la entrada, y Will quedó atónito al ver a una mujer con una levita blanca. Llevaba un gorro de la Unión prendido al pelo. Buenos días, caballeros, saludó, y en ese momento el sol naciente iluminó las paredes de la carpa. Se arrodilló junto al camastro de Will, le levantó la cabeza y le acercó una taza de caldo a los labios. Él la miró a los ojos azules y ella le sonrió. Will no había visto a una muchacha tan hermosa en toda su vida. Sintió su mano cálida en la nuca. Lágrimas de gratitud asomaron a sus ojos, como si de verdad hubiera estado prisionero en el infausto campo.

En el camastro contiguo, con una gran sonrisa en la cara, Arly se acodó para contemplar la escena.

IX

Wilma Jones estaba tan acostumbrada a cuidar de los demás que incluso en la gran marcha hacia la libertad acabó siendo útil. El anciano que la llamaba «Hija» estaba sordo como una tapia y le hablaba siempre a gritos. Un bastón lo sostenía por el lado derecho, y ella lo sujetaba por el izquierdo. Llevaba un abrigo sin mangas, raído, y su brazo viejo y flaco era puro músculo, largo y fibroso. Se agarraba a la mano de ella con la fuerza de diez hombres. Cojeaba mucho, este viejo esclavo, pero no había manera de librarse de él. Era calvo, con un gorro de lana ceñido al cráneo, y desdentado, y tenía en la mejilla una antigua cicatriz, la marca de un hierro candente. ¡Pero seguía adelante! ¡No desfallecía! Y como a muchos viejos, le traía sin cuidado que lo viesan hacer sus necesidades. Ella no podía menos que cabecear y sonreír. Ese viejo le recordaba al juez. Había sido igual de exigente, esperándolo todo de Wilma como si ella no tuviera vida propia. Sólo que el juez Thompson no la llamaba «Hija», pues para eso ya tenía a la señorita Emily.

La gente había dejado de cantar y las mujeres sujetaban a los niños con fuerza. El paso elevado era estrecho y a ambos lados había agua cenagosa, densa e inmóvil; asomaban árboles del barro en todas direcciones. El aire apestaba y hebras de bruma se cruzaban en su camino.

Cuando llegaron al arroyo, les ordenaron que se apartaran a los lados en la orilla mientras los soldados pasaban al trote por el pontón. Wilma miró alrededor: cada vez eran más los esclavos liberados que llegaban y se veían obligados a esperar mientras cruzaba el ejército. Desde la otra orilla, varios oficiales a caballo observaban la maniobra. Permanecían inmóviles, a horcajadas sobre sus monturas. Había un general entre ellos, porque llevaba muchos galones dorados de los que lucían los mandamases. Wilma tuvo una premonición. Había oído lo que se contaba. Los rebeldes siempre iban pisándoles los talones. Alcanzaban a los negros rezagados y les pegaban un tiro o los devolvían a la esclavitud.

El arroyo bajaba crecido y la corriente era impetuosa. Lo atravesaba todo un ejército. Pasó una división tras otra, tirando de las cureñas y azotando las mulas. Hija, gritó el anciano, ¿por qué no estamos cruzando? Wilma corrió junto al paso elevado y detuvo a un oficial. Señora, dijo él, estamos librando una maldita guerra por ustedes. Sólo les pedimos que no estorben.

Varias mujeres y niños se habían echado a llorar. Era evidente que algo había cambiado, como el cielo, que se había oscurecido. Llegaban cada vez menos soldados, hasta que por fin los últimos atravesaron el puente. Wilma cogió al anciano del brazo cuando la multitud empezó a avanzar. Y luego no pudo ver por encima de sus cabezas, pero un gran lamento surgió de ellos: habían cortado las cuerdas y el pontón se alejaba de la orilla. Al otro lado del cauce, unos soldados tiraban de él para

llevárselo a rastras.

La gente no sabía qué hacer. Alguien anunció a gritos que venían los rebeldes. Wilma intentó permanecer donde estaba, pero el anciano la arrastraba hacia la orilla. ¡Yo soy un hombre libre!, vociferaba. ¡Yo soy un hombre libre! Al cabo de un momento ella no pudo seguir sujetándolo y él saltó al arroyo. Alrededor la gente gritaba, rezaba, importunaba a Dios. Algunos se adentraban en el agua y empezaban a cruzar a nado. Vio que unos zapadores negros lanzaban leños y arbustos al agua desde la otra orilla para que la gente se sujetara. Pero el viejo no sabía nadar. Agitaba el bastón en el aire y se retorció en la corriente y se hundía y volvía a asomar a la superficie agitando el bastón en el aire.

Algunas mujeres sostenían en alto a sus bebés y desafiaban a la corriente. Los hombres consiguieron improvisar una balsa con leños y jirones de lona, y con faldas de las mujeres y mantas. Los zapadores lanzaron una cuerda, y se impuso cierta apariencia de orden cuando empezaron a tirar de la balsa con cuatro o cinco personas cada vez. Pero los que continuaban apiñados en la orilla miraban atrás con miedo. Creyeron oír a los rebeldes aproximarse por el paso elevado y no pudieron esperar su turno. Sujetando sus hatillos y morrales, saltaron al río.

Wilma se encontró de pronto en la balsa. Ya casi en la otra orilla, la balsa se hundió en la corriente y volcó. Al asomar a la superficie, tosiendo y escupiendo agua, Wilma sintió que una mano la agarraba por el brazo. La depositaron en la orilla, chorreando agua. Un hombre negro y fuerte la había sacado del río con una sola mano. Ella se sentó en el suelo tiritando. Los que habían cruzado corrían en pos del ejército. Y en la margen opuesta se aglomeraba aún un centenar de personas, temiendo moverse. Mujeres y niños llorosos. Oyó disparos y creyó ver a hombres a caballo acercarse por el paso elevado.

Tome, señorita, dijo el hombre que la rescató. Le puso una manta alrededor de los hombros. Mejor no entretenerse. Dios ya dará a esa gente su libertad, sólo que no será ahora. Vamos. Era alto, llevaba una guerrera de uniforme desabrochada y unos pantalones harapientos, e iba descalzo. Cogió a Wilma de la mano y, tras ayudarla a levantarse, la condujo por la carretera. Ella continuó volviéndose, mirando atrás, hasta que el arroyo se perdió de vista. Pero los gritos cruzaban el cauce y parecían flotar por encima de ella entre los árboles.

X

Pearl no podía olvidar la noche de los soldados asesinados. Tumbados en el suelo duro e iluminado por la luz azul de la luna. Doce hombres como estatuas caídas. Y el teniente Clarke con la mirada perdida y tan sorprendido, tan sorprendido. Pearl se escondió en el linde del descampado y vio pasar a unos vecinos del pueblo con un carromato. Unos cuantos blancos, más dos negros para hacer el trabajo. Arrojaron los cadáveres al carromato como si manipulasen medias reses. Los siguió hasta el cementerio y los observó desde la maleza mientras empuñaban las palas. De vez en cuando los hombres alzaban la vista para comprobar si alguien los veía. Cuando acabaron de enterrarlos a todos, faltaba poco para el amanecer.

Pearl tiritaba sin control. Le castañeteaban los dientes. Se miró la mano y vio que aún tenía la carta de él. Para entonces el alba había desdibujado la luna y proyectado sobre el campo su propia luz gris, y supo que debía marcharse. Rodeó el pueblo a través del bosque en dirección a la carretera por la que habían llegado y el árbol junto a la carretera donde había escondido su guerrera y su gorra. Así, una vez más, se recogió el vestido, se lo remitió en la cinturilla del pantalón y volvió a ponerse el uniforme de tamborilero. Así disponía de un bolsillo donde guardar la carta.

Sin saber qué otra cosa hacer, Pearl apoyó la espalda contra el árbol, se deslizó por él hasta sentarse y esperó.

Despertó con el mugido de las vacas. Era plena luz del día y pasaba el ejército, hombres conduciendo ganado y cabras, cocheros arreando las recuas de mulas, soldados con fusiles al hombro marchando en fila por el borde de la carretera, y una gran nube de polvo elevándose de todo ese clamor.

Se levantó y se dejó ver. A veces le sonreían y le decían algo al pasar, los soldados, o de cuando en cuando un oficial a caballo le lanzaba un vistazo, pero nadie parecía dispuesto a pararse. Ella buscaba al cochero del carromato de su compañía que había dado la vuelta al iniciarse el tiroteo. Dos vagabundos ataviados con frac y chistera pasaron en una calesa llena de expolios. Pero ella no los conocía. Reían. Al verla, uno de ellos metió la mano en un saco y le tiró un boniato.

Sabía que el teniente Clarke y los demás no habían caído en combate. Si hubiesen caído en combate, por qué los vecinos del pueblo se habían dado tanta prisa en esconder los cadáveres. No, ella había oído la descarga de fusilería con toda claridad en medio del silencio. Había visto la sangre que llegaba hasta la puerta de la cárcel, y había visto a los hombres que yacían en el descampado, donde les habían disparado en fila. Estaban desarmados.

Tenía que contárselo a alguien. Pero todavía no estaba muy segura de poder hablar como una blanca, y si se expresaba con espontaneidad, se darían cuenta de que no era un tamborilero blanco. ¿Dónde estaba su maestro el teniente ahora que lo

necesitaba? En cuanto decidió que no diría una palabra, se plantó en medio de la carretera ante un oficial con hombreras doradas y le dirigió un saludo militar. Su gran caballo zaino, resoplando, cabeceó, se encabritó y caracoleó. ¡Qué diantre!, exclamó el oficial mientras Pearl permanecía inmóvil rozándose la gorra con los dedos.

El caballo se tranquilizó y el oficial miró a Pearl. ¿Es que no sabes que eso no se hace, niño? ¿Por qué no estás con tu compañía?

Muertos.

¿Qué dices?

Es... O sea... son...

¡Levanta la voz, muchacho!

Son... O sea... están...

Están ¿qué?

Muertos.

¿Es que no sabes dirigirte a un oficial?

Sí que sé.

¡Sí que sé, señor!

Sí, yo también, señor.

¡Baja la mano y ponte en posición de firme! Maldita sea, dijo el oficial a uno de los hombres que se había detenido a su lado. ¡Y encima se echa a llorar! ¿Ésta es la gente con la que estamos librando una guerra?

En ese momento se acercó un oficial a lomos de una montura no mucho más alta que un poni, de modo que casi tocaba el suelo con los pies. Con la guerrera polvorienta y medio desabrochada, un pañuelo atado al cuello, una gorra raída, la colilla de un puro en la boca y una barba pelirroja entrecana, no ofrecía ni por asomo un aspecto marcial. Pearl se acordaría de esa primera impresión del general Sherman, de que por su porte y atuendo nadie lo hubiera tomado por oficial, y ella no lo habría identificado como tal a no ser por la deferencia con que lo trató el hombre altanero que descollaba ante él sobre su elegante zaino.

A lomos de su pequeño caballo, los ojos del general quedaban prácticamente a la misma altura que los de ella. Vaya, dijo, aquí tenemos a un apuesto joven de la Unión. ¿Eres buen tamborilero, hijo?

Pearl asintió.

Uno ha de ser valiente para alistarse en el ejército y luchar por su país. Los tamborileros se exponen al fuego igual que el resto de nosotros, ¿no es así?

Sí, señor.

A veces también a mí me entran ganas de llorar. Sí, señor.

¿Y cuál es el problema?, preguntó al oficial del caballo zaino.

General, dice que ha perdido a su compañía. Cree que han caído.

¿Iban en vanguardia, hijo? ¿Pasaron anoche? Sí, señor, mi general.

Habrás sido Wheeler una vez más, dijo el general al oficial. Sufrimos unas cuantas bajas, imagino.

No, mi general, señor, intervino Pearl. No hubo ninguna batalla cuando asesinaron a mi teniente Clarke.

Pearl no pudo contenerse. Lloró desconsoladamente y, con la cara bañada en lágrimas, cogió las riendas del pequeño caballo del general y lo condujo a él y su Estado Mayor a través del pueblo hasta el cementerio, donde señaló la zanja recién cavada.

XI

Sherman vestía el uniforme andrajoso del recluta, y compartía asimismo sus penalidades. Dormía en una cañonera, y eso cuando dormía. Sólo lo atendía un criado y sus caballerizas se reducían a un único animal, un jamelgo indigno de un hombre de su rango. Aunque, siendo él quien dio órdenes de restringir el ejército a lo esencial, bien estaba que predicase con el ejemplo. Pero Morrison, militar formado en West Point y miembro del Estado Mayor del general, consideraba que todo eso era un tanto indecoroso. Morrison no entendía por qué un general, y menos aún un general como Sherman, que no ocupaba su puesto por un nombramiento político sino que era un auténtico profesional salido de West Point, no debía diferenciarse de los hombres bajo su mando. Tal vez cierta elegancia indumentaria y un poco de distancia darían algo de apresto al ejército que encabezaba. Los hombres podían luchar, desde luego, eso ya lo habían demostrado, pero la observancia firme y formal del rango y sus correspondientes privilegios generaba respeto. Un oficial al mando dependía del respeto, no del afecto: el respeto era más fiable y duradero, y habida cuenta de las adversidades de la marcha, tal vez ese afecto no perduraría.

Además, Morrison se sentía degradado. Era un ayuda de campo leal y llevaba a cabo su cometido como oficial de transmisiones impecablemente, bastando la expresión de su rostro para saber que se entregaba en cuerpo y alma al cumplimiento del deber. Pero le gustaban las comodidades y los privilegios. Sherman se había empeñado en privar al Estado Mayor de sus pabellones de campaña y de todas las monturas salvo dos por hombre. Morrison tuvo que dejar atrás su baúl, sus libros y su cocinero. Sólo contaba con su criado personal. No dijo nada, claro, pero no pudo evitar pensar que el general, en el fondo, se refocilaba imponiendo penurias a las que él, por propia naturaleza, estaba predispuesto, sabiendo de sobra que los demás no.

Pese a ser tan estirado y correcto, Morrison, un joven fornido y rubicundo con incipiente calvicie, era buen estudioso de la naturaleza humana, empezando por la suya. Era capaz de ver en su gusto por los lujos en campaña una suerte de debilidad, o una falta de seguridad por lo que se refería a la impresión que su persona causaba en el resto del mundo. De hecho, procuraba mantenerse en segundo plano y tenía la convicción de que Sherman lo toleraba sin apreciarlo demasiado. Eran dos hombres demasiado distintos. Ahora bien, Morrison sí tenía muy clara una cosa sobre sí mismo: él no simularía un estilo de mando tan cínico como para saludar a los reclutas y hablarles como un camarada en la marcha y a la vez quedarse impassible ante la pérdida de dos mil quinientos hombres en el monte Kennesaw. Había visto la reacción del general en ese momento: un instante de decepción por el resultado y a continuación el planteamiento de la siguiente estrategia.

Después de tomar Atlanta, el general fingió tomar a risa el correo que llegó, los

elogios, las expresiones de gratitud rayanas en veneración. Su correspondencia, que Morrison escribió al dictado, exhibía una rectitud serena, una modestia que estaba en contraste directo con el júbilo de su alma por su propia y triunfal rehabilitación y el palmario sentimiento de superioridad sobre todos aquellos, el Presidente inclusive, que le habían dado la enhorabuena. Todo esto no lo supo Morrison sino por el tono de voz con que le dictaba, la hipócrita risa de autosuficiencia tras una frase autocrítica especialmente elegante, o el impaciente ir y venir de un general tan ufano de ser quién era que no podía evitar estremecerse de entusiasmo antes de adoptar de nuevo su semblante serio y salir de su estudio para recibir al último político que se presentaba para alabarlo.

Y ahora este último ejemplo de las prerrogativas de un general: por un simple capricho, incorporaba al Estado Mayor a aquel tamborilero, que además era un chico extraño, hablaba poco y no hacía gran cosa salvo sentarse a su lado y escuchar las deliberaciones militares más secretas. Era una lástima que el teniente Clarke hubiera muerto, pero ¿significaba eso que no podía asignarse el tamborilero a otra compañía?

Morrison se confió al coronel Teack, que permanecía al lado de Sherman desde Shiloh.

En fin, verás, dijo Teack, fumando en su pipa de espuma de mar, hace dos veranos el general no quiso concederse un permiso, así que su familia vino desde Ohio a visitarlo. La señora Sherman y sus hijos, incluido Willie, dijo Teack, como si eso lo explicara todo.

Morrison lamentó de inmediato haber iniciado la conversación.

Por entonces estábamos en Vicksburg, prosiguió Teack. En ningún sitio se padece el calor del verano tanto como en Vicksburg.

Morrison esperó.

Y su hijo Willie, un niño norteño, sucumbió, dijo Teack. Fue muy triste, porque él no tenía nada que ver con la guerra. ¿Cómo? ¿Murió?

Tal cual, de tifus, contestó Teack. Y ahora, este tamborilero... ahí hay algo extraño. El chico es raro, eso no lo niego. Pero aunque lo sea, sirve de consuelo a un padre que llora la pérdida de su hijo. No hace falta ir a Harvard para darse cuenta de que, en la cabeza del general Sherman, ocupa el lugar del pobre hijo muerto. Y queremos que esa cabeza esté en pleno uso de sus facultades, ¿no es así, Morrison?

Claro.

Porque no siempre lo ha estado, dijo Teack, y se dio media vuelta.

Sin embargo, fue el coronel Teack quien, discretamente, hizo averiguaciones. La compañía de aprovisionamiento del teniente Clarke no tenía asignado ningún tamborilero. Su regimiento había perdido a uno en los alrededores de Milledgeville, pero estaba destinado en una compañía de infantería. Tal vez Teack habría intentado encontrar a algún superviviente de la escaramuza de Sandersonville y hablar con él, pero creyó descubrir la solución al misterio en los ojos de color avellana de Pearl, que

cuando le miraban, destellaban con una rebeldía impropia del más humilde de los reclutas.

En cualquier caso, siendo como eran las condiciones en campaña, Pearl no pudo guardar su secreto mucho tiempo. Pronto Teack y los demás miembros del Estado Mayor tuvieron sobradas razones para convencerse de que este extraño muchacho, parco en palabras y taciturno, era en realidad una muchacha. Y siendo las que eran las circunstancias en aquella guerra, supieron que, por blanca que fuese, tenía que ser negra. Llegados a este punto, prevaleció el sentimiento de protección para con el general Sherman. Sin entrar en discusiones, con poco más que un cruce de miradas, los oficiales acordaron ocultar el secreto de Pearl a su comandante.

Delegaron en el criado de Sherman, el sargento Moses Brown, la responsabilidad de evitar que el general o cualquier otro integrante del ejército conociera la verdad, y él cumplió bien con su cometido. Se aseguró de salvaguardar la intimidad de la muchacha cuando se ocupaba de su aseo personal. Un día, tras acampar, construyó con maleza una especie de choza junto a un arroyo para que Pearl pudiera bañarse sin que nadie la viera.

A todo esto, Pearl aceptó la situación como si se considerase con derecho a ello. Moses Brown, hombre muy formal, no daba la menor señal de tener una opinión formada sobre ella o sobre las órdenes de velar por ella. Hacía bien su trabajo, mostrándose protector y paciente. Ella se lo agradecía. Llegó a tenerlo en la misma estima en que había tenido a Roscoe allá en casa. Pero no sentía especial agradecimiento hacia aquellos oficiales que conspiraban para protegerla. Todavía lloraba la pérdida del teniente Clarke. Guardaba en el bolsillo del pecho la carta que él había escrito. Guardaba en el bolsillo del pantalón las dos monedas de Roscoe. Llevaba su chal rojo bordado en oro debajo de la guerrera. Esos objetos eran su patrimonio. En cuanto al general, Pearl no tardó en darse cuenta de que tenía menos razones para temerlo a él que a cualquiera de los demás hombres. Le gustaba verla comer bien y creía que hablaba poco a causa de las horrendas escenas que había visto en la refriega de Sandersonville. ¿No quieres decirme cómo te llamas, hijo?, preguntaba. Y ella negaba con la cabeza. Por la noche Pearl se acostaba en su cañonera y lo oía dar vueltas por los alrededores, incapaz de dormir. Olía el humo del puro y lo escuchaba rondar entre las tiendas. Supuso que dedicaba la noche a pensar. Y de día, cuando era posible, lo escuchaba conversar con sus hombres y repetía sus palabras para sus adentros esforzándose por aprender el habla de los blancos. En la marcha, al general le gustaba preceder al carromato donde tenía su cuartel general, luego retrocedía hasta el final de la marcha. Todos los hombres lo reconocían y le gritaban cuando él los saludaba. Lo llamaban Tío Billy, y una mañana, cuando preguntó a Pearl cómo se sentía, ella le dio una alegría al contestar: Gracias, Tío Billy, estoy bastante bien.

XII

A un día de marcha de Savannah, el Decimoquinto Cuerpo se encontró de pronto en una carretera minada por los rebeldes. Se produjeron dos o tres explosiones amortiguadas que no se parecían a nada que hubieran oído antes los hombres. La infantería se puso a cubierto. Todo se detuvo. Un jinete se acercó al galope para llevar la unidad hospitalaria de Wrede a la cabeza de la marcha.

Hacía calor para el mes de diciembre. Arly y Will siguieron al coronel en la Ambulancia Número Dos. El avance fue lento por la morosidad con que se apartaban los carromatos, reacios los cocheros a pisar con las ruedas la tierra blanda de los márgenes del camino.

Al frente de la columna, la carretera estaba salpicada de cráteres. Hombres y caballos habían salido despedidos hacia los campos. Los enfermeros de Wrede sacaron las camillas y se dispusieron a recoger a quienes continuaban vivos. Emily Thompson atendía a un muchacho con una pierna cercenada por la rodilla. Le aplicó un torniquete en el muslo. Justo al otro lado de la cerca yacía un cuerpo decapitado. Fue una carnicería horrenda la de aquel día cálido de diciembre.

Un oficial daba consuelo a un herido, y Wrede tuvo que pedirle que se apartara. Por favor, dijo. A la vez que retrocedía, el oficial dijo a Wrede: Ahora vemos a esos rebeldes como los asesinos que son. No son soldados. Los soldados dan la cara y pelean, no hacen esto. Se volvió y gritó: ¡Preboste! ¡Tráigame a unos prisioneros, haga venir aquí a unos cuantos prisioneros, maldita sea! A diferencia de Wrede, Emily se dio cuenta de que ese oficial era el general Sherman.

A poco menos de un kilómetro a la izquierda había una arboleda, y delante se alzaban una casa y un granero. Ése será nuestro hospital, dijo Wrede.

Llevaron a varios prisioneros. Les dieron picos y palas y les ordenaron marchar en formación cerrada por la carretera. Encontrarán cada una de las minas plantadas ahí, dijo Sherman, o volarán por los aires en el intento. ¡Dios mío! Tenga piedad, general, dijo uno de ellos, esto no lo hemos hecho nosotros. ¡Adelante!, ordenó Sherman, y asestó un puntapié a aquel hombre. Luego levantó los brazos y empujó el aire para indicar a todos que retrocedieran.

Tras unos pasos vacilantes, los prisioneros, gimoteando y temblando de miedo, tiraron sus herramientas, se arrodillaron y empezaron a buscar las minas con los dedos. A gatas, tanteaban el camino como ciegos. Cada vez que encontraban algo, prorrumpían en un griterío. Los ingenieros de Sherman examinaron el primer artefacto, dedujeron cómo se había construido y lo desactivaron. Se encontraron seis minas, todas del mismo diseño. Alojadas en cilindros de cobre, su sensibilidad a la presión tan sólo requería la fricción de una cerilla y tenían la potencia detonadora de un obús.

Arly y Will cargaron su ambulancia de hombres que gemían y se desangraban. Bajo la lona se extendían a lo largo dos hileras de repisas. En medio de la carretera vieron a un tamborilero que se miraba un pie descalzo, manchado de sangre. No parece que estés muy mal, hijo, dijo Arly, pero te recompondremos de todos modos. ¡Dejadme!, gritó el chico. Arly lo sujetó por los hombros y Will por las rodillas, y pese a los chillidos y contorsiones del muchacho, lo llevaron al carromato.

Sólo cuando vio a Emily, que lo miraba desde el fondo de la ambulancia, el tamborilero se tranquilizó y consintió en subir. Pero tenía los ojos anegados en lágrimas, y Emily pensó que poseía un rostro de rara belleza.

Will, por su parte, permaneció absorto en la enfermera Thompson por un momento mientras Arly, sin esperar ni ese momento, ocupó su lugar en el pescante y puso las mulas en marcha. Will tuvo que echarse a correr y montar de un brinco. Entre un coro de lamentos, maldiciones y alaridos, las mulas avanzaron al trote por la carretera hacia la casa en el linde del bosque. Los adelantó un grupo de soldados a caballo que iba a medio galope en la misma dirección, y Emily vio pasar de largo también a Wrede.

A cada surco o bache del camino se armaba un griterío. Delante, Will, con los hombros encorvados, dijo: El sufrimiento de un hombre es digno de lástima. Pero cuando es un coro desgañitándose, sólo puede ser que estés en el infierno.

Pero, Will, hijo, yo sólo conseguí este servicio de ambulancia para que te embobes con la señorita Thompson.

Por ese lado, descuida. Yo nunca podré aspirar a una mujer de su condición.

¿Cómo puedes saber la condición de una mujer si no la pones a prueba?

Desde que soy un soldado de la Unión en pie, ya ni me ve.

Pues entonces piensa en Savannah. Pasaremos la Navidad en Savannah. Allí las damas sí te verán. Te harán monerías bajo el muérdago. Comeremos oca de Navidad y pudin con pasas. Y cuando acabemos con todo eso, volveremos a unirnos a la marcha.

Yo no pienso volver. Este que viste de azul no soy yo. ¿Para ir adónde?, preguntó Will al cabo de un rato.

Hasta Richmond, quizá, y por mí como si es hasta el Polo Norte. La marcha es una nueva forma de vida. Bueno, tampoco tan nueva. Te apropias de lo que necesitas donde sea que estés, como un león en la llanura, como un halcón en la montaña, que también son criaturas del Señor, como recordarás. Puede que las bestias estén bajo nuestro dominio, pero no nos vendría mal tomar ejemplo de ellas para alguna que otra cosa. A mí nunca se me ha dado bien echar raíces en un sitio, con la misma vista en la ventana cada mañana y la misma mujer en la cama cada noche. Así sólo deberían vivir los muertos en sus tumbas, dijo Arly entre los gritos ahogados y las plegarias apremiantes y las súplicas de agua que se elevaban en la cálida mañana de diciembre.

La pequeña casa elegida por Wrede como hospital de campaña estaba

deshabitada. La puerta de la entrada batía colgada de las bisagras. Los cristales de las ventanas estaban hechos añicos. En la planta baja sólo había dos estancias, un salón y una cocina. Los dos dormitorios de arriba eran pequeños, con poca altura debido al techo abuhardillado, y se concentraba un calor sofocante por el sol.

Wrede escogió el salón como quirófano. Sus enfermeros lo vaciaron de muebles y en cuestión de minutos habían instalado las dos mesas, traído las sábanas, extraído agua del pozo, abierto el botiquín y dispuesto el instrumental quirúrgico.

Fuera, sacaron a los ocupantes de las ambulancias. Dejaron a los heridos en camastros delante de la puerta, a la sombra de un roble. Cerca de una docena de soldados de caballería inspeccionaron los alrededores, sobre todo la arboleda detrás de la casa, y se distribuyeron en piquetes de vigilancia.

Emily se quedó fuera con los heridos, procurando que se sintieran cómodos hasta el momento de entrar en el quirófano. Cuando le llegó el turno al tamborilero, lo acompañó, caminando junto a la camilla y cogiéndolo de la mano. Era una mano suave, pequeña. El chico estaba bastante tranquilo, pese al miedo que revelaban sus ojos, pero cuando lo pusieron en una mesa y los enfermeros de Wrede le acercaron unas tijeras a los bajos del pantalón, él lanzó un alarido e intentó levantarse, escurriéndose y chillando, retorciéndose igual que un potro salvaje, como dijo uno de los hombres con una carcajada.

En ese momento Emily comprendió que la reacción del chico era la misma que habría tenido ella en idénticas circunstancias. Los soldados a punto de ser intervenidos a menudo se resistían; pero para ella, por alguna razón, el significado esencial de lo que allí ocurría estribaba en el hecho de que los enfermeros pretendieran imponer su voluntad. ¿Se debía sólo a la edad del muchacho? Los enfermeros cumplían con su obligación, pero, sin saber por qué, Emily se sintió en el deber de detenerlos. Y de pronto, al interpretar la mirada de angustia que le dirigió el niño, su intuición se convirtió en certeza. No, no, esperen, un momento, dijo, y se interpuso entre los enfermeros y la mesa.

Al otro lado del salón, Wrede, que atendía a un paciente, y sus ayudantes, que lo asistían, estaban en una actitud de tan intensa concentración que todo lo demás quedó al arbitrio de ella. A la sazón contaba con un respeto en el destacamento médico que se debía sólo en parte a la seriedad de su dedicación al trabajo. Fueron las atenciones que Wrede le dispensaba lo que en ese momento le sirvió de credenciales para ordenar a los hombres que subieran al paciente al piso de arriba. Y llevadme toallas y una palangana de agua, añadió.

A solas con Pearl, Emily Thompson le quitó el pantalón y le enjugó la sangre de la pierna.

¿Sabes qué es esto?

Sí, señora.

¿Es la primera vez?

Ajá.

¿Te duele?

Qué va.

No hay por qué asustarse, ¿verdad?

Pearl no se asusta por tan poco.

Ahí te creo, repuso Emily, mirándola a los ojos.

Y las dos mujeres se sonrieron.

XIII

Sherman dirigía los binoculares hacia el fuerte McAllister, que protegía Savannah desde el sur, un terraplén parapetado de formidable altura con un barranco delante y, para obstruir el paso, abatidas hechas de robles talados y caballos de Frisia cuyas ramas desprovistas de fronda, aguzadas, constituían puntiagudas púas. Era media tarde. Estaba con Morrison, su oficial de transmisiones, en el tejado de un molino en la margen izquierda del Ogeechee, a dos o tres kilómetros. Por encima de ellos, en una vigía construida a toda prisa por los ingenieros, estaba el encargado de señales de Morrison, que permanecía en comunicación con el de la escuadra del almirante Dahlgren, fondeada en el estrecho de Ossabaw. Allí estaba la Armada, pues, con la ropa y los zapatos, las provisiones y el correo que los hombres anhelaban desde hacía semanas. Pero no podía remontar el río hasta que se tomase el fuerte.

Atrincherados en un gran arco de asedio en la marisma al sur y al oeste de la ciudad, los Cuerpos Decimocuarto, Vigésimo, Decimoséptimo y Decimoquinto esperaban agazapados en aquellos albañales de agua de canal y arena. Sus hombres, desanimados, tenían frío y hambre después de atravesar un territorio arenoso y yermo que daba paso a arrozales anegados donde no había aprovisionamiento posible. No podían encender hogueras para calentarse por temor a la metralla de las armas rebeldes. A varios kilómetros detrás de ellos esperaban los carromatos con las galletas, el café y el ganado, pero nada podía adentrarse en esas tierras encharcadas y frías hasta que se tomase la ciudad.

Su división asaltará el fuerte McAllister, había dicho Sherman al general Hazen. No voy a andarme con contemplaciones. He llegado hasta aquí y mi ejército quiere su premio. Tomaremos el fuerte McAllister y Savannah será nuestra.

Ahora veía avanzar los regimientos de Hazen hacia sus posiciones a través del bosque y detenerse en el linde. Comuniqué al almirante Dahlgren que el asalto está a punto de empezar, dijo Sherman. Luego ordene a Hazen que empiece. Sí, que empiece ya, que empiece ya, dijo Sherman.

Al cabo de un momento las líneas azules aparecieron en formación al borde del bosque e iniciaron su avance: un trote veloz, las armas listas, a campo traviesa bajo el sol vespertino en dirección al fuerte, a unos ochocientos metros. De inmediato los Napoleones rebeldes tronaron y arrojaron sus proyectiles esféricos. Las líneas, ahora lo veía, convergían desde tres direcciones —norte, sur y a lo largo de la capital—, con los estandartes enarbolados. Dios mío, son magníficos, exclamó Sherman. Al cabo de un momento el humo de los cañones envolvió la escena como la bruma, y el viento llevó a Sherman el olor acre de la pólvora quemada. Y ahora sólo los caprichos del viento le permitían ver instantes concretos de la acción, imágenes fugaces e hipnóticas como si, pensó, el humo fuera el velo diáfano con que danza la diosa de la

guerra. Y he sido seducido, dijo Sherman en voz alta a Morrison, desconcertándolo.

Sin embargo, esas imágenes fugaces bastaron a Sherman para ver cosas que le aseguraron el éxito del asalto. Los rebeldes habían dejado árboles caídos en el campo de batalla donde sus hombres podían ponerse a cubierto y devolver el fuego. Y los cañones no disparaban desde troneras: sus francotiradores matarían a los artilleros. Y mientras escuchaba, el ritmo del cañoneo pareció ralentizarse. El humo blanco de la batalla empezó a levantarse, y ahora veía a sus hombres trepar por el glacis desde el barranco, algunos volando por los aires a causa de las minas allí colocadas. Pero las líneas azules seguían avanzando, cada vez más numerosas, y se ganó acceso al parapeto. Veía a los soldados en la lucha cuerpo a cuerpo. Sherman tuvo que bajar los binoculares, tan embargado por la emoción que fue incapaz de seguir mirando. Admiraba a un hombre valiente. Regimientos enteros de hombres valientes le arrancaban sollozos de júbilo.

Pasados unos minutos, a saber cuántos, el capitán Morrison anunció: ¡Ya es nuestro, señor, veo los estandartes! Y era verdad. De pronto cesó el fuego, y oyeron un gran vocerío en el campo de batalla. Y con los binoculares Sherman vio a sus hombres alzar los puños y disparar los mosquetes al aire.

Ya había anochecido cuando Sherman llegó al fuerte. Hizo la inspección y felicitó al oficial al mando de la defensa, un joven comandante que reconoció que no se esperaba un ataque ya tan avanzado el día.

Había salido la luna, e iluminaba con luz blanca y fría a los muertos, que yacían allí donde habían caído. Pero entre ellos estaban los soldados dormidos del propio Sherman. Sus hombres habían encontrado comestibles y vino en las bodegas, y ahora dormían.

Sentado sobre un barril con las piernas cruzadas, un puro en una mano y una copa de vino en la otra, Sherman observó la naturalidad con que sus hombres aceptaban a los muertos, hasta el punto de tumbarse a su lado con tal despreocupación. Todos dormían, aunque algunos eternamente. Apenas se dio cuenta de que su criado, Moses Brown, le echó el abrigo sobre los hombros. Sus pensamientos tomaron por estos derroteros: ¿Y si el muerto sueña como sueña el que duerme? ¿Cómo sabemos que no hay una mente póstuma? ¿O que la muerte no es un estado onírico del que los muertos no pueden despertar? Y quedan así atrapados en el siniestro universo de terrores tan amenazantes como los que he conocido en mis pesadillas.

La única razón para temer la muerte es que no es un final real e insensible de la conciencia. Ésa es la única razón por la que temo la muerte. De hecho, no sabemos qué es salvo una profunda humillación. Comprenderla no está a nuestro alcance. Como general, considero la muerte de uno de mis hombres, ante todo, una desventaja numérica, un apunte en la columna de pasivo. Sólo puedo definirla así. Es una concepción utilitaria de la muerte: mi capacidad de librar una guerra se ve reducida en una unidad. En los primeros años de la guerra, cuando perdimos a tantos hombres,

el Presidente reclutó a trescientos mil más, así de sencillo. Por tanto, ¿cómo puede él, el Presidente, entender la muerte, entenderla de verdad?

Todo hombre tiene una vida y un espíritu, los hábitos de pensamiento y la personalidad que lo definen, pero en la masa se uniforma. Y al margen de lo que un hombre piense de sí mismo, para mí es un arma. Y lo que él sea en particular es sólo asunto suyo y de ninguna utilidad para el general. Y por eso el generalato mengua la imaginación del general.

Pero eso puede decirse también de estos soldados, que han combatido y comido y bebido y conciliado el sueño satisfechos de sí mismos, y con cierta razón: ¿Cómo van a imaginar la muerte si son capaces de acostarse en medio de ella? No comprenden su significado mejor que yo.

¿Quién queda, pues, aparte de las mujeres? Tal vez ellas lo sepan. Ellas nos dan el ser, así que tal vez sepan qué hay en la otra vida. Pero hablan a menudo del cielo y el infierno. Yo no doy crédito alguno a ideas tales como cielo e infierno. ¿Y el destino? En la guerra un destino es accesorio. A decir verdad, nada resulta tan sobrecogedor como el destino si uno por casualidad levanta la cabeza en la trayectoria de una bala de cañón. Como el negro que murió el otro día junto a la vía del ferrocarril a menos de diez metros de donde yo estaba: vi acercarse la bala, un proyectil esférico de treinta y dos libras, y grité, pero cuando él se volvió, la bala rebotó en el suelo y le desgajó la cabeza. Eso no fue el destino. Hay demasiados proyectiles en el aire para que el destino de alguien sea morir por el impacto de uno de ellos. Del mismo modo que los hombres puestos a combatir en gran número atribuyen escasa importancia a la muerte de cualquiera de ellos.

En esta guerra entre estados, ¿por qué la razón para combatir habría de contar para algo? Ya que si la muerte no importa, ¿por qué habría de importar la vida?

Pero, claro, yo no puedo creer esto porque enloquecería. Willie, mi hijo Willie, ay hijo mío, hijo mío, ¿puedo yo decir que su vida no me importaba? E imaginar su cuerpo en la tumba no me aterra menos que pensar que no está atrapado en sus sueños mientras está en su ataúd. Sea como fuere, es insoportable.

Es por el temor a mi propia muerte, sea lo que sea, que arrancararía la inmortalidad a esta guerra asesina que estoy librando. Viviría eternamente de generación en generación.

Y así el mundo con sus creencias vuelve de pronto a ocupar su lugar. Sí. Ahora hay que ocuparse de Savannah. La sitiare y exigiré su rendición. Tengo una causa. Tengo un mando. Y lo que hago, lo hago bien. Y, que Dios me ampare, pero me emociono con los elogios de mis iguales y las muestras de veneración de mis compatriotas. Existen los hombres y las naciones, existen el bien y el mal. Existe esta Unión. Y no debe sucumbir.

Sherman apuró el vino y lanzó la copa por encima de las trincheras. Tambaleándose, se puso en pie y miró alrededor, en todas direcciones, a la luz de la luna. ¿Y dónde está mi tamborilero?, preguntó.

XIV

La primera ciudad que había visto Pearl era Milledgeville, pero no era una ciudad tan imponente como esta Savannah, con sus pequeños parques por doquier con fuentes y verjas de hierro y los grandes robles cuajados de musgo y los majestuosos edificios del Juzgado y la Aduana y los barcos en el puerto. Y era verdad que habían levantado los adoquines de algunas calles y los habían apilado en las esquinas para que los soldados confederados se parapetasen, pero al final eso no ocurrió. Habían huido al otro lado del río Savannah, dejando el combate para otro día. En los muelles había tiendas y almacenes abiertos donde las tropas de la Unión descargaban comestibles. Había salido el sol, y ella viajaba en un carruaje igual al de los Jameson, con la señorita Emily y esos dos cocheros de ambulancia que, sentados delante, las acompañaban en su paseo. Cada día parecía haber un nuevo desfile, y ahora estaban detenidos en una esquina mientras pasaba uno. Se levantó para verlo, y cogió a la señorita Emily de la mano hasta que también ella se puso en pie para verlo. Una música impresionante aquélla, el redoble de los tambores muy superior al que ella conseguiría nunca con su monótono compás, y los rayos del sol reflejados en los instrumentos de viento con destellos equiparables a su estruendo, y los trinos de flautas y flautines por encima de la música como pájaros posándose en ella, y los bufidos de las grandes tubas por debajo, y por detrás de todo los dos enormes bombos anunciando la aparición de las columnas de casacas azules con uniforme de gala. ¡Y todas las banderas de la Unión!

Oyó por debajo de la música los acompasados pasos de los soldados, un sonido suave, y cuando la banda se alejó por la calle y las compañías de casacas azules siguieron desfilando, sólo oyó sus pasos al marchar, un susurro de pies calzados, casi silentes, y de no ser por los gritos de los sargentos en los flancos, y los estandartes al viento para recordárselo, habría pensado que era muy triste ver a esos hombres con los fusiles al hombro alardeando de su victoria y al mismo tiempo mirándola a los ojos como si estuvieran sometidos, igual que ella lo había estado, a una servidumbre, aunque tal vez no desde su nacimiento.

El gentío se había congregado a ambos lados de la calle para ver el desfile. En la otra acera, Wilma, llevando de la mano a Coalhouse Walker, cruzó una verja de hierro forjado, entró en el jardín delantero de una casa con tejado abuhardillado y se detuvo con él detrás de los setos.

Qué pasa, señorita Wilma, preguntó él con su voz grave. Ella, incapaz de contestar, cerró los ojos y meneó la cabeza con el puño en la boca.

Dígamelo, insistió él.

Es la señorita Emily, respondió ella por fin. Yo era esclava del juez Thompson.

Mire, pero que ella no lo vea. Va en un carruaje conducido por hombres del ejército, y con otra chica blanca. ¿La ve?

Él atisbó por encima del seto. No, señora. Se ha acabado el desfile, dijo; todo el mundo se ha puesto en marcha. Se volvió y le sonrió. Además, dijo, usted es libre, ¿es que ya no se acuerda?

Wilma rompió a llorar. Él la abrazó. Vamos, vamos. Hemos llegado hasta aquí desde muy lejos. Es una mujer fuerte y sana que ha caminado bajo la lluvia y el frío, algunos días sin nada que comer, y nunca he visto una lágrima en sus ojos. Y aquí, ahora que lo peor ya ha pasado, en esta ciudad libre donde brilla el sol, llora por cualquier cosa como una mujer corriente. Se echó a reír.

Lo siento, dijo Wilma, y se rio, aunque seguían asomándole las lágrimas.

En ese momento salió al porche una mujer con un perro sujeto de una correa y se quedó mirándolos.

Se marcharon, cerrando la verja al salir, y se alejaron cogidos de la mano.

Desde luego tenía razón, ese buen hombre. La había sacado del río y se había hecho cargo de ella. Wilma nunca había visto a un hombre tan fuerte. Se había alistado como zapador; a medida que el ejército avanzaba, él talaba árboles y atravesaba los troncos en la carretera cuando llovía. Ella lo había visto arrancar los raíles de las traviesas del ferrocarril a palancadas, había visto la hermosa y delicada piel de su pecho relucir por el esfuerzo bajo el sol, el movimiento de los músculos en los brazos y los hombros; y cuando se volvió de espaldas, ella vio las gruesas cicatrices y ahogó una exclamación, por más que él no les concedía la menor importancia. Era un hombre hermoso, su negrura de un intenso tono violáceo a la luz del sol.

Se habían conocido gracias a Dios, y durante la marcha él se las había arreglado para cumplir con sus obligaciones y al mismo tiempo cuidar de ella, buscándole ropa seca y un abrigo del ejército para resguardarse del frío, compartiendo las raciones cuando había, manteniéndola a su lado cuando era posible y, si no, dejándola a salvo entre los negros. Eran de la misma edad, veintidós años, pero él tendía a ver el lado positivo de las cosas y concebía grandes planes para su futuro juntos, razón por la que ella se sentía mayor en comparación pero, a la vez, discípula suya en cuestiones de esperanza.

Aun así, la ciudad que a él tanto le levantaba el ánimo a ella la llenaba de recelo. Seguían siendo negros en un mundo blanco. Coalhouse había cobrado los escasos dólares a que ascendía su soldada, pero los comerciantes de las tiendas ponían los precios en moneda de la Confederación. Él quería comprar boniatos. No compres, lo instó ella, prefiero pasar sin. Y por otra parte, como ella sabía, la compañía de Coalhouse había acampado en un arrozal en las afueras de la ciudad y, sin embargo, ahí estaba él, paseándose con ella por la calle como un hombre libre de todo, incluso del ejército, y sin el permiso que en principio debían darle los oficiales. Así que él, además, tenía su lado temerario, y en todo ese buen ánimo había un matiz alocado

que la inducía a mirar atrás por donde habían pasado y adelante para ver dónde podía estar el peligro.

¿Y qué pretendía ahora al coger un cesto vacío en un callejón detrás de una tienda y llevarla al río? Señorita Wilma, dijo, vamos a darnos un banquete. Pero ¿qué hacía, quitándose los zapatos y la chaqueta y remangándose las perneras del pantalón hasta la rodilla y acercándose hasta las rocas planas y agachándose allí? Y luego, antes de que ella se diera cuenta, estaba ya metido en el agua fría del río.

Y así fue como Wilma Jones, que se había criado en la montaña, conoció las ostras. Coalhouse Walker volvió con casi una fanega. Estaba calado hasta los huesos, y tiritaba y lucía una amplia sonrisa. Allí sentados al sol sobre una roca plana, él abría las ostras con su cuchillo y, echando la cabeza atrás, se las comía crudas. Pero eso no era del gusto de Wilma, y por tanto recorrieron los callejones entre las casas y las caballerizas hasta encontrar una cocina donde había negros, que de buen grado la dejaron usar el fogón.

Wilma desempeñó entonces un papel al que estaba acostumbrada. Frió las ostras en su propia salsa con un poco de harina de maíz, y un día lleno de preocupaciones se convirtió en un rato agradable con gente a la que no habría conocido de no ser por las fiestas y la liberación de Savannah. Todos comieron lo que ella preparó, y había pan de verdad para acompañarlo.

Para su sorpresa, Coalhouse cogió un banjo y empezó a tañerlo y entonar una vieja canción con su voz grave. Ella ignoraba que él supiera tocar. La gente batió palmas al son de la música, y un niño se puso en pie y bailó. Allí estaba ella, entre esos nuevos amigos cuyos nombres apenas conocía y a quienes probablemente no volvería a ver; algunos seguían trabajando donde habían sido esclavos, pero ahora tenían otra manera de comportarse, y Wilma suponía que también ella tendía a eso, otra manera de celebrar al margen de todo y ajena al conocimiento de los blancos. Y de algún modo para ella todo eso se debía al espíritu de Coalhouse Walker, con esa forma que tenía de conseguir que alrededor la gente se alegrara de estar viva.

Lo que hay en la almohada no es mi cabeza, dime, Mary, qué es.

Por amor de Dios, sólo es un melón, ¿o es que no lo ves?

Un melón en la almohada, ah, bien, yo lo creo si tú lo crees.

Pero ¿por qué tiene bigote y dos ojos que me miran, pues?

Había dos muchachas en la cocina, y Wilma, al darse cuenta de lo que les rondaba por la cabeza, no quitó el ojo de encima a Coalhouse. Y tal vez por su semblante serio, y por haberse educado en la casa del juez Thompson, donde aprendió a hacer casi todo lo que había que hacer, Wilma sabía que, si bien era bastante guapa, lo que atraía a Coalhouse Walker de ella era su sensatez, eso y que sabía leer y escribir y no tenía intención de acostarse con él hasta que estuvieran casados como Dios manda. Él eso lo respetaba, y en el fondo Wilma sabía que no tenía motivo de preocupación

porque ella era la mujer a la que él había estado buscando.

Esa noche durmieron en un pajar después de unos cuantos besos y abrazos no del todo virtuosos, y por la mañana Wilma le contó la idea que se le había ocurrido. Él bajó al río y al mediodía, en una de las plazas de la ciudad, con la tropa por todas partes y un sol radiante en el cielo, ella se colocó tras un tenderete improvisado y frió ostras en el fuego que Coalhouse había encendido en un bidón de acero. Coalhouse hizo cucuruchos de papel de periódico, y voceó sin cesar con la locuacidad de un vendedor. ¡Las ostras fritas más ricas y más frescas de la señorita Wilma!, gritaba, y cucurucho a cucurucho, vendieron toda la pesca: a soldados e incluso oficiales, y finalmente a unos cuantos ciudadanos secesionistas, que si bien lamentaban la suerte que había corrido su ciudad, encontraban las ostras que freía Wilma demasiado buenas para resistirse. Y fue así como Coalhouse y ella vendieron tres fanegas y acabada la tarde vieron que tenían trece dólares de la Unión auténticos.

Ya los guardo yo, dijo Wilma, y dándole la espalda, se levantó la falda y se metió los billetes doblados bajo la cinturilla de los bombachos.

Arly y Will consiguieron zapatos nuevos sin mayor problema: les bastó con hacer cola un rato, y cuando llegaron ante el intendente, sólo tuvieron que enseñar los pies. Otra cosa muy distinta era el cobro de la soldada, que se hacía por nombre y regimiento. Había que constar en el libro del pagador.

Bien, ¿y ahora qué dice Dios que hagamos?, preguntó Will, mirándose los zapatos rígidos. Le apretaban los dedos y ya le rozaban en los tobillos.

Me dice que tenga paciencia y que ya se me ocurrirá algo, contestó Arly.

El coronel Sartorius sólo les había dado permiso para ir a equiparse, pero no tenían ninguna prisa por volver al hospital militar de Savannah, donde había instalado su consulta. Como la ciudad había caído sin resistencia, en esos momentos no había gran movimiento de ambulancias, por lo que los habían destinado a la sala de enfermos militares, donde debían vaciar cuñas y realizar otras tareas igual de agradables.

Mientras caminaban torpemente con su calzado sin domar, no les faltaban razones para lamentarse de su suerte. Por lo visto, todos los casacas azules, excepto ellos, tenían permiso para todo el día y dinero en el bolsillo. A eso se sumaba aquel guirigay por el correo. Lo descargaron de los barcos a toneladas, y los soldados se pasaron el día entero leyendo cartas de sus familias. Arly dijo que era un espectáculo patético ver a hombres hechos y derechos comportarse de ese modo. Pero Will pensó que no le habría importado recibir una carta de alguien. Si Arly y él no tenían cartas era porque quiénes eran, o dónde estaban, carecía de importancia para el universo.

Casi los echó de la acera un grupo de soldados risueños, algunos gozosamente borrachos, que charlaban y, medio corriendo, medio caminando, tenían mucha prisa por llegar adondequiera que fuesen. ¡Eh!, protestó Will. Pero a Arly le picó la curiosidad. Hizo una seña a Will y se unieron a ellos. Siguió a los soldados hasta

los muelles, y allí, en Charleston Street, en una hilera de casas adosadas de obra vista de dos plantas, una mujer sonreía desde cada ventana.

Soldados armados montaban guardia ante las puertas. Pero los hombres hicieron caso omiso, y los guardias tuvieron la sensatez de apartarse cuando los otros entraron en tropel por las sucesivas puertas. Tras cruzar miradas, y echar luego un atento vistazo a uno y otro lado de la calle, los propios guardias entraron y cerraron las puertas.

Mientras Arly y Will observaban, las mujeres fueron desapareciendo de las ventanas una por una. Esto es de una crueldad que no tiene nombre, se quejó Arly. Una damisela que destacaba por su belleza lo miró a los ojos desde la ventana de un primer piso y movió la cabeza con gesto incitador antes de desaparecer también ella. Y, desgraciadamente para ella, esa pobre chica se ha enamorado de mí, dijo Arly.

Los dos hombres permanecieron en la calle vacía mientras, tras los ladrillos, la algazara aumentaba de volumen.

En el fondo Will se alegraba de no tener dinero. Ver a las mujeres en las ventanas le había causado cierta desazón, como si sólo por estar allí y pensar lo que pensaba él empañase la radiante imagen que se había formado de la enfermera Thompson. Aunque ella no tuviera la menor idea de quién era él, y menos aún de lo que sentía, se le antojó que la traicionaba por el mero hecho de mirar a las putas. Bien, eso es todo, dijo. Vámonos.

Arly sacó un caliqueño del bolsillo y lo encendió. Dios me ha dado algo más aparte de mis aptitudes naturales, Will, hijo mío. Me ha dado espíritu. Me ha dado la savia de un hombre. Ha hecho de mí alguien que se crece ante el desafío, ya sea un pelotón de fusilamiento o un ejército que me despoja de mis derechos naturales de expresión personal.

Volvieron sobre sus pasos a través de la ciudad. Soy un hacha de la supervivencia, dijo Arly. Para encontrar uno o dos dólares federales, sólo hará falta una pizca del talento que me ha permitido sobrevivir a toda una guerra.

No es más que una puta, maldita sea, dijo Will.

No, señor, ahí te equivocas. Cuando estaba en el campo de batalla y la metralla silbaba junto a mi cabeza, no pensaba más que en salvar la vida. Tenía la comezón de la supervivencia, me consumía, y así salí del paso. Y ahora me consume esto. Si me pones en una trinchera, las cosas son de una manera; si me pones en una ciudad con mujeres allí donde mires, las cosas son de otra. Pero la poderosa necesidad de satisfacer un instinto vital es la misma. Es una cuestión de supervivencia en los dos casos.

Con una puta tienes menos posibilidades, dijo Will. Hoy mismo he visto en la sala lo que puede hacer una puta. Tú también lo has visto, ese pobre hombre con media cara corroída por el mercurio.

Tú nunca has estado con una mujer, ¿verdad?

Will calló.

Vamos, no te avergüences, todavía eres un crío, aunque he de reconocer que yo no había cumplido los trece cuando una amable señora me llevó al granero. ¿Y tú qué edad tienes ahora? En fin, da igual, no necesito preguntarte dónde te criaste ni cómo vives. A la vista está que te sobreprotegían, e imagino que alguno de esos predicadores te llenó la cabeza de sandeces, y como te han reprimido y no has estado con una mujer, hablas en la ignorancia de lo que es esa vasija sedosa y sagrada que ellas tienen entre las piernas. Dios mío, sólo de acordarme... Sentémonos un momento en ese banco.

Will contempló el resplandor del sol poniente a través del musgo que pendía de un roble. Arly continuó: Si hay una buena razón para la guerra, no es salvar a las Uniones, y sin duda no es liberar a los negros; no sirve para nada más que para tener a tu propia mujer, o aunque sea la mujer de otro, en una cama contigo cuando a ti se te antoje. Estamos hablando de la forma más elevada de supervivencia, joven Will, de la supervivencia que se alcanza cuando te has reunido ya con tu Dios, ese Dios que, mediante el fruto de tus entrañas, crea a aquellos iguales que tú, que hablan como tú y piensan como tú y son tú a través de tus descendientes generación tras generación. Y ya sabes cuáles son sus designios: que convirtamos las espadas en arados y al final del día volvamos a casa y, después de una buena cena caliente, las llevemos al piso de arriba, a esas benditas criaturas que Dios nos ha dado, y les quitemos el vestido y las enaguas y los corsés y cualquiera de las endiabladas prendas con que se cubren, hasta quedar a la vista las piernas y los pechos y el vientre y el trasero para maravillarnos... Ay, Señor. Y cuando las penetramos, cuando nos hinchamos dentro de su ser, y chillan junto a nuestro oído y sentimos que no hay nada más suave, más cálido, más dulce en la viña del Señor que lo que envuelve nuestra herramienta tiesa, y que Dios nos creó para que, con un estremecimiento, derramemos en ellas el fruto de nuestras entrañas... en fin, chico, no me hables de lo que no conoces. Y aunque las damas de los burdeles a quienes calumnias no sean ni la mitad de lo que estoy contándote, te ruego que recuerdes que representan a nuestra magnífica mujer sureña tan bien como lo que sea que imaginas de esa enfermera, la señorita Thompson, quien, puesta a prueba, eso te lo aseguro, no sabría mejor que la puta más fea de esas casas junto al muelle.

Mientras meditaba allí sentado acerca de su vilipendio de la mujer sureña, Will tomó conciencia del sonido inconfundible de un cántico. Arly también lo oyó. Se levantó de un brinco: Dios ha dicho que ya se me ocurriría. ¡Y se me acaba de ocurrir!

Cogiendo a Will por el codo, Arly corrió por las calles hasta dar con la iglesia. Perteneecía a la Primera Iglesia Bautista y dominaba una plaza con su señorial fachada de granito. Las puertas estaban abiertas y el cántico se desbordaba por la calle de manera tal que parecía henchir los robles de Virginia, abundantes en el parque. Subieron por la escalinata y se encontraron en medio de una aglomeración de

soldados apiñados justo a la entrada. Perdón, dijo Arly, abriéndose paso. Perdón, disculpe, perdón. Espero no haber llegado tarde, dijo a Will, quien, sin saber por qué, avanzaba a empujones justo detrás de él. Hacia la mitad del pasillo, Arly vio un hueco en el centro de un banco. Perdón, hermano, discúlpenos, le pido perdón, musitó, prodigando sonrisas beatíficas a los hombres a quienes pisaba los pies con sus zapatos nuevos.

Y al cabo de un momento ocupaban ya su sitio como todo el mundo, y con cantorales en la mano. La feligresía presentaba un homogéneo color azul, aunque se veía algún que otro civil. Pero el potente coro se componía de voces soldadescas, vozarrones algo desentonados que, no obstante, se invitaban mutuamente con profundo fervor a bajar al río a rezar.

Las iglesias siempre habían puesto nervioso a Will, tal vez desde cuando era un chiquillo y veía que sus padres, un borracho y una bruja durante toda la semana, se convertían en dos personas totalmente distintas en la iglesia. Ignoraba para qué servía ir a misa, como no fuese para que la gente simulara ser mejor de lo que era, y esa simulación era precisamente lo que lo asustaba. Desde entonces, esta idea creció con él, y ahora, al mirar alrededor, veía las mismas bocas abiertas y los mismos ojos vidriosos de los cantores, pero sabía que no sólo simulaban ser mejores de lo que eran sino que en verdad querían serlo. Pero tampoco ésa era una idea reconfortante, habida cuenta de que había una guerra en curso, y eso significaba que la gente, al margen de lo que quisiera o pensara que quería, continuaría haciendo lo que siempre había hecho, es decir, encontrar distintas maneras de pecar contra nuestro Señor y luego ir a misa para comprar cierto arrepentimiento que los absolviese durante un tiempo, y luego acumular nuevos pecados y volver a pagar otra cuota de arrepentimiento, y así sucesivamente. Desde ese punto de vista, pensó Will, este ejército yanqui debería tener su propia iglesia que llevar a cuestras, ya que ¿cómo ha de saber uno cuándo tiene que prenderle fuego a una iglesia o rezar en ella? Que Dios me ampare, pensó Will, sin ser consciente de su contradicción, porque tampoco puedo entregarme al bando de los negreros en el que nací. No sé nada ni conozco a nadie a quien entregarme con toda mi alma salvo, quizá, a la señorita Emily Thompson.

Al concluir el cántico, empezó a oírse el tenue murmullo de un órgano mientras los fieles se pasaban el canastillo. Will recordó que no tenía ni un centavo que ofrecer, preocupado por quedar mal. Pero al dirigir la mirada hacia donde el sacristán entregaba el canastillo al primer hombre de la fila, y al ver luego las monedas e incluso los dólares federales que depositaban en él, y que el canastillo avanzaba hacia él, cayó en la cuenta de que no había sido él, sino Arly, quien los había llevado al centro de ese banco, y justo cuando Arly tocó el canastillo con la yema de los dedos, Will supo que Arly lo golpearía por debajo y tanto el canastillo como el dinero saldrían volando, y ellos se pondrían a cuatro patas, dándose de cabeza contra el respaldo del banco delantero mientras recogían las monedas y los billetes y devolvían

a su sitio casi todo el dinero y luego se levantarían —ante la mirada iracunda del sacristán desde el extremo del banco y los cabeceos de reproche de los soldados a un lado y otro—, y los zoquetes sonreirían abochornados, lo que en el caso de Will sería un gesto sincero y en el de Arly simple ardid, y cuando el sacramento de la limosna siguiese su curso sin más contratiempos, y el órgano honrase quedamente el santificado nombre con su sonido aflautado, permanecerían en pie, mirando al frente, dos simples fieles, rojos de vergüenza, impacientes porque acabara el oficio para marcharse con la paga de otros en los bolsillos y regresar con las putas de Charleston Street.

A Wrede Sartorius le asignaron la sala y el quirófano de la planta baja del Hospital Militar, un lujo que disfrutó después de tanto tiempo en campaña. Pero Emily no podía verlo así. De las veinte camas de la sala, la mitad estaban ocupadas por soldados del ejército confederado. Eran hombres que morían de sus heridas o se consumían a causa de alguna enfermedad. El hedor era insufrible aun después de abrir ella las ventanas para ventilar. Y debido al bloqueo impuesto por la Unión, el hospital carecía incluso de cosas tan básicas como vendas enrolladas. No había calomelanos ni cloroformo. No había eméticos, rubefacientes ni narcóticos. Debían, pues, abastecer al hospital con material de los botiquines de campaña. Por otra parte, el hecho de que el ejército estuviera de descanso en Savannah no significó una disminución en el número de pacientes. Se presentaban hombres con fiebres y congestiones bronquiales contraídas durante el sitio de la ciudad: tras pasar días y días en las marismas de los alrededores de Savannah, viviendo con la ropa mojada, hambrientos y sin poder encender hogueras, llegaban enfermos y apenas se tenían en pie. Y ahora, con el relajamiento de la disciplina militar, los reclutas andaban por la ciudad bebiendo, peleándose a puñetazos y apareciendo por allí, maltrechos, a altas horas de la madrugada. Aquel hospital en la elegante ciudad de Savannah parecía más bien un manicomio. Para colmo, faltaba personal. Sartorius no tenía instrumentista. Tres enfermeros del regimiento estaban de baja: dos con pulmonía, el otro con un rebrote de paludismo. De modo que no sólo trabajaban en el hospital Emily y los dos de Millen, sino también la pequeña Pearl, a quien mandaron al cuarto de material a plegar toallas y enrollar vendas.

Pero ¿dónde se habían metido esos dos hombres? Nunca estaban cuando se los necesitaba.

Wrede había dicho a Emily que, al examinarlos en Millen, se dio cuenta inmediatamente de que no eran lo que decían ser. No pudieron haber pasado mucho tiempo en ese agujero de barro. No estaban al borde de la inanición. Tenían los ojos nítidos, la piel sana, las uñas rosadas y la barba no muy crecida.

Sospecho que son espías, había dicho Wrede.

¿Espías? Emily estaba atónita. Le parecía que uno de ellos, Will, era un muchacho adorable. ¿Cómo podía ser espía alguien así?

Esa clase de granujas abundan en el caos de la guerra. No sé si las adscripciones militares que se atribuyeron son verdaderas o no, pero a mí tanto me da. Si decidieron unirse a mi compañía médica porque aquí tiende a seguirse menos el protocolo militar, razonaron correctamente. Lo que sea que busquen —¿tal vez mis técnicas de resección?—, por mí, no hay inconveniente. Se echó a reír. Mientras tanto, fregarán los suelos y lavarán a los pacientes con disentería.

Wrede Sartorius no solía hablar de su pasado; por eso Emily se sorprendió cuando le contó que, de joven, su padre lo envió a una academia militar en Göttingen. La experiencia le enseñó a detestar la instrucción militar y los saludos y todas las demás necedades guerreras y jerárquicas. Ésas fueron sus palabras exactas: «Necedades guerreras y jerárquicas».

Llevaron a un civil, un hombre con una fractura hundida de cráneo. Llegó en brazos de un negro. No le correspondía un hospital militar, como había insistido uno de los guardias, pero la mujer de la víctima dijo: Esto se lo han hecho unos como ustedes, así que no pensamos marcharnos de aquí. Por orden de Wrede, llevaron al hombre al quirófano. Le afeitaron la cabeza. Emily entró con un paño humedecido en bromo y le lavó el cráneo rapado. Le secó la piel con toques suaves. El paciente debía de rondar los sesenta años. Era musculoso y ancho de pecho, pero el vello pectoral era cano. Tenía el rostro lívido. Tenía los ojos cerrados. Tenía la mandíbula caída y la respiración era apenas perceptible. El cráneo presentaba una hendidura en forma de elipse en el lado derecho, justo por encima de la frente. Emily retrocedió, la mirada fija en la mesa de operaciones. No se amilanaría.

Wrede practicó una incisión de delante hacia atrás a lo largo de la herida y dos incisiones laterales en los extremos y retiró los pliegues de piel para dejar al descubierto el cráneo dañado. Un enfermero limpió la zona con una esponja. Valiéndose de un fórceps, Wrede extrajo las astillas y fragmentos sueltos uno por uno. La hendidura en el hueso medía cuatro centímetros de longitud. Tras coger un trépano, insertó la punta perforadora en la línea de la fractura. Esto es para evitar que el corte afecte a la membrana por debajo del hueso, la duramadre, explicó a Emily. Había advertido que últimamente la instruía como si fuera una estudiante de medicina. Emily no era menos consciente de ello. Había descubierto que la terminología médica que empleaba Wrede, y la inalterable serenidad con que abordaba las situaciones más terribles, le infundían valor a ella. Observaba y aprendía.

Wrede fijó la punta mediante un tornillo situado hacia la mitad del tubo del trépano. Así, dijo. Emily asintió, a pesar de que Wrede, inclinado sobre el paciente, no la veía. A continuación, hizo girar el mango del trépano y el cabezal de incisión circular penetró en la placa ósea hasta cortar el disco de hueso. Aflojó la punta perforadora, la replegó, la aseguró y entregó el trépano a su ayudante. Después insertó una espátula debajo del hueso y levantó lentamente el disco para separarlo del

cráneo.

Bajo la membrana cerebral había una enorme ampolla de sangre de color violáceo. A Emily le pareció la cabeza de un hongo. Un hematoma, dijo Wrede. Eligió un bisturí pequeño de hoja curva y sajó la membrana para drenar el hematoma. Le aplicaron gasas para absorber la sangre. Ahora ya no debería haber presión, dijo él. Mientras durase la secreción, mantendrían la herida cubierta con gasas e hilas. Si sobrevive, señaló Wrede, llevará una placa de plomo hasta que vuelva a crecer el hueso.

El paciente fue trasladado a la sala. Aún no se habían molestado en averiguar su nombre. Emily se disponía a sentarse junto a la cama y ocuparse del vendaje. No, dijo Wrede, le pediremos a la viuda que se siente a su lado. Usted vendrá conmigo para consolarla.

Emily preguntó: ¿La viuda?

Wrede se lavó las manos en una palangana de agua. La miró y sonrió. Era una sonrisa pesarosa, y en sus ojos de color azul hielo se traslucía el dolor de sus propias limitaciones. Averiguaremos cuánto tiempo ha pasado hasta que lo he atendido. La presión debe reducirse cuanto antes. No es un hombre joven. La conmoción es grave. Es posible que no despierte. Aun si despierta, casi siempre hay infección. No hay gran cosa que hacer con un cerebro infectado. Vamos, dijo Wrede, me ayudará a dar algo de esperanza a la mujer.

Mientras se dirigían a la antesala, Wrede preguntó a Emily si se acordaba de que era Nochebuena. Ella lo había olvidado. La sorprendió que las festividades de la vida aún tuvieran vigencia. Él la cogió del brazo. Esta noche cenaremos con los oficiales en el hotel Pulaski. ¿Y no le gustaría ir después a ver bailar a los negros?

Cuando entraron en la antesala, Mattie Jameson se puso en pie y, al ver a Emily, soltó lo primero que se le pasó por la cabeza. ¿No es usted la hija del juez Thompson de Milledgeville?, preguntó.

Desde el día en que llegaron a Savannah, Mattie no recordaba ni un solo instante en que John no estuviera colérico, gritando a todo el mundo, maldiciendo a los que llevaban las riendas del poder. Para empezar, el ejército lo rechazó. Les faltó tiempo, en cambio, para reclutar a los chicos, ¿y dónde estarían en esos momentos? Sabía Dios por dónde andarían, en Carolina del Sur, quizá, sus hijos, sus niños, de quince y catorce años, convertidos en soldados. Pero no su padre. De hecho, John había abordado al general Hardee, quien, después de mirarlo, había dicho que era demasiado viejo para marchar como recluta y no se lo podía nombrar oficial a menos que se incorporase con su propio regimiento. Pues eso haré, Hardee, lo juro, había dicho John, y contó que el general había sonreído, como era lógico, ya que el estado entero se había visto despojado de todos los hombres capaces y su supuesto ejército se constituía de una calamitosa mezcla de milicianos y cadetes.

Y luego a John le había resultado intolerable verse obligado a alojarse, dado que

en Savannah no quedaban casas decentes, en Green Street con la hermana mayor de Mattie, Cissie, que siempre le había despertado antipatía por lo entrometida que era. Y era verdad que Cissie tenía tendencia a saber mejor que nadie, en cualquier situación, qué había que hacer y cómo había que hacerlo y a dar las consiguientes órdenes. Sin duda por eso nunca había encontrado marido. Había sido así desde niña, como Mattie sabía muy bien —los juegos con que se entretenían eran siempre los juegos de Cissie, con las reglas de Cissie— y aunque sólo se llevaban un año y medio, Cissie parecía haber nacido sabiéndolo todo y emitiendo juicios infalibles, de modo que Mattie siempre tenía que ceder, replantearse sus opiniones, desechar sus propios juicios, tal como hacía viviendo con John Jameson, quien poseía en medida considerable ese mismo carácter autoritario; ésa era probablemente la razón por la que su cuñada le resultaba tan insoportable. Estaban cortados por el mismo patrón. Cissie tenía un ceño perpetuo: con los años, se le había grabado en la cara, y ahora, con los labios prietos y los ojos entornados, hasta el más inocuo de sus comentarios, por bien intencionado que fuera, parecía un dardo. En su comedor, los almuerzos y las cenas se distinguían por la frialdad y el silencio. Sus menús reflejaban la escasez propia de los tiempos de guerra y los criados negros les servían un poco más despacio de lo debido, como si, anticipándose al avance de los ejércitos de Sherman, practicasen su independencia. Y ella, Mattie, se hallaba en medio de esa tensión entre su hermana y su marido, mostrándose deferente con la una y conciliadora con el otro. Cissie había heredado la mansión de la familia, y en el aire de la casa, sin que ella dijera nada, flotaba como un miasma el hecho de que estaban abusando de su hospitalidad. No había pasado siquiera un mes, pero parecía una eternidad.

Por supuesto, John se pasaba el mayor tiempo posible fuera de casa, y a saber a qué dedicaba todo el día en las calles de Savannah, con el ejército apostado detrás de las trincheras allí donde miraras. Pero fuera de sus tierras era como un alma en pena. Y un día, sin que ella lo supiera, salió con nuestro Roscoe y, al volver, estaba solo y el querido Roscoe había desaparecido, como si nunca hubiera existido después de vivir con ellos tantos años sin crear el menor problema. Sin embargo, John se limitó a decir que le había sacado el mayor provecho a Roscoe y ya no valía la pena mantener lo que quedaba de él.

Mattie no sabía cómo pondrían otra vez en marcha la plantación a su regreso a Fieldstone, ya que John había vendido toda la mano de obra. Sabía, claro está, que tal vez ya no habría esclavos nunca más, pero no acababa de entender cómo podría hacerse algo sin ellos. Así pues, cuando imaginaba que la guerra terminaba y volvían a su casa, las más de las veces, en su imaginación, los esclavos seguían allí. Leía en los periódicos lo mal que iban las cosas para los confederados, pero por alguna razón no podía relacionarlo con un cambio radical de la vida sureña. Lo conseguía a veces, por un momento, pero luego esa relación se desvanecía y veía la guerra, por horrible que fuera, como algo temporal, una simple interrupción, sin grandes consecuencias. Le preocupaba que sus hijos se hubieran ido a la guerra, pero al mismo tiempo no

concebía la posibilidad de que no volvieran ni de que, cuando volvieran, fuesen mayores o distintos de cómo eran cuando se marcharon.

Y le dolió mucho cuando, un día, expresó sus esperanzas para el futuro y John la llamó idiota. No le fue fácil olvidar eso, que le dijera algo tan cruel. Ella no era una idiota. Era una persona muy capaz, una esposa fiel y una madre lista y perspicaz; se le daban bien las cuentas y sabía llevar una casa. Gracias a su cultivado gusto en cuestión de telas y muebles, tenían una casa hermosa. Él había sido demasiado estricto con sus hijos cuando eran pequeños, y ella le había explicado por qué eso estaba mal y él la había escuchado. Él había acudido a ella en busca de consejo en muchas ocasiones, y ella le había aconsejado bien. Y, por último, ella estaba llevando esta situación con más elegancia y dignidad que él. No era ella quien andaba corriendo como una loca por todo Savannah y diciendo a los militares en qué se equivocaban. En confianza, los chicos le habían contado que, en esa actitud, su padre había llegado al bochornoso extremo de seguirlos hasta sus puestos de guardia, de donde los oficiales tuvieron que echarlo.

Pero no empezó a pensar que tal vez John había enloquecido y que todo lo que había hecho, vender a los mejores esclavos, llevarse a la familia precipitadamente a Savannah para vivir como indigentes —ya que aunque él y los chicos se hubieran marchado, ella habría podido quedarse en la plantación sin sufrir el menor daño, igual que veía ahora en Savannah a mujeres que continuaban en sus casas mientras sus maridos e hijos combatían por el Sur, y el ejército de la Unión habría podido pasar y dejarlos sin comida o ganado, pero ella habría seguido siendo la señora de Fieldstone en su propia casa y entre sus cosas, y arreglándoselas hasta que ellos volvieran—, no empezó a preguntarse si todo lo que había hecho John, y ella había respetado, no era en realidad el juicio de una mente inestable hasta la noche de la retirada, cuando las tropas del general Hardee se replegaron y atravesaron el río Savannah hacia Carolina del Sur. Plantando en Broad Street mientras los soldados esperaban en formación para cruzar el pontón, John los llamó cobardes. A esos pobres muchachos —los vi con mis propios ojos—, con cara de frío y abatidos allí en medio de la calle mientras esperaban el turno para cruzar. Pasaba de la medianoche y hacía mucho frío y viento, y algunos iban descalzos y otros llevaban zapatos de mujer, así de mal equipados estaban. Y yo busqué a John hijo y al pequeño Jamie, y recorrí las filas intentando encontrarlos, pero fue en vano, y entretanto John seguía allí vociferando, con el pelo erizado y la cara roja y las venas del cuello hinchadas, ordenando a todos que volvieran y ocuparan las trincheras y actuaran como hombres, no como miserables cobardes, hasta que se le acercó un oficial y le dijo: Señor, le agradeceré que se aparte de nuestra vista, o tendré que pegarle un tiro por traición.

Era una noche muy ventosa, y de hecho la retirada se organizó bien y evitó a la ciudad la destrucción que habría sufrido si hubiésemos combatido, como oí decir a personas que habrían temido perder nuestras tropas tanto como el que más. Se mantuvieron las grandes hogueras encendidas como si el ejército siguiera allí, y los

cañones se pasaron toda la noche disparando hacia las líneas de la Unión, fuera de la ciudad, sólo para engañarlos y disuadirlos de atacar cuando en realidad las tropas y sus carromatos y sus provisiones, y mis dos hijos, se estaban esfumando, gracias a Dios, en lugar de yacer muertos como muchos otros bajo las botas del general Sherman.

Y a partir de entonces —cuándo fue, hacía sólo un par de noches— él, John, dejó de hablar, no pronunció una sola palabra, ese hombre tan iracundo, tan dispuesto a manifestar su cólera alzando los puños, se volvió tan tranquilo, tan callado, que me asusté todavía más, por esa manera de quedarse mirando a quienquiera que le hablara, sin contestar: mi marido. ¿Puede un hombre envejecer tanto en tan pocos días? ¿O siempre había sido así de viejo y de pronto el vigor que ocultaba su verdadera edad lo había abandonado? ¿Y por qué tuvo que ir al almacén donde estaban nuestras pertenencias, donde estaban guardados nuestros muebles, piezas de arte y alfombras? Tal vez para hablar con su amigo el representante algodónero, el señor Feinstein, que había tenido la amabilidad de alojarnos y que siempre escuchó a John tan pacientemente. Era mucho más que una relación profesional, esa amistad tan extraña de mi marido con él, ya que el señor Feinstein era un caballero judío, pero tal vez John necesitaba hablar con alguien que no fuera yo. Yo lo seguí. Temía tanto por su estado mental que no sabía qué era capaz de hacer. Dos soldados de la Unión montaban guardia ante las puertas del almacén con los fusiles al frente. Y allí en medio de la calle estaba el señor Feinstein con uno de sus empleados, y lo habían echado de su propio edificio. John, dijo, me han quitado el negocio. Tengo este papel con la orden firmada por el general Sherman. Dice que mi almacén y todo el algodón que contiene son propiedad del ejército de la Unión. Y el señor Feinstein alzó las manos al cielo.

Y claro, siendo John Jameson quién es, no estuvo dispuesto a tolerarlo. Un hombre más razonable habría ido a ver al general o a algún miembro de su Estado Mayor para explicar la situación, para explicar sencillamente que nuestros enseres personales estaban guardados allí junto con las balas de algodón y, sí, el algodón era sin duda un valioso botín de guerra, pero ¿qué utilidad tenían para el ejército de la Unión, por ejemplo, mis sillas de tapicería bordada o mis telas inglesas? ¿O mis alfombras persas? ¿O la Biblia de la familia, encuadernada en piel blanca, con ilustraciones grabadas en acero y su propio atril de roble con el pie en forma de garra? Pero John se salió de sus casillas. Se enzarzó en una discusión con los soldados para que lo dejaran entrar: ¿Por qué? ¿Pensaba sacar nuestras cosas él solo? Se puso agresivo y los amenazó, y cogió un adoquín de una pila en la calle y volvió a donde estaban los soldados. Yo intenté detenerlo, pero cuando lo cogí del brazo, se zafó, y el señor Feinstein gritó: ¡Espere, Jameson! Uno de los soldados levantó el fusil y yo grité. Lo abominable fue que no dio el menor aviso, ese soldado, no dijo nada —y no quiero volver a oír un ruido así jamás—, cuando asestó el culatazo en la cabeza de John Jameson. Y yo vi cómo el hombre que era mi marido desde hacía

diecinueve años, que se casó conmigo cuando yo no era más que una niña y me llevó a vivir a su plantación, caía como un árbol talado, perdiendo el sentido junto con la sangre que manó de su pobre cabeza.

Cuando Pearl entró en la sala, había sentada junto a una de las camas una mujer que de espaldas se parecía a la señora esposa. Pearl no podía creérselo. Se acercó, con sigilo, lista para echarse a correr. Y entonces, por encima de la cabeza de la mujer, vio al paciente con la cabeza vendada, y era su padre.

En ese momento Mattie Jameson se volvió y se encontró mirando a la niña que le había amargado la vida. Pearl vestía el pantalón azul cielo de la Unión debajo de la falda y un fajín de uniforme en la cintura y sostenía una pila de toallas blancas en los brazos. Le había crecido el pelo, que llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño. Sentada junto a su marido inconsciente, Mattie no había derramado una sola lágrima. De pronto se le arrasaron los ojos.

Su vida se había venido abajo, hecha añicos, y ahora allí estaba esa hija del pecado de su marido para anunciarle tales reveses de la fortuna como sólo Dios, en su venganza, podía concebir.

Cuántas veces a lo largo de los años había querido tocar a esa hermosa criatura, cuántas veces había querido hacerle la vida más fácil. Pero John no quería saber nada de ella y a Mattie no le supuso un gran esfuerzo acatar su voluntad. Cuando murió Nancy Wilkins, Mattie sintió alivio. Creyó que su muerte acabaría con la sombra que se cernía a diario sobre su propia vida en la forma de una esclava tan hermosa como Nancy Wilkins. Creyó que su muerte acabaría con la humillación que representaba para ella el hecho de que una plantación entera de esclavos supiera que al amo no le bastaba con su cama. Pero Pearl siguió allí. Y si ella, Mattie, se sentía impulsada a la bondad o hacía el menor gesto conciliador, la propia Pearl la desalentaba, granjeándose su antipatía con la insolencia de sus modales y las miradas de desprecio que lanzaba. Y con la edad se volvió aún peor. La propia Pearl tuvo la culpa de no encontrar su lugar en Fieldstone, donde no la aceptaban ni en la casa ni en las viviendas de los esclavos, demasiado impertinente para unos y desdeñosa con los otros, sin más guía que el viejo Roscoe, que la ponía a trabajar en la cocina y la lavandería, o la mandaba a los campos cuando la necesitaban. Pero Mattie, sabiéndose una buena cristiana, tuvo entonces otra opinión de sí misma al acordarse de la última vez que vio a Pearl de pie con su morral, esperando que John le dijera que subiese al carruaje y se fuera con ellos, y lo mucho que se alegró Mattie de que no lo hiciera, deseando no volver a verla y pensando que quizá al final algo bueno tenía la guerra. Y de pronto Mattie se sintió abrumada por todos estos pensamientos, y allí sentada, con lágrimas en los ojos y la cabeza gacha, sollozó junto a su marido comatoso.

Pearl, despreciando las lágrimas de la mujer, fijó la atención en su padre. Qué sereno y atractivo estaba con los ojos cerrados, como si en la paz de su ser albergase

pensamientos dignos de encomio. Pero esto no es propio de ti, dijo ella, casi sin darse cuenta de que hablaba. No recuerdo haberte visto nunca en cama, papá. Siempre estabas en danza, cabalgando por los campos, gritando y pisando fuerte, yo oía tus pasos por toda la casa. ¿No abres los ojos, papá? Soy Pearl, tu hija. A la que nunca bautizó nadie salvo mi madre. Me llamó Pearl por mi piel blanca. Tu piel, amo Jameson, padre mío. Tu delicada piel blanca. ¿Por qué estás ahí tumbado? Nunca te he visto tan quieto. Ojalá estuvieras despierto para decirte que soy libre. Y que, por las leyes de la Biblia, nada puedes hacer nada para evitar que lleve tu nombre. Es Pearl Wilkins Jameson la que te habla al oído, papá. Tu Pearl, y espero que te levantes y vivas mucho tiempo para recordarlo. Vamos, papá, abre los ojos y mira a tu hija, la hija de tu propia sangre. Tienes los ojos cerrados, pero sé que me escuchas. Sé que me oyes. Y si te preocupas por mí, te prometo que ningún hombre me tratará como tú trataste a mi madre, no señor. Así que no tienes que preocuparte por tu Pearl. Ella está aquí en Savannah, y esto es sólo el principio. Llegará lejos, tu Pearl. Ensalzará tu nombre. Lo limpiará de la vergüenza y la mierda con que lo manchaste. Volverá a dejarlo bien limpio para que la gente lo recuerde.

XV

En los primeros y triunfales días de la ocupación, Sherman había enviado un telegrama al Presidente: Le ruego que me permita ofrecerle en regalo de Navidad la ciudad de Savannah, con ciento cincuenta cañones y abundante munición. También unas veinticinco mil balas de algodón.

Sostenía en las manos la carta de Lincoln con su humilde agradecimiento. Una nota reverencial de Grant. Una copia de la resolución del Congreso en su honor. Editoriales con efusivos elogios.

El país había enloquecido. El general de quien nadie sabía nada desde hacía meses había hundido un hacha en el corazón del Sur.

Sherman se alojaba en la mansión de un representante algodonero. Gruesas alfombras y tupidos cortinajes amortiguaban los sonidos en sus numerosas habitaciones. Había palmeras en macetas y bustos de senadores romanos en pedestales. Adornaban las paredes cuadros de odaliscas de pezones rosados que holgaban ante la mirada de eunucos negros. Dormía poco. En sus aposentos del piso de arriba se sentaba en la bañera, fumaba un puro y leía acerca de su grandeza. Las cartas de adulación llegaban a fajos. Llamó a Moses Brown para que echara más agua caliente, pues sólo eso lo aplacaba ahora que el reconocimiento nacional provocaba en él tal excitación nerviosa. Además, el vapor le facilitaba la respiración: el asma volvía a mortificarlo. No sólo le afectaba la lluvia, sino también el viento del mar. Sherman era de Ohio. La proximidad misma del mar lo alteraba, y siempre que se veía obligado a estar en la costa sólo podía pensar en la perversidad de Dios al crear algo que únicamente se agitaba, se mecía y chapoteaba.

Escribió a su mujer: No cuento con que estas aclamaciones duren. ¿Acaso no son éstos los mismos periódicos que, después de Shiloh, anunciaron al mundo que yo estaba loco? Es el reverso de la misma moneda. Sin embargo, día y noche, multitudes de negros se agolpaban delante de la casa para verlo. Cada día, a las ocho de la mañana, se formaba una cola de peticionarios en el salón. Él bajaba cada tanto a recibirlos. Entre los visitantes había esposas de generales confederados. Llevaban cartas de sus maridos solicitando salvoconductos. Él accedía de buen grado. Hacía gala de cortesía. Quería que los habitantes de Savannah supieran que, pese a cuanto se decía de él, era humano. Las más difíciles de convencer eran las mujeres. Cuanto mayores eran, más tendían a manifestarle qué pensaban de él. Esa actitud a él le parecía, en cierto modo, saludable. Se presentó una tal señora Letitia Pettibone, a quien recordaba vagamente de sus tiempos en Atlanta cuando era un joven oficial. De sus palabras no se acordaría más tarde, ya que la mujer llevaba un bolso con cuentas bordadas colgado de la muñeca, y cuando intentó golpearlo con él, si Sherman, gracias a sus buenos reflejos, no hubiese retrocedido, habría constituido una baja más

en aquella guerra. Cuando acompañaron afuera a la mujer, Sherman dio una calada de su puro y dijo a su ayudante: Una nueva orden de campaña, Morrison: las damas tendrán la amabilidad de dejar los bolsos en la puerta.

La mañana de Navidad la lluvia caía a raudales del cielo oscuro. Sherman había llamado a revista a las tropas. Sus comentarios para la ocasión se habían redactado previamente a fin de que los comandantes de las compañías los leyeran a sus hombres. Mientras estaban en formación, las tropas oyeron que se las recordaría en la historia militar del mundo. Sherman, desde la tribuna de revista, oía sus palabras, desincronizadas, procedentes de todas direcciones y como si sonasen bajo el agua. El toldo de lona encima de su cabeza se hinchaba y chasqueaba agitado por el viento. Dos bandas militares combinadas interpretaban una marcha. Daba la impresión de que tocaban cada nota dos veces.

Sherman volvió a repasar las medidas que había adoptado: Habían retirado las minas del Ogeechee y el Estrecho y desmontado los cañones costeros secesionistas. El cuerpo de Slocum se había desplegado desde el río Savannah hasta el mojón de los diez kilómetros, en el canal; el cuerpo de Howard hasta el mar, y la caballería de Kilpatrick junto al King's Bridge y las carreteras que conducían al norte y oeste. Las tiendas abiertas, las calles despejadas, las compañías de bomberos intactas. Todos los edificios públicos, las plantaciones abandonadas, etcétera, en manos del Gobierno federal.

No se le había escapado un solo detalle. ¿Cuál era, pues, el problema? Las alabanzas de todo el país recibidas en los últimos días se le antojaban tan frías y aguadas como la lluvia en la cara. ¿Es sólo esto, el efecto de este maldito clima en mis pulmones? Abandonó la tribuna y lo llevaron a sus aposentos.

Sentado al amor de la lumbre, los pies con los calcetines húmedos colocados ante el fuego, Sherman reflexionó: Nada de lo sucedido en Savannah fue guerra. Fue ejercicio de gobierno. Guerrear en el campo de batalla era algo puro, con un claro propósito, una forma. Pero el ejercicio de gobierno era dialogar con las autoridades civiles, tratar con los agentes de reclutamiento del Norte que querían llamar a filas a los negros para emplearlos como reemplazo en el ejército. Era esquivar los bolsos de las damas. A la población local se habían sumado los blancos que habían llegado huyendo y los esclavos liberados que habían seguido a las columnas. Él daba de comer a todos, a negros y blancos. El puerto estaba lleno de paquebotes, vapores y cúters. La ciudad estaba plagada de mujeres solas y desposeídas en edad fértil. Sus soldados jugaban por dinero, y los que no estaban en los burdeles llenaban las iglesias. Había ordenado horas de instrucción e impuesto el toque de queda, pero nada de eso podía restañar el derramamiento gota a gota de su sangre guerrera. Era como si la fuerza combativa del general se hubiera derretido y desparramado por Savannah como un charco viscoso de humanidad. En algún lugar en medio de todo esto tiene que haber todavía un ejército, se dijo Sherman. ¿Dónde están cuando los necesito? Mientras no salga de aquí soy presa fácil para Washington.

En ese preciso momento, el comandante Morrison entró en la habitación con el mensaje de que el secretario de la Guerra, Edwin Stanton, había llegado al puerto en un cúter del Departamento del Tesoro.

Así se marchitan los laureles, pensó Sherman. ¿Qué dirá Stanton? ¿Que dejé escapar un contingente confederado de diez mil hombres a Carolina del Sur? La capacidad humana para la gratitud es limitada. Dentro de la gratitud reside la envidia. Dentro de la envidia reside la indiferencia de un mundo irresponsable. Cuando el carruaje del secretario se detuvo en la puerta de la cochera, la guardia de honor presentó armas. Sólo el Presidente tenía más autoridad que Stanton, pero, a ojos de Sherman, el hombre que se bajó del carruaje era un individuo corpulento cuyo rostro blando, de mejillas carnosas, delataba una complejión que no habría resistido un día de marcha.

General, dijo, y ofreció a Sherman una mano flácida. Con eso se acabaron las formalidades. Stanton empezó a hablar incluso antes de llegar a la puerta. Tenía muchas cosas en la cabeza. La barba tiesa y ahorquillada subía y bajaba con sus palabras. Sherman, absorto en la barba esgrimida, se perdió gran parte de lo que dijo. Algo sobre el trato que habían recibido los negros. Así que era eso.

Me gustaría reunirme con sus oficiales de alto rango, dijo Stanton. En la cena, Sherman presentó a los tenientes coroneles y a los comandantes de los cuerpos. Ofrecían una imagen imponente, engalanados con sus espadas, guantes y fajines ceremoniales. Pero permanecían en sus asientos tan envarados como colegiales mientras Stanton daba vueltas alrededor de la mesa como si impartiera una lección. No estoy seguro, caballeros, de que sus ejércitos hayan actuado como es debido con los esclavos liberados, dijo. Tengo entendido que se les disuadió de seguir a las fuerzas, que se les envió de vuelta con sus amos o se les abandonó a merced de la guerrilla. Los hombres miraron a Sherman, arrellanado en su silla con ceño muy severo. Señor secretario, intervino Sherman, ¿cómo pretende que marche con sesenta mil combatientes por territorio enemigo con el peso de toda la población esclava de Georgia a cuestas? Además, parece que los negros están aquí, como verá si mira por la ventana.

Usted se ha negado a reclutarlos en su ejército excepto como peones.

Así es como más útiles son.

Hay un informe sobre cierto incidente en el arroyo Ebenezer, ¿no es así? Fue su general Davis, que retiró un puente y dejó morir a varios centenares. Algunos se ahogaron, otros perecieron a manos de la guerrilla. ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí?

Está de guardia. Lo haré llamar.

Quiero oír la explicación de sus propios labios.

Y quedará usted convencido de la necesidad militar de su acción.

Por la mañana, hubo que llamar a la caballería para desfilar. De pie, con el vientre

contra la barandilla de hierro forjado del balcón de los aposentos de Sherman, el secretario contempló circunspecto el paso de los jinetes por la calle. Kil Kilpatrick iba en cabeza, un dandi con su fajín y galones dorados, mirando por debajo del sombrero emplumado con sonrisa pícaro, y en el porte de su delgada figura parecía adivinarse cierta insolencia, pensó Sherman. ¿O era el balanceo de su joroba lo que reflejaba tal actitud? Aunque Kil es un necio temerario, disfruta demasiado con la guerra y acampa en las alcobas de las mujeres, yo no lo cambiaría por nada.

El tercer día de la visita, Sherman se preguntaba cuánto más aguantaría sin perder los estribos. El secretario no hablaba, despotricaba. Era como un niño mimado, y siempre necesitaba algo: una bebida, una bolsa de agua caliente, un telegrafista. En todo cuanto decía o hacía se advertía un deseo de atención. Sherman había querido asignar el algodón confiscado a las arcas del ejército. Stanton dio la contraorden de que se entregara al Departamento del Tesoro. Tenía las ideas muy claras acerca de quiénes debían guarnecer la ciudad. Pretendía aconsejar a Sherman acerca de cuestiones estrictamente militares.

Y luego pidió reunirse con unos cuantos ancianos negros. Esperó con impaciencia mientras los seleccionaban en las iglesias de negros. Cuando se congregaron en el salón, les preguntó qué era para ellos la esclavitud.

Los negros se miraron y sonrieron. La esclavitud es recibir por mediación de un poder irresistible, y no por consentimiento propio, el trabajo de otro hombre, contestó uno de ellos. Los demás asintieron con la cabeza.

¿Y cómo entienden la libertad que se concedía con la proclamación del presidente Lincoln?, preguntó Stanton.

La libertad prometida con la proclamación consiste en sacarnos del yugo de la sumisión y ponernos allí donde podamos recoger los frutos de nuestro trabajo y cuidar de nosotros mismos y colaborar con el Gobierno para conservar nuestra libertad.

Sherman ocultó su sorpresa al ver lo bien que se expresaban esos negros. En ese momento Stanton se volvió hacia él. General, dijo, ahora quiero hablar con estos hombres libres acerca de los sentimientos de la población de color hacia usted. ¿Le importaría salir un momento de la habitación?

Sherman, hecho un furia, iba de un lado al otro del pasillo, mascullando para sí. ¡Interrogar a estos negros sobre mi carácter! ¿Cómo iba a estar aquí cualquiera de ellos de no ser por mí? ¡Diez mil personas son libres, comen y visten por orden mía! Si no combaten, es porque lo considero lo mejor según criterios militares. Tampoco he tenido tiempo para adiestrarlos. He dirigido la marcha de un ejército intacto a lo largo de seiscientos cincuenta kilómetros. He destruido las vías de ferrocarril de los confederados. He quemado sus ciudades, sus forjas, sus arsenales, sus talleres, sus limpiadoras de algodón. He consumido sus cosechas y su ganado y me he apropiado de diez mil caballos y mulas. El enemigo ha quedado estragado y desvalido, y aunque no se librasen más batallas, sus fuerzas deberían debilitarse y morir por desgaste. Y

eso no le basta al secretario de la Guerra. Debo rebajarme ante los esclavos. Maldito sea ese Stanton: yo he jurado aniquilar la insurrección desleal y proteger la Unión. Sólo eso. Y eso lo es todo.

Sherman no se aplacó apenas al saber que los ancianos negros lo tenían en gran consideración. Ya entrada la noche llamó a Morrison. Dormía.

Coja la pluma, comandante. Escriba lo siguiente. Orden de campaña número el que sea.

Será la número 15, señor.

Pues la número 15, dijo. Se reservan para el reasentamiento de la población negra las islas Sea desde el sur de Charleston, y todas las plantaciones abandonadas a orillas de los ríos a lo largo de cincuenta kilómetros tierra adentro en Carolina del Sur, y añadido partes de Georgia, y la zona que limita con el río Saint John en Florida. ¿Lo ha entendido? Para el reasentamiento de la población negra. Todo negro libre y cabeza de familia tendrá derecho a dieciséis hectáreas de tierra de cultivo. Sí, y a las semillas y el equipo para labrarlas. Los límites serán establecidos y los títulos de propiedad otorgados por un oficial del ejército de Estados Unidos, a quien llamaremos Inspector de Asentamientos y Plantaciones. Y páselo a limpio para que yo lo firme, con copia para el señor Stanton.

No soy abolicionista, pensó Sherman. Pero con este señuelo hago callar a Edwin Stanton y, a la vez, me libero de los negros, que se quedarán aquí para cultivar sus dieciséis hectáreas, y que Dios los asista.

Para celebrar la partida del secretario, Sherman organizó una cena con sus generales. Era como si todos ellos necesitaran recuperar la dignidad. Estaban de buen humor. Volvían a ser ellos mismos. Sherman ocupaba la cabecera de una larga mesa y los camareros entraban en fila con los expolios de la ciudad: fuentes de ostras, pavos asados, jamones al horno, pilas humeantes de arroz con especias, fuentes de boniatos, barras de pan caliente, bandejas de mantequilla auténtica, botellas de vino tinto. Sherman comió y bebió y brindó. Pero quería reanudar la marcha, pues ahí nadie podía decirle qué tenía que hacer. Quería volver a estar en campaña. ¿Había algo mejor que tenderse en el duro suelo todas las noches y contemplar las estrellas? ¿Había algo mejor que partir cada mañana a dirigir tu guerra tal como había que dirigirla? Allí los problemas no eran ambiguos. Las exigencias eran claras. Ya estaba cansado de Savannah y su esplendor. El verdadero esplendor residía en el júbilo inexpresable de hacer bien la misión que Dios le había encomendado a uno. En eso no había envidia, no había elogios que estallaran en la cara.

Caballeros, anunció Sherman, basta ya de antros de perdición. Mañana iniciaremos los preparativos para la nueva campaña. Ustedes ya saben en qué consiste. Tenemos permiso de Grant para tomar las Carolinas. Será difícil, sin duda. En comparación, Georgia fue pan comido. Tendremos que deshacernos de los caballos, las mulas y los negros que sobran. Debemos quedar reducidos a nuestra

esencia combativa. El terreno es difícil, la marcha será ardua. Pero les aseguro que el infame estado de Carolina del Sur, como instigador de nuestra guerra, no sabrá lo que es la desolación hasta que sienta la terrible y veloz espada de este ejército.

¡Bien dicho! Los generales levantaron sus copas.

Al concluir la velada, Sherman subió a sus aposentos sosegado por el vino y relajado como no se sentía desde hacía días. Tarareaba *La cabalgata de las valquirias*. Acababan de llegar periódicos de Ohio. Encendió un puro y, esperando entretenerse con el cotilleo local, se reclinó en su asiento y leyó en el *Times* de Columbus, Ohio, que Charles Sherman, el hijo de seis meses del general William Tecumseh Sherman y señora, había muerto de difteria.

Dejó caer las manos a los lados. Oh, Señor, exclamó, ¿también tú sientes envidia?

XVI

Aquel día frío y oscuro, con las nubes surcando el cielo a baja altura desde el Estrecho, Savannah bullía de actividad por el movimiento de hombres y animales, hasta el punto de que parecía que las propias calles se movían, que la ciudad en toda su dimensión se había desprendido de la tierra y revoloteaba suelta en el aire. El viento entonaba su música al ritmo del traqueteo de los carruajes sobre los adoquines y las voces de los cocheros y las órdenes cadenciosas de los sargentos de sección. Columnas de soldados marchaban hacia el puente que cruzaba el río Savannah, y otras permanecían agrupadas en el muelle esperando para embarcarse en la flota de buques de guerra, cúters y paquebotes de la Armada, mientras los marineros contemplaban la escena desde los penoles como pájaros posados en una rama. En el trajín de los civiles se percibía también una sensación de apremio, como si el hecho de que el ejército se marchase, fuera a su modo tan temible como lo había sido su llegada. Sólo los soldados que debían guarnecer la ciudad permanecían inmóviles en sus puestos. Todo lo demás era febril determinación, con el viento arrastrando borra de algodón por los callejones e incluso los robles de Virginia doblándose y balanceándose en las plazas a causa del viento.

En medio de todo esto, esa mañana Wilma Jones sintió la pequeñez y la insignificancia de sus propios propósitos. Pero eso es la esclava que aún hay dentro de mí, pensó. Debo vigilar mis propios pensamientos: debo ser tan libre en mi alma como lo soy por ley. Miró a Coalhouse Walker, que no compartía tales problemas, como saltaba a la vista viéndolo allí de pie, a su lado, con los hombros rectos y una especie de alegría solemne en el rostro. La tenía cogida de la mano. La cola avanzaba lentamente, y por fin doblaron la esquina. Algunas de las personas que iban delante cantaban. No muy alto: cantaban para sí, un himno a modo de plegaria, para que esa bendición que había empezado a suceder siguiera sucediendo. Más adelante, frente a la escalinata del ayuntamiento, habían plantado una mesa en medio de la acera, con un oficial de la Unión sentado detrás, flanqueado por dos reclutas de pie, con los fusiles listos para disparar. Debido al viento, habían inmovilizado los fajos de papeles en la mesa con grandes piedras. Wilma no entendía por qué no podía hacerse todo eso más allá de la escalinata, en el propio ayuntamiento.

Era un proceso muy lento. Algunos de los negros creían que se les entregaría un título de propiedad allí mismo junto con un mapa para llegar a sus tierras. Pero en ese momento sólo se presentaban las solicitudes, y por lo visto fue necesario explicarlo una y otra vez. Y además, claro, la mayoría de los hombres no sabía escribir, así que el oficial tenía que escribir sus nombres por ellos y dejarlos firmar con una señal y luego el mismo oficial debía dar fe de la autenticidad de la señal. Y de vez en cuando el oficial se levantaba y entraba en el edificio por una razón u otra mientras todos

aguardaban allí de pie y cantando y soplaban el viento húmedo a ras del suelo, oscureciéndole el dobladillo a Wilma y enfriándole los tobillos.

Cuando por fin les llegó el turno, Wilma leyó la solicitud y se la explicó a Coalhouse. Él asintió, miró al oficial y sonrió. Pero había un problema. El derecho de reasentamiento se reservaba exclusivamente a los cabezas de familia. ¿Ella es la señora Walker?, preguntó el oficial, señalando a Wilma. Coalhouse, con el entrecejo fruncido, negó con la cabeza. ¿Y hay una señora Walker?, preguntó el oficial con una sonrisa maliciosa.

Coalhouse se quedó inmóvil como una estatua y miró fijamente al hombre. Wilma lo cogió del antebrazo y sintió cómo se le tensaban los músculos. Deme ese papel, dijo ella. Se lo traeremos junto con todo lo que sea necesario.

Lo que usted diga, señora, dijo el oficial.

Espero que nos reconozca, dijo Wilma. Vendremos directamente a la mesa, mañana no nos obligará a hacer toda la cola otra vez como la hemos hecho hoy.

En una plaza cercana encontraron un banco resguardado por un sauce llorón. Sin embargo, también allí hacía frío, y estaba oscuro. Coalhouse rodeó los hombros de Wilma con el brazo. Ella se apartó, quedándose encorvada con las manos en el regazo. Vamos a hablar de esto otra vez, dijo.

Yo quiero cultivar la tierra, señorita Wilma. Eso lo tengo claro.

Ya ha visto lo que ese hombre tenía en la cabeza. Sean quienes sean, son ante todo blancos.

En dieciséis hectáreas a la redonda no tendremos que ver ninguna cara blanca.

Lo que dan pueden quitarlo.

Eso sólo puede hacerlo ese Señor del que hablas. Ningún hombre me quitará lo que es mío.

Wilma meneó la cabeza.

Vamos, dijo Coalhouse, ¿dónde está ese ánimo? Bien que estaba ahí cuando le ha dicho a ese oficial cómo tenían que ser las cosas. ¡Usted nos verá mañana aquí mismo! ¡Sí! Ésa es mi Wilma. ¿Y ahora dónde está ese ánimo? No lo veo por ningún lado, dijo Coalhouse, mirándola a los ojos.

Guardaron silencio durante un rato. Escucharon el bullicio de la ciudad. En la calle, detrás de ellos, pasó una ruidosa procesión de cañones tirados por mulas.

¿Sabe mi juez Thompson?, dijo Wilma. A veces se iba a Nueva York, o a Saint Louis, o a Chicago. Iba a todos esos sitios. Cogía un tren y viajaba de aquí para allá. Y luego volvía a casa y lo contaba en la cena. Yo intentaba escucharlo desde detrás de la puerta cuando le hablaba a la señorita Emily de todas esas grandes ciudades en el Norte. De lo magníficas que eran. Cada una era un mundo, con toda clase de maravillas que uno jamás imaginaría. Claro que él iba para hablar con otros jueces y demás, y se alojaba en hoteles elegantes como un hombre de mundo. Pero me dio qué pensar. Me gustaría vivir en una gran ciudad. Podría hacerlo. Allí nadie te molesta, todo el mundo está demasiado ocupado con sus propias cosas para molestarte. Y tú

vives tu vida. Eres libre.

La única manera de ir al Norte en esta guerra es con el ejército. ¿Se refiere a eso?

Sí, como antes. Si vamos, deberíamos hacerlo así.

Vivir en los pantanos, donde te pican las serpientes y te persigue la guerrilla. Donde te pegan un tiro en la cabeza. Ya nos ha traído hasta aquí.

Ay, mujer, no me diga que sabe lo que la espera. Hay mil, mil trescientos kilómetros, antes de ver siquiera su ciudad.

Se había puesto en pie y se paseaba de un lado al otro, alterado, nervioso. Así que escuchó a su dichoso juez. Claro. Las cosas buenas de la gran ciudad están hechas para gente como el juez. ¿Ésa es la misma ciudad que usted espera encontrar, mujer? Y para ganarse la vida, ¿qué? ¿Cómo? ¿Qué puede hacer?

Puedo trabajar en algo. En las ciudades hay empleos.

Sí, de esclava. Lavando los calzones del juez, lavando los calzones de diez jueces, de cien jueces.

Sé leer y escribir.

Pues yo no, maldita sea. ¿Es que no lo entiende, señorita Wilma? Yo no sé. ¿Qué clase de empleo cree que van a darme en su magnífica ciudad?

Sabe música. Toca música. Tiene buena voz. Yo lo he oído. Tocando el banjo, hizo feliz a aquella gente.

Ay, Señor, Señor. Coalhouse iba de un lado al otro, retorciéndose las manos. Creía que era más sensata que Coalhouse, esta buena mujer. Pero tiene la mente trastornada. Oiga, dijo, y se puso de rodillas ante el banco. Soy un hombre cariñoso, señorita Wilma. No guardo rencor en el corazón por lo que me han hecho en la vida hasta ahora. Tengo las marcas de los azotes de esa vida grabadas para siempre en la espalda como prueba de lo que he soportado. Soy fuerte. Pero sólo puedo darle lo que hay dentro de mí, y lo que hay es que sé trabajar la tierra. Ese papel que tiene en la mano es del señor Lincoln, que me da lo que se me debe: dieciséis hectáreas de buena tierra y un arado y una mula y semillas. Y con eso forjaré una vida para nosotros. Un hombre dueño de su propia tierra es un hombre libre. Trabaja para él, para nadie más. Canta y baila para él, para nadie más. Se sirve en su mesa la comida que ha sacado de la tierra. ¿Y qué hay mejor que eso? Por la noche, nos sentaremos ante el fuego y usted podrá enseñarme a leer y escribir. Después nos iremos a dormir y despertaremos con el canto del gallo y haremos lo mismo un día tras otro, bajo el cálido sol de Dios. Y si usted no ve la dicha que hay en todo eso, ahora mismo me meteré en el río y me ahogaré.

No lo hará.

Lo juro.

Wilma se inclinó hacia delante, le echó la mano al cuello, lo acercó a ella y lo besó. Es usted muy guapo, dijo. Lo sé.

Sería una lástima perder tanta belleza.

Él se encogió de hombros.

¿Qué le parece si en lugar de eso vamos a buscar un predicador?, preguntó ella. ¿Conoce a alguno?

Él levantó la cabeza y sonrió. Es imposible doblar una esquina sin toparse con alguno.

Venga, levántese y siéntese a mi lado, dijo Wilma. Y ahora mire, aquí en este papel hay dos líneas para poner nuestros nombres: una para usted como cabeza de familia y otra para mí como verdadera cabeza de familia.

¡Ah, cómo rieron!

Y así eligieron su camino. Abandonaron la plaza y corrieron hacia uno de los campamentos de negros. De nuevo les sorprendió el movimiento militar en toda la ciudad. Las calles estaban atestadas de carromatos y soldados en marcha. Esperaron en una esquina.

¿Y qué me dice de su servicio?, preguntó Wilma.

Se acabó cuando tiré la guerrera, contestó Coalhouse. El oficial blanco no sabrá quién se ha ido, porque para él somos todos iguales, ¿no?

Así me gusta mi hombre, pensó ella. Es valiente y listo. Y piensa bien. Quien defiende un derecho defiende su libertad. Al fin y al cabo, ¿cómo han podido los blancos ejercer su dominio tantos años si no es porque eran dueños de la tierra?

A Wilma no le cabía duda que él daría su vida por ella. Pero, santo Dios, ¿y si las cosas llegaban a ese punto? Sabía lo que sucedía a los esclavos tenaces y obstinados. Pero, Wilma, no seas tonta, ya no somos esclavos, ¿no? Coalhouse es más joven que yo, pero tiene convicciones más firmes. No piensa en las cosas hasta que ya no sabe qué pensar. Yo dejaré de preocuparme, sin más. Hemos tomado una decisión y la mantendré.

Pero al mismo tiempo sabía que si pasaba el resto de su vida en Georgia, siempre sentiría recelos.

Cuando acabó de pasar el desfile, siguieron caminando. ¿Cómo quiere llamarse?, preguntó Wilma. Tendré que poner su nombre en la solicitud.

Ponga Coalhouse Walker, padre.

¿Ah, sí? Miró a derecha e izquierda. No veo a ningún hijo por aquí.

Señorita Wilma, dijo Coalhouse con una amplia sonrisa. Venga conmigo a buscar al predicador, si es tan amable, y le prometo que sin darse ni cuenta habrá ya un Coalhouse Walker, hijo.

XVII

Arly y Will no habían salido a la calle desde hacía días. Estaban en Waterfront Street, parpadeando en la penumbra de la tarde oscura y encapotada como si los deslumbrase el sol.

Qué raro que la ciudad esté de pronto tan tranquila, observó Arly.

Will corrió hasta el final de la calle. Se han ido, dijo. ¿Quién?

Los barcos.

Savannah ofrecía un aspecto fantasmagórico bajo la luz gris del día. Recorrieron a toda prisa las calles sin barrer. Muchas casas y tiendas estaban a oscuras. La ciudad parecía devastada, aunque no había daños visibles. Esta ciudad parece un perro con el rabo entre las piernas, dijo Arly.

Sherman estuvo aquí, dijo Will. Eso parece.

En un momento dado, apareció una patrulla en el extremo de la calle, y se escondieron en una plaza detrás de unos arbustos. Llevaban custodiados a unos pobres desertores.

Encontraron las puertas del hospital abiertas. El patio estaba vacío salvo por una ambulancia Rucker, con las lanzas apuntadas hacia el suelo. La sala donde habían trabajado estaba casi vacía. Algunos de los heridos para quienes ya no había esperanza seguían allí, mirándolos con los ojos de los moribundos, pero el único médico presente era civil.

En la consulta del coronel Sartorius no quedaba nada.

Ahora sí que la hemos hecho buena, dijo Will. Mientras nosotros nos entregábamos al vicio, el condenado ejército se ha ido.

No hables mal del vicio, dijo Arly. Pasarse una semana entera en un burdel no es hazaña baladí.

Ya te dije ayer que algo ocurría cuando éramos los únicos que quedábamos con esas mujeres.

Es verdad. Pero yo, sintiéndome como el último hombre en la tierra, estaba demasiado a gusto para preocuparme. Arly se sentó en la mesa de operaciones. Creo que no agradeces el hecho de que cuando entramos en ese lugar teníamos lo justo para un revolcón por cabeza hasta que descubrí la partida de póquer en el salón del fondo.

Bueno, y como medalla ahí tienes ese ojo morado.

También me asentó la mano a un lado de la nariz. Algunos no entienden lo que es la suerte. Es un don, y aquéllos a quienes no se les ha concedido creen que hay gato encerrado. Pero, excepto por ese hombre, los chicos de la Unión se lo tomaron bien.

¿Cómo no? Con ayuda de esa Ruby, los hiciste beber hasta que se quedaron bizcos.

Ah, sí, Ruby, hablando de dones...

No me gustaba su risa.

¿Su risa? ¿Su risa?, preguntó Arly, mirando a Will con incredulidad. Me parece que he perdido el tiempo contigo. ¿Es que no has entendido a qué fuimos a esa casa?

Claro. Yo estuve con la tal Lucille. Me contó su vida.

¿La flaca con los dientes salidos?

Bueno, a mí eso no me importaba. Era buena chica. Le gustaban los arrumacos.

Arly vio que Will, al recordarla, dirigía la vista al suelo con una expresión beatífica en el rostro, y por una vez no supo qué decir. Acabó mirando por la ventana hacia la ambulancia del patio. Espera, dijo. Un momento. Dios me ha dado la respuesta, repuso, y se bajó de la mesa.

¿Qué?

Ese carronato del hospital. Vete a traer una mula y saldremos como flechas tras el ejército.

¿Y eso cómo lo hago?

Pero hombre, por Dios. Busca una y cógela, así de simple. Ésta es una ciudad capturada. ¿Acaso no perteneces a la autoridad militar que está al mando?

¿Y mientras tanto tú qué harás?

Seguiré pensando en el plan. Arly miró en dirección a la sala. Tendremos que llevar a unos cuantos heridos para guardar las apariencias.

En el patio, Will se abrochó la guerrera, se sacudió el polvo y se arregló el sombrero. Al llegar a la puerta miró a ambos lados de la calle. Podría darme un paseo por la ciudad hasta que me cojan, pensó. O incluso entregarme. Qué más da si me toman por desertor. Me trae sin cuidado. Por mí como si me cuelgan. Eso me lo deben, de todos modos. Así al menos no tendré encima a Arly Wilcox diciéndome lo que debo hacer día y noche. Pero no vio ninguna patrulla. Encontró una cuadra a unas manzanas del hospital. En la penumbra, a juzgar por el olor, parecía bastante usada, pero todos los compartimentos estaban vacíos. De pronto oyó un relincho. Al final de la hilera había una pequeña yegua zaina con la crin trenzada. Lo miró a los ojos. Will sintió que lo invadía una repentina felicidad. Hola, preciosa, dijo. ¿Cómo es posible que no te hayan visto los soldados?

Sacó al animal del compartimento. También tenía la cola trenzada. Descolgó un arnés de la pared y, hablándole con suavidad, le puso la cabezada, la cincha, la baticola y la brida. Tras tender los tirantes hacia el lomo, la sacó de la cuadra.

Fuera, con una pistola amartillada, lo esperaba un viejo de cara arrugada y unos pocos pelos canos en el mentón a modo de barba.

Tendrás que pasar por encima de mi cadáver, hijo, amenazó.

Este caballo es ahora propiedad del ejército, dijo Will. Apártese.

Por lo que veo, no eres más que un ladrón. Ésa es la yegua del carruaje de la señorita Lily Gaylord, a quien se la regaló el mismísimo general Sherman, y ella la ha

dejado a mi cargo hasta su regreso.

Pues el general ha dado una contraorden, dijo Will. Y ahora apártese o será juzgado por oponerse al Gobierno federal.

El viejo levantó la pistola. Era una de esas armas de cañón largo con empuñadura curva de madera y yesquero. Apenas podía con ella. Will se rio y avanzó hacia él. Se oyó una crepitación y luego un potente estampido. A Will le zumbaron los oídos, y acto seguido intentaba controlar a un caballo encabritado, sin darse cuenta de que estaba herido hasta que, al levantar el brazo para sujetar la brida, vio el agujero en la manga. Al instante salió su propia sangre a borbotones, como un saludo, o esa sensación tuvo él.

El viejo parecía sorprendido de lo que había hecho. Will no sintió dolor, pero le sobrevinieron náuseas y las piernas amenazaron con fallarle. Consideró absolutamente necesario no dar señales de alarma. Muy bien, dijo, le ha pegado un tiro a un soldado de la Unión después de rendirse la ciudad. Eso es traición, viejo, un delito que se castiga con la horca.

La yegua, ahora temerosa, resoplaba y piafaba. Cogiéndola por el ahogadero, Will se acercó al viejo y le quitó la pistola. Era un arma pesada, y la examinó como si fuera una antigüedad. En ese instante el dolor de la herida le traspasó el brazo y, apoderándose de él una rabia tan intensa que casi se le cortó la respiración, se echó atrás con todas sus fuerzas, asestó un golpe al viejo en la cabeza con el cañón de la pistola. Se quedó allí un momento mirando la figura inmóvil. Viejo estúpido, dijo, morir por la señorita Lily Gaylord.

Al cabo de un rato, Arly conducía el carromato por el puente que cruzaba el río Savannah. Will, tumbado boca arriba en la parte de atrás, intentaba oírlo por encima del traqueteo de las ruedas. Le dolía el brazo a rabiar. Arly había dicho que no debían entretenerse.

Encontraremos a un cirujano en la marcha, gritó Arly mientras azotaba el lomo de la yegua con las riendas. Tal vez incluso a nuestro hombre. Te pondrás bien.

Will tenía frío. Le castañeteaban los dientes, no sabía si por la tiritona o por los baches en la carretera. Tenía la manga empapada. Tumbado en el banco lateral, mantenía el brazo en alto y, con un dedo de la otra mano, se apretaba la herida para detener la salida de la sangre.

Las patas de este caballito parecen mondadientes, gritó Arly. No está hecha para tirar de cuatro ruedas. Tenías que haber conseguido una mula, como te he dicho. Aunque, bien mirado, nos facilita las cosas que estés tú ahí echado, considerando los problemas que he tenido al intentar subir a un par de esos rebeldes moribundos. ¿Adónde los habría llevado y para qué? Tú te pareces más a lo que uno se esperaría, Willie. Y en fin, entre una cosa y otra, tenemos que aceptar lo malo y lo bueno y confiar en que el Señor nos guíe como ha hecho hasta ahora, aunque no le haya quedado más remedio que desangrarte un poco para ayudarnos a pasar por los puestos

de guardia.

Segunda parte

Carolina del Sur

I

Con el ala derecha del ejército de Sherman, los Cuerpos Decimoquinto y Decimoséptimo del general Howard, marchando hacia el oeste desde su lugar de desembarco en Beaufort, y el ala izquierda, los Cuerpos Decimocuarto y Vigésimo de Slocum, bordeando el río Savannah en dirección noroeste, los generales secesionistas no sabían si lo que debían defender era Augusta o Charleston. De hecho, el objetivo de Sherman era Columbia, y pese al rencor personal que Morrison le guardaba, no podía negar la genialidad de la estrategia. Era un amago de ataque sobre los dos flancos, y aunque por entonces los secesionistas sabían lo trapacero que era Sherman, no podían concentrar sus fuerzas hasta que él se pronunciase.

Pero lo que tenía la Confederación como contrapartida era ese endiablado barrizal de Carolina y un clima en consonancia. La lluvia caía copiosamente por el ala del sombrero de Morrison, una cortina de agua a través de la cual los nudos de pino encendidos que llevaban los hombres para alumbrar el camino por la ciénaga parecían estrellas titilantes. En la carretera medio sumergida, por delante y por detrás, se oían los gritos y maldiciones de los cocheros y las voces de mando de los oficiales, y aunque él era un comandante con la escarapela bien visible en los hombros empapados, esa noche nadie mostraba la menor deferencia a su rango, ya que todos, tanto reclutas como oficiales, estaban tan enfrascados en la lucha por avanzar que les traían sin cuidado sus órdenes.

Morrison llevaba el caballo de las riendas. Incluso allí donde habían atravesado troncos en la carretera, el peso de los carromatos los hundía en el barro y era necesario colocar otra tongada de maderos. Y más de una vez adelantaba a una recua parada, una de cuyas mulas tenía un casco atrapado entre los troncos, un pobre animal que relinchaba con desesperación y parecía dispuesto a arrancarse la pata. Cuando un carromato se quedaba atascado, se detenía toda la caravana y se reunían docenas de hombres para desenganchar la recua y vaciar la carga del carromato antes de levantarlo para sacar las ruedas del barro. Morrison juzgó preferible apartarse de la carretera para vadear por el cenagal y disfrutar del barro frío que le calaba las botas. Portaba cartas de Sherman y el general Howard para el general Joe Mower, al mando de la división que ocupaba la vanguardia del ala. Pero no encontraba el cuartel general de Mower.

Torciendo a la derecha, Morrison avanzó lateralmente con la esperanza de llegar a otra carretera, quizá más navegable. Pero el cenagal se convirtió en arroyo, y el arroyo en un pantano lleno de maleza, y en la oscuridad no sabía si caminaba en línea recta. Sentía los arañazos de las zarzas en las piernas mientras vadeaba por el barro y el caballo se resistía a seguirlo. La maleza dio paso a una arboleda, un espeso cipresal, cuyas raíces serpenteantes Morrison sentía, resbaladizas y traicioneras, bajo

los pies. Ahora me ahogaré, dijo, pero siguió adelante a trompicones hasta encontrar suelo más firme en el estrecho ribazo de un caudaloso torrente, un canal de aluvial del Salkehatchie, a donde trepó y obligó luego a subir a su montura tirando de ella. El animal tiritaba y temblaba, con las patas ensangrentadas a causa de los rasguños en las cañas.

Después de bordear el arroyo unos centenares de metros, se encontró con una compañía de ingenieros que tendía un pontón a través del canal. Los ingenieros habían fondeado sus embarcaciones planas y, de una a otra, tendían troncos cortados, y en el lado más cercano, para crear la plataforma de paso, colocaban ya transversalmente tablones donde aún se veían restos de pintura de las casas a las que habían pertenecido. Eso debía ser otra carretera para los cuerpos del ejército cuando se tomase el río. Los martillazos y las voces de los ingenieros se perdían entre el fragor de la lluvia y, a lo lejos, el ruido inconfundible no de truenos sino de cañonazos, ya que en ese cuarto año de guerra la noche había dejado de ser una tregua pactada entre combates. Morrison miró más allá del torrente y sólo vio terreno pantanoso. De modo que, más adelante —¿a qué distancia? ¿un kilómetro, dos?—, las escaramuzas de la avanzadilla habían llegado hasta el propio Salkehatchie, en cuya orilla opuesta las brigadas rebeldes permanecían parapetadas tras los taludes.

Pasados no muchos minutos más de búsqueda, Morrison estaba exhausto y abatido como nunca lo había estado. Se preguntó con cierta amargura por qué él, un comandante, había tenido que actuar como correo, si no era porque Sherman se la tenía jurada. Cuando, en Savannah, le había anunciado al general la llegada del secretario Stanton, Sherman había dicho: A usted se le da mejor enviar que recibir, Morrison, y acompañó el comentario con un asomo de risa. Pero Morrison, aunque fuese en broma, no había encajado bien que se le achacase la culpa de la noticia que había transmitido. Había servido bien y con honor, y ahora se le pagaba con ese infierno frío y húmedo capaz de matar a un hombre, sólo que más despacio que una bala.

Alguien lo llamó, pero al mirar alrededor no vio a nadie. De pronto un trozo de rama aterrizó ruidosamente a sus pies y rebotó como si, más que caer, la hubieran tirado. Alzó la vista y allí, entre las ramas de un olmo gigante, distinguió poco a poco a varios hombres, algunos envueltos en mantas. Uno de ellos fumaba una pipa con la cazoleta invertida y las ascuas, al brillar, iluminaban tenuemente las ramas y el tronco. Morrison se identificó, levantando la voz para hacerse oír por encima de la lluvia, y vio que había encontrado el cuartel general que buscaba. En la horquilla más alta del árbol, de pie como un marino en la proa de un barco, y mirando a través de la noche en dirección a los sonidos de la batalla, estaba el general Mower, el hombre a quien las cartas de Sherman instaban a vencer la resistencia en el Salkehatchie sin tardanza. Sherman había planeado una convergencia sin complicaciones con el ala de Slocum en la elevación del terreno por donde pasaba la línea de ferrocarril de Carolina del Sur, cerca de la ciudad de Blackville, y el factor tiempo era esencial.

Tras entregar los partes al oficial en la rama más baja, lo invitaron a encaramarse al árbol y buscar asiento. Metido en carnes y no precisamente ágil, Morrison prefirió no intentarlo siquiera. Apoyando la espalda contra el árbol, se dejó caer a tierra, donde acabó con el trasero entumecido por el frío.

II

Con la carretera intransitable a causa de la lluvia, la caravana se detuvo. Wrede encendió una lámpara y, colocándose el maletín del instrumental sobre las rodillas, aprovechó para escribir cartas. ¿A quién? Había mencionado a un hermano, también médico, que vivía en Alemania. Emily estaba inquieta. La lluvia azotaba la lona con estruendo ensordecedor. Por la portezuela abierta veía las mulas con la cabeza gacha en esa actitud de sometimiento propia de las bestias. El carromato estaba inclinado hacia la derecha, donde las ruedas se habían hundido en la arena húmeda. No podía ponerse cómoda salvo tumbándose sobre la pila de edredones acumulados para uso de los heridos. Yacía de lado, con las piernas encogidas, las manos debajo de la cabeza para no tocar con la cara los edredones apestosos, algunos acartonados por la sangre seca.

La euforia de la aventura había quedado atrás. Observaba a Wrede, encorvado sobre su carta y ajeno al mundo, a la guerra y a ella. Tenía una capacidad de concentración fuera de lo común. En momentos así, se revelaba ante ella como un absoluto desconocido a quien estaba esclavizada. ¡Qué desdichada y sola se sentía! En medio de las emociones del vagabundeo elegido con tal audacia, no había pensado en el futuro. Ahora ese futuro se cernía sobre ella como una oscuridad, como una noche de incesante lluvia. El doctor Wrede Sartorius no era un hombre normal. Ella no podía imaginarlo con un domicilio estable. Vivía el presente como si el futuro no existiera, o con tal determinación que cuando llegara el futuro lo encontraría como ahora, su alma tan perfecta como en ese preciso instante. No se inmutaba por nada: poseía una calma extraordinaria. No paraba de enviar al Departamento Médico del Ejército informes sobre procedimientos quirúrgicos que había ideado, o mejoras en el tratamiento postoperatorio que había descubierto. Consideraba que los voluminosos manuales de medicina militar tenían una utilidad escasa y despreciaba olímpicamente todas y cada una de las recomendaciones del Cuerpo. En suma, era un hombre que no necesitaba a nadie salvo a sí mismo, tanto profesionalmente como —que Dios amparase a Emily— en su vida personal. Ella no podía imaginarlo melancólico, nostálgico o afligido, ni alocado o irreflexivo, ni en ningún otro estado pasajero como ésos. Era un ser aislado, autosuficiente, que vivía en su propio mundo, sin necesidad de nadie. Y si bien le había mostrado afecto y la había guiado como un maestro hacia sus intereses, Emily se preguntaba seriamente si, en caso de morir ella en un ataque, contemplaría él su cuerpo inerte como un amante desconsolado o le practicaría una autopsia para ver el efecto en sus tejidos y órganos de la metralla o las balas Minié que la habían matado.

¿Por qué estoy tan resentida?, se preguntó. Pero conocía la respuesta. La asaltó una momentánea sensación de encogimiento interno que la impulsó a apretar los

muslos. No podía decirse que en la pubertad hubiese sido una muchacha romántica con la cabeza llena de fantasías, destinada a verse sorprendida por la realidad. Era una mujer culta y había leído lo suficiente para conocer la realidad de que en el amor existía una mecánica física. Pero entregó su cuerpo con devoción. Y sólo sintió que la habitaban.

Aun así, él había mostrado antes cierto interés por su bienestar. Tumbada allí desnuda, con los ojos cerrados, notó que el peso no estaba ya a su lado en la cama. Él había tomado una decisión. Lo oyó abrir el maletín del instrumental. Para que no te duela, dijo, de pie junto a ella, voy a realizar una pequeña intervención. Sólo sentirás un ligero escozor. Y notó los dedos que la dilataban, y luego fue tal y como él dijo, y apenas sangró. Y sin duda, fue un gesto atento por su parte, y muy sensato, pero tan propio de su mentalidad médica que ella se sintió como una paciente más que como una mujer amada. Pero luego él la habitó. Y al alcanzar él el momento de la crisis, ella cometió el error de abrir los ojos, y a la luz del fuego de la chimenea tenía una cara horrenda, contraída en un visaje de turbación y estupidez, los ojos fijos en una mirada ciega que a ella se le antojó un suplicio de la percepción, como si viese un universo sin Dios. Y cuando él dejó escapar su gemido gutural, ahogado, ella lo abrazó, sintiéndolo estremecerse dentro de sí, y lo estrechó no con pasión, sino preocupada por él, por su sufrimiento, aunque naturalmente no era sufrimiento, sino sólo algo en contraste con lo que ella sentía, que era... que él la habitaba.

Y desde ese momento —¿cuánto hacía?, ¿un par de noches?— él se había mostrado algo distante; parecía complacido de ocuparse de los preparativos para la reanudación de la marcha, dando instrucciones tranquilamente a todos, ella incluida. Y ahora estaba segura de que no tenía ningún futuro con ese hombre. Ella era un estorbo, una refugiada sureña cuya presencia allí se justificaba sólo como enfermera que suplía al equipo ausente, que él habría preferido. Y nunca se había sentido tan desgraciada, ni siquiera cuando murió su padre, porque eso ocurrió en su propia casa, donde todo le era familiar, y aún no era consciente de que la vida que había conocido hasta entonces había acabado, y de que en muy poco tiempo sería una mujer degradada en un carromato militar, con la lluvia cayendo sobre la lona como balas, en algún lugar de la anegada llanura de aluvión de Carolina del Sur.

En el carromato que iba justo detrás, Pearl examinaba la carta sellada que había cogido de la mano muerta del teniente Clarke en Sandersonville. Tras decidir que la carta iba dirigida a familiares suyos con el mismo apellido, pudo descifrar el sonido de las letras, sólo que la «C» del principio y la «k» parecían sonar igual y no entendía por qué tenían que escribirse con dos letras distintas. La «e» del final también la confundió, porque, al hablar, no se pronunciaba, y no podía, pues, explicarse qué representaba. En cualquier caso, soy capaz de leer casi todas las letras de este nombre, o sea que podría leerlas si las viera en otro sitio. Pero, a pesar de que ponía la carta en distintos ángulos a la luz del quinqué, y por mucho que lo intentara, no lograba entender las demás palabras, otras tres líneas cuyo significado le era

imposible desentrañar.

Mattie Jameson dormía sobre la pila de camillas plegadas. Hecha un ovillo, con las manos debajo de la barbilla, parecía un niño en el útero. Pearl había visto más de una vez niños abortados, y estaban todos en esa misma postura, tal y como estaba tumbada ella, el ama, en ese momento. Y en el arduo viaje con este ejército era como si fuera montada en una nube, malgastando la vida en dormir la mayor parte del tiempo, incluso ahora que el fragor de la lluvia apenas lo dejaba a uno oír sus propios pensamientos. Y cuando estaba despierta y Pearl intentaba darle algo de comer, sólo mordisqueaba una galleta o tomaba un sorbo de café. Y no hablaba, ni una palabra, y a veces miraba a Pearl como si se esforzara en recordar su nombre.

Aunque no estaba segura, porque no había tenido oportunidad de examinar la cara del ama tan de cerca en la plantación, Pearl creía que le habían salido canas en las sienes donde antes el pelo era de color trigueño. Lo llevaba peinado hacia atrás y recogido en la nuca con una cinta, y así parecía mayor, aunque Pearl sabía con certeza que era mucho más joven que su padre. Pero tenía el rostro blando y cansado, y la piel apagada. Su padre era un anciano cuando falleció, con sesenta años cumplidos como mínimo, pero el ama no podía acercarse a esa edad ni por asomo, aunque desde luego lo intentaba, siempre muda y llorosa, como si también ella hubiese muerto y durmiese todo el tiempo para demostrarlo.

Después de la muerte de su marido, Pearl le había dicho, por si pensaba volver a casa, que Fieldstone había quedado reducido a cenizas, y fue entonces cuando el ama dejó de hablar y dirigió la mirada hacia sí misma.

Pearl echó una ojeada alrededor: el ambiente en el carromato resultaba sofocante en ese momento. Se quitó la guerrera y enseguida sintió el viento húmedo que entraba por debajo de la lona. Pensó en la plantación donde había nacido y vivido toda su vida hasta entonces, y pensó en el sol sobre su cabeza y los campos que amaba. Y de pronto se enfadó consigo misma. Si piensas eso, no eres del todo libre, niña. Tampoco es que sea libre cuidando de esta ama que nunca se preocupó por mí, como si todavía fuera su esclava. ¡Oiga, señora Jameson, ama!, gritó. ¡Despierte, despierte! Y se inclinó y sacudió a Mattie por el hombro.

Ya despierta, Mattie parpadeó, se incorporó lentamente y se llevó las manos a la garganta. Oyó el tamborileo de la lluvia y sintió el frío de su despertar. Se arrebujó en el chal y sólo entonces tomó conciencia de que la niña Pearl la miraba fijamente.

¿Ya está despierta?, preguntó Pearl.

Asintió.

Bien pues, ahora voy a ponerle en claro dónde está. ¿Ve estas cajas, estos frascos y demás? Está en un carromato médico, aquí con Pearl, la hija natural del amo. Y si no puede hablar, dígame que ya lo sabe moviendo esa pobre cabeza suya.

Mattie asintió.

Muy bien. Y estamos con el general Sherman, y su ejército va a acabar con lo que queda de esclavitud. Diga que ya lo sabe.

Mattie asintió.

Y unas personas tuvieron la bondad de llevarla cuando usted se lo pidió. ¿Se acuerda?

Mattie asintió.

Bien. Y yo ya sé por qué lo pidió. Está buscando al hermano primero y al hermano segundo. ¿Verdad que sigue a este ejército con la esperanza de encontrarse con esos chicos suyos? Hable, señora. ¿No es verdad?

Sí, susurró Mattie.

Ya. Y correrá con los brazos hacia el cielo entre los ejércitos y detendrá el tiroteo y arrancará de ahí a esos chicos y les salvará el pellejo, ¿no es así?

Sí. Mattie enderezó los hombros y cruzó las manos sobre el regazo. Sí.

Pues tiene usted que estar loca para pensar eso, pero es una madre y así piensan las madres. Es la locura de una madre, y supongo que las hay peores. Pero ahora debe quedarse despierta y dormir sólo cuando sea la hora de dormir. ¿Sabe por qué?

Mattie negó con la cabeza.

¿Ve mi guerrera, de uniforme? Trabajo de enfermera para el coronel médico que intentó salvarle la vida al amo. Puedo enrollar vendas, puedo darles agua cuando tienen sed, a los hombres, y todo eso. Soy útil para este ejército que me da de comer y me lleva consigo porque ahora mismo no tengo otro hogar en el mundo. ¿Me oye?

Mattie asintió.

Bueno, pues de la misma manera usted, ama, debe ser útil para ellos, porque si se ha quedado aquí, es su obligación, y ellos necesitan a todas las buenas mujeres que encuentren para cuidar de esos hombres quebrados.

¿Qué puedo hacer?, preguntó Mattie casi en un susurro.

Pregúnteselo a la señorita Thompson la próxima vez que acampemos y ella tendrá trabajo de sobra para usted, por eso pierda cuidado. Todo lo que Pearl puede hacer también usted podrá hacerlo. Pero hay una cosa más, ya que la estoy cuidando en su momento de debilidad y dolor, ¿y sabe qué es?

No.

Pues lo que nunca se le ocurrió cuando yo era niña y vivía en su casa. Puede enseñarle a Pearl a leer. Empezando por aquí, dijo Pearl, y le mostró la carta de Clarke.

Mattie tendió la mano hacia el sobre, y Pearl se lo dio. Sus miradas se cruzaron.

Y ahora no me venga con lloros, exclamó Pearl, pero fue en vano. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Mattie Jameson. Meneaba la cabeza y se mordía el labio, y Pearl, que no sabía si consolarla o gritarle, de pronto se sintió invadida por la emoción cuando, sin esperarlo, sin quererlo, también a ella se le anegaron los ojos en lágrimas.

III

Por los huecos entre los troncos, John Hijo y su hermano Jamie vieron a lo lejos las primeras sombras en movimiento entre los árboles del pantano. Después aparecieron más y más, y pronto, en la bruma del alba, era todo un ejército lo que avanzaba penosamente con el agua hasta las axilas, los fusiles en alto y los zapatos y las cartucheras colgados de la punta de las bayonetas. No disparen, ordenó el teniente, corriendo de un lado al otro de la línea. No disparen, ordenó con un susurro ronco, como si los de la Unión, aunque demasiado lejos para abrir fuego, pudieran oír todas y cada una de sus palabras.

La caballería se había retirado para cubrir los flancos, pero había muchísimos yanquis y sólo mil quinientos rebeldes para detenerlos. Ay, señor, exclamó Jamie. Aterido de frío y tiritando, con los labios azules, estaba a punto de mearse encima. Los hermanos no habían dormido mucho esa noche a causa de las escaramuzas que se habían producido río arriba y río abajo. También tenían hambre, ya que habían comido las últimas galletas el día anterior. John Hijo, que era un año mayor, tuvo que asumir el papel de experto militar por el bien de Jamie, que estaba muerto de miedo. Tú no te preocupes, dijo, estas defensas son tan buenas como un fuerte. Nunca llegarán hasta aquí: tenemos las de ganar, y nosotros disponemos de artillería, ellos no. Es imposible montar un cañón en este pantano.

Poco después John Hijo pudo dar un codazo a su hermano en las costillas, porque los cañones habían empezado a disparar, los proyectiles silbaban por encima de sus cabezas y caían atronadoramente en el agua, derribando árboles y lanzando a hombres por los aires. Pero siguieron adelante, algunos detrás de troncos flotantes donde apoyaban los fusiles cuando disparaban para obligar a los artilleros a agachar la cabeza. Tienen a los francotiradores delante, dijo John Hijo.

Vamos a morir. No quiero morir, dijo Jamie.

Calla, imagina si papá te oyera hablar así.

No está aquí, ¿no? Puedo decir lo que me venga en gana, pues.

Piensa en algo agradable y así no te comportarás como un cobarde.

¿En qué?

No sé. Algo. Cuando en casa espiábamos a las esclavas mientras se bañaban en el arroyo, por ejemplo.

Ya.

Las veíamos desnudas y ellas ni se enteraban.

Ya.

Esa Pearl, la blanquita. Tendré que follármela antes de que la pille un negro.

Ya.

Es la más guapa.

Ya.

Con esas tetitas que ya le asoman. No esos melones de las matronas. Dios, no he visto tetas más grandes que las de algunas de ellas, ni siquiera las de nuestra madre.

¿Has espiado a mamá?

No, sólo lo digo por lo que se ve en apariencia.

¿Has espiado a mamá! Se lo diré.

¿Qué le dirás?

Que has visto a mamá desnuda, John. ¡Jo!

Cierra la boca o acabaré contigo antes de que lo hagan los yanquis. Puedes morir antes o después.

Jamie se quedó pensando y calló por un momento. Has dicho que no me matarían, John.

Mentía, quejica de mierda.

Has dicho...

Tú no eres un Jameson, ni mucho menos. Fíjate en esas lágrimas. Por Dios, si se está convirtiendo en niña ante mis propios ojos. Vas a morir, ganso, y yo también, así que cierra el pico y compórtate como un hombre. O después de morir los yanquis te darán por culo.

¡Mentira!

Ni mucho menos. Eso es lo que hacen a los críos lloricas. Si es lo que quieres, sigue berreando. Sí, señor. Precisamente eso es lo que hacen.

El hombre que avanzaba por delante de Stephen Walsh recibió un balazo, pareció tirar el fusil y se quedó un momento flotando boca arriba, agarrando con las manos los zapatos que llevaba colgados del cuello. Después desapareció. ¿Quién era? Tras vadear hasta allí, Walsh se arrodilló y buscó a tientas con la mano libre. Nada. En ese pantano en marea ascendente, a la tenue luz del alba, la única señal del muerto era el agua rojiza, una mancha untuosa que se arremolinaba y diluía lentamente con la corriente.

Ya vale, soldado, dijo alguien detrás de él. Siga avanzando.

Las filas de soldados caminaban con desnudo por el pantano, sumergidos en el agua hasta el pecho. Aquel paraje era algo que se resistía con vida propia, y para Walsh no pertenecía a la Unión ni a los Confederados, sino a su propio reino anónimo y, por lo que veía mientras avanzaba con el ímprobo esfuerzo que exigía, se dilataba hasta el infinito. No tenía miedo, sólo sentía la lúgubre desesperación que le había invadido el pecho el día en que aceptó los trescientos dólares por jugarse la vida. Mientras marchaba por Georgia, prendiendo fuego a las casas y arrancando raíles de ferrocarril, le parecía que libraba una guerra demencial. Ver las sonrisas en las caras de los esclavos liberados que salían al encuentro de las tropas no era una recompensa. Había advertido en sus miradas la ira consciente que no admite consuelo. No sabía si él habría sido capaz de soportar la cruz de una vida así. Estar perdido en la tierra,

como en una isla de depredación despiadada...

En torno a él, el agua reventaba en pequeños y virulentos chasquidos. También tenían artillería, y las balas llegaban con un zumbido estremecedor. No pudo evitarlo: al oír el ruido, se volvió hacia atrás y se encogió. Pero los hombres alrededor hacían lo mismo. Y los árboles se partían y caían al agua detrás de ellos. Por encima del agua oyó una retahíla de imprecaciones contra el general Mower por concebir aquel avance absurdo. Maldito seas, Mower, ¡aquí soy un blanco seguro! ¡Maldito seas tú también, Sherman, y maldita sea esta maldita guerra! Pero Walsh sabía que no era propio de los generales asumir gran número de bajas. Supuso que este ataque frontal era una maniobra diversiva, y que la acción real era el movimiento de flanqueo río abajo o río arriba, para superar la posición de los secesionistas y obligarlos así a abandonar su refugio. Quiera Dios que sea pronto, pensó Walsh, y se rio de sí mismo por este arrebato de devoción tan poco propio de él. Porque muchos muertos flotaban ya en el pantano, algunos enredados con las ramas de los árboles.

Cuando la luz se filtró entre los cipreses, Walsh vio a los hombres como embarcaciones. Todos juntos, a través del fuego y el agua, visibles sólo de cintura para arriba, eran una armada que avanzaba con los fusiles en alto y hundiendo la cabeza a un lado y al otro. De vez en cuando uno se detenía, como un barco alcanzado por las bombas, desarbolado. Walsh, con menos de metro setenta de estatura, no era alto pero sí robusto, y la mayor parte del tiempo procuraba mantener el torso por encima del agua. Pero cuando el lecho del pantano descendió, Walsh se alegró de que aumentara la profundidad, de modo que sólo la cabeza y los brazos en alto quedaban expuestos a las balas. Cuando volvió a subir, resbalando el agua por la guerrera, tuvo la sensación de estar en la mira de un francotirador.

Al notar que algo le golpeaba el costado, se volvió y descubrió una cabeza separada del tronco, con ojos azules y barba, su expresión de dignidad herida, y en el cuello una estela de tegumento y venas. Por un instante horrendo, antes de apartarla, Walsh sintió que apelaba a él como si, incluso después de esa experiencia, la vida pudiera aún parecer deseable.

IV

Llevaban un día y medio en la elevación del terreno entre los ríos Salkehatchie y Edisto mientras el ejército seguía avanzando. El dispensario de Wrede era uno de los tres levantados en el campamento. Las tiendas hospital daban cabida a cuarenta heridos, pero había cerca de ochenta con necesidad de tratamiento. Wrede era el único cirujano del cuerpo que practicaba resecciones en campaña. En ese momento hacía una, en un hueso largo de la pierna fracturado y supurante. La opinión general era que las resecciones solían presentar complicaciones en el postoperatorio. La amputación era un procedimiento más limpio, con mejores resultados, y mayor porcentaje de supervivencia. Aunque el soldado perdía un miembro, conservaba la vida. Wrede sabía que eso era absurdo: había visto a demasiados amputados morir a manos de sus colegas. Emily, mientras lo asistía, tomó conciencia del público de cirujanos, instrumentistas y enfermeros militares congregados en torno a la mesa de operaciones al aire libre. Era temprano por la mañana. El cielo era de un azul radiante, el sol lucía entre las copas de los árboles y se respiraba un aire fresco y tonificante, pero por lo demás era una lúgubre escena, con hombres tendidos en las camillas pidiendo agua, maldiciendo a Dios, gritando de dolor. Sin embargo, los médicos habían dejado a sus pacientes para ver trabajar a Wrede Sartorius.

Había practicado incisiones en dos lugares de la pierna y fijado retractores por encima y por debajo del hueso infectado. Aplicó fórceps a las arterias principales. Tras pasar una aguja enhebrada por debajo del hueso, la sacó por el otro lado y la sujetó a una sierra de cadena flexible. Lo increíble era la velocidad y la determinación con que trabajaba. Emily, en la cabecera de la mesa, observaba sus manos. Parecían seres con inteligencia propia. En unos instantes, o esa impresión dio, Wrede sostenía en alto la sección ósea afectada con un fórceps. Volvió a unir el hueso y cerrar la herida entre los murmullos de los espectadores, y a continuación la pierna se envolvió con un vendaje ligero y se entablilló. Emily había sostenido la bolsa de cloroformo sobre la nariz y la boca del paciente. Recibió entonces la orden de retirarla. Los circunstantes hicieron preguntas a Wrede. Si bien él contestó con tranquilidad, Emily advirtió que para él eso era una pérdida de tiempo. Siguen aplicando vendajes con colodión a las heridas, le había dicho un día, lo que prácticamente garantiza la inflamación. He escrito artículos a favor de la luz y el aire como agentes cicatrizantes, pero ellos ni caso. Hacen las cosas como las han hecho siempre, porque siempre las han hecho así.

Poco después ya había empezado la siguiente intervención, y los demás cirujanos habían vuelto a su trabajo. Sólo entonces Emily se dio cuenta de que le habían dirigido tantas miradas a ella como a la mesa de operaciones. ¿Había visto una sonrisa de complicidad en la cara de uno de los médicos? ¿O era más bien una mueca

burlona? Todo eso era francamente intolerable.

Mientras tanto, las compañías de servicios habían llegado y descargado los ataúdes de los carrromatos de intendencia. Dejaron los cadáveres en el borde del campo a la sombra de los árboles.

Pearl sujetaba a Mattie Jameson con firmeza por el codo mientras recorría con ella las hileras de cadáveres. Allí había chicos sureños con sus andrajosos uniformes grises y de la Unión con sus trajes azules rotos y ensangrentados. Mattie los observó a todos, independientemente del uniforme. Los examinó con mirada atenta y expresión solemne. Era como si intentara comprender la muerte. Fruncía el entrecejo y negaba con la cabeza. Algunas caras, hinchadas, deformes y ensangrentadas, estaban irreconocibles. Otras permanecían intactas, sin señales y paralizadas, con los dientes a la vista, como si hubieran muerto intentando morder a alguien. ¿Por qué tenían ese aspecto?, pensó Mattie. Como si la muerte nos devolviera a un estado animal. Mi John, en cambio, murió con los ojos cerrados, como un ser humano en paz, casi como si se alegrara de estar muerto, con las manos cruzadas sobre el pecho y sólo la nariz un poco más larga.

Cuando las dos mujeres llegaron al último cadáver, Mattie rompió a llorar. Pearl no lo entendió. Era un muerto de la Unión. Vamos, ama, dijo. Usted misma ha visto que los hermanos no están entre estos hombres caídos. ¿Por qué llora, pues, como una pobre madre de un hijo muerto? Debería dar gracias a Dios de que sus niños y su pequeño ejército corren que se las pelan para no cruzarse en el camino del general Sherman.

V

Justo en medio del puente se paró la yegua. Arly la azotó con las riendas. ¡Arre!, gritó. ¡Muévete, maldita seas! El animal no reaccionó. Arly se puso en pie para verla mejor en la oscuridad. Tenía levantado el casco de la pata delantera izquierda y no estaba dispuesta a apoyarlo en el suelo.

Detrás de ellos, la caravana se detuvo. Arly oyó las protestas a lo largo del puente y más allá de la orilla, hasta perderse en el bosque. El eco de las voces resonó entre los cipreses y de pronto el aire, encima de su cabeza, se llenó de estridentes murciélagos. No había nada que Arly detestara más que los murciélagos. Fuera, fuera, dijo a la vez que agitaba los brazos desesperadamente y brincaba, zapateando en las tablas.

La caballería vadeó el río a ambos lados del puente. Un oficial sofrenó su montura.

¿Qué problema hay, soldado?

Arly se arrodilló junto a la yegua.

Parece que se le ha roto la pata, señor.

¿Qué lleva ahí?, preguntó el oficial, señalando el carromato.

Un herido.

Sáquelo.

Para entonces los cocheros de los carromatos situados justo detrás se habían acercado para ver qué sucedía. Arly levantó la portezuela trasera y dijo: Will, vamos a tener que moverte. ¿Puedes levantarte? No lo cojan por el brazo, dijo Arly a los hombres. Es lo que tiene mal.

Will apenas se tenía en pie. Se sujetaba el brazo herido, que por lo visto ya no sangraba. Pero se le había empapado de sangre la parte de delante de la guerrera.

Desengancharon la yegua y la llevaron al borde del puente, en el lado que miraba río abajo. El oficial ató las riendas de su caballo a un montante y, tras subirse al pontón de un salto, metió el cañón de la pistola en la oreja de la yegua y disparó. La yegua dobló la pata buena y, al desplomarse de costado, cayó al agua.

Arly puso el hombro bajo el brazo ileso de Will y lo sostuvo. Will olía a sudor; estaba bañado en él.

Una docena de cocheros como mínimo bambolearon la ambulancia y, con un gran esfuerzo, la tiraron también al río. Bien, dijo el oficial. Y ahora en marcha otra vez.

Arly y Will iban ahora en un carromato de intendencia cargado de sacos de harina. No hay nada más cómodo que apoyar la espalda en esto, dijo Arly, asestando puñetazos al saco para darle forma a su gusto como si fuera una almohada. Una neblina blancuzca flotó en el aire.

¿Dónde estamos? ¿Adónde vamos?, preguntó Will. Hemos vuelto con el general Sherman, contestó Arly. Ya lo sabías.

Está oscuro, observó Will al cabo de un rato.

Pues claro, es de noche.

Creo que estoy muriéndome, dijo Will.

Vamos, eso lo dices siempre por poco que te duela.

No, ya no me duele, dijo Will. Así que seguro que es eso. Arly lo oyó respirar.

Tengo sed.

Mierda, maldijo Arly. Se acercó a gatas al frente del carromato y negoció con el cochero hasta conseguir una cantimplora.

El agua animó a Will. Al menos no podrán ejecutar a un muerto, dijo, y dejó escapar una risa débil que acabó en tos.

Así es, corroboró Arly. Empezaba a preguntarse si Will estaba muriéndose de verdad. De pronto el chico parecía mucho más viejo. Como si hubiera logrado sobrepasar a Arly en edad y llegar a donde los hombres eran mayores y sabios y daban instrucciones.

¿Te acuerdas de Coley's Mill?, preguntó Will.

¿De qué?

De mi pueblo. Coley's Mill, cerca de Asheville.

¿No me digas? Pues yo soy de las Smokies, que están en Gatlinburg.

Hay más de un Kirkland en el pueblo, pero nuestra casa es la más grande. Irás a decírselo, ¿de acuerdo?

¿A quién?

A mis padres. Lo ideal sería que encontraras a mi padre sobrio. Diles que Will luchó y murió por los Estados Confederados de América. ¿Lo harás por mí?

Pues claro, si se da el caso, pero no dará, ya lo sabes. Además, si te mueres, ¿cómo vas a presentarte ante tu amada señorita Thompson y exponerle tus razones? O sea, cuando los encontremos, será ella quien te cuide, ¿no? Así que no te conviene morirte justo ahora y perderte sus sonrisas y que te ponga la delicada mano detrás del cuello y te levante la cabeza para darte de beber un buen coñac o, mejor aún, un poco de láudano o algún otro dormitivo para tranquilizarte. ¿Ves como hasta yo he aprendido la nomenclatura? Cuando se acabe todo esto, debería plantearme ingresar en la Facultad de Medicina. O sea, siempre se me ha dado bien hacer cosas con las manos. Sólo que seguramente no son éstos los planes de Dios, porque la idea no está tan arraigada en mi cabeza como para ser idea suya. Y desde luego no es Dios quien te mete en la cabeza esas ideas sobre la muerte. Es un aspirante a demonio, y sólo para que el paseo en carromato sea un poco más movido. Diantre, no tienes nada que la señorita Thompson no pueda curar con una sonrisa.

Will permaneció callado.

No te lo he dicho antes, Will, hijo, pero aunque Dios me ha enviado a mí sus señales, siempre iban dirigidas a los dos, ya que hemos estado juntos desde la mañana

en que te dejaron en la celda delante de la mía. Eso también fue obra de Dios, como debes saber. Y te juro que cada vez veo más claro el misterio de sus designios. Un día de éstos, creo, oiremos lo que Dios tenía pensado para ti y para mí en esta triste guerra y la razón por la que nos sacó de Milledgeville y nos puso a viajar con el ejército del bando contrario. Hay un poderoso propósito que debemos llevar a cabo. Y si crees que me estoy dando aires —o sea, ya sé que tiendes a ser escéptico—, me permito recordarte que los mensajeros de Dios en la Biblia no acostumbraban a ser de las clases altas, e incluso el propio Moisés había matado a un hombre. Así que si ahora Dios nos elige a nosotros, un par de soldados de pega, pues así es como actúa él, a lo mejor cree que si puede redimirnos a nosotros, puede redimir a cualquiera. O sea, aunque estés de acuerdo en que la raza humana ha sido una decepción para él, excepto, claro está, algunos ángeles como tu señorita Thompson y tal vez la puta de los dientes salidos con la que hiciste arrumacos en Savannah. Pero en general Dios esperaba mucho de nosotros y no se han cumplido las expectativas. Somos su mayor pifia. O sea, con los murciélagos la pifió, y también la pifió con las garrapatas y los tábanos y las sanguijuelas y los topos y las mocasines, pero la peor de todas las pifias somos nosotros. Así que cuando te digo que ya casi ha llegado el momento de que se nos revele su intención para con nosotros, quiero que me creas. De hecho, ya tengo una idea aproximada de lo que le ronda por la cabeza. ¿Quieres saber qué es, Willie? ¿Quieres saber qué se nos exigirá hacer al final?

Como Will no contestó, Arly preguntó: ¿Te has dormido, hijo?

Arly se acercó al pescante, donde pendía un quinqué del poste central de la lona. Descuelgo esto un momento, dijo. Sólo para comprobar cómo va mi paciente ahí atrás.

Y era lo que se temía: a la luz de la lámpara, Will tenía los ojos cerrados y los párpados y las mejillas blancas a causa de la harina suspendida en el aire, y con esa expresión infantil, límpida y plácida, casi una sonrisa en los labios sin color, tenía que estar soñando con algo muy grato, tal vez con la señorita Thompson, y claro, tratándose de Will, no que la amaba sino tal vez que estaba con ella en una iglesia ante el predicador. Y conmigo también, pensó Arly, de padrino a su lado con el anillo a punto.

VI

Los jinetes de Kil Kilpatrick, unos cinco mil hombres, la vanguardia del ala izquierda al mando del general Slocum compuesta de caballería e infantería montada, cruzaron el río Savannah y se dirigieron hacia el norte, prendiendo fuego a todos los pueblos a su paso. En la mayoría de los casos la resistencia fue mínima. Kilpatrick acumuló tesoros a lo largo de la gran marcha hasta que tuvo su propia caravana de carromatos cargados de expolios: cuberterías de plata, ropa blanca de hilo, cristalerías, botellas de vino y licores, así como viandas asadas, carnes curadas, huevos, mermeladas, frutos secos y nueces tostadas, granos de café y otras delicias para el paladar.

Una tarde, al llegar a medio galope al pueblo de Allendale, le llegó un olor exquisito y alzó la mano para dar el alto a la columna. El aroma a carne guisada parecía provenir de una casa en medio de un parque de robles, aislada de la calle. La casa estaba vacía, pero en la cocina anexa encontró a un mulato con gorro de cocinero preparando la cena para un grupo de esclavos. Los esclavos, sentados a una mesa cuando él irrumpió, se sobresaltaron. ¿Esto qué es?, preguntó Kilpatrick, escudriñando el contenido de una gran olla donde se estofaban trozos de carne casi desprendidos del hueso, judías y nabos, dientes de ajo y especias de tal delicadeza que le trajeron a la memoria los placeres de la civilización a los que había renunciado al partir en defensa de su patria. *Le lapin*, contestó el cocinero, un criollo francés que dijo llamarse Jean-Pierre. Maldita sea, exclamó Kilpatrick, sorbiendo de un cazo el caldo del estofado. Vosotros, dijo volviéndose hacia los esclavos asustados, sois libres. Tú, ordenó al cocinero, levanta la mano derecha. Y allí mismo reclutó a Jean-Pierre, que se quedó estupefacto, y le concedió el rango de sargento de rancho. Con los correspondientes derechos y privilegios, añadió Kilpatrick. Y ahora comeré un plato de eso, Pierre, y luego nos pondremos en marcha.

Como los dueños se habían ido, Kilpatrick requisó un hermoso landó de la cuadra y los sementales zainos que lo acompañaban.

Por las mañanas, en cada pueblo, Kilpatrick se llevaba en su caballo a una muchacha negra y por la noche compartía la cama con ella. Le gustaba alojarse en la mejor casa del pueblo, y en la casa ocupar la mejor habitación con el colchón más mullido, y las almohadas más blandas y las mantas de más abrigo, y se apropiaba de parte de todo eso cuando levantaban el campamento. En su séquito/también iba un sobrino suyo, Buster, un niño rubio de diez años, repelente, despreciado por los oficiales. El crío trataba a todos con prepotencia, cosa que Kilpatrick toleraba con buen humor. Adoraba al niño y le enseñaba a leer cuando disponía de un rato libre.

En el vado del río Little Salkehatchie por Morris Ford, a tres kilómetros del pueblo de Barnwell, la columna de Kilpatrick se topó con un contingente de la

caballería rebelde de trescientos hombres. Kilpatrick dispuso una batería de cañones ligeros. A cubierto bajo las andanadas, la infantería montada vadeó el río cenagoso, disparando al frente con sus fusiles de repetición. Las tropas secesionistas resistieron hasta que se vieron envueltas por los flancos, y entonces desaparecieron en el bosque.

Cuando los jinetes de la Unión llegaron a Barnwell, lo hallaron sin nadie que lo defendiera. Quedaban sólo mujeres y niños, y los oficiales más atentos les aconsejaron que abandonaran el pueblo cuanto antes. Los soldados campaban por sus respetos. Famélicos, saqueaban las casas, derribaban cercas, arramblaban con todo lo que encontraban, vaciaban las despensas, se sentaban en las cocinas y exigían comida a los negros; algunos los complacían encantados, otros obedecían por miedo. Kilpatrick eligió el único hotel de Barnwell para instalarse. Con las manos detrás de la espalda encorvada, contempló por la ventana los penachos de humo que empezaban a elevarse en el pueblo. Fíjate bien en esto, Buster, dijo a su sobrino. No muchos niños verán una cosa así: es mejor que un Cuatro de Julio. En efecto, pronto se alzaron llamas por todo el pueblo como corazones volcánicos de humo negro. Delgadas lenguas de fuego subieron hacia el cielo a la vez que la apacible tarde se convertía en crepúsculo. Tan maravillado quedó Buster que, mientras su tío disfrutaba del espectáculo, se encaramó a una silla, cogió una vela de un candelabro y empezó a prender fuego a las cortinas. Uno de los oficiales gritó, y poco después los demás maldecían y pisoteaban las llamas mientras el general Kilpatrick los miraba y reía. Todavía no, Busterino, dijo, antes tenemos una celebración pendiente.

Mientras el pueblo ardía, Kilpatrick mandó llamar a músicos y negras para acompañarlos en el baile y ofreció a sus oficiales de alto rango una cena preparada por Jean-Pierre, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Buster fue enviado a la cama, pero de madrugada lo despertaron los gritos de una mujer. Lo único que vio a la luz del fuego que entraba por la ventana fue el trasero blanco de su tío Kil en movimiento en la cama de al lado. Los gruñidos de su tío y el tintineo de sus espuelas, el crujido de la cama y los chillidos de la mujer, quienquiera que fuese, todo junto era como un caballo y su jinete al galope, y Buster, para entonces totalmente despierto, supo que ésa era la parte de la velada que consistía en desnudar a las mujeres, y que siempre tenía lugar después de mandarlo a la cama. Pero nunca lo había visto tan de cerca.

Al cabo de un rato, todo se detuvo y de pronto el silencio fue tan profundo como escandaloso había sido antes el ruido, y el tío Kil se levantó de la cama de un salto y se subió el pantalón por los tirantes. Al ver al niño despierto, sonrió, y los dientes le brillaron a la luz vacilante. Eso, Buster, no ha sido más que una lección de tu tío Kil para que sepas qué es ser un hombre. Y en cuanto a esa verga tuya le salga un poco de pelo, él se encargará de que lo aprendas por tu cuenta.

Al amanecer, Kilpatrick salió del hotel y vio el pueblo devastado. Las calles habían sido arrasadas, sólo pilas humeantes de madera y chimeneas en pie daban fe de lo que había sido Barnwell. Los soldados, aunque visiblemente extenuados,

pasaban despacio frente a él a caballo, y los comandantes de las brigadas lo saludaban mientras él los observaba medio vestido en el porche del hotel. Bostezó. Llamó a su ayuda de campo y, empleando la espalda de éste a modo de escritorio, redactó rápidamente una nota a Sherman, que avanzaba con el ala derecha del general Howard a menos de medio día de marcha al este. Por lo bien que arde, he cambiado el nombre de Barnwell por Burnwell, o Ardebién, escribió Kilpatrick, y envió la nota con un correo.

A diferencia de la mayoría de los soldados y los oficiales de Sherman, Kilpatrick no albergaba especial animadversión hacia el estado de Carolina del Sur. Combatía con una impunidad endemoniada dondequiera que estuviese. Era un estratega temerario y desde el principio de la guerra se había granjeado fama de loco peligroso, con un índice de bajas en sus filas muy superior al de los demás generales. A sus espaldas lo llamaban Kil Kavalry, Mata Caballerías. Sin embargo, este oficial un tanto contrahecho y de baja estatura poseía algo de la audacia carismática del guerrero clásico. Los hombres lo seguían casi a su pesar, y las mujeres lo encontraban irresistible. Unos pocos centímetros menos y habría tenido las proporciones de un enano, con el torso ancho y la espalda encorvada. Cuando cabalgaba, parecía a punto de perder el equilibrio y de caer de la silla. Era una especie de dandi incluso en campaña, tal vez para compensar sus formas poco agraciadas y sus rasgos faciales toscos, claro reflejo de su naturaleza combativa. Los ojos, muy separados, no expresaban la sensibilidad de un hombre considerado; la nariz, aguileña y carnosa, apuntaba hacia la boca ancha de un sensualista, todo ello encuadrado por unas patillas pelirrojas ralas y un sombrero de ala ancha que llevaba ladeado con desenfado.

Distaba de ser el tipo de oficial al que respetaría el comandante Morrison, quien llegó a su campamento esa tarde con un despacho del general Sherman exigiendo su presencia. Sin ceremonias, Kilpatrick le arrancó a Morrison la nota de la mano y poco después él y su guardia personal de seis jinetes partieron a medio galope.

Normalmente, en una situación así, Morrison habría esperado que lo invitaran a acompañarlos. Pero tan cansado estaba que no lo tomó a ofensa. De hecho, se sentía mal. Cuando descabalgó para presentarse, por poco le fallaron las piernas. En cualquier caso, ya conocía las órdenes para Kilpatrick: Sherman marchaba hacia el norte, ambas alas ya reunidas, con destino a Columbia. Kilpatrick tenía que partir hacia el sur, en dirección a Augusta, a modo de vanguardia.

Las tropas de Kilpatrick estaban desplegadas en una carretera que discurría junto a las vías de la línea entre Charleston y Augusta. Hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones, Morrison veía a destacamentos arrancar los raíles y tirarlos a hogueras hechas con las traviesas. Lo vio como un proceso industrial a la inversa. Cuando los raíles estaban al rojo vivo, los retiraban, doblaban y retorcían. Era una tarea relajante para la caballería, y las voces de los hombres le llegaban como una charla entre camaradas. Consciente de su propia manera de ser, se sintió incómodo. Morrison nunca había tenido camaradas. Ni siquiera en West Point había sido capaz

de integrarse en un grupo de hombres como uno más. Siempre estaba en la periferia de las cosas; acaso lo toleraban, pero no lo incluían. Había algo en él a lo que ya se había resignado hacía tiempo: una introspección que lo había aislado a lo largo de toda la vida y, en sus peores momentos, lo volvía irascible.

Por encima de las vías se elevaba una hilera de columnas de humo, que menguaban con la distancia; casi, pensó Morrison, como las bocanadas de una locomotora en marcha. Al otro lado de la vía se extendía un campo de unos doscientos metros y, más allá, un bosque de robles y pinos. A su espalda, ondulantes tierras de labranza con farfollas de maíz secas y amarillentas se marchitaban bajo el sol invernal. En ambas direcciones, como Morrison sabía, habían apostado piquetes para detectar señales de movimiento de los rebeldes.

Cuando se puso en marcha esa mañana, se había alegrado al ver el sol en el cielo, pero al contemplarlo ahora su resplandor se le antojó malévolos. Encontró una silla de campaña ante la tienda del cuartel general y, sin soltar las riendas del caballo, se desplomó en ella. No sabía qué le pasaba, pero se sentía muy mal. Agobiado por la guerrera, se la desabrochó. Oía un ruido áspero y repetitivo, y poco a poco se dio cuenta de que era su propia respiración. Afiebrado, se adormiló, y los sonidos y las imágenes del campamento se transmutaron en las voces de sus padres y la habitación donde había vivido de niño. Despertó y casi de inmediato volvió a cerrar los ojos. Eso sucedió una y otra vez. Despertaba sobresaltado, miraba alrededor con una percepción relativamente clara; veía a su caballo pastar, a los criados negros de los oficiales realizar sus tareas, observándolo todo de una manera bastante lúcida, y a renglón seguido volvía a sumirse en una fantasía de ilusiones febriles: gente que le gritaba en un idioma que no entendía, caballos encabritados con cuernos de unicornio, y ese espantoso zumbido de aserradero que era su propia respiración. Soy plenamente consciente de lo que está pasando, se dijo, tengo fiebre. Al mismo tiempo, no parecía capaz de sacudirse el sopor.

¡Vendrás con nosotros! Éstas eran las palabras que resonaban dentro de Morrison como una orden repetida una y otra vez. ¡Vendrás con nosotros! ¿Quién lo había dicho? Era consciente de que cabalgaba en formación cerrada con una falange de jinetes, con los pies en los estribos clavándose por momentos en los flancos de otros caballos. No veía bien: tenía el sol de la mañana de frente. Sin embargo, había desenvainado su espada de oficial y la llevaba apuntada hacia el suelo junto a la pierna, las riendas sujetas con dos vueltas alrededor de la mano izquierda. No era un jinete nato y montaba inclinado sobre la perilla. La carretera estaba encharcada, y le saltaban pegotes de barro a la cara, que se le adherían como sanguijuelas. Pero después, inexplicablemente, el terreno se secó y la polvareda de los jinetes de delante se elevó como una nube, y sintió la boca llena de polvo; respiraba por la boca, al tiempo que escupía y resollaba y percibía el sabor de la tierra. Sin embargo, el polvo consiguió oscurecer la luz del sol, y más allá vio los tejados de una población.

Y luego, mientras recorrían una calle, de pronto la resuelta carga se sumió en el caos, encabritándose los caballos y vociferando los hombres y cayendo caballos y jinetes alrededor. Morrison no podía avanzar ni revolverse. El espantoso chillido de los rebeldes le taladraba los oídos. En esta confusa maraña de azul y gris, los hombres se derribaban mutuamente de las monturas. Con los ojos cerrados, Morrison enarboló el sable y asestó un tajo sin saber a qué o a quién. Notó que el filo se hendía en carne y hueso. ¿Por qué esa gente no entendía que estaba enfermo? Alguien le rodeó el cuello con el brazo. Morrison se sujetó a las riendas con fuerza y sintió que caía hacia atrás. Mientras intentaba, convulsivamente, lanzar golpes de sable por encima del hombro, el arma se le escapó de las manos. Abrió los ojos y quedó horrorizado al ver los cascos de su caballo agitarse en el aire. Después sólo vio la cabeza del animal, el terror en sus ojos desorbitados, su boca abierta en un relincho. Vislumbró el sol justo antes de chocar contra el suelo. Sintió que se le rompía la pierna, y mientras ahogaba un grito de dolor, se le partió la columna bajo el peso del caballo que seguía relinchando, y expulsó el aire de los pulmones.

VII

Tras cruzar el puente y entrar en el pueblo, Arly se bajó del carromato y, agarrando a Will de los brazos, lo arrastró hacia el borde; luego se agachó por debajo de él y se irguió lentamente para cargárselo al hombro.

El humo de las casas y los graneros incendiados flotaba a baja altura sobre la carretera, confirmando al lugar un aspecto fantasmagórico. Demonios, Willie, dijo Arly, no te gustaría respirar este aire, no es más que humo y ceniza. Le abrasa a uno la garganta.

Arly se apartó de la carretera para dejar vía libre al carromato.

Esa mañana fría y seca una bruma azul desdibujaba lo poco que quedaba del pueblo. Las mujeres, algunas con bebés en brazos, observaban en silencio el paso de los carromatos. Lo único que había por ver era la monotonía de las ruedas chirriantes y la impasibilidad de un ejército en pos de las fuerzas de combate. La caravana era como el final de un desfile, cuando hace ya tiempo que ha pasado la banda militar. Ya no se oía más música que los mugidos del ganado que los arrieros del ejército conducían por el puente y el pueblo.

Arly giró en redondo hasta que lo vio bastante bien a través de la bruma. Se hallaba en el extremo este del pueblo, más allá de unas casas devastadas hacia donde el terreno ascendía. Era un montículo con lápidas que asomaban de cualquier manera menos a plomo. En un cementerio no hay nada que quemar, ¿eh, Will? Como mucho, pueden derribarse unas cuantas lápidas.

Se encaminó hacia allí con su carga, indiferente a las miradas de las personas con quienes se cruzaba. Vestía el aborrecido uniforme, pero la gente, en su estupor, poco podía hacer aparte de mirar. Algunos ni siquiera eso hacían, limitándose a levantar la vista cuando él pasaba y abismándose de nuevo en sus pensamientos a la vez que se abrían paso a puntapiés entre sus escombros.

En vida, Will era más bien delgado, pero un montón de huesos muertos era una cosa muy distinta si había que acarrearlo a las espaldas. Encima empezaba a despedir cierto olor. Arly no sabía cómo se las arreglaría con el entierro. No disponía de una pala, estaba cansado y no recordaba haber tenido tanta hambre jamás, y no debía permitir que el ejército se le adelantara demasiado. Pero si no enterraba él a Will, ¿quién lo haría?

Arly se protegía de la mala conciencia con un sentimiento de pesarosa rectitud. No negaré que te saqué de aquel hospital de Savannah donde un médico habría evitado que te murieras desangrado, dijo al chico muerto que llevaba al hombro. Pero ¿quién te dice que no habríamos acabado al poco tiempo en dos celdas esperando la llegada de los ataúdes antes de que nos fusilaran por espías o algo así?

En una casa en ruinas donde sólo quedaba en pie el porche con la techumbre

combada, le llamó la atención un diván en medio del jardín. Arly abrió de una patada la verja de hierro forjado, entró a trompicones y dejó caer el cadáver en el diván. Lo colocó en posición sedente y él se sentó a su lado, tomándose un tiempo para recobrar el aliento. Encontró la colilla de un puro en el bolsillo superior y le acercó una cerilla.

Tomé una de esas decisiones calculadas propias de tiempos de guerra, Will, explicó. Pero ¿quién puede saber con certeza que Dios no estaba detrás de ella? Somos sus instrumentos, muertos o vivos, y espero que tu espíritu me escuche ahora que estás allí arriba a su lado y sabes mejor que yo lo que sucederá.

Como si respondiese, el cadáver se desplomó contra Arly y la cabeza quedó apoyada en su cuello. Con un suspiro, Arly lo rodeó con el brazo. Y los dos permanecieron así sentados en el silencio del aire quemado bajo los árboles ennegrecidos, poco dispuestos a moverse tanto el muerto como el vivo. Arly no se durmió, no exactamente, pero se le vidriaron los ojos y se le cayó el puro de los dedos en la hierba. En ese estado de sonambulismo, vio detenerse un carromato tirado por una mula, y un hombre, vestido con un abrigo marrón y un bombín, y un negro que lo ayudaba se instalaron allí mismo, enfrente de la verja, en su función de fotógrafos. Sacaron del carromato un gran trípode de madera y lo montaron. Luego una cámara de cajón, que fijaron al trípode. Y luego, mientras el hombre del bombín elegía una lente y la enroscaba en la cara delantera del cajón y enfocaba la cámara y miraba el cielo y volvía a enfocar la cámara, el negro iba una y otra vez al carromato y, a todo correr, regresaba cargado de cajas con pilas de placas de metal. Sí, estaban preparándose para tomar una fotografía, eso era evidente. Arly se había despertado por completo, pero no se movió ni abrió los ojos más de lo necesario para ver qué sucedía. El carromato llevaba un tendal negro sobre la plataforma y una escalera para entrar por detrás, y en el panel lateral se leía el rótulo JOSIAH CULP, FOTÓGRAFO DE EEUU, y en letras más pequeñas: *Cartes de visites*. Estereografías.

Arly esperó a que el tal Josiah Culp introdujera la cabeza en la tela negra detrás de la cámara y en ese momento agitó un brazo.

¡No se mueva!, se oyó el grito ahogado, de modo que Arly se puso en pie y dejó que el tronco de Will cayera de lado en el diván.

Josiah Culp salió de su mortaja negra, los brazos en alto en un gesto de desesperación. ¡Ya la tenía! ¡La tenía! ¿Por qué se ha movido? Siéntese otra vez, por favor, es perfecta, es la imagen que buscaba.

¿Cómo sabe qué buscaba si acaba de verlo?, preguntó Arly.

Uno lo sabe cuando lo ve. Salta a la vista. Te habla. Por favor, dijo, señalando el diván.

Era un hombre corpulento, con traje, chaleco y un abrigo abierto sobre el vientre. Tan preocupado estaba por su fotografía perdida que sólo ahora se fijó en la extraña contorsión de Will en el diván, con los pies todavía en el suelo. ¿Qué le pasa a su camarada?

Nada que lo altere, ya que está muerto.

¿Está muerto? ¿Oyes eso, Calvin? El otro está muerto. Ah sí, ya veo las manchas en la guerrera. Claro. Mejor así. Siéntese allí otra vez con su camarada, señor, póngale el brazo alrededor de los hombros como antes y mire la cámara. Esta mañana la luz no es como me gustaría, pero si se queda quieto unos segundos, lo haré famoso.

Supongo que no podrá mantener a un negro, una mula y todo este equipo sin vender su mercancía, dijo Arly mientras se dirigía a la calle.

Oiga, ¿qué hace?, preguntó Josiah Culp. Arly echaba un vistazo al interior del carromato desde la parte de atrás. Aquello se parecía a un carromato hospital del ejército, con sus armarios y cajas de suministros. Varios objetos de cocina colgaban de un cordel suspendido a todo lo ancho. ¿Y olió acaso provisiones? Entró y, al levantar una lona, encontró unos cuantos boniatos y sacos de azúcar y café y un pollo muerto desplumado.

¡Salga de ahí, caballero!

Había de todo. Encontró una tienda plegada y un pico y una pala y un montón de guerreras de uniforme, tanto azules como grises. Encontró telones enrollados con paisajes pintados. Desenrolló uno: mostraba un estanque pintado con patos y árboles pintados nunca vistos sobre la faz de la tierra.

Pero lo que Arly interpretó como una revelación fue una foto: la última en una pila de placas de cristal guardadas en un cajón de embalaje. Estaba montada sobre tela negra en un marco de plata. Mostraba a oficiales del ejército de la Unión posando ante una tienda de campaña, su cuartel general. La acercó a la luz. El pie decía: El general Sherman y su Estado Mayor, Georgia 1864. Sherman tenía que ser el que estaba sentado. Miraba fijamente la cámara.

Sí, señor, susurró Arly. Ya se me acaba de ocurrir.

Dejó la foto en su sitio, rebuscó un poco más, se llenó los bolsillos de boniatos y saltó del carromato. Se animó al ver en Calvin, el joven negro, una sonrisa de admiración.

¿Eres un esclavo liberado, Calvin? Desde luego tienes un traje y un sombrero muy bonitos.

Sí, señor. Estoy aprendiendo el oficio de fotógrafo con el señor Culp.

Supongo que saca mucho partido a los generales que quieren hacerse retratos.

No sólo los oficiales, dijo Culp. También fotografío a reclutas. Todo el mundo quiere que le saquen una foto. Alivia el dolor de la separación a las familias, a los seres queridos, cuando tienen un retrato de su soldado.

Pues desde luego tiene usted un buen montaje, observó Arly. Inmejorable.

Una *carte de visite* sale a muy buen precio. Pero los beneficios son sólo un medio para conseguir un fin. Soy fotógrafo con licencia del Ejército de Estados Unidos, explicó Culp. ¿Y por qué cree que es así? Porque el Gobierno es consciente de que, por primera vez en la historia, la guerra quedará grabada para la posteridad. Hago un registro pictórico de este terrible conflicto, caballero. Por eso estoy aquí. Ésa es mi contribución. Retrato la gran marcha del general Sherman para las generaciones

venideras.

Si el dinero no significa gran cosa para usted, ¿por qué no me paga si lo que quiere es una foto mía?

Culp se echó a reír, mostrando una boca llena de dientes mellados. ¡Ahora sí que no me queda nada por oír!

Al menos a él no tendrá que pagarle, dijo Arly, señalando el diván.

Tiene suerte de que yo esté dispuesto a tomarle una foto sin remuneración. Accedo a darle una copia. A eso accedo, pero los derechos de la foto serán míos. Y ahora, por favor, mientras queda luz, siéntese como antes, con el brazo alrededor del muerto.

Arly sacó del interior de la guerrera la pistola cargada que había encontrado en el carromato del fotógrafo. La sostuvo con el brazo extendido, como si la sopesara, y miró por encima del cañón a Josiah Culp. No es ésa la imagen que yo tengo en la cabeza, dijo.

VIII

Sentado en un tronco, Sherman esperaba a que los hombres del Cuerpo Decimoquinto de Howard tendieran un pontón en el río Broad. Era una mañana despejada, fría y luminosa, y soplaban una ligera brisa. A poco más de un kilómetro hacia el norte estaba su trofeo, Columbia, la capital de la traición secesionista, extendida en la llanura como una tarta de ciruelas lista para comer, o como una mujer lista para ser poseída. Dios bendito, por supuesto que se acordaba de Columbia, donde, en sus tiempos de joven oficial, había conocido a varias familias. Vivían allí damas encantadoras. Y una en particular, mucho más joven que él, poco más que una niña, menuda y ágil, en los huesos, pero cuando lo miraba, le temblaban las piernas. ¿Seguiría allí? Ellen, se llamaba, igual que mi querida señora Sherman. Ellen Taylor. Ahora sería una mujer casada, quizá viuda, ya no tan ágil, con una prole tirándole de la falda.

Veía el magnífico edificio de la cámara legislativa que los concejales habían planeado construir, una hermosa estructura clásica de granito a medio acabar. Muy apropiada para una comunidad con tan elevado concepto de sí misma. Con qué sensación de seguridad debían de haber seguido los acontecimientos de la guerra que se desarrollaba más al norte. Los iniciadores de esa guerra, nada menos y, sin embargo, a salvo de ella. Veía las ruinas aún humeantes de la estación del ferrocarril. En las calles bullía la población, muy consciente del ejército azul que se concentraba al sur en toda su inmensidad. Las calles estaban atestadas.

Alzando los binoculares, vio jinetes confederados en las carreteras que salían de la ciudad rumbo al norte. Los negros, agolpados en la estación, desvalijaban vagones de grano y sabía Dios qué más cosas de provecho para él. Llamó a su ayuda de campo y dio orden de que una de las baterías de cañones de Howard lanzara una andanada de balas de veinte libras para dispersar a los saqueadores. Y unas cuantas más aquí y allá por si acaso, añadió, volviendo a mirar la cámara legislativa, donde ondeaba la bandera confederada.

Al cabo de una hora, encabezaba con su Estado Mayor el cuerpo del ejército en su marcha por la carretera hacia la ciudad. Se había levantado el viento, y algunos caballos, nerviosos, alzaban el morro y perdían el ritmo al andar. Y, de pronto, como si no hubiera pasado el tiempo, estaba ya en la plaza del mercado de la ciudad, donde el viejo alcalde salió de entre la multitud para saludarlo y asegurarle que los ciudadanos de Columbia no ofrecerían resistencia. Sherman, al ver la silenciosa multitud de espectadores, contestó en voz alta. Y por nuestra parte, señor alcalde, dijo, mirándolos a todos, permítame asegurarle que no pretendemos causar el menor daño a sus ciudadanos ni a sus propiedades. Nos quedaremos aquí sólo el tiempo necesario para liberarlos de los recursos y las instalaciones que ya no les son de

utilidad.

En ese momento, Sherman olió humo y, afirmándose en los estribos y mirando por encima de las cabezas de la muchedumbre, vio al final de una calle de edificios comerciales una pila de balas de algodón en llamas. Enseguida, por orden de uno de sus generales, una compañía de soldados fue a apagar el fuego. En una armonía inesperada y conmovedora, pronto ellos y el cuerpo de bomberos de la ciudad trabajaban codo con codo.

Después, cuando Sherman encontró una casa de su agrado a unas cuantas manzanas de la cámara legislativa y estableció allí su cuartel general, ordenó la destrucción del arsenal y todas las demás instalaciones militares, ferroviarias e industriales, así como todos los edificios públicos del Gobierno confederado, excluyendo los municipales. A continuación, se dispuso amablemente a recibir a los inevitables peticionarios. Pero la primera persona que se presentó a su puerta, una monja con un amplio hábito negro, lo indujo a adoptar una actitud defensiva muy poco propia de él. Era la hermana Ann Marie, abadesa de una escuela de monjas para niñas, y quería su autorización para disponer de una guardia. Descuide, dijo él. No les pasará nada. En ese caso, replicó la abadesa, no tendrá inconveniente en ponerlo por escrito. El Ejército de Estados Unidos no hace la guerra a los conventos, repuso Sherman, e hizo además de acompañar a la abadesa a la puerta. Ella no se movió. Exasperado, Sherman escribió a vuela pluma una autorización y se la entregó bruscamente. En cuanto la abadesa se fue, volvió a apoderarse de él esa desazón que lo invadía en las ciudades. Pero ahora sentía un recelo bastante concreto. ¿Qué era? Se oyó un silbido en la habitación, y se dio cuenta de que era el viento que penetraba por las ventanas viejas y desencajadas. El sonido le pareció un lamento de mujer. Se quedó mirando los visillos que, al ondear en el aire, se enrollaban y se arremolinaban como en una danza de derviches.

Stephen Walsh había visto las balas de algodón en llamas, las pilas listas para su envío, que se extendían a todo lo largo de una manzana. Su compañía, que marchaba por una calle contigua, rompió filas para relevar a los soldados de la brigada contra incendios y, dirigida por el capitán del cuerpo de bomberos local, se hizo cargo de las mangueras y las bombas de mano.

Al cabo de media hora, el incendio estaba bajo control, y poco después no quedaba la menor señal salvo los montículos carbonizados de balas quemadas y las volutas de humo que se llevaba la brisa. Los incendios mueren, como los seres vivos, pensó Stephen. La agitación es intensa y la muerte dramática. Estoy acabado, derrotado, estáis viendo mi muerte, parecía decir el humo.

Los soldados reanudaron la marcha, alejándose entre los aplausos de los ciudadanos.

Pero siguió vivo en el corazón de las balas, ese fuego, alimentándose hasta que llegó la noche y se levantó el viento. Había guardado silencio, a la espera, y cuando

llegó el momento propicio, prendió, elevándose hacia el cielo nocturno y agitando sus penachos de llamas en el viento polinizador.

¿Quién acercó la primera cerilla a esas balas? Walsh pensó que debieron de ser los rebeldes al batirse en retirada. Si el algodón no era para ellos, tampoco lo sería para Sherman. El algodón, pues, había sido siempre el centro de todo, con el algodón construyeron el Sur y ahora, dada la estupidez de esa gente, con el algodón lo reducen a cenizas.

Porque Columbia era un infierno, calles enteras en llamas, casa tras casa desmoronándose estruendosamente, la savia de la madera silbando y crepitando como los disparos de un fusil. También el cielo parecía haberse prendido.

Walsh, con la misión de montar guardia a las puertas de una escuela de monjas, vio avanzar el fuego. La borra de algodón en llamas se había enganchado a los árboles del jardín. Ese lugar ya no era seguro. Abrió las puertas. Deprisa, hermana, gritó. Las niñas estaban en la capilla, arrodilladas rezando el rosario. Vamos, vamos, dijo Walsh, tenemos que sacarlas de aquí. La abadesa se llamaba hermana Ann Marie. Le lanzó una mirada furibunda y, tras lo que a él le pareció un momento innecesario de reflexión, batió palmas y ordenó a las niñas que se pusieran en fila en el vestíbulo, cada una con un morral en el suelo. Así que la abadesa ya lo sabía, y se había preparado.

Por aquí, por aquí, gritó Walsh.

Pese al rugido infernal de la ciudad en llamas, se oyó con nitidez la voz serena de la hermana: No correremos, sino que caminaremos ordenadamente detrás de este buen soldado. No lloraremos. Sólo miraremos el suelo al andar. Y el Señor nos protegerá.

Y así Walsh las sacó del convento, con las monjas ayudantes flanqueando la columna y la hermana Ann Marie cerrándola por detrás. Formaban una procesión un tanto extraña, esas veinticinco o treinta niñas rodeadas de sus maestras que, con su callada humildad, parecían ir de excursión en un día cualquiera.

Walsh era anticlerical y un escéptico empedernido, pero eso a su teniente no le importó. Quiero un par de papistas, había dicho el teniente cuando llegó la orden. Walsh, usted y Brasil, den un paso al frente.

Brasil, un hombre alegre y desgarbado con el mentón hundido y un brillo perpetuo en los ojos, estaba encantado. Me han llamado papista desde el día en que me incorporé al maldito, así que, por los clavos de Cristo, ¿quién si no Bobby Brasil se merece una noche de parranda? Y cinco minutos después de llegar a la puerta, deseó a Walsh una feliz velada y desapareció.

Las niñas del convento estaban en vísperas, pero fuera sólo se oían retazos de sus oraciones debido al ruido del viento que soplabá entre los árboles. Stephen Walsh tuvo además la impresión de que el viento impulsaba la oscuridad por la rapidez con que declinaba la luz del día. Le pareció oler humo, y al alzar la vista vio un destello

rojo en el cielo. Menuda noche me espera, pensó Walsh.

Pero al final la noche se sucedió de una manera que nunca habría imaginado, y mientras Walsh conducía a sus protegidas por las calles, cayó en la cuenta de que llevaba el fusil listo para disparar. El mundo cambió por completo, todo se convirtió en algo distinto: el cielo, una refulgente bóveda de bronce; las nubes, humaradas negras y espesas. Dobló una esquina y se encontró con la calle cortada por la madera en llamas. La hermana se acercó a él. ¿Sabe adónde nos lleva?, preguntó. Me han dicho que, llegado el caso, debía llevarlas a los edificios de aquel monte, contestó Walsh. Ah, sí, el Colegio Universitario de Carolina del Sur, dijo ella. Daremos un rodeo por aquí.

Y durante unos instantes recuperaron la calma mientras se desviaban por una calle despejada, hasta que dos compatriotas de Walsh salieron por una puerta con jarras de *whisky* en la mano. Al ver la procesión y encontrarla de su agrado, empezaron a caminar a trompicones a la par, comentando en voz alta los posibles méritos de las niñas más altas. La mirada furiosa de la hermana les pasó inadvertida, y cuando las niñas apretaron el paso, ellos las imitaron, riéndose e insinuando sus propios méritos. Como llevaban su mismo uniforme, al principio Walsh simplemente se avergonzó de ellos. Pero algunas niñas lloraban y se empujaban intentando alejarse, y Walsh, al darse la vuelta, vio que uno de los borrachos se había desabrochado la bragueta y estaba exhibiéndose. ¿Es que vuestro Jesucristo no tenía algo así?, gritó el borracho. Walsh se hizo a un lado y apremió a las monjas a seguir, al tiempo que cortaba el paso a los dos hombres. La hermana Ann Marie apareció ante él, en su semblante una imperiosa exigencia de acción. No mire, hermana, murmuró Walsh. Siga, siga. Los dos hombres se reían y tambaleaban delante de Walsh; uno de ellos sostenía una jarra y la agitaba, no se sabía si en señal de ofrecimiento o amenaza, pero Walsh ni lo tomó en cuenta. Le asestó una patada en las partes, y cuando el otro hombre se abalanzó sobre él, le hirió la mano de refilón con la bayoneta. En un instante los dos rodaban por el suelo y aullaban, con las jarras hechas añicos, y el *whisky* derramado, recogido por un albañal en los adoquines, se prendió y corrió como la pólvora hacia las mujeres en su huida.

Lo que Walsh vio arder fue el dobladillo rozagante del hábito de la hermana, que giraba en redondo una y otra vez, intentando verse por detrás. Walsh se precipitó hacia ella y, de rodillas, dio palmadas a la tela y la arrugó con las manos. Pero no era fácil, ya que ella, presa del pánico, no se dejaba tocar. Me lo está complicando aún más, gritó Walsh. Finalmente se quedó quieta y, con los ojos cerrados, estrechó el crucifijo contra sí para sobrellevar el contacto de las manos de un hombre. Walsh logró apagar las llamas, que le habían llegado hasta por encima de los tobillos. Frotó la tela chamuscada con las manos hasta que ya no quedó ni una chispa.

¿Está bien, hermana?

Sí, gracias, contestó ella, sin mirarlo, y cuando las alumnas se pusieron en fila,

ella se colocó entre ellas. Por favor, sigamos.

Al doblar una esquina poco después, tuvieron que detenerse y aguardar en la acera, agazapados, a que pasara una unidad de caballería. Pero los soldados, con los rostros de color cobrizo a la luz de las llamas, estaban contentos. Sofrenaban a los caballos asustados con gritos y chillidos. Algunos llevaban antorchas, y las llamas ondeaban hacia atrás con el viento, y mientras recorrían la calle, Walsh vio una antorcha volar y entrar por una ventana.

En ese momento Walsh se dio cuenta de que le costaba sostener el fusil.

La magnitud del incendio había cogido al general Sherman por sorpresa. Salió apresuradamente y a medio vestir del cuartel general elegido por él, una mansión en los límites de la ciudad, y varios minutos después su ayuda de campo, el coronel Teack, lo encontró a unas manzanas de allí, donde se había reunido con un grupo de bomberos y no daba órdenes sino que las recibía como un recluta más. Señor, esto no es una tarea digna del general de los Ejércitos, gritó Teack, e incluso le tocó el brazo. Sherman jadeaba, y en su rostro tiznado de hollín se vio claramente que por un momento no reconoció a Teack. A continuación asintió y se dejó apartar del fuego. Le dieron una cantimplora y, agachándose, se echó el agua por la cabeza. Su criado, Moses Brown, le ofreció una toalla, y tras secarse la cara y tirar la toalla al suelo, pero todavía sin sombrero y en mangas de camisa, dijo: Teack, ¿puede decirme qué demonios está pasando? Y se alejó, seguido por Teack.

Era peligroso andar por la ciudad. Las paredes en llamas se derrumbaban sobre las calles. Trozos incandescentes de algodón inidentificables, aparentemente etéreos, flotaban en el aire caliente. Había soldados borrachos por doquier. Algunos vitoreaban de pie ante las casas incendiadas, otros caminaban cogidos del brazo, y Sherman lo vio como una parodia del vínculo soldadesco. Todo estaba en siniestra correlación: el infierno urbano y el desmoronamiento moral de su ejército. Estos veteranos de tantas campañas, que habían marchado con él centenares de kilómetros, habían combatido denodadamente siempre con honor, superando todos los obstáculos concebibles que la naturaleza y los rebeldes pusieron en su camino: ahora no eran soldados, eran demonios que se reían al ver a familias enteras contemplar atónitas en la calle cómo ardían sus casas.

En una plaza bajo árboles en llamas, Sherman contempló una magnífica danza, semejante a un sueño, soldados y negras bailando al son de la música de una banda militar, o al menos de aquellos de sus miembros aún capaces de tocar un instrumento. Un negro viejo los dirigía en el quiosco. El general estaba atónito. Tomó conciencia de su propio desaliño y en ese momento no se le ocurrió más que cepillarse la ropa, remeterse la camisa en el pantalón y cuadrarse.

En otra calle sintió un momentáneo alivio al ver a unos soldados que se afanaban por sofocar un incendio, pero al doblar la esquina encontró a otros que con las bayonetas pinchaban las mangueras y ahuyentaban a los bomberos. Y esos hombres ni siquiera estaban ebrios.

Nadie reconoció a Sherman, y él tampoco intervino en nada de lo que vio, posiblemente porque entendió que, en semejante estado de anarquía, se exponía a que desafiaran su autoridad. Miró a Teack, y Teack asintió, a sabiendas, como todos los oficiales, de que no debe recurrirse al rango cuando hay pocas probabilidades de que sea respetado.

¿Dónde está el comandante Morrison?, preguntó Sherman, mirando alrededor.

Señor, acuérdesse. Murió en Airen.

Ah, sí, cierto, cierto.

Teack, con su metro noventa de altura, descollaba sobre Sherman, y cuando atendía a alguien acostumbraba encorvarse, como un padre con su hijo. En dos ocasiones había rechazado el mando de una brigada y el consiguiente ascenso, tan obligado se sentía, movido por un sentimiento posesivo de responsabilidad, a proteger a Sherman y asegurar su fama. Asumió por propia iniciativa semejante custodia en los malos tiempos de indecisión e histeria de Sherman después de Bull Run. Teack lo había visto en sus peores momentos, acurrucado en el suelo de su tienda de campaña, mordiéndose los nudillos y lloriqueando con sobrecogedores gemidos. El general pidió que lo relevaran del mando y se retiró del campo de batalla para un período de descanso y recuperación en Ohio, su tierra natal.

Teack era un hombre lacónico del oeste, y mientras que Sherman era descuidado en el vestir, él, por contraste, y como contrapeso, era sumamente atildado. En la marcha llevaba los guantes y las botas de los soldados de caballería, un sombrero de ala ancha y un sable. Cada día se retocaba las guías caídas del bigote, convencido de que su vanidad era virtud. En realidad, si bien admiraba a Sherman por sus extraordinarias estrategias y su talento táctico, en el fondo despreciaba ese temperamento shermánico del que él había decidido proteger al propio general. Tenía la sensación de que había algo de femenino en el ánimo voluble de Sherman. Uno nunca sabía qué esperar de un ego capaz de vanagloriarse con autocomplacencia o de arrastrarse como un perro apaleado según su propia climatología interna. Teack estaba seguro de que William Tecumseh Sherman tenía algo de genio y la proximidad de una mente así le infundía una energía placentera. Pero, como auténtico soldado profesional que lo había visto todo y no se sorprendía de nada, también se sentía superior a Sherman. Ahora, por ejemplo, el general murmuraba: Dios mío, ¿qué estamos haciendo en esta guerra sino consumirnos?, y Teack sintió vergüenza ajena.

Se habían detenido ante una mansión de piedra que parecía curiosamente indiferente a la luz amarilla en sus ventanas y en las llamas que brotaban de sus chimeneas. Bueno, dijo Sherman, supongo que será necesario hacer venir a una brigada de Slocum del campamento para imponer orden en la ciudad. Estos soldados borrachos... y señaló con el brazo en un gesto impreciso. Habrá que castigarlos. Averiguaré a qué unidades pertenecen y quiénes son sus comandantes.

¿Eso era una orden o simplemente pensaba en voz alta? Teack no lo sabía.

Se quedaron mirando la mansión en llamas. Sabe, coronel, dijo Sherman, cuando

estuve aquí destinado hará unos veinte años, me enamoré de una muchacha que vivía en esta misma casa. Aquello quedó en nada, claro, pero los suyos eran los labios más suaves que he besado en la vida.

Inmediatamente después, Sherman se alejó por donde había venido, con las manos a la espalda.

Teack lo dejó marchar.

Cuando el general dobló una esquina, el coronel sacó una petaca de su guerrera y bebió un buen trago. El calor de la casa en llamas era como el de sol estival en la cara. La sensación era agradable.

Teack creía que se había aplicado una justicia ejemplar a este estado que había conducido al Sur a la guerra. Antes, ese mismo día, había visto a una compañía de soldados de la Unión que habían estado entre los centenares de encarcelados allí mismo, en el manicomio de la ciudad. Se horrorizó al ver el estado en que se encontraban. Mugrientos, apestosos, la piel roñosa, eran seres de ojos hundidos que desfilaban arrastrando los pies en una imitación patética del andar marcial. Al ver el esqueleto bajo la piel, el residuo óseo de su vida semihumana, uno sentía el deseo de apartar la vista. La capital de la Confederación había tratado a esos soldados no como a prisioneros de guerra, sino como a perros enjaulados. El general Sherman había visto a esos hombres y había llorado y ahora sólo pensaba en las bellezas sureñas a las que había besado.

Él había jurado sembrar el terror, ¿o no? Se acataban sus órdenes. Esos pirómanos borrachos y desafortunados, esos violadores y saqueadores —como éstos, que salen ahora de esta hermosa casa, cargados con sacos llenos de cubiertos de plata y collares de perlas y relojes con leontinas colgando de las manos—, ¿qué eran sino hombres necesitados de una noche de libertad en esa guerra urdida en el Sur que había irrumpido en sus vidas y todavía amenazaba con llevárselas? Se detuvieron un momento para arrojar antorchas por las ventanas. Un soldado lanzó una mirada a Teack para ver su reacción y, como no la hubo, sonrió y saludó con ademán enérgico.

Si estos actos de vandalismo son una venganza, pensó Teack, pues bien, es una señal de eficacia de la que un ejército debería enorgullecerse.

Lo que había provocado aquella borrachera casi generalizada fue el saqueo de una destilería en River Street. El coronel lo averiguó al ir en dirección inversa a la de los hombres que, con baldes llenos de *whisky* en los brazos, pasaban por su lado tambaleándose. Era un gran edificio de ladrillo con plataformas de carga en las que había soldados en estado inconsciente. Dentro había más animación. Los hombres tenían a una muchacha negra en el suelo y se turnaban con ella. Tiraban de otra que, pateando y gritando, intentaba trepar por una escalerilla. Teack se llenó la petaca de *bourbon* de un barril y siguió su camino.

Tres médicos militares habían instalado sus dispensarios en el edificio principal

del Colegio Universitario de Carolina del Sur. Ni aun siendo diez, habrían podido satisfacer la demanda. Resultaba difícil mantener el orden en el vestíbulo mientras los civiles se daban empujones y pedían ayuda a gritos. Eran habitantes blancos de la ciudad, personas con quemaduras, fracturas o esguinces. Pero en una explosión habían muerto varios soldados de la Unión, y muchos más habían resultado heridos. Sherman había ordenado que tiraran al río las reservas de pólvora y munición de Columbia, y algo había salido mal. Estos hombres sufrieron heridas atroces, que tuvieron ocupados a los médicos gran parte de la tarde.

Dos enfermeros, sargentos del Departamento Médico, acababan de ser asignados a Wrede Sartorius y ahora eran ellos quienes lo ayudaban en el quirófano, por lo que Emily Thompson y Pearl pasaron a ocuparse de fregar los suelos ensangrentados, apilar y retirar los desechos médicos, lavar las toallas, llevar las vendas y las tablillas y administrar los medicamentos. Emily consideró preferible mandar a Mattie Jameson a la sala de suministros, donde se ahorraría ver lo peor.

Tras resolver la emergencia, los pacientes civiles fueron conducidos a la sala de reconocimiento de Wrede Sartorius. Las lesiones que atendió no le interesaron demasiado. En su mayoría, esa gente se hallaba en estado de *shock* y confusión. Les recetó coñac, o láudano en soluciones muy diluidas. Le irritaba esa procesión aparentemente inacabable de personas asustadas. En manos de Pearl y Emily quedó envolverlos en mantas del ejército, administrarles las dosis y acompañarlos a un piso superior donde podían descansar en catres instalados en las aulas.

Conforme se propagaban los incendios a lo largo de la noche, llegaba cada vez más gente a las puertas. Al principio hacían esperar a negros y blancos en salas distintas. Pero el colegio era un refugio, y a medianoche tanto unos como otros acampaban en los pasillos.

Fue necesario requisar más edificios para la emergencia, donde se instalaron otras unidades médicas. Stephen Walsh veía desde una ventana del pasillo que dos edificios del Colegio Universitario ardían. En los tejados había gente intentando sofocar las llamas a golpes de manta. Vio sus siluetas recortadas contra el cielo rojo. ¿Qué infierno era ése? No el infierno en orden de los curas y las monjas, eso desde luego. El infierno de éstos era reconfortante. Inducía a pensar que existía un cielo. Este infierno, mi infierno, no tiene adscripciones. Es la vida cuando ya no se tolera a sí misma.

Walsh llevaba la mano izquierda vendada. Tenía la sensación de que era la prolongación de un capullo. O quizá de un avispero. El vendaje de la mano derecha le permitía mover los dedos. Sólo se le había quemado la palma, aunque la mano le escocía tanto como la otra. Se sentía indefenso con esas ataduras. Quería arrancárselas con los dientes. Por la mañana, pasara lo que pasase, se libraría de ellas y se reintegraría a su compañía.

A causa de la barahúnda de gemidos y gritos, no oyó qué había dicho la

enfermera. Pero sin duda era guapa, y él había agachado la cabeza y entrecerrado los ojos para dar a entender que le miraba los labios con la única intención de leerlos.

En ese gimnasio convertido en sala de espera, había más pacientes que camillas, y la gente yacía en el duro suelo de madera con mantas dobladas a modo de almohadas, o estaba sentada, como él, con la espalda contra la pared.

Pero ella, muy atenta, lo llevó a una sala contigua como si fuera su protegido. Le cogió las manos por las muñecas para metérselas en un cubo de agua fría y luego le aplicó el ungüento. Inclineda mientras realizaba su labor, evocaba la fuerza del acto íntimo. El pelo castaño claro le caía en tirabuzones a ambos lados de la cara y, por alguna razón, la guerra se convirtió en algo remoto. Su efecto sobre él fue demoledor. Mientras marchaba con Sherman, Walsh había llegado a pensar que nada parecido a la intimidad humana volvería a ser posible.

¿Tienes nombre?, preguntó ella.

Stephen Walsh.

Lo miró. Tenía los ojos de color avellana, con destellos verdes. Al mirarlo con esos ojos, sintió que le escrutaba el alma. Soy la enfermera Jameson, dijo, como si lo desafiara a negarlo.

Encantado.

Bien. Pero deberías saber que no hay que jugar con fuego, Stephen, y acto seguido se echó a reír.

Seguía pensando en ella. El habla tan peculiar, la manera natural y espontánea de moverse y comportarse, delataban la verdad racial de que la enfermera Jameson era una muchacha negra, liberada y alistada en la Unión.

No le sorprendía. Después de meses de marcha, la existencia de negros de piel clara ya no le sorprendía. En ese extraño país, tras generaciones de costumbres abominables, los esclavos ya no eran negros sin más, tenían distintos grados de blancura. Si el Sur se imponía, pensó, teóricamente podía llegar un momento en que la piel blanca por sí sola no garantizaría la identidad de un hombre libre. Podrían marcar, encadenar y vender a cualquiera en una subasta, ya que el color negro había sido un recurso provisional, y la idea misma de una clase esclavizada era la premisa subyacente.

Pero en esa señorita Jameson había algo que era más escurridizo. Le había hablado con esa suave cadencia en la voz, riéndose un poco de él, pero mirándolo con esos ojos que de pronto, por un instante, despedían destellos de perplejidad. Y la seriedad con que le había tratado las manos quemadas, su concentración —la atención lenta, minuciosa, con que abordó el problema—, lo indujeron a pensar que era una persona que no había asumido responsabilidades independientes hasta hacía poco tiempo.

Atónito, pensó de repente que quizá esa muchacha deslumbrante, a pesar de su rango de enfermera, no estaba tan lejos de la infancia.

Recorrió el pasillo abarrotado de gente con la esperanza de volver a verla.

A primera hora de la mañana, requirieron la presencia de Emily Thompson como ayudante cuando trajeron en una camilla a una mujer negra inconsciente. Con la ropa hecha jirones, presentaba magulladuras en el pecho y los brazos. Tenía un ojo hinchado y cerrado. Le habían golpeado la cara. La tendieron en la mesa y le quitaron la poca ropa que le quedaba. Tras examinarla, Wrede decidió reparar primero la fístula vesicovaginal y ordenó a los enfermeros que la colocaran de rodillas con la cabeza y los hombros hacia abajo.

Emily tenía que sostener un quinqué y al mismo tiempo entregar a Sartorius los instrumentos que pedía. Estaba mareada por la terrible intervención. Wrede tenía las manos manchadas de sangre y estaba tan concentrado que ni parpadeaba. Ella buscó en él alguna emoción reconocible. ¿Es que sólo la expresaba con el trabajo de sus manos? ¿Debía deducirse? Dios sabía qué horrores había padecido esa muchacha. Emily no soportaba mirar. Pero ni siquiera las zonas más íntimas del cuerpo humano quedaban fuera del alcance de la investigación sin ceremonias de este médico. Emily suponía que el progreso de la ciencia era una suerte para el mundo moderno. Pero en ese momento no pudo menos que evitar sentir lo inapropiada que era la intromisión masculina. Sabía que él intentaba salvar a esa pobre mujer, pero también tenía la sensación de que la ciencia de Wrede se sumaba a los abusos cometidos por sus compañeros soldados. Wrede no pronunció palabra. Era como si la muchacha no fuera más que el reto quirúrgico que planteaba.

Una vez concluida la operación, uno de los sargentos dijo: Oh oh. La mujer estaba expirando. De su garganta escaparon unos sonidos horribles. La sujetaron, y ella se tensó y de pronto quedó inerte entre sus brazos.

Wrede meneó la cabeza y, tras indicar con un gesto que retiraran el cadáver, se quitó el delantal y, sin apenas mirar a Emily, abandonó la sala. Boquiabierto de asombro por su marcha, Emily tuvo la clara impresión de que la muerte era un estado que no le interesaba.

Emily se refugió bajo el arco vacío de una ventana en el último piso. Se sentó allí para recobrar la compostura. Se dijo que aquel hombre estaba desbordado, era un médico brillante que llevaba mucho tiempo, semana tras semana, trabajando en campaña. Padecía una gran tensión nerviosa, ¿cómo iba a ser de otro modo? Las responsabilidades de tantos días de marcha afectarían a cualquiera. Pero se le ocurrió otra posibilidad que atribuiría a su propio agotamiento, a las horas de incesante trabajo y al horror de una ciudad en llamas. Y era que Wrede Sartorius, el hombre al que se había entregado, no era médico. Era un mago que se proponía alterar el universo creado.

Fuera, iluminada por el cielo nocturno de color rojo, una multitud de personas que acababan de quedarse sin casa invadían el jardín delantero. Las ambulancias del ejército no podían pasar. Emily vio a mujeres entre la muchedumbre cuyo aspecto y

actitud le resultaron tan familiares que era como si las conociera. Por la manera de moverse, el porte, se traslucía que eran madres de familia. Estrechaban a sus hijos contra ellas y aguardaban, serenas, entre el nerviosismo que las rodeaba. Eran mujeres de su clase, las mismas con las que había vivido toda su vida. Y lo habían perdido todo.

Dios mío, susurró. ¿Por qué no estoy ahí fuera con ellas?

El manicomio estatal se había incendiado y habían trasladado a algunos de los internos al Colegio Universitario. Estaban asustados. Deambulaban por los pasillos, con el pelo largo y la ropa mugrienta. No sabían dónde estaban. Gemían y gritaban. Los médicos sedaron a aquéllos a quienes los celadores lograron sujetar. Llegaron soldados para restaurar el orden.

Tras conducir a los enajenados al sótano, aún se oían sus alaridos desde los pisos de arriba. Los pacientes en espera miraban a los médicos y los enfermeros castrenses para tranquilizarse con la idea de que en el mundo existían aún formas de control civilizadas, de que no todo era fuego y demencia y muerte.

Mattie Jameson doblaba toallas en la sala de suministros relativamente silenciosa situada tras una puerta al final de un pequeño pasillo. Como suele ocurrir cuando se realizan tareas sencillas y repetitivas, pensaba en otra cosa. Con la cabeza ligeramente inclinada y una sonrisa en el rostro, estaba en Fieldstone una noche de invierno al principio de su matrimonio, cuando John no tenía asuntos urgentes que lo alejaran de casa, los dos sentados en su acogedor cuarto de costura, con las cortinas corridas para protegerse del frío de la noche, lumbre en la chimenea y cada uno leyendo en su butaca. Y ni siquiera tenían que hablar, tan natural era su intimidad. De pronto todavía era una mujer joven de carnes prietas y en su fuero interno se enorgullecía del hambre de John por su cuerpo. Aunque había dado a luz a dos hijos, conservaba casi la misma gracilidad de cuando se casó. No esperaba nada más de la vida que complacer a ese hombre vigoroso, a quien, en sus momentos de mayor vértigo, imaginaba descendiente de leones.

El dolor de Mattie por su vida perdida y sus temores por sus hijos la habían llevado a un bendito estado de ensoñación, de modo que cuando el alboroto en el edificio por fin captó su atención, se le antojó que podía ocuparse de aquello igual que de sus bebés cuando lloraban en sueños.

Al regresar a la planta baja con una decisión tomada, y repitiendo para sus adentros lo que debía decir a Wrede Sartorius, Emily Thompson enseguida perdió el hilo de sus pensamientos cuando vio a Mattie moverse entre los pacientes y agacharse ante ellos y tocarles la frente y hablarles con ternura para apaciguarlos. Emily se detuvo, atónita.

Se había enterado por Pearl de detalles de la vida en la plantación Jameson y, como Pearl, se había acostumbrado a velar por esa mujer, que invariablemente, cada

vez que veía a Emily, decía: ¿No es usted la hija del juez Thompson de Milledgeville? Lo evidente en ese momento era que el estado mental de Mattie Jameson se correspondía con la situación en la que se encontraba. El mundo en guerra se había puesto a la altura de su aflicción y ya no era posible distinguir lo uno de lo otro.

Todo eso era fascinante. En un campamento, Emily le había pedido a Wrede que examinara a Mattie. Él lo hizo, y después le habló de su estado. Es demencia, había dicho. Sin embargo, si le reconocieras el cerebro, seguramente no encontrarías ninguna patología. En algunas enfermedades mentales, se hace la autopsia y un diagrama de las lesiones. Aparecen excrecencias cristalizadas. Tumores supurantes. Se advierten cambios de color, depósitos blandos y amarillos, surcos estrechos de materia corroída. Pero en el caso de otras enfermedades, no se ve la menor señal: el cerebro está en perfecto estado físico.

¿No es su cerebro sino la mente la que está afectada, pues?, preguntó Emily.

La mente es obra del cerebro, no algo con existencia propia. Pues una dolencia del alma, quizá.

Wrede la había mirado, deplorando el comentario de ella. ¿El alma? Eso es una fantasía poética, sin el menor fundamento, dijo él, como si holgara decirlo.

Mientras Emily la observaba, Mattie, tras recorrer conversando y sonriendo el pasillo flanqueado de pacientes, entró en una habitación y se perdió de vista. Pero ¿qué hacía? Emily la siguió y la encontró en un aula convertida en estudio. Aquí la luz de las lámparas de gas era más tenue. Los pacientes, desconsolados, estaban sentados en las escasas sillas, con la cabeza gacha. Una pared estaba revestida de espejos. En un rincón había un piano vertical, y fue eso lo que había llamado la atención de Mattie. Un anciano, que leía la Biblia sentado en la banqueta del piano, advirtió que ella estaba de pie a sus espaldas. Se dio la vuelta en la banqueta y la vio mirar el piano con el semblante arrobado. Y entonces se levantó.

Mattie se sentó y se quedó mirando el teclado tal como los pianistas, que ven en él un universo. A continuación, apoyó los dedos en las teclas y empezó a tocar. Era un vals de Chopin, y aunque lo tocaba de manera vacilante, cohibida, lo hizo convencida de la ilusión de que estaba en su casa, con su propio piano de cola Bösendorfer.

Emily no reconoció al compositor, pero lo que oyó fue una cadenciosa melodía de gran refinamiento. La música despertó en ella el regusto de una vida civil. Fue casi una sorpresa. Después, cuando Mattie Jameson cobró confianza y la música se volvió más energética y expansiva, Emily se acordó de su propia determinación. Miraba su reflejo tal como se veía a la tenue luz de las lámparas de gas. ¿Cómo que no tenemos alma? ¿Y qué es esto que oigo si no un alma expresada en forma de música? Oigo un alma, se dijo. Y acto seguido se fue corriendo a recoger sus cosas.

También otros se sintieron atraídos por la música, y cuando Pearl llegó a la puerta, tuvo que ponerse de puntillas para ver quién tocaba. Preguntó a Walsh:

¿Cómo se llama la mujer casada con tu padre que no es tu madre?

Sería tu madrastra.

Así que de mi padre soy la hija, pero de mi madra...

Madrastra...

De mi madrastra soy...

La hijastra.

Hijastra. ¿Eso es normal? ¿Una hijastra y una madrastra?

A veces pasa, contestó Walsh. Es mejor que nada.

¿Pues ves a esa pobre mujer que toca el piano? ¿La ves? Acércate. ¿La ves? Es ella, la señora Jameson, es mi madrastra, dijo Pearl, y asintió con la cabeza para reafirmar la relación. Mi madrastra, que todavía sabe tocar el piano. Antes yo siempre la escuchaba. Me daba rabia. Los negros se morían en sus casas y ella tocaba el piano como si le diera igual. No me veía, me miraba como si no estuviera, mi madrastra, el ama Jameson.

Al acercarse a Pearl por invitación de ella y rozarle el hombro con el suyo, Stephen Walsh supo instintivamente que Pearl ni se imaginaba el efecto que su proximidad ejercía en él. Se había negado a admitir lo joven que era, esa muchacha de efervescente vitalidad cuyas miradas le cortaban el aliento. De pronto ella se dio cuenta de que él la seguía a todas partes y lo aceptó con una sonrisa, igual que un niño acepta enseguida una relación nueva como una amistad inmediata. Se confiaba en él como nunca lo haría un adulto en las mismas circunstancias. ¿En qué terrible estado de vulnerabilidad lo había sumido esa guerra para sentirse atraído por ella de manera tan repentina? Tanto que de hecho se le pasó por la cabeza la posibilidad de sobrevivir a la guerra y tener una vida futura con ella como marido.

En su propia infancia, Stephen Walsh había aprendido a vivir en su mundo interior. Era hijo de borrachos, y se había criado aprendiendo a valerse por sí mismo en las calles de Manhattan, creando sus propias reglas de honor e integridad a partir de su vida de rata callejera, mientras barría el suelo de las tabernas y repartía barriles de cerveza. Se había configurado como un estoico, pero era como si eso hubiera sido elección suya, como si los tremendos excesos de su familia y las brutalidades de su educación no hubieran intervenido en la formación de su carácter. Había llamado la atención de los jesuitas, y soportado sus enseñanzas justo hasta que aprendió los títulos de los libros que uno debe leer durante el resto de su vida. Y entonces partió a la universidad del autodidacta para buscar sus propios títulos.

Era un muchacho de diecinueve años, de constitución robusta y hombros rectos, pelo tupido y moreno, cejas pobladas, ojos de expresión solemne y mandíbula firme. Cualquiera oficial diría que Stephen Walsh era un soldado con el que se podía contar, capaz de comportarse como era debido. Pero en esos momentos toda la estructura de su carácter, en la medida en que tenía conciencia de sí misma, rebosaba de anhelo y soledad. Nunca le había prestado mucha atención a la música, ni siquiera cuando tenía que marchar a su son. Pero ahora escuchaba, y sentía que ese vals era un reto al

que debía responder. Casi despreciándose, permaneció cerca de Pearl, fingiendo ser tan poco consciente del contacto de sus cuerpos como creía que lo era ella.

Se había alistado en el ejército en sustitución de un hombre del barrio alto de Nueva York, por lo que recibió trescientos dólares. Se acordó de pronto de ese dinero. Lo había ingresado en el Corn Exchange de Laight Street.

Sherman despertó a causa de su propio grito. Se había dormido en una butaca. Estaba totalmente vestido. Le habían preparado una cama. Un chal le cubría las rodillas. Se levantó bruscamente y enseguida sintió frío. ¿Dónde demonios estaba? Tras envolverse con el chal, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

Las primeras luces. Esperó.

Despacio, de mala gana, Columbia cobró forma a partir de manchas grises de penumbra. Sherman miraba por encima de la tapia de un jardín hacia una calle salpicada de chimeneas aisladas y árboles carbonizados. Después, en los gélidos albores del nuevo día, lo que vio de la ciudad parecía un plano urbano, como si Columbia estuviera en obras, las calles delineadas con hiladas de ladrillos, algún que otro muro de piedra, y las pilas de ceniza y madera que antes fueran materiales de construcción desparramados por doquier.

Así se castiga al Sur, dijo en voz alta. Aunque yo no hice esto, no puedo negar que me alegro de que se haya hecho.

Se había pasado casi toda la noche en vela hablando con su Estado Mayor y redactando órdenes para la campaña de Carolina del Norte. Consultó la hora en su reloj. Las cinco. Había que distribuir las armas, formar a las divisiones de vanguardia, reunir las caravanas. En ese momento oyó el lejano sonido de los clarines. Voces. Asintió: volvía a tener un ejército.

Pero había demasiado silencio en la casa. Quería estar montado en su caballo y fuera de allí en menos de una hora. Y quería hacer volar ese lugar por los aires. ¿Dónde demonios estaba Moses Brown con su desayuno?

Sherman encontró la colilla de un puro y la encendió. Volvió a repasar su plan. El ala de Slocum estaba al oeste de Columbia. Las alas se volverían a reunir en Winnsboro. Las alas combinadas harían amago de ir a Charlotte, pero tomarían Raleigh. Y después sería como someter a Lee a un torno, con la presión de Grant desde el norte y la mía desde el sur. Y cuando abandone sus trincheras para enfrentarse a mí, como deberá hacer, Grant tomará Richmond.

Dando caladas al puro, Sherman levantó los brazos y extendió el chal como la Victoria alada. Rio y se paseó por la habitación trazando un círculo.

Pero había problemas logísticos. Le habían comunicado que al menos mil negros se habían sumado a la marcha. Nada más encontrar una manera de deshacerse de la horda en Georgia, otra ocupaba ya su lugar. Imposible razonar con esa gente. ¿Dónde se creían que iban a vivir? ¿En qué tierra prometida? Y ahora había blancos entre ellos, partidarios de la Unión que no podían quedarse allí y pretender seguir con vida.

Pero somos un ejército, no una asociación benéfica.

Y había sido necesario despachar correos con cartas para el secretario Seward y el general Halleck, el jefe del Estado Mayor, antes de que les llegara la noticia por otros medios. Dejó claro que fue el general confederado, Hampton, al batirse en retirada, quien dio la orden de quemar el algodón. Con la ayuda del viento, los propios rebeldes habían incendiado Columbia. Aunque, por supuesto, él, Sherman, sabía ya que le achacarían la culpa. No fui yo quien les infligió esta Pompeya, escribió. Pero si he de ser el Sucio Demonio, estoy dispuesto a asumir el papel si eso los hace temblar de miedo y acobarda sus corazones traidores. Pronto acabaremos con ellos, con esos secesionistas, y ése será su fin y el de su maldita guerra.

Pero ¿dónde estaba Moses Brown con su desayuno?

IX

Calvin montó la cámara para sacar una fotografía de la vieja campana del pueblo, caída de lado entre los escombros del campanario que antes la alojaba. Como se había congregado un grupo de gente para mirar, Arly tenía que hablar entre dientes.

¿Por qué me haces perder el tiempo con esto, Calvin?, preguntó. Tengo que alcanzar a un ejército.

Ésta es la famosa campana, contestó Calvin. Ésta es la campana que tocaban cada vez que un estado abandonaba la Unión. Eligió una de las lentes del estuche, montada en un tubo metálico, y la enroscó a la cámara de cajón.

Y tú disfrutas con eso porque eres negro, ¿eh?, preguntó Arly mientras miraba a la gente y sonreía. Calvin y él habían acordado que él sacaría la foto cuando Calvin lo hubiera preparado todo. Era Calvin quien decidía dónde poner la cámara, qué lente usar y el tiempo de exposición de la placa. Lo único que tenía que hacer Arly era colocarse junto a la cámara, quitar la tapa de la lente y, una vez transcurrido el tiempo indicado por Calvin, volver a ponerla.

Disfrute o no, es un hecho histórico, dijo Calvin. Esta campana ahora caída en el suelo es como lo que le ha ocurrido a la Confederación. Eso de ahí es como las ruinas del viejo Sur esclavista, así que tengo que fotografiarlo, igual que habría hecho el señor Culp.

Después de meter la cabeza bajo la tela negra y comprobar que estaba todo listo, retrocedió, deslizó el portaplaca hacia fuera y asintió. Con gestos teatrales, Arly se arremangó el abrigo y se ajustó el sombrero. Tras dirigir una mirada solemne a la multitud, se acercó a la cámara, sacó el reloj del señor Culp del bolsillo del chaleco del señor Culp y lo sostuvo a la altura de los ojos. Espere a que el sol salga de detrás de esa nube, susurró Calvin. Exponga quince segundos.

Calvin le había enseñado a destapar la lente con una ligera flexión de muñeca, sin mover el brazo, permanecer luego inmóvil y finalmente, con una flexión inversa, volver a taponarla. Eso hizo Arly entonces, y añadió de su propia cosecha una exclamación triunfal tras poner la tapa, porque había advertido que la gente quería alguna señal de que había sucedido algo, mientras que de lo contrario era difícil darse cuenta.

Calvin participó con un breve aplauso. Tras deslizar de nuevo hacia dentro el soporte de madera, retiró la placa y se apresuró a llevarla al carromato, entrando por la escalera de atrás.

Arly se arregló el abrigo y volvió a sonreír a los espectadores. Amigos, si les parece magia, tienen toda la razón; es magia lo que hace mi cámara con la luz del día que Dios nos da. ¿Quién se acerca para hacerse un retrato? Todo el mundo necesita una foto para la repisa de su chimenea. No hay pintor que pinte retrato más fiel que

los de Josiah Culp. Y si es el coste lo que les preocupa, la *carte de visite* sale muy bien de precio, y tendrán así una foto suya de estos tiempos históricos para siempre.

No hubo ningún interesado, y la taciturna multitud se dispersó lentamente.

Transcurrido apenas unos minutos, y cuando estaban todavía entre las ruinas de Columbia, Calvin detuvo la mula, se bajó y fue a la parte de atrás para sacar otra vez el trípode.

Dios mío, ¿y ahora qué?, preguntó Arly, llevándose la mano a la pistola, bajo el chaleco. No querrás poner a prueba mi paciencia, ¿verdad?

El señor Culp me enseñó a ver las cosas, y eso hago. La mayoría de la gente mira pero no ve. Nosotros, en cambio, tenemos que hacerlo. Tenemos que ver las cosas por ellos.

¿Y ahora qué estamos viendo?, preguntó Arly.

Fíjese en esa calle. Esos peldaños de granito que no conducen a ninguna parte. Antes allí había una iglesia. Y sólo queda esa pared del fondo, con un ojo de buey por el que se ve el cielo.

El problema era que si bien Arly tenía la pistola, ese Calvin sabía que podía seguir haciendo lo que hacía y salir indemne. Sabía que Arly lo necesitaba aunque no supiera por qué. Desde luego, era despierto, ese chico. Aunque no podía decirse que se las diera de listo, sin duda conocía su ventaja. Sin decir nada, dejaba muy claras a Arly sus opiniones de una manera serena e impasible. Tampoco es que pudiera decir nada al respecto, siendo negro. Pero una vez desaparecido el señor Culp, Calvin dejó de sonreír. Ya no volvieron a verse aquellos dientes blancos. Seguía siendo el negro amigable con la cabeza rapada y grandes ojos castaños en un rostro de color habano, pero iba por ahí sacando fotos como si el negocio lo hubiera heredado él.

Cuando Calvin recorrió la calle y colocó la cámara donde quiso, aparecieron unos niños negros y, trepando a un montón de escombros, lo observaron desde allí, agazapados entre las piedras.

Sentado en el carromato, Arly esperó. Sacó la *carte de visite* del bolsillo del abrigo. No había cambiado nada desde la última vez que la examinó. Will seguía sentado con la guerrera del Ejército de la Confederación, muy erguido como buen soldado, aunque con esa mirada extraña en los ojos, como si hubiera visto algo alarmante a lo lejos. Culp le había puesto un armazón detrás de la cabeza para mantenerla recta. Y el barboquejo de la gorra rebelde impedía que se le abriera la boca.

En vida no tenías esa expresión tan estúpida, dijo Arly a la foto. Sí se te veía cierta inteligencia, aunque necesitabas instrucción a diario. En cualquier caso, prometí contarle a los tuyos que fuiste un valiente, y pienso hacerlo. Y tendrán esta imagen tuya con el fusil cruzado sobre las piernas por si les cabe alguna duda. Y aunque estás ahí sentado no menos muerto que lo estás en la tumba, con la tierra llenándote la boca, te verán en esta pose y creerán que en el momento de la foto

estabas vivo. Y por más que a mí no me parezcas vivo, a ellos les parecerás vivo de sobra teniendo en cuenta lo que, como me has dado a entender, pensaban de ti.

Lo que sucedió fue que, una vez hecha la foto del muerto con el uniforme del bando contrario, el loco de su amigo blandió la pistola y ordenó al señor Culp y a Calvin que subieran por la cuesta en el carromato hasta el cementerio del pueblo, donde pensaba enterrar el cadáver. Calvin sabía que le tocaría cavar él, y se quitó el abrigo y la chaqueta y se arremangó. No se esperaba que el loco del soldado pusiera a trabajar al señor Culp. Puedo hacerlo sin ayuda, dijo Calvin, pero no sirvió de nada. Así pues, allí estaba Josiah Culp, que prácticamente había adoptado a Calvin Harper en Filadelfia, que había salido a la calle cuando Calvin miraba el escaparate del Salón de Fotografía Culp, y lo había acogido y tratado casi como a un hijo, invitándolo a acompañarlo en esta expedición y enseñándole el oficio que le permitiría trabajar por su cuenta como un hombre libre el resto de su vida... bien, pues allí estaba, ese pobre hombre, echando tierra por encima del hombro con la pala, haciendo el trabajo de un negro. Y puede que fuera ésa la idea, porque el señor Culp era hombre de firmes convicciones y acaso ofreciese un aspecto arrogante como fotógrafo autorizado de la Unión con el nombre en letras doradas en el carromato. Habida cuenta de que el soldado y él se enzarzaron de inmediato en una discusión, aquello habría podido ser una especie de lección para él, o esa impresión daba, porque el soldado decía con una sonrisa maliciosa: Así, así, señor fotógrafo.

Esa mañana apretaba el frío en aquel pueblo, pero el señor Culp estaba empapado en sudor, que le caía del pelo y le resbalaba por el cuello. Llevaba la camisa mojada y adherida a la espalda y el vientre. A Calvin no le gustaba el aspecto del señor Culp. Tenía los labios de un desagradable color azulado y jadeaba y resollaba. Calvin gritó al soldado que el señor Culp debía parar, que ya no era joven, pero el soldado se limitó a apuntar con la pistola y a decir: No pienso pasarme aquí todo el día. Y miró alrededor con cierta aprensión, aunque no había nadie más a la vista, y aun si lo hubiese, no le habría importado. Después de pasar el ejército de Sherman por un sitio, no tenía nada de raro ver a alguien cavar una fosa.

Como Calvin se había temido, aquello fue demasiado para el señor Culp. Tal vez la vergüenza contribuyó, o tal vez ya estaba enfermo, pero rebasado ya el metro de profundidad una extraña expresión demudó su rostro y se llevó las manos al pecho y dio vueltas alrededor de la pala como si buscara la posición para acomodarse en la tumba que cavaba, y se desplomó. Calvin lo cogió y le sostuvo la cabeza. Culp señaló el cielo con un dedo como si quisiera sacarle una foto, y una mirada enloquecida asomó a sus ojos y boqueó e intentó hablar. Pero de repente arqueó la espalda y se puso rígido y gargareó un poco, y allí mismo, en la tumba fría y húmeda, murió en brazos de Calvin.

El soldado loco simplemente se rascó la cabeza. Dijo a Calvin: Dame sus pantalones. También los tirantes. Antes tendrás que quitarle las botas.

Dejando al señor Culp tendido en calzoncillos largos en la tumba que había cavado, Calvin salió y echó unas cuantas paladas de tierra sobre el cadáver y, sin decir nada en voz alta, se quedó allí mirando. A continuación, el soldado y él cogieron al muerto con el uniforme del bando contrario y lo tendieron en la tumba encima del señor Culp.

Lamento que tengas que compartir esta morada, Will, había dicho el soldado. Pero en tiempos de guerra uno ha de conformarse con lo que hay.

Calvin Harper tenía varias cosas en la cabeza mientras conducía el carromato entre las ruinas de Columbia, deteniéndose aquí y allá para tomar una fotografía. Deseaba alcanzar a las fuerzas de la Unión no menos que Arly, sentado a su lado con el abrigo, el sombrero y la pistola del señor Culp. Buscaría la manera de informar a los militares de que un loco andaba suelto. Tal vez un consejo de guerra investigarla las circunstancias de la muerte del señor Culp.

Pero también creía que no debía marcharse de Columbia antes de reunir tantos negativos de la ciudad en ruinas como le permitieran el material de que disponía. No sólo porque las fotos eran el sustento del fotógrafo. Cuando él ya no estuviese, la historia sólo conocería de la catástrofe de la ciudad lo que él había fotografiado. El tiempo pasa, solía recordarle el señor Culp. El tiempo pasa, las cosas cambian a cada momento, y una foto es lo único que queda del momento pasado. Incluso ahora, cuando aún flotaba humo en el aire dos días después del incendio, la gente hurgaba entre los escombros para rescatar lo que podía, cargaba lo que encontraba en sus carretillas o a las espaldas y después se marchaba para seguir con su vida. Era como si, tras amainar la tormenta, hubieran salido a evaluar los daños y ver qué podía hacerse al respecto.

No quedaban caballos en Columbia, tampoco mulas; el ejército se había llevado cuanto poseía esta gente y, por la manera de mirarlo al pasar, Calvin se daba cuenta de que si no se apropiaban de *Bert*, era porque un hombre blanco iba sentado a su lado. Sin *Bert* para tirar del carromato, no habría fotos. Pero tampoco habrían tolerado a un negro tomando fotos. Que él, Calvin, se hiciese pasar por simple ayudante del blanco era necesario para evitar complicaciones, habida cuenta de que la gente no estaba de humor para nada. Así, aun sintiendo que corría peligro, necesitaba a ese loco tanto como ese loco parecía necesitarlo a él, si bien le era imposible saber qué razón de loco lo inducía a ello.

Pero, así las cosas, no era nada fácil sacar fotografías conforme a su propio criterio sin que ese loco pudiera hacer nada para evitarlo a menos que perdiera la paciencia de verdad. ¿Y quién sabía que ocurriría entonces? Pero Calvin decidió que no tenía miedo. Como quien respira hondo, sacó fuerzas de flaqueza. Bajo la apariencia de una actitud servil, era él, Calvin Harper, quien llevaba la voz cantante. Y ese loco que se hacía pasar por el señor Culp, ése ni siquiera servía como ayudante.

Era difícil encontrar comida, pero a eso de las dos de la tarde llegaron provisiones de arroz, melaza y carne curada de los campos por los que no había pasado el ejército, y mientras Calvin esperaba en la calle, Arly se puso en la cola con los dólares federales de Josiah Culp en el bolsillo, en un mercado montado en una plaza de armas horadada, pisoteada y ennegrecida por los restos de las hogueras. Pero ésa era una de las zonas menos devastadas de la ciudad. Aquí los árboles deshojados conservaban su marrón natural, sin el tizne del fuego. Salvo unos pocos ancianos, la mayoría de la gente en la cola eran mujeres, que lanzaban ansiosas miradas al frente para asegurarse de que quedaría algo para comprar cuando les llegara el turno. Arly, como todo un caballero, soportaba con una sonrisa los empujones y codazos de las damas, mientras pensaba para sus adentros que, como raza, carecían de la nobleza que se daba de una manera tan natural en los hombres que se habían ido a luchar por ellas.

Era una tarde fría a pesar de que lucía el sol. Se moría por comer algo que no fuera boniatos secos, lo único que quedaba en el fondo del carromato. De haber llevado el uniforme, habría ido directo al principio de la cola y cogido lo que quería sin molestarse en pagar. Estaba impaciente por aprovisionarse y ponerse en marcha. Esta urgencia se debía a que ya tenía el plan perfectamente urdido en la cabeza y, como era un plan concebido por Dios, no había motivos para demorarse. Nos espera la gloria, pensó, y se tocó el bolsillo donde llevaba la foto de Will.

Entretanto, estudiaba las posibilidades de acostarse con una u otra dama, aunque, según su triste opinión, formaban un conjunto poco apetecible: deprimidas y ojeras, las caras hinchadas de llorar, algunas con mocosos a los lados que lloriqueaban y les tiraban de la falda. Aun así, él sonreía, volviéndose hacia uno y otro lado mientras la cola avanzaba lentamente para ver tanto a las que lo precedían como a las que iban detrás, acaso para localizar a una que tuviera un poco de carne sin que ello fuera motivo de vergüenza, o una abundante cabellera rojiza como la Ruby de Savannah.

En medio de estas cavilaciones, vio de pronto a Emily Thompson. Oye, Will, murmuró. Mira. ¿No es ésa tu enfermera Thompson? ¿O son imaginaciones mías?

Si era ella, ya no era una enfermera vestida de azul, sino una dama de negro, sin abrigo y con el pelo recogido por encima de las orejas, con raya en medio. Se dirigía hacia él y tiraba de un carrito de niño por una cuerda, encorvada por el esfuerzo, ya que el carrito, por lo que Arly veía, iba cargado a rebosar de víveres: un saco o dos de harina, aves todavía con plumas, tarros de conservas. Cuando Arly vio a dos niños que la ayudaban empujando el carrito con los brazos estirados, decidió que no podía ser la enfermera Thompson. Pero, por si acaso, se caló el bombín para esconder los rizos pelirrojos por los cuales ella podría recordarlo y se levantó el cuello del abrigo para taparse la barba de varios días.

Ella pasó a su lado sin mirarlo siquiera, y el sol en la cara mostró lo demacrada que estaba, con patas de gallo y manchas negras de lágrimas secas en las mejillas y

los labios apretados en una línea fina.

En ese momento Arly pensó dos cosas. Primero, que seguro que ésa no era la enfermera Thompson. Segundo, que, en cualquier caso, nunca le pareció muy guapa.

Miró la larga cola que tenía delante, y de nuevo se volvió hacia atrás para ver a Emily Thompson abandonar la plaza y cruzar la calle, e hizo un cálculo. Poco después estaba al lado de Calvin en el carromato.

No veo vituallas, dijo Calvin.

Ya las verás, señorito. Pero ahora arrea a esta mula de mierda y ve a donde yo te diga.

A Arly se le había ocurrido la manera de satisfacer dos apetitos a una. En voz alta dijo: Como a ti las necesidades físicas ya no te afectan, no te importará si la pruebo, que es lo que debías haber hecho tú cuando tuviste la oportunidad.

¿Mande?

No hablo contigo, Calvin. Allí está ella, a la vuelta de esa esquina.

Emily había entrado en el amplio jardín de una mansión un tanto quemada. Tenía la fachada tiznada, las tejas medio arrancadas, y las enredaderas pendían negras y flácidas como serpientes muertas.

Calvin detuvo el carromato delante de la verja. Emily se hallaba al pie de la escalinata del porche, y cuando Arly se disponía a bajar de un salto y abordarla, pensando que no importaba si lo reconocía, dado que eso ya no era el ejército y ella no podía hacer nada, una mujer negra de considerable contorno abrió la puerta y detrás de ella apareció al menos media docena de niños. Después la puerta volvió a abrirse de par en par y salieron aún más niños, hasta que unos veinte o treinta se arremolinaron en torno a las mujeres y miraron lo que Emily Thompson había traído del mercado.

Vaya una patulea de críos, dijo Arly. Maldita sea. ¿Qué voy a hacer yo con tanto crío?

Se quedó mirando mientras varios de ellos bajaban por la escalinata y cogían algo —un pollo, un ganso, un tarro, una vasija de sorgo— y lo entraban en la casa. La negra cargó con los sacos de arroz.

Eran niños extraños, anormalmente solemnes. No hacían ruido.

Emily tenía una mano en la frente y la otra en la cadera. A Arly se le antojó un gesto sumamente atractivo, sugiriendo resignación o desesperación o sometimiento a lo que el destino le había deparado, o le depararía en breve, si a Arly se le ocurría la manera de abordarla. Sin embargo, mientras estaba sumido en este desconcierto, fue Calvin quien se bajó del pescante y sacó la gran cámara y el trípode del carromato. Pero ¿qué diantres hacía ese negro?

Arly observó que Calvin se acercaba a la mujer, le decía algo y luego volvía y montaba la cámara a unos seis o siete metros de donde ella estaba. Arly pensó que había llegado el momento de asumir el mando. Entró en el jardín con el paso firme de un fotógrafo profesional, con los faldones del abrigo de Josiah Culp ondeando por

detrás de él.

¿Qué demonios te traes entre manos, Calvin?, susurró. Al mismo tiempo, sonrió a Emily Thompson y se ladeó el sombrero, aunque no tanto como para que ella pudiera verle bien la cara.

Estoy haciendo lo que hago, que es ver cosas, contestó Calvin. Veo a esta mujer y a estos niños huérfanos.

¿Eso ha dicho ella que es esto? ¿Un condenado orfanato? ¿Y qué otra cosa iba a ser? ¿Es que no tiene ojos en la cara?

¿Acaso te me estás poniendo insolente, Calvin? En tu caso ni me molestaré en enterrarte como tuve la bondad de hacer con el señor Culp.

Allá usted, haga lo que le venga en la gana, dijo Calvin. Pero calculo que con esta luz serán unos veinte segundos. Y encajó bruscamente el portaplaca en la cámara.

Mientras Calvin se dedicaba a disponer a los modelos a su gusto, Arly, para salvar la honra, metió la cabeza bajo la tela negra y fingió ajustar la lente. Pero desde allí, en la oscuridad, podía observar a Emily Thompson a sus anchas. Era una figura en un cristal. Miraba directamente hacia él, con los brazos alrededor de los niños a sus lados. Detrás de ella, en la escalinata del porche, se alzaban más filas de huérfanos, de pie, muy erguidos, con arreglo a las instrucciones de Calvin. No os mováis, dijo Calvin en voz alta. Quedaos quietos como soldados en posición de firmes. Y detrás de todo estaba la negra, con uno de los sacos de harina a los hombros. También eso fue idea de Calvin.

Pero lo que retuvo la atención de Arly fue la imagen de Emily. Un sentimiento inexplicable se apoderó de él, y de haber sido capaz de entenderlo, lo habría identificado como compasión. Lo perturbó ver, miniaturizada en el cristal, a una mujer que, con la expresión de su mirada, invalidaba todos sus cálculos vigentes basados en el interés personal. Estaba deshecha, y por un momento esa imagen, antes de borrarse de su cabeza, lo indujo a verse a sí mismo como un necio que la miraba lascivamente bajo la tela negra.

Bien, señor Culp, gritó Calvin. ¡Ya están listos para la exposición!

Y Arly sintió que ella le devolvía la mirada como si supiera exactamente quién era él. Haz la foto, parecía decir Emily. Sácanos como somos. Te estamos mirando. ¡Sácala!

Si él hubiese dicho cualquier otra cosa menos lo que dijo, si me hubiese dado la oportunidad de cambiar de opinión, si me hubiese dicho lo necesaria que era, si hubiese intentado convencerme de que existía una humanidad fehaciente en su actitud, me habría quedado. Habría seguido con él. ¿Las dos de la madrugada? No es hora para tomar decisiones serenas y racionales, dijo él. Con el reloj en la mano, y esto —Emily en la puerta y vestida de luto igual que la noche en que se fue de su casa, con el baúl a sus pies—, esto, como todo lo demás, sometido a un diagnóstico. Yo estaba extenuada, posiblemente histérica, y actué precipitadamente. ¿Qué había

que hacer? ¿Un sedante? ¿Un coñac? ¿Una caricia? La mirada dolida, de extrañeza, en esos maravillosos ojos de color azul hielo muy abiertos. ¿Me había desatendido? Yo quería retocarme el pelo, arreglarme el vestido. Me sentía vieja y fea. En su guerrera se veían las manchas más oscuras de la sangre de la Unión. Había estado tomando apuntes. No debes reducir la vida a sus sentimientos, Emily. Acabo de ver a un hombre con una púa clavada en el cráneo. ¿Te imaginas? Salió despedida por algún tipo de deflagración, una explosión, con tanta fuerza que se le hundió en el cerebro. Y sin embargo, el paciente sonríe, charla, conserva todas sus facultades. Salvo una. No se acuerda de nada, ni siquiera de su nombre. Ya me dirás qué significa eso. Significa que tiene suerte, dije. Una sonrisa. No, tiene muy mala suerte. Significa que sabemos algo que antes no sabíamos. El médico sigue aleccionando. ¿Para qué? Dios mío, ¿para qué? Al margen de mi estado de ánimo, la facultad de observación de mi propio cerebro consideró que la nueva barba era todo un éxito: era una barba negra masculina y recia, muy atractiva. Sin embargo, cuando se acercó a mí y apoyó las manos en mis brazos, sentí repulsión. Por favor, dije a la vez que me zafaba de él. Por supuesto, yo ya sabía que dejaba algo para irme a la nada. Sabía lo que pasa cuando uno actúa por principios. Es una vida fría, oscura, la vida guiada por principios. Es la vida de mi hermano Foster en la tumba. Pero yo quería volver a casa, si es que seguía en pie, y pasear por las habitaciones y acordarme de lo que habían sido los Thompson, y releer los libros y sostener los objetos que me eran queridos, y vivir sola y esperar allí a ese ejército del que este ejército en marcha sólo es la fanfarria. Aún no había visto el orfanato. No había visto a los niños sin más compañía que la mujer negra. Quería volver a casa y sentarme a esperar. Me despediría de mi querida Pearl. Reconocería ante Mattie Jameson por última vez que sí era la hija del juez Thompson de Milledgeville. No reduzco la vida a sus sentimientos, doctor Sartorius. Extiendo la vida a sus sentimientos. Ya no aguanto más esta marcha. No puedo perdonar lo que se ha hecho aquí en nombre de la guerra. No sé cómo lo soportas, cómo puedes aprobarlo. Yo no lo apruebo, dijo él. Sin embargo, formas parte de ello, éste es tu lugar, así que eres cómplice. Representas el aspecto de esa gente que le permite creerse civilizada. Él se encendió de ira. Yo sabía que mis palabras eran muy injustas. Quería destruir lo que sentía por él. Quería destruir todo afecto o consideración que él pudiera sentir por mí para que no me detuviera. Y sin embargo, quería que me detuviera.

Dios mío, ayúdame, te lo ruego; incluso ahora, si viniera a buscarme, me iría corriendo con él. Sí, sin duda.

TERCERA PARTE

Carolina del Norte

I

Cuando Hugh Pryce, enviado especial del Times de Londres, solicitó las credenciales de corresponsal con el Ejército del Oeste, descubrió de pronto que quien lo interrogaba era nada menos que el mismísimo general William Tecumseh Sherman. Sherman detestaba a los periodistas: tenían la mala costumbre de describir lo que hacía el ejército de modo que todo el mundo, incluido un general secesionista, pudiese leerlo en el periódico. Pero detestaba sobre todo a los periodistas ingleses. Los malditos mercados algodonereros de su país han financiado al Sur, dijo a Pryce. Si yo no hubiera ocupado Atlanta cuando la ocupé, el Parlamento habría tomado cartas en el asunto. Su certificado de trabajo me trae sin cuidado; por lo que a mí respecta, hasta podría ser usted un condenado espía. No enviaré ningún parte mientras este ejército esté en marcha.

Pryce se sintió halagado por la desconfianza del general. Era un joven aventurero y se había metido de pleno en la campaña, paseándose entre la tropa y hallándose más de una vez en la línea de escaramuzas. En campaña se encontraba a gusto, indiferente a las privaciones. No era un espía, eso por descontado. Había conservado sus notas diligentemente hasta la toma de Savannah. Allí se levantó temporalmente la prohibición de los partes y fundió los cables a fuerza de telegrafiar artículos.

Ahora, con el ejército en marcha hacia el norte, Pryce se vio obligado una vez más a tomar notas y guardárselas en los bolsillos. Aunque esperaba con impaciencia la siguiente oportunidad para cablegrafiar sus crónicas, pensaba más en el libro que escribiría al regresar a casa. El hecho era que lo apasionaba esa guerra en América. Esos provincianos despertaban su entusiasmo, los sesenta mil que blandían una guadaña de destrucción de casi cincuenta kilómetros de ancho por una tierra en otro tiempo ubérrima. La mayoría de los hombres con quienes habló, incluso los oficiales de bajo rango, se expresaban con premiosidad: había que castigar al Sur y había que liberar a los negros, ése era el nivel habitual de su discurso. Y su veneración al «Tío Billy» le parecía pueril. (Pobre de aquel soldado que se hubiese atrevido a llamar «Tío Ollie» a Cromwell). Pero eran intrépidos. Los había visto tender puentes, desmantelar vías de ferrocarril, lanzarse sobre las trincheras y mantener un avance de entre quince y veinticinco kilómetros diarios fueran cuales fuesen las condiciones del terreno y la meteorología. Como hombres, eran deplorablemente incultos, pero como fuerza militar era de una clase superior.

¿Qué guerra se libraba de manera tan implacable y con tanto fervor e intensidad como una guerra civil? Ninguna contienda entre naciones podía igualarla. Los generales del Norte y el Sur se conocían: habían coincidido en West Point o luchado codo con codo en la guerra de México. Inglaterra tenía, desde luego, un largo y sangriento historial de guerras civiles, pero eran hechos antiguos que se estudiaban en

los colegios privados. Lo que sucedía en América era algo que uno tenía que ver con sus propios ojos. Y por cruentas y brutales que fueran las contiendas de Lancaster y York, el combate era cuerpo a cuerpo: con hachas de guerra, picas, mazas. Estos hombres eran asesinos de la era industrial: tenían fusiles de repetición capaces de matar a cien metros, metralla capaz de diezmar una fila mientras avanzaba, cañones fijos y móviles, munición capaz de destruir ciudades enteras. Su guerra era tan impersonalmente mortífera que, en comparación, cualquier hecho anterior resultaba poco más que pintoresco.

Sin embargo, todavía quedaba algo de la antigua cultura militar. El brutal romanticismo de la guerra aún era posible en el momento de hacerse con el botín. Cada población por la que pasaba el ejército era un trofeo. En tal pueblo había una gran provisión de vino, en tal otro un granero lleno a rebosar, aquí un rebaño de vacas, allá un arsenal, casas que saquear, esclavos que reclutar. Había algo innegablemente clásico en todo eso, ya que, ¿cómo, si no, se habían abastecido los ejércitos de Grecia y Roma? ¿Cómo, si no, los soldados de Alejandro habían creado un imperio? El ejército invasor, cuando acampaba, se establecía como propietario de la tierra, con todos los elementos de la domesticidad, incluidas las mujeres, ampliando la función puramente marcial de su orden social.

Cuando las brigadas de vanguardia del Cuerpo Vigésimo estaban a punto de atravesar la frontera de Carolina del Norte, Pryce decidió que tenía que ir a toda costa con los «haraganes», como se llamaban a sí mismos tan deshonrosamente los miembros de las partidas de aprovisionamiento. No le supuso ningún problema encontrar un destacamento dispuesto a acogerlo, perteneciente a la caballería del general Kilpatrick. Pryce era un inglés alto y rubio, de huesos grandes, rostro amplio y rubicundo y sonrisa presta, y cuando se identificó como periodista, agitando el cuaderno como si fuera una herramienta profesional esotérica, un soldado le dijo su nombre y se lo deletreó encantado mientras Pryce lo anotaba solícitamente a pesar de que no le servía para nada.

Sabía montar, pero el animal que le dieron entre muchas risas era una mula de lomo tan deprimido que Pryce rozaba el suelo con los pies. Lo aceptó con buen humor. La partida se componía de unos veinte hombres de caballería vestidos con un uniforme informal, en una curiosa mezcla de estilos. Estaban bajo el mando de un sargento, un hombre de mediana edad con barba gris de dos días y un parche en el ojo. Los seguían dos de los ubicuos carromatos militares con su tendal blanco.

Aún no había amanecido, y mientras el resto del campamento encendía las fogatas para el desayuno, el sargento condujo la partida de Pryce por una carretera principal y luego por un sendero de leñadores a través de un pinar. Allí el lecho de pinaza marrón era tan tupido que apenas se oían las pisadas de los animales. Pryce iba con calzoncillos largos bajo los gruesos pantalones de sarga y el suéter. Llevaba un chaquetón forrado de piel de borreguillo, y la bufanda de su club alrededor del

cuello. No obstante, sin darse cuenta, empezó a batir los brazos. El frío se concentraba en el bosque, como si los altos árboles formaran una suerte de bóveda. Y debido a la intensa fragancia de los pinos, tenía la sensación de que el frío le penetraba en los ojos.

Por lo que dedujo Pryce, la partida se adelantaba a la marcha en dirección noreste. Avanzaban al paso de tanteo de una patrulla de reconocimiento, con un propósito claro pero sin destino fijo. Al cabo de un rato, pareció que ante ellos el camino se iluminaba y le complació comprobar que, efectivamente, iban hacia el este al ver que las copas de los altos pinos adquirían un ígneo tono dorado. Unos minutos después, al atravesar manchas de luz, sintió el calor en los muslos. Y súbitamente salieron a pleno día.

Hicieron un alto en la orilla de un río. Un poco más allá, corriente abajo, había una pasarela, y la atravesaron en fila india hacia otro pinar. Allí los árboles eran aún más altos, y tan abundantes como para desalentar al sol. Las monturas tenían que serpentear entre los árboles. En ese bosque en que el mismísimo sol se arredraba, Pryce sintió en la garganta los peligros de la búsqueda de aprovisionamiento. Al fin y al cabo, eran un contingente pequeño en territorio rebelde, sin información sobre el enemigo.

Veinte minutos después, avanzaban por una carretera que discurría a lo largo de campos en barbecho delimitados por un muro de piedra de escasa altura. Tras dos o tres kilómetros de muro, lo vieron como una ofensa. Siguiendo las instrucciones del sargento, los hombres desmontaron y apartaron las piedras apiladas hasta abrir una brecha de anchura suficiente para permitir el paso de un carromato, y poco después atravesaban el campo a medio galope, seguidos por Pryce al trote, a la zaga incluso de los carromatos. Veía ya su destino, una gran mansión blanca con columnas griegas en la entrada. Cruzaron una carretera hasta un amplio prado, y pronto se encontraron en un camino de gravilla curvo que pasaba por ordenados jardines de azaleas y rosales y árboles esculpidos de hoja perenne. Pryce pensó que habría podido estar en los Midlands.

Cuando alcanzó a los demás, los encontró desplegados en dos filas frente a la mansión. En el porche había un hombre alto, de avanzada edad. Iba en bata y zapatillas, y llevaba despeinado el cabello gris plata. ¡Cassius!, gritó el anciano, con voz grave y ronca. Apareció un negro. Cassius, dijo el anciano sin bajar la voz ni mirar al esclavo, que permanecía obediente a su lado. Enseña a estos pordioseros de la Unión lo que buscan.

Al oírse calificados así, los soldados ni se movieron. Apareció un esclavo con una butaca. El anciano se sentó. Aparecieron dos mujeres blancas, una para ponerle un chal alrededor de los hombros y la otra con una manta para las rodillas. Con calma majestuosa, el anciano fijó la mirada en los soldados de la Unión. Dijo algo a una de

las mujeres, que se apresuró a entrar en la casa. Dijo algo al esclavo, que, sin apartar la vista de los soldados, recorrió el porche hacia la escalinata lateral y, corriendo, desapareció por detrás de la casa.

Por el malestar de los haraganes, Hugh Pryce adivinó que habrían preferido estar en una batalla campal. Con las manos apoyadas en los brazos de la butaca, el viejo hacendado los miraba desde debajo de las pobladas cejas blancas y los reducía a chusma, a hatajo de bandoleros. Pryce reconoció al anciano. Puede que el acento fuera distinto, los modales poco refinados, pero era un gran señor del reino, uno de esos hombres criados en la riqueza, acumulada generación tras generación, con la idea de que merecían un trato de deferencia desde el día en que nacieron. El padre de Pryce era así. Pryce se había dedicado al periodismo y huido a Londres para no convertirse en eso. Cuántos de ellos ignoraban lo estúpidos que eran tras los modales de su clase.

Poco después salió una familia entera de mujeres que se desplegaron detrás del viejo hacendado; eran de todas las edades, incluidas tres niñas pequeñas; tal vez su esposa se encontraba entre ellas, pero también había hermanas e hijas y sobrinas, primas y nietas, todas con un parecido familiar en los rostros demacrados de pómulos salientes y ojos juntos.

Justo cuando Pryce se preguntaba dónde estaban los esclavos, pues nunca había visto que el ejército tomara un pueblo o pasara por una plantación sin que una multitud de negros saliera corriendo a recibir a sus liberadores, aparecieron unos cuantos desde la esquina de la casa, y luego varios más. Formaban una apática procesión, la mayoría escasamente vestidos para el frío, algunos descalzos, las mujeres con el pelo envuelto en un pañuelo, muchos de los hombres encorvados, sin afeitar, envejecidos, y niños también, callados y con la cabeza gacha como los adultos, hasta que al final se congregaron unos cincuenta negros delante del porche y del anciano. Pryce hizo avanzar su mula entre los soldados. Bajo los desgarrones de las chaquetas de los esclavos, vio abultados verdugones en sus espaldas. A un hombre con muletas le faltaba el pie izquierdo.

Muy bien, dijo el viejo hacendado, con su voz grave y ronca. Ya veis que los yanquis han venido a liberaros. Venga, daos la vuelta y mirad. Ahí están.

Y algunos esclavos sí se volvieron y miraron sumisamente a los soldados, que estaban perplejos ante este reconocimiento tácito del viejo hacendado. Era como si los hubiera convertido a todos, esclavos y soldados, en parientes. Los caballos se removieron. Uno de los soldados soltó un escupitajo de jugo de tabaco. Otro levantó el fusil, apuntó a una ventana del segundo piso y dijo: ¡Pum! Pryce frunció el entrecejo. ¿Eso era todo? ¿Dónde estaba la intemperancia que se esperaba de los haraganes?

Os habéis estado haciendo toda clase ilusiones con los yanquis, dijo el anciano. ¿Os creéis que no lo sé? ¿Os creéis que no conozco cada uno de los pensamientos que pasan por vuestras cabezas? ¡Lo sé! Sé lo que piensas, Amos, y tú Sally, y tú Marcus,

y Joseph y Silas y Henry el Ciego, y todos y cada uno de vosotros; sí, hasta el criajo más insignificante de vuestra malévola ralea. Porque, libres o no, nunca seréis más listos que vuestro amo.

En ese momento, el sargento salió del trance y envió un carromato y media docena de soldados a las dependencias a ambos lados de la casa. Los demás se quedaron con él y, a una señal del sargento, desenfundaron los fusiles y los empuñaron.

Pues ya os lo digo, prosiguió el hacendado, estáis pensando en iros con los yanquis; muy bien, adelante. Allí —y señaló— hay un ejército entero. Y son todos ladrones. Todos pordioseros. ¿No los habéis visto ahora mismo husmear como una jauría de perros? No han venido aquí porque supieran que los esperabais, ni mucho menos; han venido a por mis víveres y provisiones, a por mi ganado y mis caballos y mis mulas. Han venido a por todo lo que sus almas de ladrones puedan llevarse. Así que id con ellos, venga, y que no os pase nada, porque a ellos les da igual lo que hagáis. Estaréis solos y que Dios os ampare, porque yo no lo haré. Ya no tendréis al amo para ocuparse de vosotros. Ni para daros cristiana sepultura cuando llegue el momento. Nada de eso. No seréis mejores que un judío errante sin un lugar en el mundo para apoyar la cabeza como no sea al caer muertos en una zanja donde las aves carroñeras no dejarán de vosotros más que los huesos. Así que adelante, la libertad es vuestra, y que el Señor se apiade de vuestras pobres almas negras.

Dicho esto, el anciano se levantó, dejando caer la manta, se volvió y entró en la casa, seguido por toda la familia.

Al cabo de una hora, cuando el sol se hallaba en lo alto del cielo, los soldados estaban en fila en el camino de gravilla, listos para reincorporarse a la marcha. El botín era espectacular: los dos carromatos cargados de sacos de harina de maíz y de trigo y arroz y patatas, pavos y pollos, jamones, medias reses, grandes quesos redondos, toneles de frutos secos y cajas de *whisky*. Habían requisado un carro fuerte para transportar los expolios que habían descubierto escondidos en un pajar: alfombras persas enrolladas, varios cuadros, sacos de algodón llenos de mantas y almohadas, un par de pistolas, un fusil de chispa de cañón largo y cajas de porcelana con el escudo de la familia. Una recua de hermosas mulas aguardaba pacientemente amarrada a uno de los carromatos. Los dos sementales negros del anciano estaban enganchados a su carruaje. En el carruaje esperaban, incómodos, cinco negros —tres mujeres y dos hombres—, el número total de los que habían elegido la liberación.

Sin embargo, el sargento no dio la orden de marcha sino que volvió su caballo y se quedó mirando la casa. Se caló el sombrero. Se ajustó el parche. Todavía quedaba algo por hacer, tenía un asunto pendiente.

Pryce se preguntó si prenderían fuego a la plantación. La norma del general Sherman era no incendiar ninguna casa en la que no se opusiera resistencia. Sin duda allí no la hubo. De hecho, el viejo hacendado había ordenado a un esclavo que los

llevara a las dependencias. Pero sí hubo provocación en su conducta. ¿Era eso? Se había negado a hablar directamente con los soldados y los había llamado pordioseros y ladrones.

Para el sargento, por lo visto, ahí estaba el problema. A fin de ayudarse a pensar, el sargento dio orden de abrir una caja de *whisky*.

Pryce no participó en la posterior discusión, aunque aprovechó para beber un trago cuando le llegó la botella. En general, coincidieron en que ningún soldado del Ejército del Oeste de Sherman debía pasar por alto un insulto. El hecho de que tan pocos esclavos hubieran optado por marcharse era otra afrenta. No es que a los hombres les entusiasmara la idea de llevar a rastras a un montón de negros. Pero el tremendo control mental del viejo hacendado sobre sus esclavos era un insulto de facto a los liberadores de la Unión que habían llegado para darles la emancipación. ¿Acaso eso no era una forma de resistencia? Y si lo era, ¿no tenían derecho a incendiar esa maldita plantación?

Pryce estaba impresionado. Tomaba notas febrilmente. El hecho de que soldados corrientes de un rango no superior al de sargento pudieran, en medio de sus peligrosas obligaciones, detenerse a reflexionar acerca de importantes cuestiones morales era, a su modo de ver, una muestra del característico genio americano. No se imaginaba a la tropa de Su Majestad enfrascada en semejante discusión.

Para entonces, los soldados habían desmontado y se paseaban y conversaban como miembros de una escuela peripatética de filósofos aristotélicos. Algunos iban en mangas de camisa, como si el sol realmente quemara esa mañana de finales de febrero. Se planteó la cuestión de qué sería de los esclavos si se incendiaba la plantación. ¿No pagarían ellos las consecuencias? Porque, por muy miserables que fueran sus vidas, la plantación era su sustento, y sin duda sufrirían un infierno peor cuando el hacendado volcara su ira en ellos culpándolos de la destrucción de su propiedad.

Mientras hablaban y empinaban el codo, no parecían tener prisa por reincorporarse a la marcha. Los negros sentados en el carruaje conversaban preocupados. Con miedo en el rostro, miraban la casa. Ésta estaba en silencio, no se oía ningún ruido ni se veía la menor señal de que hubiera allí ni un alma. Y también Pryce empezaba a ponerse nervioso. Se montó en su mula de lomo deprimido y esperó.

De pronto se abrió la puerta de la casa y un niño negro corrió escalinata abajo. El niño vio a Pryce y enfiló el camino de gravilla como una flecha; levantó los brazos y gesticuló, dando a entender que Pryce debía subirlo a su silla. Así que Pryce eso hizo.

En ese momento un soldado que se había subido al carro fuerte sostuvo en alto uno de los platos de porcelana fina de la plantación y, reclamando la atención de los demás, lanzó el plato al aire, toda una inspiración para sus compañeros, ya que cuando el plato trazó su parábola y cayó al suelo, haciéndose añicos, empuñaron sus fusiles e insistieron en que repitiese la maniobra. En breve, hacían prácticas de tiro

con la porcelana de la casa, aunque era imposible saber quién daba en el blanco volador y quien erraba, porque los disparos procedían de varios a la vez.

El niño, atemorizado, le había quitado a Pryce las riendas e intentaba chascarlas por encima de la mula para que se pusiera en marcha. La mula, ya asustada por los disparos, se plantó y giró en redondo, momento en que Pryce vio a una mujer salir de la casa y dirigirse hacia ellos con un látigo en la mano. Tuvo la impresión, con el breve vistazo que le dio, de que era una mujer más bien joven con un vestido gris — una de las hijas del hacendado, tal vez, o una sobrina—, pálida, de labios finos, con el pelo recogido, tirante, y con esos pómulos salidos y ojos juntos propios de la familia de la plantación que ahora no auguraban nada bueno. Pryce oyó a otra mujer que llamaba: ¡Martha, Martha, vuelve aquí, Martha! El látigo en la mano de la mujer no era un látigo para caballos, era una tralla más corta, sujeta al extremo de un palo, un látigo para esclavos, y ella lo blandía hacia el niño. Pero en ese momento un soldado que se acercaba para coger un plato que no se había roto se interpuso en su camino, y de pronto la mujer, en su rabia, callada y blanca como el papel, levantó el látigo y lo golpeó. Y en ese instante el poco control propio de la conducta civilizada que prevalecía aún esa mañana de febrero reventó como por efecto de una bomba.

El soldado, con un corte sanguinolento de parte a parte de la cara, cogió el látigo con la mano, tiró de él y derribó a la mujer de un golpe. Y empezó a azotarla, vociferando y levantando el látigo muy por encima de su cabeza y descargándolo sobre la mujer mientras ella chillaba e intentaba huir a rastras. ¿Serías capaz de azotarme?, gritaba él. ¡Serías capaz de azotarme! Pero mientras la mujer se arrastraba, él seguía golpeando, enardecido por los gritos de ella. Para los demás, por lo visto, esto era mejor diversión que el tiro al plato, y pronto varios soldados formaron un corrillo en torno a ellos, impidiendo ver el espectáculo a Pryce. Su primer impulso fue intervenir para intentar detenerlos, pero sabía que no lo haría. Éste no es tu país, se dijo. Ésta no es tu guerra. El sargento se había acercado corriendo y gritaba: ¡Es blanca, maldita sea, es una mujer blanca! Pryce pensó que urgía sacar al crío de allí, esa horrible escena no era para los ojos de un niño. Los chillidos de la mujer habían derivado en gemidos. Le estaban arrancando la ropa, y por encima de las espaldas de los soldados apiñados, volaban jirones de tela y lana por los aires.

El sargento, viendo que no le hacían caso, decidió que lo que estaba sucediendo se había convertido en una acción militar. Llamó a varios hombres que se habían quedado en los carromatos y los apostó en forma de piquete delante de la casa. Cuando Pryce volvió la mula para marcharse, vio al señor del reino, que había salido al porche y estaba allí de pie, inmóvil e impasible, como si no debiera expresar lo que sufría en ese momento para no dar esa satisfacción al enemigo. De modo que a ojos de Pryce, mientras se alejaba por los jardines de azaleas y rosas con los lamentables chillidos y lamentos de la mujer en los oídos, también el viejo suscribía una guerra que aceptaba tales hechos como acciones militares.

Hugh Pryce condujo el animal por el amplio prado, cruzó la carretera y atravesó los campos hasta la brecha en el muro de piedra. Habían transcurrido unas tres horas desde que salió del campamento con los haraganes. Dado que un cuerpo del ejército en marcha se extendía varios kilómetros, supuso que si volvía por donde habían venido encontraría la columna aun cuando hubiera partido al alba. De modo que entró en el bosque, confiando en su sentido de la orientación para guiarse.

Montado delante de Pryce, el niño, ya más tranquilo, iba inclinado con la vista al frente. Vestía de librea: pantalones hasta la rodilla y medias de color tostado, zapatos negros con hebilla y chaqueta de color tostado con ribetes amarillos. Pryce lo dejó llevar las riendas, lo que pareció complacerle. Ahora hacía más calor en el bosque oscuro y, en aquel silencio, la mula avanzaba sin prisas. El niño se llamaba David. Dijo no saber qué edad tenía. No recordaba a su padre ni a su madre. Había sido el espantamoscas de la casa, el encargado de agitar un gran abanico de plumas desde detrás de la silla del amo. Ésa era su principal obligación. Dijo que a veces iba en el carruaje sentado al lado de Cassius.

Mientras avanzaban, la mula aflojó el paso por propia voluntad. Pryce se echó hacia atrás y miró a derecha e izquierda en el bosque. Haces de luces traspasaban el ramaje de los altos árboles, cegándolo momentáneamente y dejándolo luego sumido en la oscuridad. No necesitaría tomar notas para recordar ese día. De pronto le sobrevino un cansancio que no era propio de él. No es tu país y no es tu guerra, se recordó a sí mismo. ¿Qué haces, pues, con este niño negro a tu cargo?

¿Qué edad tenía David? ¿Ocho años, nueve? El niño había tomado una decisión inasequible para la mayoría de los esclavos de esa plantación. Ciertamente es que a su edad no pensaba en el futuro ni se preocupaba por lo que le depararía el destino, no caía en las cavilaciones que podían coartar a un adulto, que llevarían a un adulto a preferir los males conocidos a los riesgos que no podía prever. Los niños vivían el aquí y ahora. Sin embargo, como todos los demás, había oído el discurso altanero del anciano. Y en él no había surtido efecto, ese parlamento temible. Cuando salió corriendo de la casa, el niño había demostrado que su vida le pertenecía. Fue sólo el impulso de un momento, pero le bastó para quedar en libertad.

¿Y ahora qué voy a hacer contigo, David?

No sé, señor.

Pryce vio el placer que le causaba al niño llevar las riendas del animal que, por supuesto, caminaba a su antojo al margen de las instrucciones que recibía. A David no pareció importarle; agitaba las riendas lánguidamente y se reía cuando no pasaba nada. Y así avanzaron tranquilamente por el bosque, con Pryce apoyando las manos en los delgados brazos del niño.

II

Al cruzar el río Pee Dee y entrar en Carolina del Norte, el estado mayor de Kilpatrick escoltaba su carruaje. A pesar de sus rostros sin afeitar y su atuendo sucio y raído por el combate, montaban con brío, esperando cada uno de ellos atraer una mirada de la última adquisición del general, la famosa belleza sureña de dieciocho años Marie Boozer. Y su madre, Amelia Treaster, sentada al otro lado de Kilpatrick, tampoco estaba mal. La hija tenía la tez clara, ojos azules y una boca pequeña de labios carnosos y abullonados. Llevaba la melena de rizos dorados recogida por encima de las orejas y coronada con un sombrero encantador del tamaño de un platillo de té. La madre, morena, tenía ojos oscuros con destellos de picardía. Fumaba un pequeño cigarro. Y mientras que Kilpatrick creía que el encanto de Marie era como un misterio aún por sondear, el de Amelia Treaster residía en el reto de una mujer que se ha sentido amada. Los vestidos se extendían alrededor de sus personas llenando el carruaje como una nube irisada. Las dos juntas estaban volviendo loco a Judson Kilpatrick.

Las había encontrado en Columbia y, según ellas, eran partidarias de la Unión. De modo que, naturalmente, tuvieron que incorporarse a la marcha. No es que carecieran de recursos, ya que eran las propietarias del majestuoso Victoria en el que ahora iba reclinado Kilpatrick, y el carromato que los seguía transportaba, además de los expolios ofrendados por Kilpatrick, su ropa y sus joyas, la plata, la porcelana y la cristalería, como si la guerra que les esperaba fuera a ser un pródigo *picnic* de varios meses de duración.

Mientras intentaba entretener a las damas con su conversación —aludiendo proféticamente a los planes del general Sherman para el estado de Carolina del Norte—, Kilpatrick no dejaba de urdir su propia estrategia para esa noche, pues deseaba nada menos que una conquista absoluta: las quería a las dos. Usted, señora, al catre, pensó, mientras sonreía a la madre. Y en cuanto a usted, querida muchacha, pensó mientras le lanzaba una mirada de cordero degollado, le espera una introducción a lo que nosotros los militares llamamos prácticas en horizontal.

¿Qué podía hacer, se preguntó Kilpatrick, para impresionar a estas mujeres? Desde luego, parecían ya debidamente impresionadas por su rango, su autoridad, su escolta de jinetes, pero dudaba de su sinceridad, sobre todo la de Marie, que de vez en cuando desviaba la mirada en dirección a uno de los jóvenes oficiales de la escolta. Y las dos mujeres percibían la rivalidad necia y pueril que habían entablado los hombres de caballería, compitiendo entre sí para ocupar la posición preferida, junto al carruaje, a fin de exhibirse allí erguidos, con una mano sujetando las riendas relajadamente y la otra sobre la empuñadura de la espada.

A Kilpatrick lo distraía también su sobrino, Buster, que viajaba en el carromato de

detrás. Ese crío del demonio: había encontrado un saco de guisantes secos y, de pie junto al cochero, los lanzaba por una pajita apuntando a su tío. Kilpatrick se levantó e hizo señas al cochero para que se llevara al niño a la parte de atrás. En compensación, recibió un guisante en la nariz, indefensa por su amplitud.

Cuando Kilpatrick volvió a su asiento, las damas reían. Amelia Treaster dijo: Dispone usted de un buen francotirador, general Kilpatrick. Así que también él rio. Pero quería asesinar al niño. El carruaje estaba lleno de guisantes, algunos repartidos por las faldas de las damas. Él se atrevió a quitárselos. Igual que el arroz que tiran en las bodas, dijo.

La caballería, a la vanguardia del Cuerpo Decimoquinto, pretendía tomar Fayetteville, a unos sesenta y cinco kilómetros al noreste. Habían llegado noticias de que las fuerzas rebeldes bajo el mando del general Hardee parecían avanzar en esa dirección. Fayetteville era una escala en el camino a Goldsboro y Raleigh, el objetivo final de la estrategia del general Sherman.

De vez en cuando las patrullas de reconocimiento se acercaban al carruaje de Kilpatrick para informar en voz baja de que la caballería de Hardee, bajo el mando del general Wade Hampton, le pisaba los talones a Kilpatrick, buscando la oportunidad de atacar. Hampton le había tendido una emboscada en Aiken y ahora pretendía tenderle otra. Por encima de mi cadáver, pensó Kilpatrick. Pero, envuelto en la presencia perfumada de Marie Boozer, le costaba planificar una contienda. Una y otra vez, mientras ella parloteaba sin cesar, y lo miraba de reojo revelando la forma perfecta de su pequeña oreja, Kilpatrick imaginaba su grito ahogado de sorpresa cuando, por primera vez en su resguardada vida de cortesés pretendientes sureños y cumplidos expresados con elegancia, se encontraría tumbada boca arriba y, con una sola y potente embestida, le sería revelada la verdadera naturaleza de un hombre.

Kilpatrick dio el alto a su columna en un claro, ordenó que trajeran refrigerios para las damas y, tras disculparse, se sentó entre los pinos con mapas y el Estado Mayor para planificar la estrategia. Esperaría a Hampton y le cortaría el paso. Si el general Hardee intentaba oponer resistencia en Fayetteville, se encontraría sin caballería. Kilpatrick ordenó el despliegue de sendas brigadas en las dos carreteras por las que se decía que avanzaba Hampton, y una tercera brigada en una carretera más al norte por si Hampton decidía dar un rodeo.

Para acampar, Kilpatrick eligió Solomon's Grove, un pueblo en terreno pantanoso a varios kilómetros de la carretera que creía que tomaría Hampton, y tras dar orden de que la tropa plantara el campamento, mandó allí a las damas con sincero pesar acompañadas de una escolta bajo el mando de su corpulento ayudante de pelo cano, el coronel honorario Melrose Mortimer, de quien se decía que era el oficial en activo de mayor edad en el Ejército del Oeste.

Kilpatrick pidió su caballo. Y otra cosa, Melrose, dijo mientras montaba, ya que quería supervisar personalmente el despliegue de las brigadas y formarse una idea

más clara del terreno, dígale a Jean-Pierre que esta noche quiero una cena espectacular. Dígale que ésta es una noche de Grand Cru. De Grand Cru, ¿me ha oído? Seguro que este Solomon's Grove es un pueblo de mala muerte, pero coja la mejor casa y ocúpese de que las damas se sientan a gusto. Yo ya llegaré. Y que mi sobrino no arme jaleo. Acuéstelo. Y Melrose, por encima de todo: si, cuando acabe la guerra, espera cobrar la pensión de un coronel durante el resto de su vida, no pierda de vista a esas mujeres.

Kilpatrick, al trote, se acercó al carruaje. Marie, señora Treaster, me disculparán si me ausento brevemente para atender esta guerra tan molesta. He dispuesto lo necesario para dejarlas a buen recaudo y me reuniré con ustedes a la hora de la cena. Y tras levantarse el sombrero con escarapela y espolear su caballo, se alejó al galope por el bosque, seguido atronadoramente por su escolta de dos docenas de hombres.

El reconocimiento del terreno se llevó a cabo a media tarde, pero bajo la enramada de los altos pinos de Carolina del Norte habría podido ser de noche. A Kilpatrick lo irritaba esa penumbra. Estaban a principios de marzo, y le pareció muy propio del maldito Sur precipitar la oscuridad justo cuando los días alargaban. En Nueva Jersey, donde nació, a pocos kilómetros del mar, casi siempre lucía el sol y la brisa marina se llevaba consigo los infectos miasmas de la tierra. Fue en las playas de Jersey donde, de niño, distinguió por vez primera las formas de las mujeres cuando salían de sus baños en el mar con la falda pegada al cuerpo.

Aquí olía a resina de pino y a la vida vegetal húmeda y monda de los hongos y el líquen. Otra razón para no morir allí. El lecho de pinaza era tan tupido que si se removía con una pala aparecerían topos, gusanos, cucarachas y seres serpenteantes sin ojos que no tenían nombre. ¿Dónde estaban los pájaros en este bosque? No había ninguno. Reinaba un silencio demasiado profundo para su gusto.

El bosque se espesaba, y con Kilpatrick a la cabeza avanzaron en fila india como una serpiente en dirección oeste, donde, según los mapas, saldrían a tres o cuatro kilómetros del primer control que él había apostado. Encontraron un camino de leñadores. Empezó a levantarse una neblina, que envolvía los árboles como sucesivas capas de gasa, y poco después Kilpatrick sintió que tenía el rostro tan mojado como si se lo acabara de lavar. Cayeron gotas de agua en el ala de su sombrero con un ruido sordo. Le llegó un retumbo de truenos. Se prolongó durante un rato, con creciente intensidad. Después, como para darle a entender que sus magníficos planes de esa noche eran sometidos a examen por una autoridad superior, el bosque se iluminó con un cegador resplandor azul. Se oyó el sonido crepitante y amenazador de una mecha encendida, y los chasquidos intermitentes de troncos de árboles al partirse, y luego una detonación ensordecedora, como si la tierra entera fuera un arsenal que volaba por los aires. Los caballos se encabritaron y por un momento los hombres consiguieron a duras penas mantenerse en la silla. Kilpatrick, que no era el jinete más diestro, acabó colgado del estribo por una pierna y arrastrado por su caballo, golpeándose contra las raíces nudosas de los árboles. Oyó sus propios gritos. Al final

se soltó y fue a topar contra un árbol. Por un momento el aire se llenó de voces de los hombres y de relinchos de los caballos asustados, hasta que un aguacero torrencial ahogó todo sonido.

Al cabo de dos minutos paró de llover tan repentinamente como había empezado.

Al general Kilpatrick se le había cortado la respiración con el golpe. Tumbado al pie del árbol, era incapaz de controlar el resuello oprimido de su pecho vacío de aire. Sus hombres estaban dispersos a cierta distancia. Tras el chaparrón, habían desmontado y escurrían sus sombreros. O no se habían fijado en él, o hacían ver que no habían visto su caída. Los caballos permanecían inmóviles junto a ellos, como amnésicos. Su propio semental zaíno volvió a su lado, sereno y eximiéndose de toda responsabilidad.

Boqueando, Kilpatrick siguió allí hasta que de pronto, con un rugido desgarrador, el aire penetró de nuevo en sus pulmones. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que, al iluminar un rayo el bosque, había visto a un soldado muerto atado a un árbol.

Contaron once muertos, amén del que estaba atado al árbol con el papel doblado en el bolsillo superior. Los cadáveres se hallaban desperdigados por el bosque, cada uno en un charco de sangre y lluvia. La mayoría tenía las manos atadas a la espalda y habían sido degollados. Eran de caballería. La nota rezaba: ÉSTOS FUERON LOS VIOLADORES.

Kilpatrick envió a un jinete al campamento. Media hora después llegó un contingente de hombres, desmontó y empezó a cavar a la luz de antorchas hechas de pinos jóvenes talados. Kilpatrick partió otra vez con su escolta, y cuando salieron del bosque, encontraron otros nueve cadáveres junto a la carretera. También estos hombres habían sido ejecutados, y yacían entre otros indicios de la matanza: sacos de harina de trigo y maíz rajados, cubiertos de plata, botellas de *whisky* hechas añicos, una mula muerta. Tras ordenar que se llevaran los cadáveres al bosque, Kilpatrick avanzó unos cuantos kilómetros más hasta el cruce con la carretera de Monroe, por donde con toda probabilidad, pensaba, pasaría la caballería de Hampton, y después de verificar el despliegue de una brigada con el coronel al mando y asegurarse de que la posición era la adecuada, volvió al bosque a tiempo de pronunciar unas palabras por los difuntos. Les habían registrado y vaciado los bolsillos, reuniendo sus cartas y fotografías, y ahora las veinte tumbas cavadas en el blando lecho del bosque estaban preparadas para acogerlos. Kilpatrick consultó su reloj de bolsillo y frunció el entrecejo al ver lo tarde que era. Se aclaró la garganta. Los hombres se descubrieron. Con la cara reluciente a la luz de las antorchas de pino, Kilpatrick dijo: Nuestros soldados de la partida de aprovisionamiento fueron asesinados tras rendirse. Informaré al general Wheeler y exigiré una investigación. Y si no responde como es debido, ejecutaré a un prisionero rebelde por cada hombre que yace aquí. A Dios pongo por testigo. Amén.

Cuando llegó a la casa requisada para él en Solomon's Grove, Kilpatrick, un poco cojo y magullado y maltrecho a causa de su caída, se animó al percibir el aroma de la buena cocina francesa. Sintió un momentáneo desaliento al saber que la señora Treaster, a quien había considerado una especie de primer plato, se había marchado con unos oficiales del Estado Mayor del general Ridley, comandante de una brigada de infantería del general Slocum. Ridley había enviado a las damas una invitación para cenar en su campamento. Cualquiera se fía de esta infantería, murmuró Kilpatrick. Se preguntó qué reprimenda debía darle a Melrose Mortimer, pero cuando cayó en la cuenta de que si bien la señora Treaster se había ido, la propia Marie se había quedado, se le aceleró el corazón, porque significaba que prefirió su compañía a la de los demás. ¿Y quién dice que la madre, a su vez, no ha optado por irse a fin de... como si dijéramos... designarme? Es muy posible. Una investidura sutil, como se esperaría de una madre sensata y atenta.

En pie y de espaldas a la chimenea en el salón de la pequeña casa, Kilpatrick bebía una copa de oporto. Marie estaba en el piso de arriba arreglándose para la velada. Jean-Pierre había puesto la porcelana preferida de Kilpatrick, confiscada en Savannah, y el pequeño comedor de techo bajo estaba iluminado con velas en la mesa y velas en los candelabros de las paredes. ¿Puede haber una seducción más dulce, se preguntó, que la lograda en una guerra? Se fijó en el barro de su guerrera y pantalón. También tenía barro incrustado en las botas. Tal vez debería lavarme. Sonrió. Ni hablar, esto es precisamente lo que las fascina. No un petimetre del Sur con un pañuelo en el bolsillo. Quieren nuestra vida de héroe. Lo que las fascina es que matemos y nos exponamos a que nos maten.

Se palpó la entrepierna y contempló la noche que le esperaba. Habría oposición, súplicas, pero al final Marie no podría resistirse, entraría en un estado de curiosidad ardiente aunque ella no lo reconociese. Él conocía a las mujeres. Eran incapaces de admitir lo que querían, pero siempre había un momento en que sus emociones las llevaban más allá del umbral, por así decirlo. La señorita Boozer aprendería por fin las consecuencias de sus flirteos juveniles. Él respondería a esos flirteos en nombre de todos los sementales sureños que habían deseado poseerla con desesperación.

Cada vez más impaciente, Kilpatrick miraba el techo y aguzaba el oído con la esperanza de oír pasos. Se alisó el áspero cabello rojo. Se sirvió otra copa de oporto. Debía acordarse de escribir a su esposa.

Arriba, Marie se arreglaba el escote. Se dio suaves toques con la varilla de vidrio entre los pechos, detrás de las orejas. Los objetos en su maletín de cosméticos eran un consuelo para ella, incluso el propio maletín acolchado, con los cierres de latón y los compartimentos forrados de seda rosa. Gracias a eso no se sentía tan descorazonada en aquella casa pequeña, espantosa, en medio de un bosque dejado de la mano de Dios. Conservaba sus cosas. Era increíble ver aquella vida pródiga y expansiva de su

madre y ella metida ahora en unos cuantos baúles, cajas y maletines como ése. Pero al menos allí estaban.

Oyó al general pasearse por el salón. Toda la casa temblaba bajo sus botas. Ese hombre es un imbécil, había dicho su madre. Un imbécil y un bárbaro. Pero tiene el rango necesario para facilitarnos el viaje al norte. Ya no hay ferrocarriles. Así que él es nuestro ferrocarril. Piensa en él como si fuera la vía por la que viajamos, había dicho su madre, y se habían echado a reír.

Las dos se llevaban muy bien, parecían más hermanas que madre e hija. Y tenían planes. Nos vamos a Europa, querida. La vida que conocíamos, y a la que tenemos derecho, ya no tiene cabida en este continente. Cuando la guerra termine, en realidad no habrá terminado. Conozco a estos hombres: su guerra nunca terminará.

Su madre era una mujer muy sensata. Un año antes había tomado medidas. Transfirió fondos a un banco de Nueva York. Vendió sus tierras e invirtió en bonos federales, en secreto, claro está, con la ayuda de aquel viejo abogado, Silas Fenton, al que le asomaban mechones de pelo por la nariz y una vez le había tocado el pecho cuando su madre no miraba. Madre, ¿cómo puedes aguantar a ese hombre?, había preguntado ella. Marie, contestó su madre, si te reservas tu opinión, si nunca olvidas por qué haces lo que haces, no habrá sucedido nada de lo que ellos creen que ha sucedido. Recuérdalo. He tenido cuatro maridos, cada uno por una razón distinta. Tu padre fue el único al que amé. Y por tanto fue el único marido que me poseyó. El último, el señor Treaster, anda por ahí jugando a ser soldadito de la Confederación. Prefirió pasar por un divorcio a que la gente pensara que no era un secesionista ferviente.

En fin, ya estaba lista. Bajaría por la estrecha escalera como si aquello fuera su puesta de largo en la mansión del gobernador.

Él, ese hombre feo, la contemplaba desde abajo con lo que sólo podía describirse como una mirada lasciva. Qué interesante. No tiene ni idea de la expresión de su cara. Y qué orgulloso está de esa ridícula pelusa roja de sus mejillas.

¿Y a qué huele? Cielos, es nuestra cena, nuestra cena militar.

A la mañana siguiente, Jean-Pierre despertó antes del alba para atender la cocina. Todavía no había sonado el clarín, y aunque en el campamento se había encendido alguna que otra fogata, la mayoría de los hombres seguía en sus tiendas, y tuvo que abrirse camino con cuidado para no tropezar en la oscuridad.

Al entrar en la casita, se llevó una sorpresa cuando vio que apenas habían tocado la cena que se había pasado horas preparando. Los cabos de las velas seguían encendidos. En la sopera, una capa de grasa cuajada cubría el contenido como una tapa. Estaba muy ofendido. Pero tampoco habían tocado apenas el vino. Se sentó y, en un gesto de despecho e indignación, bebió una copa y comió un poco de grasa, que cogió con el índice. No era la primera vez que se enfadaba con ese general loco que lo había secuestrado. No era la primera vez que pensaba en huir.

Su presencia despertó al coronel Melrose Mortimer, que se había dormido en el

salón con la cabeza apoyada en un escritorio. Mortimer se había pasado la noche procurando no escuchar los ruidos procedentes del piso de arriba y escribiendo a sus hermanas solteras. Los Mortimer eran una familia tranquila, no muy predispuesta a vivir la vida en su plenitud, y desde la generación de sus difuntos padres, ningún Mortimer —ninguno de los cinco hermanos y seis hermanas— había considerado oportuno casarse. Al coronel Mortimer, un soldado poco imaginativo e impasible, lo veían como el aventurero de la familia en virtud de su largo servicio militar, cuando en realidad conocía el ejército como un niño obediente conoce a su padre o su madre.

Fue mientras Jean-Pierre recogía la mesa, y Mortimer había salido a orinar, cuando la caballería rebelde, como fantasmas en la neblina de las primeras luces, irrumpió con penetrantes gritos en el campamento.

Habían traspasado la línea de piquetes sin problemas, y al principio los soldados estaban indefensos, con las cañoneras arrancadas a golpe de espada y en medio de caballos encabritados. Los hombres, mientras se desprendían de las mantas y corrían hacia sus fusiles, eran abatidos a tiros; otros levantaban las manos en señal de rendición. Pero entre la confusión y la niebla blanca de la mañana se organizó una resistencia mínima, a las voces de mando de los oficiales de bajo rango que se oían entre los disparos. Algunos soldados se refugiaron detrás de los árboles; otros, de rodillas, disparaban sus Spencers a los caballos que pasaban al galope a su lado. Nubes de chispas saltaron de las fogatas cuando los asaltantes espantaron a los caballos de la Unión.

Un clarín que llamaba a las armas despertó a Judson Kilpatrick del sueño más profundo y exhausto de su vida. El general corrió escalera abajo en ropa interior y salió al porche, donde tropezó con el pie de Melrose Mortimer, que agonizaba tendido boca abajo en la escalera del porche, con un enorme agujero en la guerrera por el que manaba sangre a borbotones.

Al ver el campamento de su caballería convertido en un campo de batalla, Kilpatrick pensó en primer lugar que había perdido toda oportunidad de ascenso. Tres oficiales rebeldes aparecieron a medio galope entre la niebla y detuvieron sus caballos. ¿Dónde está el general Kilpatrick?, gritaron. Kilpatrick señaló en la dirección de donde habían venido. Por allí, dijo, con los hombros encorvados y la cabeza inclinada, en lo que consideró la deferencia temerosa de un subalterno. En cuanto los jinetes se marcharon, el general, aún en ropa interior y calzones, corrió a la caballeriza detrás de la casa, desató su caballo, montó a pelo y, atravesando la refriega, se adentró en el bosque, sin detenerse hasta dejar muy atrás el ruido del tiroteo.

¿Y ahora qué hacía? Sentado a horcajadas en el caballo, escuchó su propia respiración. Maldita sea, necesito mi ropa, qué frío hace. Sintió el erizado pelo del caballo entre las piernas. Sintió los latidos del corazón del caballo. No debían capturar al general, pensó. Perderé a unos cuantos hombres y a unos cuantos caballos,

pero no tendrán al general, y eso es lo Importante. Dios mío, qué responsabilidad. Esperaré aquí un minuto y luego regresaré sigilosamente y tomaré otra vez el mando. Mientras tanto, habremos organizado un contraataque. Ah, oigo los cañonazos de mi batería, así que ya ha empezado. Los obligaremos a retroceder hasta las ciénagas.

Casi como si lo hubiera escuchado, el zaíno de Kilpatrick se encaminó lentamente hacia el campamento. Esto es una humillación, pero nada más. La infantería vendrá de un momento a otro para salvarme el pellejo, igual que en Waynesboro. Y no pasa nada, mi misión es atraer a los rebeldes, sacarlos de su escondite, ponerlos al descubierto. Y eso he hecho ahora.

La infantería no me aprecia, tampoco Howard ni Slocum, ni los comandantes de sus cuerpos, no me aprecia ninguno de ellos, aunque nadie puede decir que su columna ha sido atacada cuando Kilpatrick estaba en sus flancos. Pero Billy Sherman sí me aprecia, y él es el que cuenta. Ya se me ocurrirá algo, no te preocupes, dijo en voz alta al caballo, y le acarició la crin.

Y en cuanto a Marie Boozer, a quien, como recordó de pronto, había dejado en la casa... Si los rebeldes eran tan estúpidos como para no darse cuenta de que el hombre en ropa interior que estaba en el porche ocupaba la mejor casa y, por tanto, debía de tener el rango más alto... pues cualquiera de los ocupantes de la casa estaría a salvo siempre y cuando no asomara la cabeza. Buster la asomaría, y recibiría su merecido si lo hacía. Pero ella no.

Se había largado sin ella en cualquier caso. Tendría que dar algún tipo de explicación. Maldita sea, cómo me engañó. Bien, basta ya de rodeos. ¿Me acompaña a mi habitación, general?, había dicho ella, y sin haber tocado apenas el mejor estofado que había preparado Jean-Pierre, Marie Boozer lo había conducido al piso de arriba, llevándolo de la mano por detrás de ella de modo que él notaba el balanceo de la falda a cada paso.

En el dormitorio, ella había cerrado de un portazo, se había quitado el vestido en un abrir y cerrar de ojos, después la enagua y después el aro, que cayó al suelo con un tintineo. Con sus trémulos dedos planos como espátulas, Kilpatrick tuvo que desatar el corsé a petición de ella. Luego, rosada y prominente, en camisola y medias, la señorita Boozer se había apretado contra él, al tiempo que le aplastaba los labios, le desabrochaba la bragueta y le cogía el aparato para una rápida evaluación. Prácticamente lo tiró a la cama y, a la luz de la luna, cuando ella se abalanzó sobre él, Kilpatrick le vio la curva del cuello blanco, como el de un cisne.

Casi insaciable, pensó él. Las caderas moviéndose con la fuerza de una locomotora. Y sin embargo, después, tumbada a su lado, plácidamente dormida, con el rostro en la almohada bajo la melena de rizos húmedos, era la cara de una virgen. Ya no te puedes fiar de nada, pensó el general Kilpatrick. En este mundo no queda moralidad. Y maldigo a esa putilla por hacerme esto. Me he enamorado.

III

Como la resistencia había sido escasa en el río Cape Fear, ya que los rebeldes empezaron a disparar y replegarse casi de inmediato para huir de la ciudad, los cuerpos combinados del Ejército del Oeste no tardaron en cruzarla, y Fayetteville presentaba un aspecto azul marino, como si el color abstracto hubiera encontrado una vestidura orgánica con qué cubrirse. Las calles eran un hormiguero. Pero para alguien que viera desfilar a hombres y carromatos y cañones, cupés, calesas y landós de dos caballos, saltaba a la vista que no sólo un ejército estaba en marcha, sino una civilización desarraigada, como si toda la humanidad se hubiera echado a la carretera, mujeres y niños negros que caminaban junto a sus carros, o tiraban, como bueyes, de sus carretas de dos ruedas, y ciudadanos blancos del Sur en sus hermosos y chirriantes carruajes llenos a rebosar de fardos y extraños muebles. Los sureños que seguían a Sherman eran refugiados, incorporados a la marcha porque no les quedaba otra alternativa. Y todos, soldados y civiles, estaban calados por las recientes lluvias: el pelo pegoteado en la cabeza y la ropa cayendo flácida en la espalda. Con la mirada fija en el suelo, marchaban aquí varias generaciones, despidiendo vapor mientras el sol, con su calor, los libraba de un suplicio para sustituirlo por otro.

Pearl, sin embargo, olía la primavera. Mientras la caravana médica de Sartorius recorría la ancha calle Mayor, ella se puso en pie junto al cochero para sentir la brisa, para interpretarla: un olor a tierra de labranza removida, la podredumbre de los campos invernales y —¿era posible?— la fragancia de las lilas. En las aceras vio matas de azafrán de primavera que empezaban a retoñar y cepas de vid silvestre. En un hermoso jardín crecían forsitias de un amarillo verdoso. Quiso decirle a Stephen que se acercara a mirar, pero viajaba con el doctor Sartorius. Llamó a Mattie Jameson, que asomó la cabeza desde detrás del tendal, parpadeando como una marmota al despertar de la hibernación.

¿Huele la primavera, madrastra? ¿La huele?, preguntó Pearl.

Mattie esbozó su sonrisa ausente. Pero como si el anuncio de Pearl le diera una razón para arreglarse, se quitó las peinetas, se soltó el pelo y luego, tras atusárselo con los dedos, volvió a recogerse con las peinetas.

Pearl se preguntó si la mujer la entendía. ¿A qué primavera podía referirse Pearl sino a la de Georgia, en la plantación donde había vivido toda su vida hasta su liberación? Todas las primaveras que viviera en este mundo le recordarían a esas primaveras iniciales de su uso de razón, cuando por unos instantes la vida le sonreía con generosidad y ella veía que existía algo más por encima de todo, algo por encima de su miedo y el látigo de su padre en la espalda de hombres con edad suficiente para ser sus abuelos, y del sufrimiento de su madre, y de los conmovedores cantos entre el algodón blanco, cuando toda esa blancura parecía enterrar a quienes allí trabajaban,

ahogarlos, como si el algodón fuera agua y no pudieran salir de ella... por encima de todo eso, y no bajo su dominio, de modo que para ella, en su infancia, eso fuera el verdadero y auténtico amo y dijera: Aquí estoy, niña, para que entiendas que hay algo más que todo eso, como puedes ver en estas florecillas que nacen por doquier para que las mires y las huelas y veas que tu padre no puede hacer nada para evitarlo.

Pero tal vez Mattie Jameson si la entendía, pues, ante la mirada de Pearl, sonrió y tal vez pensó en Georgia y recordó que por aquel entonces habían compartido algo, quizá sin saberlo siquiera.

El buen tiempo fue un alivio para Sherman, quien no podía alegrarse más de haber salido de Carolina del Sur, un cenagal, a su juicio, con esos ríos que se bifurcaban continuamente y esas almas desdichadas y sediciosas. Con toda esa humedad mohosa se le había agravado el asma. Su pecho exhalaba música: se pasaba varios días seguidos como un armonio andante. Pero cuando estaba realmente mal, respirar era un acto de voluntad. Lo que más lo aterrorizaba en la vida era quedarse sin aire suficiente. Por eso detestaba el agua, por eso de noche en una habitación cerrada no podía conciliar el sueño tan bien como al raso bajo un inmenso cielo negro, con las estrellas asegurándole que había espacio y aire de sobra para respirar.

No quería que Fayetteville fuera otra Columbia. Había dado orden a las brigadas de que la gente de este estado debía recibir un trato respetuoso. Lo que había tolerado en el sur no debía repetirse allí. En su gran mayoría, los habitantes de Carolina del Norte habían sido secesionistas a regañadientes y le parecía que no merecían la clase de castigo que había infligido más al sur. Pero, con o sin órdenes, ese ejército estaba constituido por sesenta mil hombres, y hacía falta algo más que una orden general. Eligió a los regimientos del Cuerpo Decimocuarto para proteger la ciudad: aquellos de sus muchachos a quienes consideraba los más disciplinados, los menos alborotadores, procedentes en su mayor parte de la población devota y obediente de los estados del Medio Oeste.

Fayetteville era una ciudad hermosa, y no había gran cosa que destruir. Habían descubierto que el viejo arsenal de Estados Unidos, situado en una meseta que dominaba la ciudad, era un nido de armamento confederado: fusiles, cañones, miles de barriles de pólvora. Sus fundiciones habían estado fabricando napoleones y cañones de balas de nueve libras. Los talleres estaban repletos de estanterías llenas de culatas de fusil torneadas. Cuando el ejército se disponía a levantar el campamento, Sherman dio orden de prepararlo todo para su demolición. Es una lástima, la verdad, había dicho al coronel Teack. Pero no podemos prescindir de una guarnición para dejarlo bajo vigilancia. En un paseo a caballo por la ciudad, fue señalando una planta manufacturera aquí, una fábrica textil allá, y Teack lo anotó todo diligentemente para proceder a su destrucción.

Y estaba asimismo el asunto de los soldados asesinados. Sherman había contenido

a Kilpatrick, que había jurado castigar cada asesinato de los rebeldes con uno perpetrado por él. Pero acababan de informarle de otro caso: a su llegada a Fayetteville, un miembro de la avanzadilla había sido capturado por los rebeldes que se batían en retirada y colgado de una farola. Los generales Hardee y Wheeler habían recibido mensajes comunicando qué sucedería si continuaban estas miserables prácticas criminales. Sherman ordenó una ejecución pública de un prisionero confederado elegido al azar.

Debían de marchar unos trescientos secesionistas bajo la custodia del ejército, ya que en ese momento los intercambios de prisioneros eran escasos y poco frecuentes. Acampados en un prado al este de Fayetteville, estaban sentados en filas en el suelo cuando llegó al galope un sargento de caballería, agitó un lazo por encima de la cabeza y lo lanzó cuán lejos pudo. Uno de los prisioneros, un chico granujiento y escuálido, de cuello largo y nuez prominente, conocido como el payaso de la compañía, se levantó con una sonrisa y cogió la cuerda, creyendo que era uno de esos momentos de relajación de las hostilidades en que los dos bandos podían divertirse un rato. Poco después, con el lazo alrededor de la cintura, se vio arrastrado y alejado de los demás, los brazos inmovilizados firmemente a los lados. Unos cuantos prisioneros se pusieron en pie y empezaron a gritar y levantar los puños. Pero docenas de soldados de caballería montaban guardia, cada uno con un fusil en la mano.

La ejecución se llevó a cabo debidamente, con una marcha solemne hacia una plaza céntrica, donde el desafortunado prisionero, al son de los tambores, pasó entre dos filas de soldados en posición de firmes y oficiales a caballo. Para Sherman, esta ceremonia pública, ante una multitud silenciosa y apesadumbrada, era la mejor manera de comunicar a los generales sureños lo que debían esperar si sus hombres seguían asesinando a prisioneros federales.

Recayó en Wade Sartorius la responsabilidad de certificar la muerte del ejecutado. Retiró de los ojos la venda ensangrentada. Una bala le había atravesado la mejilla izquierda. Tenía el pecho acribillado, y un disparo le había traspasado la frente. Wrede asintió y una cuadrilla de sepultureros tendió el cuerpo en una camilla de madera con ruedas y se lo llevó.

Al día siguiente era domingo, y los escarmentados habitantes de Fayetteville marcharon con cierta indignación a sus iglesias, donde, para disgusto suyo, se vieron acompañados por hombres vestidos de azul. Pero era una mañana apacible, con el cielo despejado y, aunque no hacía calor, al menos no soplaban viento. Con los regimientos acampados por doquier de manera ordenada y la tropa relajada por primera vez después de las largas marchas de las semanas anteriores, el ejército parecía una enorme manada de rumiantes paciéndose tranquilamente.

Incluso los contingentes de haraganes que peinaron los campos alrededor de la ciudad hablaban con amabilidad y se mostraban considerados cuando irrumpían en las casas y recogían mantas y almohadas de plumas, alfombras para sus sillas de

montar y tiendas de campaña, y todo el forraje que encontraban.

Muchos hombres bajaban al río a lavarse la ropa o contrataban a mujeres negras para que lo hicieran por ellos, y fue esta comunidad de higienistas la primera en ver el humo de la chimenea de un remolcador de vapor que remontaba el río desde la costa. Empezaron a gritar y mover los brazos antes de que el barco apareciera por el recodo, y poco después, cuando se oyó el silbato en toda la ciudad, el efecto fue el de un jubiloso anuncio: tras el largo aislamiento en territorio enemigo, se había establecido contacto con otras fuerzas de la Unión.

Sherman sintió el mismo entusiasmo que los demás. Una semana antes, cuando estaban en la localidad de Laurel Hill, había enviado a un correo vestido de paisano a Wilmington por el río Cape Fear para informar al general de la Unión apostado allí de la inminente llegada del ejército a Fayetteville. Ahora, al oír el silbato, Sherman supo que el correo había llegado a su destino. También supo que el río estaba transitable y los buques de la Armada a su disposición.

En el muelle, los soldados se habían agolpado en torno al barco para comentar, en términos no muy amables, lo limpios que llevaban los uniformes los marineros.

Mientras el capitán del remolcador aguardaba en una antesala de las dependencias del arsenal, Sherman dictaba cartas al tiempo que deambulaba por la sala y el ayuda de campo escribía a toda velocidad para poder seguirlo. Tan infatigablemente trabajaba la mente de Sherman que Teack le buscó otros dos oficiales de bajo rango para actuar como secretarios. A Grant le explicó su intención de reunirse con el Ejército del Ohio del general Schofield en Goldsboro, lo que crearía una fuerza conjunta de noventa mil hombres. Preveía una importante batalla con las fuerzas rebeldes reagrupadas bajo el mando del general Joe Johnston, el único general capaz que tenían. No quería que Johnston se interpusiera entre él y Schofield, que venía de New Bern por el río Neuse, de modo que el factor tiempo era esencial.

En su carta a Stanton, en Washington, alardeó de los logros de su ejército desde Savannah: las vías de ferrocarril destruidas, las ciudades tomadas, el armamento capturado. Que Lee siga defendiendo Richmond, escribió, y nosotros destruiremos su país; ¿y de qué le servirá entonces Richmond?

La saca de correos llevaba cartas para el jefe del Estado Mayor, el general Halleck en Washington, el general Terry, al mando de las fuerzas en Wilmington, y, de hecho, para todos los generales de la Unión relacionados, por remotamente que fuera, con la campaña en el sudeste. He vuelto al mundo, parecía decir Sherman. Puede que mi larga hégira desde Shiloh se acabe antes del verano, escribió a su mujer. Tus brazos, mi querida Ellen, son mi Medina. Caminaba de un lado al otro, rascándose la cabeza, frotándose las manos, mientras las plumas, desaladas, transcribían sus palabras. Para el coronel Teack, la excitación de Sherman sólo podía significar una cosa: el general olía la victoria.

Pero no había detalle tan insignificante como para pasarlo por alto. Cuando acabó

con sus cartas, Sherman llevó a Teack aparte. Esta tarde a las seis el barco zarpará rumbo a Wilmington, dijo. Esa preciosidad de refugiada que Kilpatrick se llevó de Columbia, ¿cómo demonios se llama? Marie Boozer, dijo Teack. Ah, sí, Marie Boozer, repitió Sherman. Pues la quiero a bordo de ese barco. Y también a su madre. Y ocúpese de que Kilpatrick no se vaya nadando tras ellas.

El general Kilpatrick no había vuelto a ver a Marie Boozer desde la refriega con la caballería rebelde en Solomon's Grove, cuando encabezó con éxito un contraataque en ropa interior. Más tarde, uno de sus hombres le contó que la habían visto alejarse a caballo sin más vestidura que el estandarte de batalla de Kilpatrick. La pérdida de su estandarte de batalla personal era la mayor humillación que podía sufrir un general, pero para Kilpatrick la pérdida simultánea de Marie y de sus colores fue un golpe casi insoportable. ¿Adónde se había marchado, y con quién? Pues era poco probable que se hubiera ido sola del campo de batalla. Sus bolsas y baúles también habían desaparecido. Al llegar a Fayetteville, la había buscado por todas partes. Era un hombre obsesionado. Pensó que si la encontraba, se la llevaría a los Mares del Sur y viviría con ella en una playa. Se alimentarían de la pesca y los cocos. O si ella quería ser la esposa de un general famoso, acabaría la guerra gloriosamente y se presentaría a las elecciones presidenciales. Si lo que ella necesitaba era dinero, él ya lo tenía: se las había arreglado para amasar una buena fortuna en esta campaña. En Carolina del Sur, sus hombres habían encontrado una caravana que atravesaba un bosque furtivamente, con todo el tesoro de un banco comercial en dos carromatos cubiertos. Las cajas fuertes estaban llenas de lingotes de plata, monedas de oro, dinero en metálico, bonos. Por supuesto, se entregó casi todo al intendente de Sherman. Pero mis hombres merecían una recompensa, y yo también. Igual que en el mar, existe una ley de salvamento.

El Estado Mayor de Kilpatrick se preocupó al verlo pasear por el campamento tan pensativo, cosa poco habitual en él, con la cabeza gacha, las manos a la espalda, y esos toscos rasgos faciales, tan aptos para un guerrero en campaña, ya no eran más que la máscara de un hombre voluptuoso moribundo. Había enviado a varios hombres a la ciudad para buscarla y averiguar cuanto pudieran. Acababan de llegarle noticias: la habían visto con su madre en la ribera.

Era última hora de la tarde, y el sol brillaba fríamente en el horizonte mientras la ciudad palidecía bajo la tenue luz. Kilpatrick llegó a la ciudad al galope, dispersando a los peatones a su paso, y se detuvo en el muelle junto al remolcador de Wilmington, resonando los cascos de su semental contra las tablas de madera. Se había congregado una multitud para despedir el barco. Acababan de retirar la pasarela, y los marineros en la proa y la popa se disponían a cobrar los cabos. Allí estaba ella, en la barandilla, la magnífica putilla, con la mano apoyada en el brazo de un joven oficial, repelente de tan atractivo. Lo miraron. Kilpatrick, desde su caballo, se afirmó en los estribos como si fuera a saltar desde la silla a la cubierta del barco. Mientras el

caballo, excitado, caracoleaba, la conversación parecía girar como las agujas de un reloj. ¿Qué fue lo que ella dijo? Ese comandante —Kilpatrick no lo reconoció—, que llevaba partes a Washington, se había ofrecido amablemente a escoltar a Marie y su madre en el barco que enlazaba con Wilmington. El maldito caballo, nervioso, no se estaba quieto. Marie, gritó, escúchame, yo... Pero en ese momento le traspasaron los tímpanos dos penetrantes pitidos del barco de vapor. El caballo se encabritó. Marie se echó a reír, y el galante oficial le tapó los oídos con las manos enguantadas de blanco. No eran los únicos pasajeros: había más civiles sureños a bordo. Se despedían de la gente del muelle, y la gente del muelle vitoreaba y se despedía también. Poco a poco el barco se alejó del atracadero. Una franja de agua empezó a separarlos. Un marinero se acercó a Marie y le dio algo: era un paquete, ¿no? ¡General!, la oyó gritar, y su caballo giró otra vez en redondo, y cuando Kilpatrick volvió a estar de cara al barco, algo surcó el aire, se desplegó, revoloteó en la brisa, y se pegó a la cara y el pecho de Kilpatrick. Oyó la risa de Marie, y la del oficial, y cuando se quitó de la cara lo que se le había pegado, el barco ya estaba en medio del río, blanco y esbelto contra la ribera verde de enfrente. Y Kilpatrick se quedó con su estandarte de batalla y el agua azul revuelta donde había estado el barco, y la risa de esa muchacha desalmada alejándose con el viento.

Al día siguiente llegaron lanchas cañoneras y buques de la Armada con café y azúcar para el ejército. Debían trasladar a Wilmington a más blancos fugitivos que se habían incorporado a la marcha. Sherman había iniciado otra de sus operaciones de aligeramiento. No quería que nada lo estorbara en la siguiente campaña. Los esclavos liberados que los habían seguido desde Savannah ahora sumaban más de veinticinco mil bocas inútiles. Había que organizar con ellos otra marcha y, proporcionándoles los pocos carromatos y provisiones que le sobraran, enviarlos a la costa bajo la custodia de unos cuantos oficiales. Que sigan con su éxodo, murmuró Sherman, pero no en la misma dirección que yo.

El número de enfermos y heridos fue en aumento durante la marcha; también ellos recibieron órdenes, y llegó un buque por el río para llevárselos. Se vio, pues, una lenta y triste procesión de ambulancias serpentear por las calles de Fayetteville tras una banda militar. En teoría la música de la orquesta debía honrar el sacrificio heroico de los hombres en los carromatos pero, en realidad, tenía la finalidad más práctica de ahogar sus gritos y gemidos. Aun así, los ciudadanos se detuvieron igualmente a mirar, atónitos por los costes de la guerra.

En el muelle, los médicos militares y sus ayudantes y los enfermeros del ejército supervisaban el traslado de los pacientes en las camillas por la pasarela hasta sus literas a bordo del barco. Pearl acompañaba a los pacientes, hablándoles mientras gemían, aplicándoles compresas húmedas en la frente afiebrada, cogiéndolos de la mano, sonriendo y asegurándoles que iban a hospitales del Norte donde los curarían y enviarían de vuelta a casa. Mientras trabajaba a su lado, Stephen Walsh se maravilló

de la serenidad de Pearl. Qué fortaleza la suya para ser tan joven, y aunque él había visto suficientes horrores en el campo de batalla, no soportaba las intervenciones quirúrgicas, y se desmoralizaba al oír los sonidos del dolor en general, y al ver las muchas enfermedades a las que se exponía un ejército de hombres, enfermedades que los volvían patéticos y grotescos y terribles de ver con sus distintos tormentos —las lesiones en la piel o los delirios o las hinchazones o los efluvios asquerosos—, todo ello en una burla clara e impía del concepto de dignidad humana. Pearl parecía capaz de ver más allá de la dolencia hasta llegar a la persona que el enfermo había sido y que, con suerte, volvería a ser.

Eres muy valiente, Pearl Jameson, dijo él un día, tras retirar los detritos de uno de los dispensarios de campaña del coronel Sartorius. Por estar dispuesta a ver estas cosas.

Y tú eres un chico de ciudad del gran Norte, Stephen Walsh. Porque si no lo fueras, sabrías que lo que veo en esta marcha no se diferencia de lo que ve una niña esclava desde el día en que nace.

Cuando se curó de las quemaduras, Stephen pidió que lo destinaran al Departamento Médico para poder estar con ella. Wrede Sartorius, que siempre necesitaba ayuda, firmó los documentos necesarios. Aunque las tareas médicas no solían atraer a voluntarios y, de hecho, a veces los traslados al departamento se hacían a modo de castigo, Wrede no cuestionó a Stephen ni le preguntó por sus motivos, y tampoco se paró a pensar en ellos. En lugar de eso, cuando el ejército se marchó de Columbia, indicó a Stephen que se sentara a su lado en el carromato y trazó un dibujo: era una caja vertical de cierto tamaño, con un asiento y correas de sujeción y una barra desmontable para las manos. La estructura debía clavarse a la plataforma de un carromato. Stephen no necesitaba que le explicara para qué era. Mientras deambulaba por el hospital esa primera noche en Columbia, había visto al soldado con la púa en la sien. El soldado, sentado a una mesa, le había sonreído y saludado con los dedos. Después, esa noche, el coronel Sartorius había pedido que sujetaran al hombre con correas a un camastro tumbado boca arriba para que no se diera la vuelta dormido. Pero a Stephen le sorprendió que Sartorius, sin preguntárselo, diera por sentado que sabía trabajar la madera. De hecho, sabía, y también se le daban bien las herramientas mecánicas. Le gustaban los trabajos manuales.

En el pueblo de Cheraw, muy cerca de la frontera con Carolina del Norte, el arsenal local tenía un taller y un almacén de madera. Partiendo del esbozo, Stephen puso manos a la obra. Fuera, los soldados infligían al pueblo el suplicio de rigor y se oía el alboroto del saqueo. Después los pusieron a desfilar, pues ese día se celebraba la segunda investidura del presidente Lincoln. Se alinearon cañones y el suelo tembló con una salva de veintitrés cañonazos. Stephen midió y serró y cepilló. Trabajó con la misma meticulosidad que si hubiese tenido que hacer el armario más elegante. Se sintió satisfecho al construir esa caja en la que debía sentarse un hombre. Puso paneles laterales en el armazón sólo hasta la cintura. Empleó madera maciza, elegida

con esmero. Atornilló las esquinas. Para las correas de sujeción, utilizó arreos, y cortó la barra de hierro para que el hombre se sujetara cuando el carromato se balanceara y diera bandazos por los baches y los caminos de troncos.

Qué paz le proporcionaba concentrarse en un objeto concreto. Le daba la certeza de que era posible. Encontraría su forma y sería eso. En los dispensarios de campaña, parecía que nada se resolvía salvo con la muerte. En la marcha no había un punto a partir del cual podían medirse todos los demás. Era como si la propia tierra se replegara bajo sus pies, era como si los ejércitos pendieran de nubes flotantes.

Cuando acabó la caja, se sentó dentro y cerró los ojos. El coronel le había confiado su construcción, y él la había construido. Lo invadió un sentimiento de fervorosa lealtad hacia aquel hombre. Y cuando Wrede fue a verlo y dio el visto bueno, Stephen Walsh se echó a reír, porque se sintió como si le hubieran concedido la Medalla de Honor del Ejército.

Sartorius y su equipo médico se alojaron en una casa en el extremo oriental de Fayetteville. El ejército llevaba allí cuatro días, y al amanecer del día siguiente debía reanudar la marcha. A medianoche todos dormían a excepción de Pearl y Stephen. Habían bajado del desván donde estaban alojados para ir a la cocina porque Pearl quería darse un baño. Encendieron velas y Stephen echó leños y broza en el fogón para encenderlo. Sacó agua del pozo detrás de la casa. Dejó un cubo fuera y puso el otro a calentar. Juntos entraron la artesa de estaño del zaguán.

Pearl se desnudó mientras Stephen llenaba la artesa de agua caliente y ponía el segundo cubo a calentar. Me gusta el agua caliente de lo más caliente posible, dijo Pearl. No hay nada mejor que un baño de agua caliente. Él procuraba no mirar, pero a ella no parecía importarle que la vieran así, aunque se había asegurado de que la puerta estaba cerrada y las cortinas corridas. Le había crecido el pelo y, allí de pie, se lo recogió con una cinta. Él echó el segundo cubo, y ella apoyó una mano en su hombro mientras metía la punta del pie en el agua y sonreía. Stephen nunca se había sentido tan estúpido ni había quedado tan atónito como en presencia de esa esbelta muchacha negra blanca, allí desnuda ante él.

Pero ella se sentó en el agua con las piernas cruzadas, como una niña, y se echó agua a la cara y se sumergió hasta los hombros para mojarse y volvió a sentarse con una pastilla de jabón marrón, que se pasó por el cuello y los pechos, mirándolo con tal expresión de placer en los ojos que él se sintió vil por los sentimientos que albergaba. Aun así, se dio cuenta de que Pearl era muy consciente del efecto que causaba.

¿Me enjabonas la espalda, por favor?, preguntó ella.

Él acercó un taburete y se sentó detrás de ella y, le pasó el jabón por los hombros y la espalda, concentrándose compungido en cada vértebra.

A ver, Stephen Walsh, yo ya sé lo que tienen los hombres en la cabeza. ¿Cómo no iba a saberlo? ¿Cuántos años tienes? Diecinueve.

Pues yo no sé cuántos tengo. Creo que trece; no mucho más de catorce, eso seguro. Lo sé porque los hijos de mi madrastra, el hermano primero y segundo, esos dos, ya estaban allí desde que tengo memoria, y el hermano segundo cumplió quince este verano. Y los dos son más altos. Así que lo sé por eso.

No tienes por qué preocuparte.

Ah, no... ya lo sé. No estaría aquí contigo si no lo supiera.

Y a continuación a él casi se le cayó el jabón de las manos, porque ella dijo: Y cuando yo sienta que ha llegado el momento, supongo que será contigo, Stephen Walsh.

Encontró toallas y la envolvió con una mientras ella se ponía de pie en la artesa. Permaneció inmóvil mientras él le frotaba los hombros, la espalda, el trasero y los muslos a través de la toalla.

Todos los soldados escriben cartas para el barco correo, ¿tú también?, preguntó Pearl.

No. No hay nadie a quien quiera escribirle.

¿No tienes familia?

No lo leerían si les escribiera.

Ella se volvió y lo miró, sujetándose a la altura de la garganta la toalla que la envolvía. Qué triste, dijo ella. Triste triste triste. Y eso que eres de Nueva York, donde está la Unión perfecta. Yo voy a ir allí, ¿sabes?

No. ¿Cuándo?

Sí, cuando acabe la guerra. Tengo esa carta del pobre teniente Clarke; ya te lo conté, ¿te acuerdas?

¿Sí?

¿Por qué iba a mandarla por el barco correo si ahora puedo leer la dirección en el sobre? Llevaré yo esa carta a sus padres, que viven en Nueva York, y así se lo contaré.

Contarles ¿qué?

Cómo cuidó a Pearl y la escondió y la convirtió en tamborilero para protegerla. Necesitarán consuelo.

¿Cuál es la dirección?

El número 12 de Washington Square, según he leído. Sí, ya sé, es un barrio de ricos.

Pues también hay buena gente entre los ricos, parece, si su hijo se alistó para liberar a los negros.

Pearl sonreía, con la cara todavía húmeda y los ojos color avellana muy abiertos, y se le había soltado la cinta del pelo. En el pecho de Stephen brotó un sentimiento tan dolorosamente maravilloso que a duras penas consiguió reprimir el deseo de estrecharla contra sí.

¿El número 12?, preguntó, aclarándose la garganta. Ajá, en Washington Square.

Sé dónde está, dijo. Puedo acompañarte.

Pearl despertó a causa de la luz de la luna que entraba por la pequeña ventana del desván. La luna se había elevado y le iluminaba los ojos. Se dio cuenta de que tenía la espalda contra Stephen. Él le había apoyado el brazo en el hombro. Estaban acostados en un colchón de crin de caballo que habían sacado de la cama del desván y extendido en el suelo. Aunque estaban totalmente vestidos, la manta que los cubría era fina, demasiado para el frío de esa noche plateada. No se movió. De pronto la irritó ese brazo que la rodeaba. Pesaba, y ella se apartó hasta que el brazo cayó en el espacio entre los dos.

Cerró los ojos e intentó dormirse otra vez. Unas horas antes, esa tarde, su carromato había pasado junto a los campos donde harían noche los negros. Ahora tenía esa imagen en la cabeza. Todos sentados en torno a las hogueras, los niños correteando por todas partes, el olor a comida, las pequeñas tiendas para dormir, los carros con sus cosas. Y las voces al cantar, las voces al cantar himnos tristes: eran como el suave murmullo del viento, eran como un sonido salido de la tierra. Era el sonido con el que ella había nacido, la tristeza suplicante de los suyos en la tierra. Y ahora cantaban así, todas esas personas iguales a ella, sólo que ella no estaba con ellos, sino que iba en un carromato del ejército, con ropa del ejército encima y buena comida del ejército en el estómago y este chico blanco a su lado, unido a ella como con una cadena. Pero esa gente había oído que no seguirían la marcha con el general Sherman sino que irían a otro sitio, y no sabían adónde, ni lo que encontrarían allí, ni si podrían ser hombres y mujeres libres sin la protección del ejército.

No podía volver a conciliar el sueño. ¿Por qué había mentido a Stephen Walsh? Sabía exactamente qué edad tenía, quince años, se lo había dicho su madre, y que había nacido el diez de junio, cuando el aire era como una bebida dulce y las hojas de los árboles todavía jóvenes y delicadas, como si pudiera percibirse el sol en ellas. Pero le había contado a él la historia sobre los hermanos Jameson primero y segundo tan bien, y con tanto detalle, que casi se la creyó ella misma. ¿Por qué? Stephen la atraía, la impresionaba, y en el fondo le halagaba que se hubiera prendado de ella, que ese hombre hecho y derecho estuviera tan claramente loco por ella. Le hacía sentirse bien y distinta, lo que la animaba a ser más atrevida de lo que nunca había sido en su conducta mundana. Porque si él se había prendado de ella, ella se aseguraría de que tuviera razones para ello.

¿Por qué mintió, pues? Se le había escapado antes de saber qué decía. Qué se proponía, porque sí sentía algo por él. Le gustaba su voz y su manera de ser, el hecho de que cuando hablaba siempre era para expresar una idea clara. No parlotaba sin ton ni son. Tenía una manera de callar en la que se veía que no era un idiota, sino una persona profunda que sabía más de lo que decía. Y que estaba enfadado por algo en su vida, igual que ella —era un hombre blanco con sus propios problemas—, y eso a ella le interesaba, y que no se rebajaba a hablar de ello como si tal cosa. A partir del momento en que le cogió las manos quemadas, se había sentido distinta. Y le encantaba su boca: a veces tenía que contenerse para no acercarse y besarla.

Pero de pronto la asaltó una idea que la hizo incorporarse y casi gritar. ¿Qué había hecho desde que se fue de la plantación sino unirse a hombres blancos? Desde el día en que el teniente Clarke la cogió en volandas y la sentó en su silla de montar, e incluso cuando estuvo con el mismísimo general Sherman, que la tomó por un tamborilero, e incluso a través de la señorita Thompson que la había ayudado a ser enfermera del coronel doctor, y ahora con Stephen, se había comportado como una blanca, y vivido con los blancos con una madrastra blanca, y cubierto su negrura con un uniforme cedido por el ejército blanco de la Unión. Ay, Señor, qué vergüenza tan grande, tanta que se sintió mal. ¿Acaso Jake Early no fue profeta cuando se presentó con Jubal Samuels y la llamó Jezabel? Pero para ser una Jezabel hay que ser una mujer puta, y yo no soy una mujer puta. Ah, no, por Dios, pero soy algo peor, soy una mujer que les da coba para ser como uno de ellos, que intenta caerles bien como los esclavos para protegerse, que hace reverencias y fregotea para los blancos y sonrío como una imbécil, e incluso sirve a la señora Jameson y la vigila y la cuida. ¿Acaso no sabía yo que ella quería que mi padre me vendiera cuando era pequeña? Y ahora ya me ves: nadie tuvo que venderme en una subasta, me he vendido yo sola, y me he convertido nada menos que en una esclava, una esclava como mi madre, Nancy Wilkins.

Ante esta idea Pearl se puso en pie: tengo dueño.

Miró a Stephen Walsh, con la cara tan bañada por la luz de la luna que parecía un espectro. ¿Quién era ese hombre blanco que se había creído con el privilegio de abrazarla? ¿Qué clase de negra era ella que lo consentía y que arrimaba su cuerpo al de él en busca de calor? Su madre se había acostado con su padre Jameson igual que ella esta noche junto a Stephen Walsh, y seguro que el brazo de él le pesaba tanto a ella como el de Stephen me pesaba a mí. ¿Cómo voy a ser libre, pues? Nunca lo seré siendo negra, y tampoco lo soy ahora siendo blanca.

Poco después corrió descalza escalera abajo. Salió de la casa y cruzó la calle hacia el prado donde, a cierta distancia, estaban acampados los negros. Lo veía todo nítidamente a la luz de la luna, las elevaciones y las hondonadas, las hojas de hierba pálidas, los toldos y los carromatos más adelante, y las ascuas de las hogueras resplandecientes como estrellas en los campos. Al cabo de diez minutos, recorría los senderos de este asentamiento improvisado, y había mucha gente despierta, arrebujada en las mantas en torno a la lumbre, o meciendo a bebés en brazos, o simplemente de pie junto a sus carretas y carromatos, gente que la miraba al pasar. A los ojos de esos negros era una mujer blanca, una mujer del ejército, y si sintieron curiosidad por saber qué hacía entre ellos, no se rebajaron a preguntarlo. Habían recibido orden de seguir solos en la dirección indicada por su héroe y salvador, el general Sherman. Ellos lo único que habían querido era alabarlo, reverenciarlo, y ahora él los echaba, obligándolos a irse por su cuenta, sin que nadie supiera cuál sería su destino ni qué sería de ellos cuando llegaran. Para esa gente que la seguía con la

mirada, ella representaba al general, como si fuera la responsable de su triste decepción tan sólo por su color y su uniforme. Pearl meneaba la cabeza como si discutiera con ellos, a pesar de que no decían nada, porque sabía qué pensaban. Además, ¿qué hacía ella allí? No lo sabía. Buscaba a alguien que la conociera. Tal vez buscaba a Jake Early y Jubal Samuels *el Tuerto*, aunque seguro que hacía tiempo que se habían quedado por el camino. O a Roscoe, el de la plantación, un hombre bueno, sencillo, amable como ningún otro, que había echado a sus pies las dos águilas de oro envueltas en su pañuelo. Se palpó el bolsillo para asegurarse de que continuaban allí, gesto que repetía al menos diez veces diarias. Y por un instante, cuando pasó junto a un hombre, un hombre flaco y calvo de ojos grandes y oscuros que le sonrió dulcemente con la boca desdentada, estuvo a punto de exclamar ¡Roscoe!, creyendo que era él.

Y ahora, al ver lo enorme que era el campamento, extendiéndose interminablemente por los campos, puesto que iba más allá de la carretera hasta el borde de un bosque, Pearl se sintió tan desvalida como se había sentido en la plantación, y en ese momento todas las comodidades y satisfacciones de su vida de trabajo en el ejército de la Unión le parecieron un verdadero escándalo, una manera de pensar en sí misma y en nadie más que no la diferenciaba del egoísta de su padre negrero. De modo que lo que Pearl heredó de la piel blanca de su padre fue lo peor de él, y todos estos desdichados alrededor eran las personas a las que ella había dado la espalda y había abandonado a su suerte igual que, según ellos, el general Sherman, tras concederles la libertad, los dejaba seguir por su cuenta en una tierra que continuaba sin ser suya. ¿Y qué había conseguido salvo cierto refugio durante la tormenta, como una esclava doméstica que miraba por la ventana a los negros en los campos y olvidaba que también ella tenía dueño?

Antes, esa misma noche, Hugh Pryce había dicho a David, el niño, que le buscaría un lugar entre los suyos, y en cuanto lo dijo, David, no conforme con ir cogido de su mano, se aferró a su pierna, de modo que el inglés renqueaba por el campamento de los negros como si llevara sujetas una cadena y una bola. Qué incomodidad, qué vergüenza.

Pryce había conseguido llegar con el niño a Fayetteville a lomos de la pequeña mula, y para él tener a un niño a su cargo era una severa prueba. David no vestía ropa adecuada para el tiempo que hacía, y Pryce se quitó el jersey y, empleando una cuerda a modo de cinturón, le confeccionó un abrigo. El niño tenía hambre constantemente. Pryce, con su despreocupada cordialidad británica, siempre había conseguido gorronear raciones. Pero ahora, con un niño negro a rastras, era como si hubiera perdido su don: los haraganes pedían dinero por todo.

A esas alturas estaba más irritado consigo mismo que conmovido por la carrera del niño hacia la libertad. No era responsabilidad suya liberar a los esclavos —¿no? — y, sin embargo, había subido al niño a su silla de montar. Una acción precipitada,

con la que violó el imperativo de ser un observador estrictamente neutral. De algún modo, sin pensárselo demasiado, había supuesto que ya le quitarían el peso de encima, que las autoridades de Fayetteville lo librarían de David. Pero ¿qué autoridades? La ciudad se hallaba sumida en el caos. El ejército estaba en todas partes, y la vida se había vuelto antinatural para sus habitantes. Nadie parecía saber nada. En Londres, existían asilos para huérfanos, circunstancia que aprovechaban las clases bajas para abandonar a la ligera a sus recién nacidos ante sus puertas a fin de que los criara la sociedad. Claro que eran expósitos blancos, pero ¿tan raro era, con o sin guerra, dar por sentado que una sociedad civilizada tenía hogares para sus niños no deseados, aunque fueran negros?

Lo peor de todo era que, con ese apéndice que colgaba de él, nadie lo tomaba en serio como periodista profesional. Estaba perdiendo noticias. Le había llegado el rumor de que los secesionistas por fin estaban reuniendo un ejército equiparable al de Sherman. Dónde se hallaba y qué tamaño tenía y dónde opondría resistencia eran preguntas importantes. Había ido al ajetreado cuartel general de Sherman, y bastó con un imperioso ceño del comandante de una de las alas de Sherman, el general Howard —una fugaz mirada del hombre al niño— para que se acercara un ayuda de campo y le dijera a Pryce que allí no se le había perdido nada. Sin embargo, también rondaba por allí la competencia: corresponsales del *Herald Tribune*, el *Telegraph* de Londres, el *Baltimore Sun*. Estaba fraguándose la mayor noticia de la campaña, y Hugh Pryce veía que se le escapaba de las manos.

Pero había noticias de las que nadie podía privarlo. Esa tarde había llevado a David a toda prisa cuesta arriba hasta el arsenal de Fayetteville, donde los soldados demolían los edificios y les prendían fuego. Aquello era curiosamente festivo, brigadas de hombres embistiendo paredes de ladrillos con arietes, recuas de doce o catorce mulas o caballos arrancando los cimientos. La gente se había agolpado para mirar, y de vez en cuando tenía que apartarse de las llamas y las chispas que saltaban por todas partes. David le tiraba de la manga a Pryce. No me gusta, decía una y otra vez, no me gusta. Y de pronto se produjo la voladura de uno de los edificios con un estruendo monstruoso, y éste se desmoronó en un infierno de fuego y humo, fraguando tal vez la relación entre ellos para siempre en la cabeza del niño, porque a partir de ese momento, David, que había sido un muchachito valiente, se volvió llorón y quejica y pegajoso. Y tampoco mejoró esa noche cuando Pryce lo llevó al campamento de los esclavos liberados y le dijo que había llegado el momento de encontrarle un lugar entre los suyos.

Ciertamente los había en cantidad suficiente, y constituían la masa humana más pobre y desharrapada que había visto Pryce. En su mayoría eran mujeres, más viejas que jóvenes, y había gran número de ancianos, pero sólo algún que otro hombre en la flor de la vida. Pryce, acostumbrado al aire libre, no vio el menor patetismo en este campamento, donde el cielo era el único techo y el espacio en torno al fuego el único

hogar. La gente había vivido así desde tiempos inmemoriales. Pero por un momento le llenó el pecho de rabia el estado de estos seres, de tantos lisiados y encorvados, consumidos y marchitos, que en el pasado habían sido mantenidos, como se mantiene a caballos o mulas. Con todo, ahora necesitaba a una de ellas por el servicio que podía proporcionar: necesitaba a una mujer con fuertes instintos maternales, alguien todavía con fuerzas para acoger a un niño, o a otro niño, sin pensárselo dos veces. Necesitaba a una mujer sana, con un delantal y un pañuelo en la cabeza y brazos grandes y fuertes. Pryce sonrió. Necesito una mami.

Sólo tienes que cogerle la mano a Hugh, David, dijo. No te preocupes, no te soltará.

Todavía no era de noche, y le costaba entender la organización del campamento: si se habían instalado según las plantaciones de las que procedían o sencillamente se habían colocado en cualquier sitio al azar, como bañistas en una playa. De pronto se encontró en la periferia de un corro que escuchaba a un anciano subido a una caja. El hombre tenía una barba blanca descuidada, de aspecto muy bíblico, un distinguido patriarca, pese a ir en harapos y apoyarse en un bastón. Somos los hermanos azabache, decía con voz grave y armoniosa, y somos más apacibles de carácter y más nobles en nuestra tolerancia que estos americanos europeos que nos encadenaron y azotaron y enviaron a los campos. Porque conocemos a nuestro Dios, que de una sola sangre creó a todas las naciones de hombres para morar en la ancha faz de la tierra. Y aunque este general nos haya liberado, ¿no es también él uno de ellos? Adorar a este tal Sherman es una blasfemia, porque no es vuestro Dios. Sherman tiene sus propios propósitos, sus propias motivaciones. Los hebreos que partieron en su éxodo no pidieron a un general egipcio que los guiara. Esos hebreos siguieron a los suyos, como debemos hacer nosotros ahora, puesto que también somos un ejército. No tenemos armas —ni cañones ni mosquetes—, pero somos un ejército de hombres libres y honrados que trazan su propio camino y encuentran su propia vía por la gracia del Señor.

Una mujer gritó: ¿Y tú quién eres, viejo? ¿Eres Moisés? Se oyeron risas, pero el hombre dijo: No, hermana. Soy un pobre y viejo esclavo del campo que ahora es libre para morir como un hombre. Pero nuestro Señor sabe que digo la verdad. Si deseáis que el general os proteja, es que todavía no sois libres. La libertad debería llenar vuestro corazón y animar vuestro espíritu. No acudáis a los mortales blancos en busca de comida y refugio y salvación. Buscadlo vosotros mismos, y Dios proveerá, y Dios nos señalará el camino. Llevamos mucho más de cuarenta años en tierra inhóspita. Ahora es la tierra prometida. Sed fértiles y multiplicaos y hacedla vuestra.

Amén, gritaron varios, y otros lo abuchearon. Hugh Pryce se veía ya mandando por cable un artículo sobre los sentimientos sediciosos entre los negros. Pero antes tenía que resolver su problema. Mientras deambulaba, no veía a nadie propicio a quien abordar. Acompañado de David, a quien de tanto en tanto debía desenganchar de su pierna, caminó entre los negros hasta que por fin vio una posibilidad: una mujer

con dos niños cenando junto a una hoguera. La mujer había frito buñuelos de harina de maíz, y miró a David y después a Pryce y después a David.

¿Te has perdido, hijo?, preguntó.

No, señora, contestó David con la mirada fija en los buñuelos de la sartén.

¿Cómo te llamas?

Se llama David, intervino Pryce. Es huérfano. Necesita que alguien lo acoja.

¿Ah, sí? Si no te has perdido, ¿quién es éste?, preguntó la mujer a David. ¿Es tu padre quien habla?

Sí, señora, repuso David.

Yo no soy el padre del niño. Me llamo Hugh Pryce. Soy del Times de Londres.

¿No es el padre?

No. A la vista está, digo yo.

La mujer se echó a reír. Para mí no, dijo. A estas alturas nunca se sabe de qué color puede salir un niño.

Buena mujer...

Mía es la venganza. ¿No dijo eso el Señor? Y volvió a reír. ¿De verdad cree...?

La mujer miró a Pryce de arriba abajo. Este chico le honra. Tiene la piel de su madre pero los ojos de su padre. Y mírele las manos y los pies. Será un hombre alto, como usted.

Tonterías. Le daré dinero.

¿Qué dinero? Frunció el entrecejo.

Billetes federales.

Vaya, vaya. Se envolvió la mano con un trapo, sacó la sartén del fuego y puso un buñuelo en una hoja de papel de periódico doblada. Todavía está caliente, dijo a David. Espera un poco a que se enfríe.

¿Y?

La mujer se levantó con esfuerzo, apoyando una rodilla en el suelo al tiempo que dejaba escapar un gemido. Se sacudió la falda y, llevándose una mano a la frente, miró en distintas direcciones. Necesito a un soldado de la Unión, dijo. Necesito que alguien venga a arrestarlo.

¿Arrestarme a mí?

El tráfico de esclavos se acabó, ¿es que no se ha enterado? Ya no se puede comprar ni vender a las personas.

No estoy vendiendo a nadie. Le estoy dando dinero para que cuide de este niño.

Sí, claro. Si el niño fuera mayor, me pediría que se lo pagara yo. Es demasiado pequeño para tener utilidad, así que paga usted. En cualquier caso, está prohibido por la ley de la emancipación, por si no se ha enterado.

Yo sólo pretendo darle los medios para su manutención.

Veo que usted ya tiene dos hijos y entiendo la responsabilidad que conlleva.

Toma, David, dijo la mujer. Se agachó, formó un cucurucho con el papel que contenía el buñuelo y se lo dio al niño. Coge esto y vete con tu papá antes de que lo

mande a la cárcel. Y prefiero no hablar de un hombre que pretende vender a su propio hijo, recriminó a Pryce.

Entrelazó las manos y alzó la vista al cielo nocturno. Dios mío de mi vida, dijo, llena de vergüenza el corazón de este blanco. Llénalo de tu gloria. Haz que se arrepienta y que te dé gracias, Señor, por haberlo bendecido con este niño tan hermoso que es David. Te lo pido en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

¿Por qué has mentido?, preguntó Pryce pocos minutos después, ¿es que no sabes que está mal mentir? ¿No lo sabes? Casi gritaba. Pero David, que ya se había comido el buñuelo, cogió a Pryce de la mano y optó por no contestar. Caminaba preparándose con serenidad para lo que se avecinaba. Era como si Pryce fuera el niño y David el adulto que se negaba a consentir sus pataletas infantiles. Dios santo, pensó Pryce, hable con quien hable, ¿qué le impedirá volver a hacer lo mismo? Dirá que soy su padre y ya no habrá nada que hacer.

Consciente de que David había sido más listo que él, Pryce notó que se sonrojaba. Ese niño poseía la astucia de un esclavo. Y su carrera instintiva a la libertad... ¿de verdad había sido eso? Qué tonto fue al pensarlo. Lo más probable era que el pobre infeliz se hubiera echado a correr para huir del látigo. Sí, claro, no fue más que eso. Probablemente merecía lo que estaba a punto de sucederle.

Pryce sintió la mano en la suya como si fuera algo que se le había pegado. La imposición se había vuelto intolerable. Pero yo soy más grande y mayor y más fuerte y más listo que tú, mi querido amigo. Tu padre electo no cometerá el mismo error dos veces.

El niño que es acogido, pensó Pryce, es el niño al que encuentran solo.

Y así fue como más tarde esa misma noche, Pearl, mientras erraba en su estado de aflicción por el campamento, se encontró con un grupo de gente alrededor del niño, quien se había arrancado la ropa. Nadie podía tocarlo. Sentado en el barro con las piernas cruzadas, se daba puñetazos en los muslos y sollozaba. Si alguien se le acercaba, los sollozos se convertían en alaridos. La gente, al ver a Pearl con su uniforme de enfermera, se hizo a un lado. Ella se arrodilló delante de David. A la luz de la luna, el color de la piel del niño perdió calidez y adquirió un hermoso tono negro azulado. Y en el breve momento que él paró de llorar para observarla, ella pudo ver en su semblante tranquilo que era un niño guapo. Pearl calculó que debía de rondar los seis o siete años. Asintió como para darle a entender que tenía todo el derecho del mundo a llorar y ella lo comprendía, y sonrió con compasión. Tendió la mano, y aunque él echó la cabeza atrás, Pearl pudo tocarle la frente, y él se dejó. La notó caliente. Los ojos, hinchados de llorar, le parecieron ojos de enfermo. ¿Cuánto llevaría allí sentado? Ella misma, descalza, tenía los pies entumecidos por el frío desde hacía rato, y pensó que, al margen de cuánto tiempo llevase allí el niño, no le haría ningún bien estar sentado en el suelo mojado. Recogió su ropa, empapada y

sucia de barro.

¿De quién es este niño?, preguntó. ¿Es que nadie ha reclamado a este niño?

Varias voces aseguraron que no era de nadie que supieran.

A ver, ¿qué hacen todos ahí mirando? Esto no es un fenómeno de feria, dijo Pearl. Que alguien me traiga algo para taparlo.

¿Te has perdido, niño?, preguntó Pearl.

Él movió la cabeza en un gesto de negación.

¿Tienes a una mamá por ahí que te ande buscando? Él movió la cabeza en un gesto de negación.

Pearl aceptó una manta, y cuando se volvió otra vez hacia David, él la miraba fijamente. Sus sollozos se habían convertido en un resuello espasmódico, y con el dorso de la mano se frotó la nariz.

Poco después Pearl, con el niño en brazos, envuelto en una manta, desandaba el camino a través del campamento. Él pesaba más de lo que parecía, y ahora tiritaba y le castañeteaban los dientes. Pearl se sentía desafiante. Me lo llevaré en la marcha, se dijo. Y si Stephen Walsh pretende casarse conmigo, tendrá que entender que, aunque blanca, por sus molestias Pearl podría llegar a darle algún día un niño de alquitrán.

IV

Estaban en la meseta del arsenal, delante del único edificio que seguía en pie entre los escombros. Lo habían empleado como cuartel general provisional. Unos cuantos soldados que se habían quedado llevaban cajas y carpetas a los carromatos del ejército. Otros empujaban barriles de pólvora por una rampa colocada en la escalinata delantera.

Si no arrastraras los pies, dijo Arly, yo estaría cabalgando detrás del general Sherman, donde sea que esté. ¿Y ahora cómo voy a saberlo si las columnas se han separado allá abajo, al otro lado del río? Desde aquí parece una larga serpiente que se divide en dos.

Necesitaba líquidos, dijo Calvin. Y el señor Culp tiene una lista de los salones de fotografía de todas las ciudades. Además, ya tengo una foto del general Sherman, de cuando estaba en Georgia, con todos sus generales al lado.

Eso da igual, le sacaremos una mejor si volvemos a encontrarlo.

¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué? Haces demasiadas preguntas, Calvin. Pero la respuesta es que estará un poco más viejo. Como me sucede a mí, sólo de intentar ponerte en marcha.

Calvin arreó a *Bert* y enfilaron por la sinuosa carretera hacia el centro de la ciudad.

Hablábamos de cosas del oficio, explicó Calvin. En esta profesión, las personas conversan entre ellas, incluso cuando una es negra. Ese fotógrafo, Swank de Fayetteville, fotografía sobre todo a mujeres con sus hijos y a señoritas en su puesta de largo.

¿A debutantes? Pero ¿es que no se ha enterado de que hay una guerra?

Aquí no había guerra hasta hace cuatro días. Por eso tenía una buena provisión de material: colodión y líquidos, e incluso placas fijas y listas para usar con sus soportes, aunque al señor Culp le gustaba prepararse él las placas. No todo el mundo lo hace bien, decía. Es mejor hacérselo uno mismo.

La ciudad apestaba. En la calle, la gente se tapaba la cara con pañuelos. Los soldados aceleraban el paso para llegar al río y cruzar el puente lo antes posible.

¡Uf!, exclamó Arly.

Encontraron un hueco en la cola de la marcha, y hasta *Bert* apretó el paso un poco más que de costumbre. Cuanto más cerca del río, peor el olor. Y al final tuvieron que detenerse para asimilar lo que veían sus ojos, porque en las

márgenes cubiertas de hierba yacían caballos y mulas muertos por todas partes. Y algunos flotaban en el río. Era de aguas lentas y cauce ancho, el Cape Fear, y los cuerpos se daban la vuelta y apuntaban las patas hacia el cielo y volvían a darse la vuelta y se arremolinaban y chocaban entre sí en un estado de desventurada confusión, a pesar de estar claramente muertos.

Calvin meneó la cabeza. ¿Por qué han tenido que hacer eso con todos estos animales?

En fin, Calvin, está claro que no eres militar, porque si lo fueras, sabrías que ésta es la porquería que deja un ejército en una noche. Un ejército aprovecha a sus animales hasta reventarlos, así que de vez en cuando se deshace de los animales consumidos y consigue otros nuevos, aunque me atrevería a decir que no pocas de estas criaturas muertas estaban en mejor forma de lo que está tu *Bert*. Si estuviésemos más por la labor, habríamos hecho un trueque y ahora él sería una de esas criaturas que echan pedos de aire muerto hacia el cielo de Fayetteville en lugar de estar aquí tan contento.

Más vale que no le oiga decir esas cosas. ¿Ve cómo vuelve la cabeza y mueve las orejas?

Pues si estás escuchando, *Bert*, dijo Arly, te conviene ponerte en marcha a menos que quieras acabar dando tumbos con todos éstos río abajo.

Como *Bert* no se movió, Arly miró a Calvin. Eres tan tonto como él si piensas que me entiende. Él sólo entiende de latigazos en el culo. Lo malo de los negros es que os inventáis vuestras propias historias. Os inventáis vuestras historias de mulas, vuestras historias de marmotas, vuestras historias de yanquis...

Historias de yanquis que nos dan la libertad.

Sólo respirar este aire da náuseas. ¡Uf! Un buen viento fresco habría sido señal de que Dios se apiada de esta situación. Ningún caballero sureño dejaría mil animales muertos para que apesten una ciudad, eso desde luego. No, señor. Los habría abatido en medio del campo, donde nadie tendría que padecerlos. El viejo Sherman ha dejado esto de recuerdo. Precisamente nos sublevamos por esta clase de modales. Esa libertad yanqui de la que hablas, eso es un cuento, igual que decir que una mula entiende nuestro idioma.

Bueno, ya se verá, ya se verá, dijo Calvin. Sacudió las riendas y *Bert* los condujo hacia la fila que cruzaba el río. Ya veo que no es general general y caballero sureño a quien perseguimos para sacarle una foto, dijo Calvin.

En cuanto el regimiento de Wrede Sartorius cruzó el Cape Fear e inició la marcha hacia el este, el médico enganchó el caballo al carromato donde iba su paciente y entró para viajar con él. El paciente era el cabo Albion Simms del 81 de Ohio, el hombre con la púa en el cráneo.

Fue en aquel misterioso accidente, en el que por alguna razón estalló la

pólvora que vertían al río Saluda en Columbia, y murieron muchos hombres, cuando Albion Simms de pronto se encontró sentado en el suelo, casi sin aliento, y se tocó la sien porque sintió un escozor como si le hubiera picado algo.

Después sus compañeros, sobrecogidos, lo llevaron al hospital en el Colegio Universitario de Carolina del Sur, y allí, al dejarlo bajo los cuidados de Wrede, enseguida lo ataron para que no se lastimara más. Wrede le afeitó la cabeza mientras lo interrogaba. Albion Simms había perdido la memoria. Tenía bien los reflejos, veía y oía con toda normalidad, contestaba a las preguntas, pero no se acordaba de nada anterior a la sensación de escozor. Cuando se le dijo cómo se llamaba y el regimiento al que pertenecía, escuchó la noticia sin la menor señal de reconocimiento.

Como era lógico, la aparición de este hombre, físicamente intacto salvo por la púa de hierro en el cráneo, enseguida atrajo a los médicos de los demás regimientos. Aburridos de las amputaciones de rutina y de los tratamientos de enfermedades miasmáticas, en su gran mayoría inútiles, los médicos vieron en este caso algo capaz de levantarles el ánimo profesional. El consenso era que había que intervenir, pero Wrede, tan respetado como envidiado por estos hombres que lo consideraban el mejor de todos ellos, dijo que él no se atrevía a realizar semejante operación.

La púa, de las que se empleaban en la construcción de carromatos del ejército, había penetrado en el cráneo por encima de la oreja en un ángulo de 180 grados. Estaba firmemente incrustada. Puede complicarse con tejido cicatricial o inflamación, dijo Wrede, pero no cabe duda de que la cirugía aumentaría el traumatismo. Si se fijan, verán que no se ha producido ninguna fractura por el impacto. Es una penetración limpia. Asoman unos seis centímetros, lo que significa que unos siete centímetros de hierro han traspasado las zonas parietal y occipital. Y hay hueso delante. No se puede trepanar, tampoco se puede extraer la púa como si fuera una astilla en el dedo. Los daños son innegables, pero de momento la herida no es mortal.

Durante esta consulta, los ojos del pobre Albion, atado a una mesa de reconocimiento, saltaban del rostro de un médico a otro. Los oficiales barbudos y atentos inclinados sobre él no le dejaban ver el mundo. Se puso nervioso y empezó a forcejear para liberarse de las correas que lo sujetaban. Wrede Sartorius lo miró a los ojos y sonrió, y apoyó la mano en su pecho. Cabo Albion Simms, dijo, no lo operaremos. Su supervivencia es un milagro. Y es precisamente ese milagro lo que nos invita a examinarlo.

Wrede Sartorius tuvo que reconocer que llevar al hombre en la marcha en lugar de enviarlo a un hospital del Norte no tenía, desde un punto de vista estrictamente médico, la menor justificación. El primer precepto ético de los médicos era no causar

daño. Era evidente que un viaje accidentado por carreteras llenas de baches y en mal estado no era lo más recomendable. Sin embargo, la posibilidad de averiguar algo más sobre el cerebro a través del mal que aquejaba a este soldado era una oportunidad a la que no estaba dispuesto a renunciar. Suponía que ese hombre estaba condenado. Sólo era cuestión de tiempo: una parte cada vez mayor del cerebro respondería a la agresión, y la mente se replegaría igual que la bajamar. Pero sería un proceso. Albion Simms iría deteriorándose mientras él lo estudiaba.

Wrede requisó una ambulancia de suave rodadura para el uso exclusivo de Albion Simms y lo mandó atar para el viaje. Y así fue como partieron de Columbia con el ejército.

Al final de la marcha de cada día, independientemente de las intervenciones quirúrgicas que debía realizar —las escaramuzas con soldados enemigos eran cosa de todos los días—, Wrede encontraba un momento para entrevistar al paciente y tomar nota de las respuestas. Al cabo de unos días, la memoria funcional de Albion ya no incluía el momento de la lesión. Veía colores cuando oía sonidos. No reconocía los números por escrito. A veces se quejaba de dolor y mareos. En medio de todo esto, tenía buen apetito. Aunque no recordaba nada de su vida pasada, un día de pronto se acordó de la letra y la melodía de una canción, que cantó para su médico:

*qué bonito pajarito.
Se mece en su vuelo
pero nunca canta cucú
hasta el cuarto día de julio.*

Cantaba con voz aguda y aflautada, alzando la vista como si viera el pájaro del que cantaba. Wrede empleó la canción como una medida de estabilidad, y a partir de entonces le pidió a Albion Simms que la cantara en cada entrevista. Al cabo de una semana, Albion no se acordaba de la letra ni entendía que la había cantado en su día, y cuando se le preguntó qué significaba el Cuatro de Julio, no contestó. Después, un buen día, volvió a cantar la canción, y al día siguiente de nuevo se le había borrado de la memoria.

Mientras tanto, uno de los colegas de Wrede —no sabía quién ni le importaba— se había puesto en contacto con el director general de Sanidad en la capital, y éste a su vez había teleografiado al cuartel general de Sherman: se presentó un correo con la orden de que el coronel Sartorius debía enviar al cabo Simms al Hospital Federal de Washington en cuanto el ejército llegara a Fayetteville. Eso lo había recibido en el pueblo de Cheraw.

La respuesta de Wrede fue pedir a Stephen Walsh que construyera la caja que ahora sostenía a Simms y la extraña protuberancia que formaba parte integrante de él. De día ya no estarás tumbado, Albion, anunció Wrede. Verás lo que pasa en el mundo a tu alrededor.

Con su habitual desprecio por la mentalidad militar, Sartorius sabía que en cuanto salieran de Fayetteville, el asunto ya no recibiría más atención oficial, sobre todo si, como creía, en los días posteriores se libraban más combates de los que se veían desde hacía tiempo. Pero a esas alturas su distanciamiento emocional de la comunidad médica del Ejército del Oeste era absoluto. De los procedimientos que había inventado, los tratamientos que había recomendado para reemplazar las terapias convencionales, no se había adoptado ninguno. Algunos todavía estaban bajo estudio. Seguirían estándolo mucho después de acabarse la guerra. No aspiraba al reconocimiento personal. No necesitaba ni quería un cargo más alto. Pero se había vuelto intolerante, apasionadamente intolerante, con la mentalidad médica tradicional, que no cambiaba ni avanzaba, sino que contemplaba pasmada los desastres que había causado a los pobres chicos maltrechos y mutilados que estaban bajo responsabilidad de Wrede.

Sartorius era sensible al tema de la esclavitud, de lo contrario no habría aceptado un cargo en el Ejército de la Unión. Pero como europeo, titulado en medicina por la Universidad de Göttingen, desde el principio se había sentido al margen. Si las atrocidades de la guerra tenían alguna compensación, era que sus conocimientos se enriquecían. La plétora de víctimas aceleraba el ritmo de aprendizaje. Por lo visto, era el único que veía esta guerra de secesión americana como un ejercicio práctico.

Aunque Sartorius se consideraba fervientemente humano, tenía conciencia de que la gente no siempre lo veía así. Parecía haber una línea divisoria natural en la manera en que los americanos y él se comportaban en el trato social. Él era un tanto formal, sin duda nada efusivo, por lo que los demás llegaban a la conclusión de que era arrogante. No sonreía con facilidad, por lo que los demás creían que sus atenciones, con esa mirada en los ojos claros, eran como las de un naturalista al contemplar un insecto. Era un hombre seguro de sí mismo y muy sereno que había abandonado una civilización europea de cuyas restricciones no quería saber nada. Había ido a Estados Unidos, como todo el mundo, para ser libre. Pero a los americanos les faltaba algo: tal vez el sentido de la conciencia humana como tragedia. Era ese sentido lo que había regido su deseo de dedicarse a las ciencias desde que iba al colegio. Porque era la ciencia o la desesperación. Pero esa mañana, cuando empezaba a llover, y las gotas salpicaban y chasqueaban sobre el tendal del carromato, mirando a Albion Simms, se preguntó si existiría una equivalencia entre las mentes de ambos, como si algo hubiese sido seccionado también en el cerebro de Sartorius, que ahora lo impulsaba a buscar conocimientos sin preocuparse por las consecuencias.

¿Y qué más había sido seccionado? Últimamente no pensaba tan a menudo en Emily Thompson. Le parecía que los recuerdos de sus conversaciones, su calidad espiritual, la inteligencia honrada, el pundonor de su trabajo al servicio de él, el ligero deje sureño de su voz, su manera de moverse, la sensación al sostenerla entre sus brazos: todo se desdibujaba. Y su ira había disminuido. Gradualmente, suponía, su recuerdo se desvanecería por completo, o al menos ya no sería doloroso.

Me están disparando, dijo Albion Simms. Alarmado, tenía los ojos muy abiertos.

No, Albion, es la lluvia.

¿La lluvia?

Sí, está lloviendo mucho sobre nuestro pequeño techo.

Además, el tendal se agita con el viento. Pero el ruido es tremendo, eso es verdad.

¿Cómo me ha llamado?

Albion. Es tu nombre. ¿Me llamo así?

Sí.

¿Cómo me llamo?

Albion Simms. ¿Es que lo has olvidado?

Sí, lo he olvidado. ¿Qué he olvidado? Ayer sabías cómo te llamabas.

¿Ahora es ayer?

No.

Me he olvidado de ayer. Me duele la cabeza. ¿Qué me duele?

La cabeza. Has dicho que te dolía la cabeza.

Es verdad. Ya no me acuerdo. Digo una palabra y luego ya no la recuerdo. ¿Qué he dicho que no recordaba?

Una palabra.

Sí. Por eso me duele la cabeza. Siempre es ahora. Eso es lo que duele. ¿Quién ha dicho que era yo?

Albion Simms.

No, ya no me acuerdo. Ya no hay recuerdos. Siempre es ahora.

¿Estás llorando?

Sí, porque siempre es ahora. ¿Qué acabo de decir?

Siempre es ahora.

Sí.

Albion, con lágrimas en los ojos, se cogió a la barra y asintió. Después se mecía hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Siempre es ahora, dijo. Siempre es ahora.

Pobre hombre, siempre es ahora para todos nosotros, pensó Wrede. Sólo que para ti, lo es un poco más.

Fuera pareció que la lluvia arreciaba. Pero entonces se dio cuenta de que era la caballería, que pasaba a medio galope.

Kilpatrick, cabalgando con sus hombres por la carretera de Aversboro, cruzó el río Cape Fear y atrajo el fuego enemigo. Estaba listo para la batalla. En los últimos tiempos se había convertido en un hombre iracundo. Sus subalternos estaban ya acostumbrados a su gusto por el combate, pero ésta era una rabia más sombría, más fulminante, y algunos presentían que podía volverse fácilmente contra ellos. Parecía que el viento y la lluvia lo hacían girar una y otra vez mientras profería sus órdenes a gritos. Parecía que las órdenes flotaban en el viento.

Una unidad de sondeo se puso en marcha para que se revelasen las posiciones de la resistencia. Los hombres desmontaron y, desplegándose en una amplia zona, atravesaron con dificultad los campos a ambos lados de la carretera. El suelo era traicionero, blando y arenoso. Los disparos procedían del bosque. El teniente Oakey, en la compañía de avanzada, se echó al suelo y enfocó sus binoculares. Vio unas defensas de troncos y arena bien construidas. Por las descargas coordinadas de los ruidosos Enfields, supo que aquello no era un simple destacamento de caballería.

Los hombres avanzaron a la carrera, agachados contra el viento, entorpecidos por el terreno pantanoso que atrapaba y succionaba sus zapatos. Una lluvia fría les azotaba el rostro. Para Oakey, los fogonazos del enemigo eran como bengalas que alumbraban el camino. En ese momento estaban todos tendidos boca abajo y disparaban a bulto hacia el bosque. Poco después acometió a discreción la artillería enemiga, con los proyectiles de doce libras que emitían un silbido.

Oakey se agarró la cabeza y se apretó contra el barro. De detrás llegaban los alaridos de los hombres en medio de las explosiones. Un coronel que galopaba a lo largo de la línea lanzó un grito cuando su caballo dobló las rodillas y se vino abajo. Abandonó la silla de montar justo a tiempo, ya que el caballo había caído en unas arenas movedizas. Impotente, miró al animal que, pese a sus forcejeos, se hundía lentamente, con los ojos muy abiertos a causa del miedo y el testuz trémulo como las orejas de un conejo. Y al engullirlo por completo aquella masa inmunda, desapareció con un repentino y espantoso sonido líquido.

Cuando, al cabo de veinte minutos, llegó la orden de replegarse, los hombres tuvieron que salvar a trompicones el terraplén construido a toda prisa por orden de Kilpatrick. Ahora se trataba de defender una posición, un reconocimiento formal de la magnitud de las fuerzas enemigas. La caballería se retiró a un terreno más ventajoso, donde recibió orden de atrincherarse, y pronto centenares de hombres abrían zanjas, reforzando los terraplenes con leños y broza. Fue un esfuerzo febril, ya que pronto gran número de elementos enemigos abandonaron sus posiciones y avanzaron. El fuego cruzado fue infernal. Estimuladas por la desesperación, las fuerzas de Kilpatrick resistieron. Los rebeldes retrocedieron, se apostaron piquetes, y continuaron las escaramuzas.

Kilpatrick había enviado correos a los generales Sherman y Slocum. Suponía que se había topado con una división, o posiblemente dos, de infantería rebelde. Serían las fuerzas de Hardee. Kilpatrick pidió dos divisiones de infantería, si no tres, con que reforzar sus líneas y proporcionarle recursos para llevar a cabo una maniobra de flanqueo. Quería asimismo artillería pesada, piezas de mayor alcance que las del enemigo.

Después del último ataque rebelde antes de oscurecer, la caballería asediada se salvó gracias a la llegada de una brigada de infantería del Cuerpo Vigésimo de Slocum. Al caer la noche, cesó el fuego. Los dos bandos se replegaron y acamparon en pésimas condiciones aquella noche fría y lluviosa de marzo. La Unión no encendió

hogueras. Los hombres comieron sus galletas, maldijeron a los rebeldes, el mal tiempo y la guerra, y arrebuados en sus mantas mojadas, se taparon la cara con los sombreros para que no les entrara la lluvia en la boca mientras intentaban dormir. Se enviaron partidas en busca de los muertos y heridos, y los carromatos médicos se acercaron a dos o tres kilómetros de las líneas y se instalaron hospitales de campaña en casas de labranza requisadas con ese propósito.

Al día siguiente, antes del amanecer, los rebeldes salieron de sus líneas y enviaron oleadas de fusileros al ataque, y todo lo sucedido el día anterior, en comparación, pareció una incursión sin trascendencia. Al salir el sol, débil y gris visto desde el neblinoso cenagal, la brigada de infantería de Slocum se preparó para el asalto y pronto se dio cuenta de que corría peligro de sucumbir. Los rebeldes expresaban su furia con gritos. Se envió otra división, se reforzaron los flancos, y la tropa resistió. La batalla se estabilizó, con un tiroteo continuo, y luego la artillería de la Unión, con sus cuatrocientos metros de alcance, empezó a cañonear las líneas rebeldes y la iniciativa pasó al bando de la Unión. Sherman, lejos de la batalla, sentado en su tienda en un pinar donde de vez en cuando caían trozos sueltos de metralla y botes, analizaba sus opciones tácticas mientras su Estado Mayor permanecía a la espera para transmitir sus órdenes. Parecía extrañamente desvinculado de los acontecimientos, y suponía casi con displicencia que toda la línea de la Unión debía avanzar en una maniobra de flanqueo por la derecha que correspondería a las brigadas de infantería de Slocum. El coronel Teack enseguida supo traducir esta idea en una orden perentoria, y un correo se alejó al galope entre los árboles.

El soldado Bobby Brasil, que había cumplido una breve pena en la cárcel militar de Columbia, se enteró al salir en libertad de que el 102 de Nueva York había seguido avanzando sin él. Le había parecido una falta de consideración, dado que él era el principal representante de los altos principios del regimiento en materia de borracheras y juergas, y sus logros recibían el reconocimiento incluso del otro papista en las filas, el sobrio Stephen Walsh, tan imbuido del sentido del decoro jesuítico. El traslado de Brasil a un regimiento de Dutchess County, Nueva York, integrado por campesinos de escasas luces, le pareció especialmente inadecuado en esos momentos, mientras estaba tumbado entre ellos en el barro pantanoso de Averagesboro, a la espera de la orden de ataque que, confiaba, lo enviase al cielo, donde Dios tendría un par de cosas que decirle antes de producirse otro traslado, éste para toda la eternidad.

Y entonces se oyó la voz de mando, y el disparo de pistola, y enseguida se puso en pie y echó a correr, vociferando como los demás, saltando por encima de los cuerpos y atento por si veía esos charcos amarillos de arena capaces de tragárselo como el exquisito bocado que era. ¿Acaso no le había dicho aquella hermosa damisela irlandesa de Columbia que, de tan delicioso, estaba como para comérselo? ¿Y a qué sabría?, había preguntado él. A un pastelito de nueces, había contestado ella,

con centro de nata.

Si conseguía llegar, que Dios lo ayudara; las balas rebeldes eran ya lo de menos, tenía el pecho a punto de estallar de tanto correr, aspiraba el aire con grandes bocanadas y creciente resuello, notaba la lluvia en la boca, y de pronto, loado fuera Dios, salió volando por los aires cuando delante cayó muerto un chico y tropezó con él, dio una voltereta por encima de él y aterrizó en el barro, sin aliento, mientras la lluvia le azotaba la cara y él se quedaba mirando la oscuridad del día. Sintió el barro que se le filtraba por la espalda y le subía por la pernera del pantalón y le bajaba por el cuello, sintió que se deslizaba por detrás de las orejas, como un ser vivo, rastrero. Se habría quedado tumbado así y habría recobrado el aliento de no ser por el barro y las botas que pisaban junto a su cabeza, ungiéndolo de salpicaduras y pegotes. ¡Cielo santo, mira que morir aplastado por los pisotones de esos estúpidos de Dutchess County! Y tambaleándose se levantó, se encaminó en la dirección debida gracias a los empujones de los hombres que pasaban corriendo por su lado, y delante estaba el terraplén, pero ellos se encontraban ya detrás, lo habían rebasado, y de pronto él estaba al mando, persiguiendo a los rebeldes que huían, algunos se arrodillaban con las manos en alto, y él les pinchaba un poco con la bayoneta como un auténtico asesino impasible, sólo que sin querer hundió la bayoneta en uno de ellos: lo notó blando, sin hueso. Más tarde se acordaría de la expresión en el rostro del muchacho, pero de momento empujó al pobre infeliz con el pie para desprender la hoja y siguió corriendo, en pos de los artilleros rebeldes que habían abandonado sus armas y escapaban hacia el bosque, apareciendo y desapareciendo y volviendo a aparecer entre los árboles mientras él los seguía a todo correr, como un heraldo de la muerte vociferante, con el fusil mojado e inservible para disparar, y poco después, sin saber cómo, se le hincó la bayoneta en un pino blando, y cuando intentaba arrancarla con el olor a resina llenándole de pronto la nariz, se oyeron estridentes vítores y se habían hecho con el parapeto.

Pero después hubo una segunda línea, y más combates cuando los rebeldes se reagruparon, y cuando el día oscureció y se tomó la segunda trinchera, retrocedieron a una tercera línea, esta vez con la berma sólidamente asentada con troncos y extendiéndose a todo lo largo de la pequeña carretera peninsular hasta Averasboro, con el Cape Fear a un lado y el Black Creek al otro. De modo que era imposible atravesar la posición, con los flancos rebeldes protegidos por el agua y las patrullas de la caballería de Hampton.

Esta gente está dando de sí un poco más de lo que yo creía posible, dijo Sherman esa noche. Había estudiado los mapas y, junto con el general Slocum y el humillado Kilpatrick, analizado cuanta información había llegado y determinado que se enfrentaban a una fuerza de unos diez mil soldados de Hardee. Sherman se preguntó si en lugar de responder al amago hacia Raleigh —pues eso era lo que el ala de Slocum había dado a entender en la carretera a Averasboro—, Hardee simplemente

estaba reteniendo el ala hasta que el general Joe Johnston llegara con el grueso de su ejército. Si Johnston viene de Raleigh, es que sabe que en realidad voy a Goldsboro. Son esos periódicos del demonio, murmuró Sherman. Joe Johnston los lee, todo el mundo los lee, y a cada paso que doy, cada vez que meo junto a un árbol, la noticia da la vuelta al mundo.

El coronel Teack advirtió que su general, que había subestimado la resistencia en Averasboro, estaba preocupado.

Al atardecer, Sherman y su Estado Mayor se acercaron al frente. Por fin había parado de llover, y en el aire húmedo y cada vez más fresco oyeron los gritos de los heridos en los campos. Los camilleros los sacaban de la oscuridad, y las ambulancias los distribuían por las granjas requisadas para los dispensarios. También llevaban a soldados rebeldes, y Sherman se fijó en los jóvenes que eran y lo mal vestidos que iban, muchos sin zapatos y con uniformes improvisados. Recorrió las granjas y pronunció palabras de consuelo para los hombres que esperaban a que los atendieran, y prometió escribir a casa a los muchachos que sabían que estaban a las puertas de la muerte. Teack anotó los nombres. Era muy triste, y Sherman volvió al campamento con actitud circunspecta. En las acciones de ese día se habían producido casi ochenta bajas mortales y cuatrocientos setenta y siete heridos. Aún quedaba por tomar la tercera línea de los rebeldes. Eso requería un ataque frontal, lo que causaría más bajas. En ese momento se estremeció por la duda. Pero enseguida recobró el aplomo: Vamos, Tío Billy, ¿cómo sería la guerra sin sus altibajos? Sin duda Joe Johnston no cometerá el error de atacarte aquí, con el río Neuse a sus espaldas. Por la pinta de esos muchachos suyos que has visto esta noche, su estandarte de batalla se ha confeccionado con los trapos del Sur. Sigue avanzando hacia Goldsboro, y si aparece, lo aplastaremos.

Sin embargo, Sherman no pudo conciliar el sueño. Salió de su tienda de campaña y, de pie en un montículo, contempló la carretera de Averasboro, donde resplandecían las hogueras rebeldes entre los árboles.

Pero los secesionistas habían encendido fuego y se habían ido furtivamente, y sólo a la mañana siguiente, cuando se ordenaron las primeras escaramuzas y las brigadas encontraron los parapetos abandonados, el general se permitió un asomo de sonrisa.

Mattie, ahora con el pelo largo y suelto, dejó de atender a los hombres que esperaban atención médica en sus camastros frente al granero y se alejó en la noche fría y húmeda para mirar a los muertos. En esta granja los habían colocado en la era delante de la casa, y los hombres les cavaban una tumba al otro lado de la carretera. Pearl ya no acompañaba a la madrastra cuando realizaba este ritual; era algo que con el tiempo ya todos esperaban: cada vez que surgía la ocasión, Mattie Jameson se paseaba entre los cadáveres a punto de ser enterrados y se detenía a mirarlos uno por uno para ver si había allí un hijo suyo. Y resultaba que no, y ella lloraba igual y se

mordía la mano y cabeceaba, quizá porque sus madres no estaban allí para llorar por ellos.

Pearl no pensaba que Mattie llegase a ver a ninguno de los hermanos muertos, porque era una guerra muy grande y, si de verdad los mataban, las posibilidades de que ella los encontrase eran mínimas. A Pearl le traía sin cuidado si los hermanos caían o no, pero no quería que la madrastra los viera porque era una pobre mujer abatida, con la mollera ya trastocada. Y ahora que el niño, David, viajaba con ellos, Pearl se daba cuenta de cómo podía fluir el amor de una madre a partir del momento en que un pequeño la necesitaba.

Para Pearl el hermano primero y el hermano segundo eran detestables, crueles con los esclavos sin razón alguna; John Hijo era un matón y el pequeño, Jamie, su acólito y un quejica, y ella sabía que espiaban a las mujeres cuando se bañaban en el arroyo y que hacían otras maldades, como robar en la cocina y echar la culpa a los negros. Y una vez que su padre había azotado a uno de los esclavos campesinos —era Ernest Hawkins, el hombre más fuerte y más orgulloso—, tras los azotes, cuando Ernest estaba tirado en el suelo con las manos atadas a la cerca y la espalda llena de cortes, fueron los chicos quienes se acercaron corriendo con la sal para frotársela. Eran odiados en toda la plantación. Hasta Roscoe, siempre tan amable y paciente, incapaz de pronunciar una mala palabra, hasta él se alejó murmurando que algún día se tomaría la justicia por su mano. Pearl había mantenido a los hermanos a raya sin grandes problemas, pero ahora se acordaba de que se le había pasado por la cabeza la idea de que, cuando se hiciera mayor y ellos también, no sabía qué haría, sobre todo si su padre se moría y los hermanos se convertían en dueños suyos. Había llorado al pensarlo, y Roscoe le había dicho: Señorita Pearl, descuide, si eso llegara a suceder, Roscoe los mataría antes de que levantaran una mano, y moriría feliz porque tendría la seguridad de que iría al cielo.

Y ahora, además, ya había bastante trajín, con tres médicos en el granero, y Pearl no sabía ni por dónde empezar. Stephen y ella rastrillaban el heno ensangrentado hacia los rincones y deshacían balas nuevas para esparcirlas en torno a las mesas de operaciones. Había tal griterío, tales gemidos... En un momento dado la llamó un enfermero y le indicó que sostuviera la toalla con cloroformo sobre la cara del soldado; nunca le habían confiado esa tarea. Cada pocos minutos, cuando podía, corría a la puerta del granero para echar un vistazo a la casa donde había dejado a David al cuidado de los blancos que allí vivían, porque él había encontrado una ventana por donde mirar lo que no debía ver y probablemente nunca olvidaría ni aunque viviera ciento diez años. Porque las ambulancias seguían trayéndolos, y había soldados heridos por todas partes: unos estaban tirados por el suelo, otros sentados con la espalda apoyada contra los árboles, algunos rezaban y otros simplemente permanecían inmóviles, sin hablar, concentrados en conservar la vida. Y para colmo el niño tenía que ver los desechos que sacaban por la puerta y arrojaban al gran hoyo. También de eso se ocupaba ella. Una vez el hombre que había sufrido la amputación

era enorme y le habían cortado la pierna a ras de cadera, y como el miembro pesaba tanto, Pearl no pudo cargar con él, y Stephen tuvo que sujetarlo por una punta mientras ella, por el otro extremo, cogía el gran pie descalzo todavía caliente.

Pero de pronto Pearl y todos los demás oyeron que el fino hilo de un aullido se desovillaba en la noche, un grito que interrumpió el coro de lamentos de los heridos, el ajeteo de los enfermeros, las órdenes bruscas de los médicos: todos enmudecieron por deferencia a un gemido tan fino y atroz que resonó en cada pecho como la desesperación de la guerra en que vivían. Ninguna salva de mosquetes, ningún cañón atronador, podía estremecer el corazón militar como ese sonido. Incluso Wrede Sartorius alzó un momento la vista, apartándola de su sangrienta labor, y cuando volvió a bajarla, su propia ciencia se le antojó vana ante la monumentalidad del desastre humano.

Pearl supo quién era, claro, y cuando salió corriendo y rodeó la casa hasta llegar a la parte delantera, encontró a la madrastra de rodillas ante un cadáver que yacía plácidamente en la hierba, salvo por el hecho de que le habían volado la cara. No tenía mandíbula, se le había quemado el pelo, y una capa de sangre negra y seca cubría lo poco que quedaba. Los gritos de Mattie vacilaban y cobraban intensidad, bajaban y subían, no parecían sonidos de una garganta humana. Y entonces empezó a mesarse el cabello. Pearl se arrodilló y, abrazándola, dijo: Ése no es su niño, madrastra, apenas se ve quién es por eso tan horrible que le ha pasado en la cara. Venga, vámonos de aquí.

Dos sepultureros habían cruzado la carretera para ver qué sucedía y menearon la cabeza. Daba igual que el chico muerto fuera un rebelde: para los soldados jóvenes, no había nada peor en la guerra que el dolor de las madres.

En ese momento Pearl vio lo que no había visto. Mattie conocía a su hijo, y para demostrarlo había desabrochado la guerrera ensangrentada y había dejado el pecho blanco al descubierto, y allí, justo debajo de la clavícula derecha, estaba la mancha de nacimiento, semejante a una moneda de cobre, atributo de John Hijo a quien ella había amado desde el día en que nació.

Pearl puso manos a la obra y, con buenas palabras, pidió a los soldados que colocaran el cadáver en una de las carretillas de dos ruedas empleadas a modo de parihuelas. Lo llevaron al otro lado de la carretera y formaron una pared de tierra en un extremo de la fosa común para que pareciera una tumba aislada, y mientras Pearl sujetaba a Mattie Jameson y le tapaba la cara, los hombres tendieron el cadáver y lo cubrieron de tierra y, tras quitarse todos el sombrero, el sargento al mando de la cuadrilla pronunció ante ellos unas palabras tal como él sabía hacer.

Gracias, les dijo Pearl, y llevó a la madrastra al carromato y la durmió con una dosis de tintura de láudano que Stephen había cogido, con permiso del coronel Sartorius, del botiquín.

Todavía quedaba trabajo por hacer, y pasaron varias horas antes de que Stephen y

Pearl tuvieran ocasión de hablar. En la era, todavía vivamente iluminada con antorchas y quinqués, no había ya movimiento. El Departamento Médico había organizado un convoy para que los heridos más graves partieran con el ala de Slocum por la mañana. Los numerosos rebeldes heridos se quedarían allí, con algunos de sus oficiales capturados a cargo de ellos y una provisión de raciones para que se las arreglaran hasta que los oficiales encontraran una manera de procurarles alimento.

Stephen, dijo Pearl, esos dos chicos: nunca se veía a uno sin el otro.

¿Qué dos chicos?

Los hermanos primero y segundo. Los verdaderos hijos de la madrastra. John Hijo era el mayor. Y luego ese mequetrefe que le iba detrás... estoy segura de que anda por aquí, ese Jamie.

¿Y eso por qué?

Porque si servían juntos y John Hijo está muerto, ¿dónde está Jamie? A lo mejor lo han hecho prisionero. ¿Es ella quien te preocupa?

Me temo que la madrastra no querrá seguir viviendo. Me has dicho que nunca hizo nada por sus esclavos.

Así es. Le traía sin cuidado, no lo detuvo, a mi padre, cuando separaba familias vendiendo a unos o a otros, no lo detuvo cuando azotaba a alguien. No era mala como él, que no hacía más que gritar y vociferar, sólo que no pensaba en nada. Era un ser débil. Le gustaba tocar el piano y que el mundo siguiera su curso.

Pues ahora lo está pagando.

Stephen Walsh, ¿me ayudarás a encontrar el lugar donde tienen a los hombres capturados?

Stephen meneó la cabeza. Ay, Dios mío. ¿Y qué harás si lo encuentras?

No lo sé.

¿No estás cansada? Yo estoy cansado. Vamos a buscar un sitio para acostarnos. Y hablamos por la mañana.

Se dirigieron a la casa cogidos de la mano. Pearl miró hacia atrás al otro lado de la carretera. Eso de que durante toda la marcha ella haya importunado a los muertos buscando a su hijo y que ahora lo haya encontrado parece cosa de brujería, dijo Pearl.

Pearl lo despertó antes del amanecer y partieron por la carretera mojada, montados a pelo en una de las mulas de tiro. Ella se sujetaba a Stephen por la cintura. Sólo los pájaros estaban despiertos, cantando en las ciénagas y dejando atrás sus sombras al cruzar la carretera tan velozmente que ni siquiera se veía de qué color eran. Pearl conocía los trinos de Georgia, pero éstos los ignoraba. No eran trinos puramente melodiosos, sino más suaves, como gorjeos, como si los pájaros supieran de sobra lo temible que era aquella guerra.

La columna se extendía hasta el infinito, o esa impresión daba, con la caravana de carromatos en la carretera y los regimientos acampados en los pinares a un lado y a otro. Y los piquetes en los flancos, alguna que otra hoguera.

Stephen sentía los brazos de Pearl alrededor de su cintura como prueba de su confianza en él. Sentía sus pechos contra él y los latidos de su corazón. ¿O era el suyo propio? Podían pasar horas en las que aceptaba este estado de intimidad sin pensar en ello, viviéndolo sin más, como si Pearl lo hubiera llevado hasta allí de la mano. Lo había asumido de una manera tan natural que lo peor que podía hacer, bien lo sabía, era expresarle sus sentimientos: la alarmaría, la asustaría. No tenía que hablar de ello para asegurarse de que existía y ella lo sabía. Ella lo sabía siempre y cuando no se mencionara.

Tras renunciar a su tendencia a la reflexión melancólica, era otro hombre. Nunca se había abierto tanto a su vida, viviéndola sin cuestionar nada, viviéndola sin más, aunque arrastrado por esa guerra nómada, con su extraña banalización de la muerte. Tenía la nueva y firme convicción de que sobreviviría y de que Pearl Jameson y él saldrían adelante. Era extraordinario que esta muchacha se hubiera convertido en el principio organizador de su vida. Sin embargo, sólo se hacían compañía. Sonrió. Cuando otra persona ocupaba el centro de la existencia de uno, uno en realidad se acomodaba a los deseos de esa persona al margen de su propio parecer.

Mientras la mula avanzaba, y la oscuridad empezaba a atenuarse y les llegaban los sonidos entre los árboles de los primeros movimientos de animales y hombres, los propios pinos, al empezar a distinguirse, parecían arrebatar la oscuridad a la noche e imbuirse de ella. Y después, cuando el sol rozaba ya las copas de los árboles, la mula dobló un recodo y Stephen señaló un campo abierto. El campamento de los prisioneros rebeldes era inconfundible. Estos soldados no tenían cañoneras ni armas apiladas, y estaban tumbados en el suelo o sentados con los brazos alrededor de las rodillas; Stephen nunca había visto a un grupo de hombres tan abatidos. De hecho, en realidad no eran hombres: con sus harapos y uniformes improvisados, muchos no eran más que niños. Se sintió viejo al mirarlos. El escaso número de piquetes dispuestos en el perímetro daba fe de que era poco probable que estos tristes huéspedes intentaran escapar.

Stephen y Pearl desmontaron de la mula, la ataron a la lanza de un carromato y, sin ceremonias ni ver la necesidad de dar explicaciones, se acercaron al campamento y caminaron entre los prisioneros. Los guardias los observaron despreocupadamente, bostezando o saludándolos con la cabeza. Si había un oficial al mando, dormía en la tienda impermeable delante de un pequeño pinar al otro extremo del campo.

La juventud de muchos de los prisioneros indujo a Pearl a pensar que podía ir bien encaminada. Cuando los interrogaron, los chicos hablaron del general Hardee, que había librado escaramuzas contra las tropas de Sherman desde que estaban en Georgia. Eran todos indefectiblemente corteses y contestaban a las preguntas de Pearl con un sí señorita, no señorita. Pobres chicos, qué asustados están, dijo Pearl a Stephen en voz baja, tienen miedo hasta de su sombra. Menudo escarmiento les espera cuando en los próximos años los negros que trabajen sus tierras cobren jornales o ellos mismos tengan como vecinos a granjeros negros.

Y como era de esperar, encontró al chico, a Jamie, el hermano segundo. Estaba solo, acurrucado y cruzado de brazos, y tiritaba a pesar de hallarse sentado al sol matutino, y el sol en la cara mostraba sus mejillas descarnadas y hundidas y la piel surcada de costras y la mugre bajo la nariz, y una mirada mortecina en los ojos ribeteados y aquel pelo, que Pearl nunca le había visto tan largo, ni tan sucio, ya no rubio, y embarrado. Hermano segundo, dijo Pearl. Estás hecho una pena. No puedo ni mirarte.

Él alzó la vista hacia ella sin reconocerla.

Tú te vienes con nosotros. Vamos, levántate.

No fue fácil hacérselo comprender. Stephen lo puso en pie de un tirón, y mientras los demás prisioneros los miraban con indiferencia, sujetó al chico del brazo y lo llevó hacia la carretera. Pero en ese momento los detuvo un guardia y les dijo que esperaran, y desde el otro extremo del campo, un oficial a caballo se abrió paso entre los prisioneros. Se acercó, detuvo el caballo y exigió saber qué ocurría.

Stephen Walsh lo saludó. Reparó en que el oficial, un teniente, no llevaba sombrero y tenía la guerrera medio desabrochada, con los tirantes colgándole por debajo. No era una tarea muy solicitada, la de vigilar a los prisioneros. Señor, dijo Stephen, hemos recibido órdenes del coronel Sartorius del Departamento Médico de llevarnos a los prisioneros enfermos de su campamento.

El oficial se fijó en la insignia en la solapa de Stephen, el caduceo del Departamento, y miró a Pearl de arriba abajo. Pearl llevaba su capa de enfermera del ejército, que le había dado Emily Thompson, y una gorra de soldado con la que pretendía conferir mayor autenticidad a su servicio en el ejército. ¿Por qué el coronel ha dado esa orden?

Este hombre está enfermo, dijo Pearl. ¿No le ve los ojos, no le ve la piel? Tiene una enfermedad contagiosa. Una enfermedad ¿qué?

Yo no estoy enfermo, dijo Jamie Jameson.

Señor, se apresuró a decir Stephen, este hombre tiene una erisipela infecciosa que puede causar la muerte. A estos pacientes hay que aislarlos para que no contagien la fiebre a todos alrededor. Se han dado casos en que ha devastado a regimientos enteros.

¿Y a mí qué me importa si estos rebeldes cogen esa enfermedad?, preguntó el oficial. Tanto mejor.

Señor, no se detiene ante los uniformes azules.

El oficial dio un respingo y dirigió una mirada de preocupación al prisionero.

Tampoco ante los oficiales, añadió Pearl.

Yo no estoy enfermo, dijo Jamie Jameson.

El oficial lo miró con desprecio. Sacadlo de aquí, dijo, como si la orden procediera de él en lugar del Departamento Médico.

Si se le hubiera ocurrido pedir una orden por escrito, habríamos estado perdidos.

Vaya labia la tuya, Stephen Walsh, dijo Pearl. Lo abrazó.

Yo no estoy enfermo, gritó Jamie Jameson. Lo llevaban a pie detrás de la mula, maniatado, mientras Stephen sostenía el otro extremo de la cuerda, enrollado en la mano.

Pearl se volvió para mirarlo. Cállate, hermano estúpido, dijo. No sabes distinguir lo bueno de lo malo.

Para entonces, Jamie ya había reconocido a Pearl. No necesito que una negra me diga nada.

No se molestaron en prepararlo en lo más mínimo, pero cuando volvieron a los dispensarios localizaron a Mattie, que estaba en la casa, y desataron al chico y lo mandaron allí para el encuentro. Es algo que no quiero ni ver ni oír, dijo Pearl.

Todos se preparaban para la marcha. Los clarines daban la orden por los bosques y los campos. Sartorius, al salir de la granja, miró el cielo y se calzó los guantes. De la carretera llegaban los gritos de los cocheros, y los chirridos y el estruendo de los carromatos. Las ambulancias del regimiento, una por una, salían de la era para unirse a la procesión. Pearl había metido las pocas pertenencias de Mattie Jameson en un saco y entrado corriendo en la casa, donde los encontró, a ella y su hijo, sentados muy juntos en un sofá, Mattie llorando y cogiéndolo de la mano y mirándolo, y Jamie Jameson visiblemente incómodo.

Pearl se llevó aparte al chico. Cuando nos hayamos ido, no dejes que te vean los prisioneros de la marcha. Los rebeldes heridos que hay en el granero de aquí atrás están libres, y se quedan al cuidado de vuestros oficiales, incluso tendrán un poco de comida. Tu madre y tú debéis quedaros con ellos, y ya encontraréis la manera de volver a Georgia.

¿Y eso cómo lo haremos?

Id a Columbia. Tu madre conoce a la señorita Emily Thompson, que os ayudará.

Pearl sacó el pañuelo anudado del bolsillo de su falda, lo desató y dio al chico una de sus preciadas águilas de oro. Él la miró en su mano. Éstos son veinte dólares federales.

Exacto, hermano segundo. Con eso podréis manteneros durante un tiempo. Y tendrás toda la vida por delante para acordarte de que fui yo, Pearl, quien te procuró la libertad para volver a casa.

El chico dio vueltas a la moneda. Eso que te he dado es una moneda de mi Roscoe tras toda una vida de trabajo de negro, dijo Pearl. Y hagas lo que hagas, nunca bastará para devolvérselo. Sólo quiero que lo sepas.

Pearl se volvió hacia Mattie y le cogió la mano. Adiós, madrastra. Gracias por las clases de lectura. Su hijo la llevará a su casa en Fieldstone. A lo mejor sigue en pie alguna de las viviendas de los esclavos y pueden instalarse allí.

De camino a la puerta, Pearl dijo al hermano segundo: Tu madre no siempre está bien de la cabeza. Cuídala, ¿me oyes? O volveré y me ocuparé de ti.

Y salió corriendo por la puerta.

V

A primera hora del domingo por la mañana, Hugh Pryce, cabalgando con la división del general Carlin al frente del ala izquierda de Slocum, supo que algo iba mal. Era esa clase de día primaveral vigorizante en que las energías del renacer parecen llenas de malos presagios y la propia sangre de uno corre nerviosamente por las venas. El cielo azul brillaba y se estremecía y todo en la tierra visible tenía un color sobrenatural: los bosques y el llano, las piedras y la hierba, e incluso el barro en la carretera, todo en la magnífica autodefinición de un mundo que Pryce sentía que estaba a punto de estallar. Por supuesto, tenía pruebas concretas de su premonición. La noche anterior habían llegado noticias de un gran movimiento de tropas rebeldes en los alrededores. Aunque los generales Sherman y Slocum les habían restado importancia —Sherman hasta el punto de partir a reunirse con el ala del general Howard a unos veinte kilómetros al este—, la orden de marcha del general de brigada Carlin auguraba una batalla. Y el propio Carlin miraba al frente con preocupación incluso mientras partían los primeros grupos hacia la caballería rebelde para organizar escaramuzas y comprobar así su posición.

Las brigadas de avanzadilla se acercaban a la encrucijada de las dos carreteras, la que conducía a Cox's Bridge y Goldsboro, al este, y la que se desviaba hacia Bentonville. En la horquilla se extendía una plantación que los oficiales conocían con el nombre de Cole. Un par de kilómetros más allá, al noreste, había un espeso pinar. Quienquiera que fuera Cole, sus campos, sus ciénagas y sus bosques estaban a punto de ser disputados, no por su valor, ni para apropiarse de ellos, sino simplemente porque dos ejércitos se encontrarían allí. Una descarga de artillería procedente del flanco derecho de Carlin detuvo a sus avanzadillas, y se anunció el día.

Sólo cuando las tropas se habían desplegado y habían construido sus terraplenes precipitadamente —con la división de Carlin reforzada por los hombres del general de brigada Morgan—, los comandantes de la Unión empezaron a sospechar la verdadera magnitud de las fuerzas confederadas. El general Slocum había acudido a inspeccionar la posición y dio orden de avanzar. Las tropas de Carlin y Morgan salieron de sus trincheras, cargaron, y las recibió el virulento fuego de la infantería, no sólo procedente de su flanco sino también de una larga línea que se extendía hasta el pinar, que parecía iluminarse con los fogonazos de los mosquetes. Los federales se replegaron. Pryce se quedó con los dos generales, que observaban mientras un ayuda de campo dibujaba en un mapa extendido en el suelo los contornos de la posición rebelde deducida a partir de los informes de los oficiales superiores. La línea trazada sugirió a Pryce la forma de la Osa Mayor. O de una sartén. Y ellos estaban dentro. Pryce tomaba nota en silencio a su lado, seguro al menos de que en semejantes

momentos de crisis, pese a su estatura, se había vuelto casi invisible para los oficiales. Slocum, cuyo bigote y pelo cortado al uno enmarcaban un rostro de barbilla hundida y aspecto de oficinista, dio orden de poner en acción la dotación entera de los dos cuerpos que constituían su ala. Luego hizo señas a uno de los oficiales de su Estado Mayor y se alejó con él, hablando en voz baja con la mano apoyada en el hombro del joven oficial. Pryce se quedó mirando mientras el oficial, un teniente, asentía, saludaba y montaba en el caballo de un salto. Poco después desapareció dando un gran rodeo, por detrás y alrededor de las líneas rebeldes. Pryce lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista, pero la dirección estaba clara: iba hacia el este, seguramente a Cox's Bridge y Goldsboro, adonde el general Sherman había ido a reunirse con la otra ala de su ejército.

A primera hora de la tarde, la noticia había corrido varios kilómetros hasta llegar a la caravana hundida en el barro en la carretera, y Sartorius, tras elegir sólo a su ayudante, a un enfermero y a Stephen Walsh para que lo acompañaran, se adelantó para instalar un dispensario en una tienda en el campo de batalla. Varios médicos del regimiento recibieron la misma orden. Sartorius y los demás fueron a caballo. Stephen llevó el carromato de cuatro ruedas con el material médico. La ida fue difícil porque gran parte del recorrido tuvo que hacerse campo a través. Stephen oía el tintineo de los frascos de medicamentos en los estantes. La mula bregaba, las ruedas se atascaban y luego rodaban por encima de las piedras, o se inclinaban peligrosamente en los surcos de barro, y Stephen saltaba en el pescante mientras avanzaba a toda velocidad. En ese momento los sonidos de una escaramuza eran intensos y precisos. Oyó gritos, detonaciones de fusiles y, siguiendo al coronel hasta la pendiente a la vista de la casa de la plantación, se encontró, una vez más, en zona de combate.

Montaron el dispensario de campaña junto a un roble a unos doscientos metros y por detrás de un terraplén de troncos y broza que los soldados aún no habían acabado de construir. En cuanto se iniciara la batalla y trajeran a los heridos para atenderlos, llegarían, teóricamente, las ambulancias de la brigada para llevárselos después. El enfermero y el ayudante montaron la mesa de operaciones sobre unos caballetes, y Stephen se subió a la rama más baja del roble para sujetar las esquinas de la tienda en lugar de usar estacas. A continuación, aprovechó para trepar un poco más alto y ver la vista desde allí. Había otra línea de la Unión a la derecha, desplegada tras un parapeto improvisado que cruzaba la carretera. Las posiciones le parecieron poco sólidas, inconsistentes y desvinculadas. No había artillería. Se preguntó dónde estaban los rebeldes, por qué no acometían contra unas fuerzas de la Unión a todas luces poco preparadas.

Los disparos se apagaron y, en el silencio, al cabo de un momento, oyó el canto de un pájaro.

A media tarde los oficiales en las fortificaciones vieron que sus avanzadillas se detenían, y luego se daban la vuelta, echaban a correr y trepaban por la trinchera, gritando y cayendo unos encima de otros. Ya vienen, muchachos, dijo un sargento. Bobby Brasil apoyó el fusil en la tronera. Miró por la abertura. Efectivamente, ya venían y, habida cuenta de sus intenciones, resultaba una visión de extraña belleza, pero sus filas estaban en perfecto orden, con los oficiales a caballo blandiendo los sables y los portaestandartes con las banderas de batalla flameando al viento y ellos entonando su grito de guerra, capaz por sí solo de ponerle a Brasil los pelos de punta. ¿De dónde han sacado a tantos? ¡Esto es todo un ejército!, masculló Brasil. ¡Fuego!, ordenó el sargento a pleno pulmón, y eso hizo Brasil, y eso hicieron todos, de modo que la conmoción lo ensordeció. En medio del fuego y el humo, veía caer a los hombres, pero la carga no vaciló, siguió adelante, y entonces de reojo Brasil vio que también avanzaban por el flanco, como un único estandarte ondeante de fuego y chispas, las balas acribillando la madera, levantando la corteza, cuando de pronto se irguió ante él un oficial rebelde a lomos de un caballo encabritado, y el oficial lo revolvió e hizo señas a sus hombres para que avanzaran, dando la ancha espalda a Brasil, como un regalo. Y qué triste destruir a un galán humano tan grande, tan impasible, con sólo el mínimo movimiento de un dedo. Pero habían traspasado la barricada, estaban llegando, y Brasil clavó la bayoneta en uno de ellos, y como no pudo retirarla del muchacho, allí la dejó junto con el fusil, se dio media vuelta y echó a correr, y descubrió que no estaba solo, el ataque era imparable, y el barullo de voces y chillidos no salía sólo de su garganta. Y corrió y corrió por el bosque hasta que llegó a las líneas de la reserva, donde se echó al suelo para recobrar el aliento, jadeando y resollando tras la masa de uniformes azules que empujaban para ocupar su lugar. Y os deseo suerte a todos, pensó Brasil, porque no he vivido terror tan grande desde que en tercer curso me castigó la hermana Agnes Angelica.

En la carretera, a tres kilómetros, Pearl oía la batalla, todos la oían, los cocheros que andaban por allí y conversaban, los oficiales que deambulaban, los caballos que relinchaban y erguían la cabeza a cada cañonazo. A algo más de un kilómetro por detrás de ella, el ganado mugía y, en el carromato dentro de su caja de viaje, Albion Simms hacía pum pum pum como si no bastara con oír los tiros de verdad. Pearl pensaba en Stephen Walsh. Ese hombre lo hacía todo tan bien que ahora el coronel médico confiaba en él casi como en nadie más. Desde luego, no en mí. Pero tampoco es que estuviera preocupada por Stephen, simplemente le daba miedo perderlo de vista. Allí sentada en ese carromato, en Carolina del Norte, con la fresca brisa primaveral y la marcha detenida por una batalla, tuvo la clara sensación de no estar atada a nada ni a ningún lugar, ni siquiera a una vida miserable en las viviendas de los esclavos. Era sólo una muchacha libre, pensó. Y ante ella se extendía un espacio de vida grande y vacío sin nada con qué llenarlo, sin nada con qué consolarse. No veía

más allá de ese número 12 y ese Washington Square de Nueva York. Y cuando se despidiera de la pobre gente de esa casa y saliera por la puerta, ¿dónde estaría su vida, qué dirección tomaría, y por qué calle, y con quién?

En su angustia, no había oído despertarse a David. El niño salió y se sentó en su regazo, todavía bostezando y frotándose los ojos. Vaya, mi niño, dijo ella, menudo dormilón estás hecho, ¿eh? ¿Oyes eso? Es una guerra.

Sí, señora, la oigo.

¿Y no te preocupa nada?

Nada. Tengo hambre, dijo él.

Pearl cogió una galleta de la caja de víveres y se la dio, y pronto él masticaba tranquilamente, observando la galleta en la mano y dando un bocado, y observándola otra vez conforme se hacía más pequeña.

Pearl se apeó del carromato y se quedó allí de pie en la carretera, con las manos apoyadas en los riñones para desentumecerse. Se desató la cinta que le sujetaba el pelo y se lo volvió a recoger y atar, y cuando tenía las manos detrás de la cabeza, vio que dos oficiales habían interrumpido su conversación para mirarla. Se volvió para acabar de arreglarse y pensó: Y ahora, Stephen Walsh, más te vale volver a mi lado porque no eres el único y me he vuelto hermosa.

Al retirarse las fuerzas de Carlin, Morgan se vio superado por el flanco, y sus tropas fueron atacadas por detrás al mismo tiempo que repelían una carga por delante. Los hombres disparaban en una dirección, daban media vuelta, y disparaban en la otra. El general Davis, del Cuerpo Decimocuarto, dio orden de que acudiera una brigada de reserva a la brecha, enviándola a paso ligero, y Hugh Pryce eligió ese momento para dejar a los generales. Haciendo caso omiso a las voces a sus espaldas, se abrió paso hacia la acción. Se subió primero a una cureña en movimiento, se bajó poco después y, sin dejar de correr, saltó por encima de las piedras y pasó entre arbustos enmarañados, casi con un júbilo enloquecido, su larga bufanda ondeando como si fuera su estandarte personal. Ningún periodista de la competencia podría informar de lo que él iba a ver con sus propios ojos.

El terreno pasó a ser pantanoso. Se hallaba en una espesa arboleda. Oía disparos, y encontró un árbol enorme y se encaramó a la horqueta de la rama más baja y pasó las piernas por encima donde, sentado a horcajadas, escrutó a través del humo, le llegó el ruido de la batalla desde su mismo centro: hombres que gritaban, que gruñían, balas que rebotaban en troncos y rocas. Y hasta podía sentir las oleadas de calor que desprendía la masa de armas disparadas. La guerra cambió la meteorología, blanqueó el cielo: un humo acre flotó a su lado como las almas de los muertos con prisa por ascender al cielo. Sólo cuando de pronto se abrió un claro en la densa atmósfera, se dio cuenta de que había calculado mal su posición y no estaba a la distancia de la acción que él creía. La guerra había llegado a él. Filas de hombres luchaban cuerpo a cuerpo debajo de él, derribándose mutuamente, blandiendo

cuchillos, bayonetas, agitando fusiles por encima de la cabeza, con una desesperación que producía sonidos coordinados desde lo más profundo de su ser como los acordes del órgano de una iglesia. Nunca había visto la guerra tan de cerca como en ese momento, y toda su capacidad de observación periodística se concentró en la visión terrorífica de un estallido antediluviano. Esto no era la guerra como aventura, ni la guerra por una causa solemne, era la guerra en su esencia más pura, una rabia ciega generalizada, aislada de cualquier causa, ideal o principio moral. Era como si Dios hubiera decretado este revoltijo indefinido de fuerzas irracionales en respuesta a la presunción humana. Y después pensar fue imposible, porque Pryce oyó el horrendo silbido de una bala de cañón, y al llevarse las manos a los oídos, se dio cuenta, cuando ya era demasiado tarde, de que la copa del árbol se había desgajado y caía sobre él.

En cierto momento, el avance rebelde llegó a la zona de los dispensarios. Pasó a toda prisa un tumulto de soldados de la Unión, que sólo se detuvo para disparar un tiro a sus perseguidores antes de continuar con su huida. Pocos minutos después de los casacas azules, llegaron los grises. Un oficial confederado se acercó al galope, seguido por varios soldados de infantería. ¿Quién está al mando aquí?, preguntó a voz en cuello.

Sartorius salió de la tienda, sin sombrero, las manos ensangrentadas, el delantal embadurnado también. ¿Qué quiere?, preguntó. En el suelo junto a la tienda yacían una docena de heridos y dos muertos. Considérese prisionero, dijo el oficial. Muy bien, dijo Sartorius, y volvió a entrar en la tienda.

El oficial frunció el entrecejo, sin saber obviamente qué más debía hacerse en una situación así. Algunos heridos gemían, gritaban. Revolvió el caballo, dejó a dos hombres de guardia y se marchó, seguido por sus hombres al trote.

Stephen miró desde la tienda a los guardias, que parecían avergonzados de estar allí. Uno se agachó, dispuesto a dar agua de su cantimplora a un herido, y Stephen tuvo que decirle que no lo hiciera. Cuando hubo que llevar a otro hombre al dispensario, Stephen dijo: Échenme una mano, y los guardias casi parecieron agradecerse.

A los pocos minutos, los elementos rebeldes que habían llegado hasta allí se batían en retirada, atravesando el campo del dispensario a todo correr hacia sus líneas. Acto seguido, apareció detrás de ellos una vociferante compañía de la Unión y los dos guardias que habían ayudado a Stephen fueron abatidos. A uno, herido en el estómago, no pudieron salvarlo. El otro recibió una bala en la pierna, que quedó hecha añicos. Aguardó con los heridos de la Unión, y cuando le llegó el turno, Stephen y el enfermero lo llevaron a la tienda y Sartorius practicó una amputación de doble colgajo justo por encima de la rodilla.

El teniente Oakey había ido al cuartel general de campaña del general Slocum con

un mensaje de Kilpatrick. La caballería, acampada a unos kilómetros al sudoeste, estaba lista para entrar en acción.

Slocum, que en ese momento desplegaba el Cuerpo Vigésimo para cerrar las brechas en las líneas de la Unión, dijo: Por el amor de Dios, lo que me faltaba. Mientras no reciba órdenes en sentido contrario, el general Kilpatrick deberá mantener la posición.

Cuando intentó marcharse, el joven Oakey, que había sido maestro de primaria antes de la guerra y quería estudiar para clérigo cuando acabara, se vio acorralado por el movimiento de tropas. Se perdió en las ciénagas y sin querer se metió de lleno en la batalla, donde las unidades en combate del general Morgan hacían frente a un intenso ataque rebelde. Oakey desmontó rápidamente y se unió a la refriega. Las tropas estaban dispuestas en dos filas detrás del parapeto, la primera de rodillas y la segunda en pie, y a las voces de mando de los comandantes disparaban en descarga cerrada contra la línea rebelde que avanzaba. Tras numerosas pérdidas causadas por el fuego devastador, los rebeldes se retiraron, y en ese momento los hombres se vieron atacados por la retaguardia, pues otra brigada del general Carlin y una brigada de refuerzo de la reserva bajo el mando del coronel Fearing habían sucumbido. Los hombres de Morgan saltaron por encima del parapeto y ocuparon sus puestos al otro lado para responder al ataque de flanqueo. Pero vieron casacas azules entre los agresores. Durante unos fatídicos instantes vacilaron. ¿Debían disparar contra sus propios hombres? Oakey reconoció la treta: lo mismo había sucedido con Kilpatrick en Monroe's Corners, los rebeldes vestían de azul para sembrar el caos y la confusión. ¡Rebeldes, son rebeldes!, advirtió, agitando la pistola, y al cabo de otro minuto habían atravesado el parapeto y uno de los agresores vestidos de azul lo derribó y se abalanzó sobre él.

Oakey era un hombre menudo con gafas. Éstas salieron disparadas cuando dos grandes manos mojadas lo agarraron por las orejas y le golpearon la cabeza repetidas veces contra el suelo. El rebelde era enorme. Oakey tenía la mano derecha, que sostenía la pistola, aplastada por el peso. Pero el rebelde, al intentar dar un último golpe para partirle el cráneo, se irguió lo suficiente para permitir a Oakey recurrir a la pistola: giró el cañón hacia arriba y disparó directamente al estómago del hombre. Volvió a disparar una y otra vez, hasta que el peso que se había desplomado sobre él dejó de moverse. Con un esfuerzo apartó el cuerpo y buscó las gafas a tientas, y las limpió un poco con la manga antes de volver a ponérselas. Seguía sin ver bien a través de las manchas de barro en los cristales, pero no intentó volver a limpiarlas. Como no veía gran cosa, se tranquilizó.

Mientras la batalla se encarnizaba alrededor, Oakey permaneció allí en la trinchera sentado recobrando el aliento. Le dolía la cabeza. Tenía la guerrera empapada de sangre. Miró la masa inerte que yacía en el suelo y pidió perdón a Dios. Mientras forcejeaba bajo el peso de esa bestia, había sentido la furia de una intención inhumana. Era como si un oso se hubiera lanzado sobre él y simplemente hubiera

actuado según las exigencias de su naturaleza animal.

Pocos minutos después, no sabía cuántos, llegó una brigada del Cuerpo Vigésimo para contener el ataque y Oakey, sin dirigirse a nadie en particular, dijo: Yo tenía un caballo por aquí.

VI

Mientras seguían al ejército, Calvin Harper había llegado a pensar que su compañero de viaje era un loco interesante. Se permitió esta reflexión porque el equilibrio de sus intereses —su necesidad mutua— les permitía avanzar a un ritmo razonablemente estable por la carretera. Él había sacado tantas fotografías como había querido, y creía que podía seguir sacando fotografías hasta que surgiera la oportunidad de zafarse. Hasta entonces se trataba de conservar la dignidad y de ejercer su voluntad sin ponerse en peligro. De momento parecía haberlo conseguido. El día a día no siempre era fácil, pero hasta el momento nunca había tenido la sensación de encontrarse en inminente peligro.

Lo interesante era el uso que daba aquel hombre a los disfraces. Se ponía algo y fingía ser esa persona. Era como un actor en el teatro donde el traje que uno lleva es la persona que es. En Barnwell se había presentado como un soldado de la Unión a pesar de ser un rebelde sureño blanco y pobre. Los dos lo eran, también el amigo muerto, al que tuvieron que vestir como el rebelde que en realidad era antes de que el señor Culp lo retratara. Y después de revelar la foto, y ya muerto el señor Josiah Culp, decidió ser él, el señor Culp, con su traje y su abrigo y su sombrero. Calvin, a su pesar, le había seguido la corriente con cierta fascinación. A veces, en público, este falso señor Culp que no sabía nada de fotografía parecía un fotógrafo más auténtico que el verdadero señor Culp. Y eso se debía a que ese hombre parecía creerse realmente el señor Culp. Todo eso era sin duda interesante y también era sin duda una locura. Porque sólo un loco conversaría con una foto de su bolsillo, pues en eso se había convertido su amigo muerto en su cabeza, no en un cadáver en una tumba sino en una foto en su bolsillo. Y le hablaba a la foto casi tanto como le hablaba a Calvin. De modo que nada era lo que parecía, era todo una locura. Y eso dio a Calvin cierta seguridad de que podría controlar las cosas. Había un espíritu errante en ese hombre que lo convertía en una amenaza tal vez menos firme de lo que parecía en un principio.

Ahora, mientras viajaban por la carretera de Goldsboro, se detuvieron a hacer noche en una granja abandonada. Aunque se había puesto el sol, todavía se oía el fragor de la batalla en el crepúsculo: los cañonazos arrastrados por el viento del este a través de los campos y los ríos.

¿Lo ves, Calvin, por qué elegí esta carretera? Estaríamos metidos hasta el cuello en el fuego del infierno si hubiésemos ido tras la otra columna. Menuda batalla la que están librando allí, parece que por fin se han topado con un ejército de su mismo tamaño.

Hay un poco de forraje mohoso para *Bert* en el granero, dijo Calvin. Pero para nosotros no hay nada en la despensa. Sean quienes sean los dueños, se fueron hace

tiempo. No queda ni una miga.

Conozco bien al general Sherman, dijo Arly. Eso que se oye ahora es su amago a Raleigh. Imagino que es más de lo que se esperaba. Pero, de todos modos, no está allí. Está más adelante disfrutando y pensando en Goldsboro, donde pretende posarse como un águila en el asta de la bandera.

Ya hemos abierto el último saco de harina de maíz y nos queda una cucharada de manteca de cerdo, eso si consigo encender el fogón, dijo Calvin. ¿Y usted cómo sabe dónde está?

El general Sherman y yo tenemos una mente parecida, contestó Arly. Me basta con pensar como si fuera él y sé ya lo que hará.

Y eso que usted es de bajo rango, observó Calvin. No parece justo, no sé por qué.

Arly bebió otro trago de la última jarra de *whisky* de Tennessee. Calvin, dijo, si yo no estuviera contento con nuestros progresos, podría ofenderme por esa manera tuya de hablar, de hombre libre, pero más te vale no ponerme a prueba.

¿Qué piensa hacer con su fotografía del general? ¿Qué pasará entonces?

Pues será una manera de que yo lo reconozca a él, y de que él me reconozca a mí. Será un encuentro de nuestras mentes. No será una foto normal y corriente como las tuyas. Ésta señalará una ocasión que hará historia. Será una fotografía como las que el otro Josiah Culp jamás habría soñado. Soy un alma inspirada, lo que significa que no seré simplemente yo quien saque la foto, sino Dios que me dará instrucciones.

¿Usted y Dios saben qué lentes hay que usar? ¿El tiempo de exposición? ¿Cómo cubrir las placas y dónde poner la cámara?

Para esas nimiedades ya te tenemos a ti, hijo. Ésa es la clase de trabajo de baja categoría para la que sirve tu raza.

Esa noche Arly decidió hacerse la cama en el suelo del piso de arriba vacío. Los listones mostraban dónde se habían derrumbado trozos de pared, y tuvo que buscar un lugar para extender las mantas donde las tablas no estuvieran rotas. Apestaba a madera vieja, y hacía más frío que abajo junto al fogón, donde estaba Calvin, pero un hombre debía atenerse al orden natural de las cosas.

Se acostó con el brazo alrededor de la caja de lentes de Calvin. Era una medida cautelosa de más, porque Calvin sabía que si Arly no viajaba con él en el papel de señor Culp, como hombre de negocios negro independiente no sobreviviría ni cinco minutos ni siquiera en territorio del mismísimo Dios. La guerrilla seguía merodeando y ocupándose de lo que tenía que ocuparse. Calvin podía enganchar a *Bert* y escapar, pero si no podía sacar más fotos, ¿cómo podía dárselas de chico elegido por el señor Culp? Puede que eso fuera la esclavitud del futuro, atar a un negro libre a sus anhelos de blanco. Y me la he inventado yo.

Arly, enfrascado en sus pensamientos, no fue consciente de que se había dormido. Pero cuando despertó, era obvio que había transcurrido cierto tiempo. No sólo porque la luz era distinta, pues la luna proyectaba un brillo lechoso sobre toda la habitación,

incluido él. No por eso sino por el ruido. Un peculiar sonido formado de susurros y callados resoplidos, y un tintineo, pero sobre todo el ruido de presencia humana que se percibe aunque no emita ruido alguno. Se acercó a la ventana y apenas pudo dar crédito a lo que vio: un ejército entero avanzaba por la carretera a paso rápido, parecía un ejército fantasma, aunque muy real, con sus compañías en bloque y sus estandartes y algún que otro oficial al galope. Todo hijo de vecino inclinado bajo el peso de las mochilas, con la mirada fija en la carretera. Y nadie hablaba por el esfuerzo de marchar de noche, y si se abría un hueco, las compañías de detrás apretaban el paso para no rezagarse. Pero esto qué es, pensó Arly, ¿estos yanquis se han equivocado de camino! Se calzó las botas y bajó corriendo. Por una ventana trasera vio que también atravesaban los campos, pasando por delante y detrás de la casa como un río desbordado. Lamentó lo que vio, a yanquis que pisoteaban esas tierras con la arrogancia de su superioridad numérica. Pero entonces cayó en la cuenta: claro, eso es que el general Sherman vuelve a la refriega después de dar nuestros muchachos un susto de muerte a la otra columna. ¡Maldita sea! Sí, es eso. Bien, general, parece que ha cometido un error, para verse obligado a volver de esta manera, cuando ya prácticamente estaba bebiendo vino y cenando en Goldsboro. Will, Will, no sabes lo mal que me sabe que no puedas ver esto, nuestro ejército sigue dando guerra en Bentonville, estamos poniendo a prueba al gran Sherman, y antes de que esto acabe, habrán muerto un montón de chicos de la Unión.

Luego Arly creyó ver al propio general en un contingente de la caballería que pasó por el campo: unos cincuenta hombres a caballo, y alguien en cabeza agitando las riendas a derecha e izquierda a quien tomó por Sherman; sí, seguro que era él, como un jinete loco bajo la luna camino de la batalla. Arly sólo había visto aquella foto del general Sherman, nunca lo había visto en persona, pero después de desaparecer los jinetes detrás de un promontorio estaba seguro de que aquél era Sherman. No te preocupes, Will, dijo, sonriendo en la oscuridad, no pasa nada, no pasa nada de nada. Tú y yo iremos a Goldsboro igualmente, mientras él aquí arregla el estropicio, y lo esperaremos para hacerle su retrato; eso suponiendo, claro está, que nadie lo haya matado antes.

Calvin, envuelto en una manta detrás del fogón, había oído toda la conversación. Arly volvió al piso de arriba, y poco después roncaba. Y al cabo de otros veinte o treinta minutos, ya habían pasado los últimos miembros integrantes de la marcha y volvió a reinar el silencio, pero Calvin no pudo volver a dormirse.

Si yo fuera un soldado rebelde aficionado a los disfraces, ¿qué haría? Intentaría salir de detrás de las líneas de la Unión, volver con los míos para seguir luchando o abandonar la guerra por completo y regresar a casa. Pero él no piensa así. No pudo planear que suplantaría al señor Culp. Cuando aparecimos, actuó así al presentarse la oportunidad: fue una idea que se le ocurrió de pronto en esa cabeza loca. Pero ¿cuál fue la idea? Según repite día tras día en su parloteo, sólo quiere alcanzar al general

Sherman en la marcha y sacarle una foto. ¿Por qué? ¿Para dejar su impronta en el mundo de la fotografía? Eso no parece probable en vista de lo poco que le preocupa su lado artístico. Empezó sin saber nada y ahora no sabe más que entonces.

En esta guerra todo hombre está en un bando o en el otro. Incluso un loco. Si yo estoy loco, sigo con la Unión. Si él está loco, sigue siendo un rebelde blanco y pobre.

Calvin se estremeció al acordarse de que cuando estaban en Georgia, en un campamento en un pinar, donde el general Sherman tenía su cuartel general, el señor Culp no necesitó ni un minuto para convencer al general de que posara para una foto, incluso llamó a todo su Estado Mayor para que posara con él. El señor Culp había dicho a Calvin: Como fotógrafo llegas a conocer la naturaleza humana, y algo propio de la naturaleza humana es que son los famosos quienes consideran que no reciben suficiente atención del mundo. Así que quieren que les saquen una foto y la exhiban, o que les pinten un retrato o que escriban un libro sobre ellos, y por mucho que lo hagan, para algunas de estas personas nunca será suficiente, salvo tal vez para el presidente Abraham Lincoln, que es una excepción en esto como en casi todo lo demás. Porque el señor Culp lo había fotografiado también a él, antes de irse de Washington, pero le había costado conseguir que el Presidente se sentara para posar, y no lo habría hecho si la señora Lincoln no hubiese insistido.

Para entonces Calvin caminaba de un lado al otro envuelto en la manta. Sus pensamientos lo habían alterado. Había tenido demasiada paciencia. Ese loco había mandado al señor Culp a la tumba. Había cogido la pistola, les había apuntado y robado la ropa y el nombre del señor Culp. Y ahora se había convertido en un loco en una contienda en su cabeza contra el general de los ejércitos de la Unión, William T. Sherman, al que había que sacar una foto.

Pero la oportunidad de Arly, si llega, también será la mía. Les hablaré de esa *carte de visite* que lleva en el bolsillo que demuestra que es un rebelde antes de que haga lo que pretende, o lo que pretende diciendo que cumple las intenciones de Dios. Sea lo que sea, Calvin no debe permitirlo. Aunque sólo sea lo que dice que es. Aunque quiera sacar una foto al general Sherman porque es sencillamente otra de sus locuras, no debe permitirselo. El fotógrafo soy yo, no él. Sacar fotos es un trabajo sagrado. Es fijar el tiempo en sus momentos y crear una memoria para el futuro, como me dijo el señor Culp. Nadie ha podido hacerlo en la historia, antes de ahora. No hay vocación más elevada que sacar fotos que muestran el mundo real.

El señor Culp lo había incluido en su testamento, y cuando volviera a Baltimore, en el escaparate del estudio pondría: Culp y Harper, fotógrafos. A Calvin le indignaba que su cámara se empleara para satisfacer los propósitos de una persona que no tenía ni idea, de una persona como ese rebelde loco, blanco y pobre que se las daba de listo. Calvin se dijo a sí mismo: Si el señor Josiah Culp y yo hubiésemos pasado por Barnwell un día antes o un día después, no nos habríamos topado con este loco. Y el señor Culp estaría vivo e iríamos a lo nuestro como siempre. Ay, Señor, y ahora mira dónde estoy, y no hay escapatoria posible.

Calvin oyó el principio de un gimoteo que surgía de su interior, pero se aclaró la garganta y se cuadró. Yo también tengo mi bando, pensó.

VII

Dos días después de su comienzo, la cruenta batalla de Bentonville llegó a su fin. Tras volver sobre sus pasos por la carretera de Goldsboro para apoyar a la columna de Slocum, los dos cuerpos del ala derecha de Howard se desplegaron de manera metódica, y el general confederado, Joseph Johnston, supo que ya no tenía la iniciativa. Al ver que el enemigo superaba a sus fuerzas en número y que tenía que luchar desesperadamente sólo para mantener las posiciones, preparó la retirada. Es posible que también lo impulsara a hacerlo la agresiva maniobra de flanqueo del general Joe Mower, quien, sin que nadie se lo ordenara, dirigió a una división por un bosque cenagoso y amenazó con cortarle la retirada a Johnston por un puente que atravesaba el Mill Creek. Sherman se enteró del ataque en su cuartel general de campaña a cierta distancia del frente y, temiendo que Mower se hubiera excedido en sus atribuciones, ordenó al temerario general que regresara con las líneas de la Unión. Hay que ver esa debilidad de Joe Mower por las ciénagas, observó Sherman. En cuanto ve una ciénaga, se va derecho. Es un gran luchador, como se esperaría de un descendiente de cocodrilos.

La noche en que las fuerzas rebeldes se replegaron y enfilaron hacia el norte, llovía a raudales. El ejército de Sherman no recibió orden de perseguirlos, así que acampó allí mismo; los soldados se envolvieron en sus mantas y en los toldos de lona y se tumbaron en el barro.

Bajo el continuo repiqueteo de la lluvia, el Departamento Médico prosiguió su labor. Orientándose por los gemidos y gritos de auxilio, las cuadrillas de voluntarios deambulaban por el bosque para recoger a los heridos, montarlos en las ambulancias y los carromatos y distribuirlos por las granjas y las plantaciones requisadas para los dispensarios en la carretera de vuelta a Averasboro. El dispensario de Wrede se instaló en una pequeña iglesia católica. Extendieron una lámina de caucho sobre el altar. Los heridos estaban tumbados en los pasillos o desplomados en los bancos. Las velas y las antorchas humeantes proyectaban alrededor luces brillantes o tenues. Algunos hombres llevaban allí dos días sin recibir atención. Sus heridas ya supuraban. Los enfermeros hacían frente al hedor con máscaras hechas de vendas. Cuando los hombres que ya no soportaban el dolor de sus heridas rogaban que les pegaran un tiro, y Wrede dictaminaba que no había nada que hacer, los sacaban a la oscuridad y satisfacían su deseo. El sacerdote de la iglesia, un anciano, había aparecido, y se arrodillaba a rezar en el último banco, cerca de la puerta. Después, en cuanto veía a un hombre en los umbrales de la muerte, se acercaba rápidamente para administrarle los últimos sacramentos, sin molestarse en preguntar su filiación, como tampoco Wrede preguntaba si el paciente era de la Unión o la Confederación. El viejo sacerdote se retorció las manos y sollozaba, y a medianoche también Pearl, agotada,

lloraba sin cesar. Finalmente se desplomó en el suelo, se sentó junto a un soldado y lo cogió de la mano cuando exhaló el último suspiro. Siguió cogiéndolo de la mano después de morir, hasta que Stephen Walsh la puso en pie y la llevó a la rectoría, donde habían acostado a David y Albion Simms, y el ama de llaves del sacerdote la acompañó a una habitación y la tapó con una manta cuando se durmió.

David estaba fascinado con Albion Simms y por la mañana, cuando la caravana se puso en marcha, se sentó junto a la caja de madera y escuchó la canción:

*Ah, el cucú,
qué bonito pajarito.
Se mece en su vuelo
pero nunca canta cucú...
nunca canta su cucú...*

*Hasta el cuarto día de julio, le recordó David.
Hasta el cuarto día de julio, repitió Albion. ¿Eres un buen niño?
Sí, señor.
¿Eres...?
Ya le he dicho que sí.
¿Qué es eso en la ventana?
Eso no es una ventana, es el sol que entra en el carromato. ¿El sol?
Sí, señor.
Siempre está ahí.
Por la noche no, si llueve no, dijo David.
Siempre está ahí. ¿Lo ves? Ahora está ahí, y siempre es ahora. ¿Eres un buen niño?
Sí, señor.
¿Qué acabo de decir?
Que si soy un buen niño.
Sí. ¿Y qué me has contestado?
Sí, señor. ¿Por qué tiene las manos atadas a esa barra? ¿Atadas?
Desátamelas.
Pero las tiene atadas.
Sí, desátalas. ¿Acaso no eres un niño grande? Sí, señor.
No me gusta tener las manos atadas. Sufro mucho. ¿Qué he dicho?
Que sufre mucho.
Es verdad, sí. David, ¿cómo te llamas?
Acaba de decirlo usted mismo, contestó el niño, y se rio.
¿Qué?
David.*

¿Te llamas así?

¡Usted mismo lo ha dicho!

¿Ya tengo las manos desatadas?

No. Este nudo tan grande tiene muchas vueltas. ¿Muchas vueltas?

Sí, señor.

Ah, el cucú qué bonito pajarito... Voy a enseñarte un truco. ¿Qué voy a enseñarte?

Un truco. Ya está, ahora la mano derecha. ¿Qué clase de truco?

Mira, dijo Albion Simms con una sonrisa. Y levantando la mano libre se tocó la púa clavada en el cráneo con el índice. ¿Qué es esto?

Es el hierro que tiene en la cabeza. ¿Duele?

No, mira esto, dijo Albion, y se tocó la púa suavemente con el índice.

Eso no es ningún truco, dijo David.

Redoble de tambores, dijo Albion. Y, lentamente, estiró el brazo. ¿Me estás mirando?

Sí.

Y con la palma de la mano, Albion se clavó la púa en el cerebro.

Tres días después de la batalla de Bentonville, lucía el sol y las tropas de Sherman se recuperaban acampadas en las colinas y los pinares en torno a Goldsboro. Tal como estaba previsto, habían convergido con el ejército de treinta mil hombres de Schofield, y ahora que los uniformes, las provisiones y el correo estaban a punto de llegar en tren desde la costa, y las campañas de Georgia y las Carolinas habían salido según sus planes, Sherman tenía que estar bastante satisfecho con la situación. Pero no podía quitarse de la cabeza que el general rebelde Joe Johnston lo había cogido desprevenido. Sí, es verdad que ante las fuerzas en abrumadora superioridad numérica desplegadas al final contra él, Johnston se había batido en retirada, y sí, sabía que en los libros, Bentonville constaría como una victoria de la Unión. Pero Sherman había permitido que sus columnas se separaran hasta el punto de que a Johnston le fue posible atacar con todo su ejército a la columna de Slocum, que había quedado aislada y con dificultades para defenderse. En el campamento, a unos veinte kilómetros, fue necesario despertar a Sherman en plena noche para informarle de la situación. Tuvieron que realizar la agotadora marcha nocturna con el ala de Howard para reforzar las líneas y obligar a Johnston a abandonar la lucha. Y murieron centenares de hombres de la Unión y otros mil cayeron heridos.

A partir de los estados de ánimo del general, tan pronto taciturno como desasosegado, el coronel Teack intuyó que éstos eran los pensamientos que lo corroían. El día anterior por la mañana, Sherman y su Estado Mayor habían presenciado el desfile en la plaza Mayor de Goldsboro mientras sus tropas andrajosas llegaban de Bentonville. Esta vez no hubo aclamaciones al Tío Billy, y los saludos fueron, como mucho, indiferentes. Los hombres estaban famélicos y extenuados, y

tan consumidos por los meses de marcha y escaramuzas y batallas que ya no quedaba nada de ellos salvo tendón y músculo. Estaban tan coléricos como sólo pueden estarlo los hombres agotados. La ropa que llevaban puesta ni siquiera llegaba a la categoría de harapos, y tenían hinchados y ensangrentados los pies descalzos. No había tamborileros para marcar el paso. No marcaban el paso. Mírelos, dijo Sherman a Teack, montados ambos en sus caballos al pasar revista. ¿Alguna vez ha visto un ejército mejor que éste? Me han dado todo lo que he pedido y más. Cuando acabe esta maldita guerra, los haría marchar por Pennsylvania Avenue en este mismo estado lamentable, para que la gente se dé cuenta de lo que significa luchar en una guerra, cómo despoja a un hombre de todo lo intrascendente y deja a un luchador aguerrido con entrañas de hierro y el robusto corazón de un héroe.

Teack creía que Sherman había cometido más de un error en esa última semana. No es raro que un ayuda de campo leal contemple la idea de que sus habilidades tácticas están por encima de las de su superior. Del mismo modo que el coronel Teack adoraba a su general y estaba dispuesto a morir por él, también sabía que él, Teack, no habría retirado al general Mower del movimiento de flanqueo en las ciénagas. Johnston estaba prácticamente inmovilizado y a punto de quedarse sin un camino de retirada, el puente del Mill Creek. En lugar de ordenar a la división de Mower que se replegara, Sherman debería haber enviado refuerzos masivos. Johnston habría perdido su ejército, y con ello se habría puesto fin a toda oposición en las Carolinas.

Curiosamente, casi al mismo tiempo en que Teack pensaba en eso, Sherman sacó el tema. Disfrutaban de una buena cena en la mansión de un atento comerciante tabaquero que se había retirado a una granja de su propiedad, dejando todo bajo su techo —incluidos los criados y la despensa, la bodega y el humidor— para provecho de la ocupación. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar, Teack? ¿Me equivoqué al retirar a Mower? ¿Fue un error? Creí que su posición era vulnerable. Supongo que tenía que haberlo apoyado. Pero habría corrido mucha sangre. Johnston habría luchado hasta perder al último hombre. Es lo mejor que tienen, Joe Johnston. Mejor que Lee. Lo retiraron en Atlanta y entregaron su mando a Beauregard, ese francés estúpido. Aunque le diré que eso también fue una suerte para nosotros. Johnston no habría defendido las ciudades como hizo Beauregard. Eso fue absurdo y poco eficaz. Augusta, Charleston... Y ese ejército nunca ha estado lo bastante unido para detenerme. Johnston habría usado los campos, como buen soldado. Nos habría retenido en cada río, en cada encrucijada, en cada colina y ciénaga, y habría cedido terreno sólo a cambio de nuestra preciada sangre. Estaríamos donde estamos ahora, pero con más pérdidas. Cuando Johnston volvió a asumir el mando, se encontró con que no quedaban más que migajas. Pero reunió lo poco que tenía para crear un ejército y lo puso en su lugar, y por un momento pudo conmigo. Así que, ¿debí apoyar a Mower? Sigo creyendo que no. Salvé vidas. ¿Qué puede hacer Johnston ahora contra este ejército de noventa mil hombres? Salvé vidas, y no sólo las nuestras. El padre Abraham quiere que esos chicos sureños vivan para que puedan

volver a sus granjas y proveer de comida sus mesas. ¿Y yo? Simplemente seguiré marchando, como hasta ahora, con hombres tan hechos a las privaciones y la batalla que son casi sobrehumanos. Esta guerra se ha acabado, Teack, al margen de lo que crea que pueda hacer cualquier avanzadilla con sus pequeñas escaramuzas. Hemos ganado, y todo el mundo lo sabe. El Sur es mío, y Joe Johnston lo supo el día en que llegué marchando por las tierras bajas de Atlanta.

Teack se alegró de que no se le exigiera una respuesta. Sherman tenía mal aspecto: estaba cansado, pálido. Andaba siempre con un puro encendido y bebía más de lo que comía. Cuando no parloteaba sin cesar, dando vueltas a los mismos temas de manera obsesiva, o metiéndose con los soldados, se agotaba con detalles que en circunstancias normales resolvían sus subordinados. Amonestaba al jefe de correos cuando el correo no llegaba de la costa a su debido tiempo. Examinaba muestras de los uniformes y los zapatos nuevos encargados para sus hombres, hasta palpaba las telas y sopesaba las botas como un cliente de una mercería delante del intendente general Meigs, que lo miraba abochornado. Ordenaba inspecciones y las anulaba, convocaba desfiles y revocaba la orden incluso cuando los hombres ya habían empezado a formar. Estos hombres merecen un descanso y se lo daremos, decía a Teack. Al mismo tiempo, estaba impaciente por seguir adelante, y lo invadía la sensación de que se disolvían los objetivos y se perdía el alma de su ejército, la misma sensación que había experimentado en todas las ciudades, con los soldados acampados, bebiendo más de la cuenta. Quería ponerse en marcha, quería que los soldados formaran filas, no le gustaba gobernar las ciudades y tratar interminablemente con civiles lastimeros, y para simular el buen suelo duro de una tienda de campaña bajo un pino, tiraba las mantas al suelo de su dormitorio y dormía junto a la chimenea bajo una pequeña tienda que le montaba el sargento Moses Brown.

Teack habló con Brown. Cébele un poco, sargento, y métele en una bañera de agua caliente. Está tenso y agotado. El estoico Brown asintió. También había agogado el vino del general. No hacía falta que nadie le dijera lo que necesitaba el general.

Sherman se sentía mejor si se dedicaba a reorganizar su ejército. Ahora que disponía de las tropas de Schofield, planeó una marcha de tres columnas para que ninguna columna se encontrara sin apoyo inmediato. El cuerpo de la columna central estaría bajo el mando de Schofield. Tenía, claro está, a Slocum y Howard, al frente de las alas. Y el general Joe Mower, observó Teack, había sido ascendido y puesto al mando del Cuerpo Vigésimo de Slocum. Tres columnas, Teack, con noventa mil hombres. Si yo fuera Johnston, tiraría las armas y echaría a correr. Esto que he hecho es un tridente, tres dientes afilados para sacar sangre. Teack dijo: El tridente era el arma de Poseidón, general, el dios del mar. Bueno, apuntó Sherman, estos últimos meses ha llovido más que suficiente para convertirme en un Poseidón.

La mañana en que se enteró de que Willie Hardee, el hijo de dieciséis años del general confederado Hardee, había muerto luchando en Bentonville, Sherman se

retiró a sus aposentos y lloró. Por lo visto, Willie Hardee había rogado a su padre que le permitiera unirse a la refriega a pesar de que oficialmente no pertenecía al ejército. Sherman se sentó a redactar una carta para Hardee, cuya división, según los últimos informes, estaba acampada en Smithfield con las fuerzas de Johnston. Y ahora, general, escribió, los dos hemos perdido a nuestros hijos tocayos. Aunque mi Willie era demasiado joven para participar, fue la guerra lo que lo mató con la misma certeza con que la guerra mató al suyo. Qué tiempos tan antinaturales son estos que, violando la gran estratagema de Dios, los jóvenes se ven despojados de su alma antes que los viejos. En el Eclesiastés dice (según recuerdo vagamente): «Así como caen unas hojas y crecen otras en su lugar, lo mismo sucede con las generaciones de carne y hueso, muere una y nace otra». Imagino que, en su dolor, ha deseado que Dios hubiera librado a su Willie y se lo hubiera llevado a usted en su lugar, pues eso es lo que yo deseé; es decir, cuando perdí a mi Willie. Maldigo estos tiempos invertidos, cuando tantos miles de nosotros, padres y madres, han entregado a sus hijos a esta maldita guerra de insurrección. Anhele el día en que esta nación vuelva a unirse y se restaure el orden natural y nuestras generaciones mueran una vez más según los rangos asignados por Dios. En ese momento, mi querido general, espero que podamos encontrarnos y compadecernos como colegas militares y supervivientes. Con la esperanza de que acepte mi más sincero pésame, le saluda su humilde y obediente servidor, William Tecumseh Sherman, general de división.

Todavía inquieto, Sherman decidió que no le quedaba más remedio que ir de inmediato a Virginia para reunirse con el general Grant. Convocó a los comandantes de sus alas y cuerpos para comunicárselo y proponer la orden de marcha a su regreso. El encuentro tuvo lugar en una gran sala de reuniones del palacio de justicia estatal. Fuera, los árboles de la plaza Mayor empezaban a retoñar. Los mapas de Sherman estaban extendidos en una mesa de nogal abrillantada. El sol entraba por las ventanas, que iban del suelo hasta el techo, y los generales, salvo Kilpatrick, se habían acicalado para la ocasión con sus guerreras de gala de color azul marino y resplandecientes botones. Era todo casi majestuoso. Sherman suspiró. Aunque él mismo, como bien sabía, no era un dechado de elegancia, realmente ese Kilpatrick era un desastrado, con su chaqueta llena de lamparones, sin afeitado, el estiércol seco en las botas y, maldita sea, aunque era verdad que tenía una especie de joroba, ¿por qué no podía erguirse como correspondía a su rango?

Con un puntero, Sherman ilustraba sus propuestas mientras los generales se inclinaban sobre la mesa. Hasta ahora hemos tomado sus ciudades y pueblos. Hemos arrancado sus vías de ferrocarril, destruido sus arsenales y fábricas, los hemos dejado sin su papel moneda, nos hemos apropiado de su algodón. Ahora la situación ha cambiado. Lo único que queremos es aniquilar el ejército de Joe Johnston. La semana pasada nos vimos con él con sus condiciones, ahora queremos verlo con las nuestras. Es posible que Lee decida abandonar Virginia y reunirse con Johnston aquí abajo. Sí,

aunque eso le parta el corazón, podría hacerlo si viaja ligero de equipaje, sin caravanas, pasando por aquí, y por aquí, señaló Sherman, dirigiendo el puntero hacia el sudoeste de Richmond. Debería hacerlo. Está al mando de un ejército agotado, y el número de desertiones va en aumento día a día. Grant cortará la última conexión a Danville, y entonces, ¿qué puede hacer Lee si no plantarse y luchar hasta morir de desgaste? Así que incluso con Grant pisándole los talones, lo mejor que puede hacer es marchar a Carolina del Norte, y ojalá lo haga, porque con mis noventa mil hombres ni siquiera necesito el Ejército del Potomac. Podemos acabar la guerra aquí mismo, y el honor es todo nuestro.

Dicho esto, los generales se miraron con sonrisas y expresiones de aprobación. Algunos rostros, exultantes, se sonrojaron.

Pero me temo, dijo Sherman, que Lee cometerá la estupidez de hacerse el valiente y resistirá. Así pues, ¿qué significa eso para nosotros? Johnston tiene, como mucho, treinta y cinco mil hombres. Si podemos con sus tropas y las de Lee juntas, ¿qué problema habría con Joe Johnston solo? Pues se lo diré, caballeros. Ese hombre es un maestro de la retirada. Recuerden lo hábil que fue en Atlanta. Sabe que la retirada es un movimiento militar poderoso. Esperamos que defienda Raleigh, pero si no lo hace, si huye, nuestra tarea se complica. Huye, se vuelve vengativo, desperdiga sus tropas por el oeste de Carolina del Norte, por Tennessee, libra una guerra de guerrillas y la cosa puede durar años. Años, caballeros. Conociendo tan bien como nosotros el arte del aprovisionamiento, y con una población civil dispuesta, aunque secretamente, a proporcionarle lo que necesita... no, es lo último que queremos que haga. Debemos superarlo por los flancos, acorralarlo y, si no se rinde, aniquilarlo.

En ese momento, el general Kilpatrick se distrajo cuando dos jóvenes negras entraron en la sala con tazas de café y botellas de coñac en bandejas de plata. Eran muchachas atractivas, risueñas como las mujeres libres que eran: libres para sonreír, libres para hacer lo que les viniera en gana.

¿General?, dijo Sherman.

Sí, señor, contestó Kilpatrick con voz ronca. Casi se cuadró.

Le he preguntado si está herrando a su caballería.

Por supuesto, general. Los caballos estarán recién herrados y listos para partir.

Porque contaré con usted para interceptar las carreteras al oeste y aguantar allí hasta que lleguen mis columnas, dijo Sherman.

Una vez concluida la reunión, los generales se relajaron, disfrutando de su mutua compañía y tomando el café en pequeñas tazas de porcelana con toda la elegancia de la que eran capaces. El sol entraba en la sala como una promesa de la victoria final. Todos tenían buenas razones para rivalizar, como sucede inevitablemente entre los soldados en las burocracias militares, pero la larga campaña a sus espaldas y lo que tan bien conocían de ella —el terreno recorrido, los ríos cruzados, los obstáculos superados, la organización que mantenían, cada uno en su propio reino pero todos en

la gran aventura conjunta de una causa noble— los hermanaba y les permitía apreciar sus cualidades respectivas. El audaz Mower, tan aficionado a vadear ciénagas, cuando no estaba en el campo de batalla, era tímido y hablaba en voz baja. Slocum, al firme mando del ala izquierda, tenía los párpados caídos y la actitud calculadora y mojigata de un actuario. Howard, del ala derecha, poseía una presencia realmente paternal, un hombre corpulento y pensativo, con tendencia a hablar de su familia y a preguntar a los demás con sincero interés por sus familias. Y, entre ellos, más animado que en los últimos días, Sherman reía y bromeaba, y sentía la admiración de sus hombres al tiempo que expresaba, con indirectas, gruñidos y gestos de asentimiento, su aprecio por ellos.

Ésta es una parte importante del liderazgo, advirtió el coronel Teack, que se hallaba de pie junto a una de las ventanas atendiendo al general. Saber cuándo hay que ser humano, saber cómo, sin avergonzarse uno mismo ni a sus hombres, representar su fe en ellos. Para que, cuando llegue el momento, si es necesario, mueran por uno.

En medio de estas reflexiones, Teack casualmente miró por la ventana. Uno de esos equipos de fotografía con licencia de Estados Unidos se había detenido en la calle y un hombre con un abrigo largo y bombín lo miraba en jarras. Sherman, al pasar junto a Teack y encender un puro, vio al hombre en la calle y, entendiendo de inmediato la oportunidad que le brindaba, se volvió hacia los demás. Caballeros, dijo, el mundo nos llama. Vamos a la calle a hacernos una fotografía. Posaremos al sol, con la bandera de Estados Unidos ondeando sobre la ciudad de Goldsboro, para que sus ciudadanos conozcan, eternamente, la gloriosa hermandad del Ejército del Oeste.

Al acercarse al palacio de justicia, vigilado por los guardias, Arly dijo a Calvin: Bien, está ahí dentro, hijo, y ahora vamos a hacer historia. Voy a disparar la cámara para la foto del general Sherman. Pero como hagas algo que me lo complique...

¿Y yo por qué habría de hacer algo así?, preguntó Calvin.

Porque eres un negro libre muy listo. Dime, ¿alguna vez no has sido libre?

No.

Lástima. Porque eso significa que no sabes qué puede pasarle a la gente como tú cuando no se comporta como es debido.

Creo que sí lo sé.

Eso espero. Dios ha contemplado esta guerra y, a su habitual y extraña manera, nos ha puesto a prueba. Está poniendo a prueba nuestra entereza, quemándonos y abatiéndonos a tiros y llevando a nuestros negros a pensar que son mejores de lo que son. Pero eso no significa que el presidente Lincoln vaya a ganar esta guerra. Sólo significa que el fuego nos consume para que luego podamos resurgir de nuestras cenizas, nuevos y renacidos. ¡Sólo eso! ¿No tengo razón, Will? ¿Por qué, si no, habría Dios de meternos en la cárcel, a ti por deserción y a mí por dormirme durante una guardia, a menos que tuviese pensado para nosotros algo más grande y elevado a

partir de nuestra desgracia?

En total eran once generales. Sacaron sillas y las pusieron en la plaza frente a la escalinata del palacio de justicia. Una majestuosa butaca para Sherman, cuatro sillas de respaldo recto para los dos generales sentados a ambos lados de él. Los demás estaban en fila detrás de las sillas. Sherman, por supuesto, indicaba quién debía sentarse y quién debía quedarse de pie y dónde.

Mientras se hacían los preparativos, empezó a aglomerarse un grupo de transeúntes. El coronel Teack se sumó a la guardia, y los soldados, con las armas listas para disparar, se habían dispuesto entre los generales y la calle.

Soplaba una suave brisa y el aire de la mañana era fresco. La persona con la que Calvin debía hablar era el coronel. Pero ¿cómo? Calvin necesitaba tiempo. Trajinaba con el equipo, iba y venía del carromato para coger esto o aquello, lo primero que se le ocurría. Cambiaba una y otra vez la posición de la cámara, acercándola o alejándola, colocándola un poco más a la derecha o a la izquierda. Sabía que al final los generales se impacientarían. Sherman estaba sentado con las piernas y los brazos cruzados, en la postura en la que quería quedar grabado para la posteridad y a la espera de que los fotógrafos cumplieran con su cometido.

Arly murmuró: Cuando tú quieras, Calvin, cuando tú quieras; sólo son todos los generales de Estados Unidos los que esperan. A modo de respuesta, Calvin dejó caer la placa fotográfica que llevaba en las manos. Se hizo añicos contra el suelo. Luego tuvo que recoger los trozos rotos y volver corriendo al carromato a por otra. Arly se abochornó tanto como lo habría hecho el señor Culp. Reaccionó decidiendo que los generales necesitaban instrucciones para sus respectivas poses. Indicó a los que estaban de pie quiénes debían ponerse de perfil y quiénes mirar al frente. Se estiró hacia abajo las comisuras de la boca para señalar que no debían sonreír. ¿Cómo lo sabía?, se preguntó Calvin.

De todos modos, pensó Calvin, si Arly pretendía hacer daño a alguien, ya lo habría hecho. Desde luego, oportunidad no le había faltado, con lo cerca que estaba de Sherman. Calvin echó una mirada a los generales que posaban con solemnidad, las columnas blancas del palacio de justicia elevándose detrás de ellos, y pensó que sería una buena fotografía histórica si llegara a hacerse. Pero había tomado alguna que otra medida. No había aplicado la capa a la placa que puso en la cámara: la imagen no quedaría grabada. Para asegurarse doblemente, la lente que enroscó en el cajón no era la que correspondía a la distancia entre la cámara y el objeto. Se sentía extraño, al subvertir su propio arte, al negar a la historia sus derechos. Pero estaba decidido. Al margen de lo que sucediera, al margen de lo que pretendiera ese rebelde loco, no sacaría ninguna foto.

Al ver que los generales obedecían sus instrucciones, Arly empezó a divertirse. Con los faldones del abrigo agitándose, iba y venía, calándose el bombín del señor Culp hasta las orejas y alabando la imagen que tenía ante él. Éste es un momento

histórico, anunció, y Josiah Culp Fotografía con licencia de Estados Unidos tiene el honor de tomar esta foto.

Sherman empezaba a impacientarse, y se volvía para murmurar algo, se rascaba la barba, cruzaba ahora una pierna, ahora la otra. Bien, caballeros, dijo Arly, ya saben que durante la exposición de la cámara no deben mover ni un solo músculo, porque de lo contrario se estropeará la foto. Sólo entonces se dio cuenta de que fallaba algo en el general Sherman. Señor, dijo, ¿contemplaría usted la posibilidad de habituarse a ponerse provisionalmente un armazón detrás de la cabeza? Porque con tanto preparativo, a lo mejor se pone nervioso en el asiento, y si no permanece absolutamente inmóvil, su imagen no quedará clara. Sherman frunció el entrecejo, pero movió la cabeza en un gesto de asentimiento, y Arly envió a Calvin al carromato en busca del armazón, una barra graduada sujeta a un soporte. Calvin sabía que con esa luz matinal, que sólo requería una exposición de diez segundos, no hacía falta armazón para la cabeza. Pero era su oportunidad. Se detuvo detrás de Sherman, lo acopló y, casi sin aliento, susurró: Señor, ese hombre no es un fotógrafo con licencia de Estados Unidos. Es un rebelde loco. Y ha huido. Sherman no podía volver la cabeza. ¿Qué?, dijo. ¿Qué ha dicho ese negro?

¿De qué habla?, preguntó Teack. ¿Qué soldado rebelde?

El coronel lo cogió por el hombro, pero en ese momento, Calvin, estupefacto, vio que Arly desenroscaba la lente del cajón. ¿Acaso Arly sabía que ésa no era la lente? Pero ¿cómo iba a saberlo? Zafándose del coronel, Calvin corrió hacia su cámara con la sensación de que le hacían algo atroz. Arly había metido la cabeza bajo la tela negra. Se oyó su voz amortiguada. ¡No se mueva, general Sherman, ha llegado el momento de la exposición! A la sazón, apareció la cara de Arly contraída en una expresión de éxtasis que Calvin recordaría el resto de su vida. Por el hueco donde tenía que estar la lente, cosa que Calvin no advirtió a tiempo, asomaba el cañón de la pistola del señor Culp. El primer disparo, como una ráfaga de calor, pasó de refilón ante los ojos de Calvin y lo cegó. Pero él se había abalanzado sobre la cámara, ladeándola, y el segundo disparo fue a dar en el pecho del coronel Teack y lo derribó, aunque Calvin no pudo saberlo. De rodillas, luces brillantes destellaban en su cabeza, y cuando se llevó la mano a los ojos los tenía húmedos. No supo qué era esa humedad hasta que notó su sabor en la garganta. Alrededor todos gritaban. Oyó a gente correr, oyó rebuznar a la mula *Bert*. Cuando estaba a cuatro patas, y tragando sangre, sintió la punta afilada de una bayoneta en la espalda.

Después de que Arly apretara el gatillo por segunda vez, apartándose de un salto para esquivar la cámara tambaleante, maldijo a Calvin, retrocedió y, cuando varios soldados se dirigieron hacia él, se quitó el abrigo y el sombrero del señor Culp y esperó a que lo prendieran con una guerrera gris perfectamente abotonada que sacó de la colección de uniformes del señor Culp. Lo derribaron de un culatazo, lo empujaron contra el suelo pisándolo con una bota y luego lo levantaron bruscamente

mientras se quejaba en voz alta de los malos tratos: Maldita sea, eso no está bien, ¡por poco me rompen el hombro! Cuando se lo llevaron, exigió que lo encerraran con sus compañeros los soldados de los Estados Confederados de América. ¡Esto ha sido un acto de guerra honorable!, gritó. ¡Soy un soldado!

En medio de la agitación y el caos, una brigada de guardia se había formado rápidamente alrededor de los once generales. Sherman, un tanto alterado, ordenó que se llevaran a Teack a la sala de reuniones. Los generales, tras comprobar que Sherman se hallaba ileso, se preguntaron unos a otros si estaban bien. Como se vio, no hubo más heridos. Pero todos coincidieron en que les convenía volver al palacio de justicia e instalarse a beber más coñac y café. Tal vez podamos prescindir del café, dijo Kilpatrick, subiendo la escalinata a paso largo. Los demás lo siguieron muy dignos, procurando no dar la impresión de que se apresuraban demasiado, aunque uno o dos se volvieron para mirar a la multitud al otro lado de la plaza, por si alguien apuntaba con una pistola. Qué extraño, observó uno de ellos, con lo acostumbrados que estamos al fuego, y que esta situación nos parezca anormal.

Sherman se detuvo un momento en la escalinata y miró a la multitud que se había formado en la calle. ¿Cómo ha podido ese maldito imbécil acercarse tanto?, preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Retiraron rápidamente las tazas de café y tumbaron al coronel en la mesa con la guerrera de Sherman doblada a modo de almohada. Aunque pálido por el dolor, Teack estaba más preocupado por los daños causados a su uniforme. Y no le parecía correcto estar allí tendido delante de generales. Intentó levantarse. Tonterías, Teack, dijo Sherman, y lo obligó a permanecer en la mesa.

Wrede Sartorius fue uno de los tres médicos que acudieron. Los otros dos delegaron en él de inmediato. Wrede ofreció al coronel un anestésico. Éste lo rechazó. La bala había partido una costilla pero se extrajo sin complicaciones porque había penetrado a poca profundidad. Wrede retiró las astillas de hueso. Ligó dos pequeñas arterias que sangraban. Palpó el pecho y comprobó que el pulmón no estaba perforado. Suturó y tapó la herida con hilas, pero no la vendó. Llamó a ordenanzas y pidió una camilla, y le dijo al coronel Teack que tendría que guardar reposo en una tienda hospital del regimiento.

Mientras, los generales se habían quedado mirando como estudiantes de una facultad. El general Sherman insistió en hacer preguntas —¿Y eso para qué es? ¿Y por qué hace eso?— y Wrede insistió en guardar silencio, lo que impresionó mucho a Sherman.

Wrede dio instrucciones postoperatorias a su ayudante y se marchó a atender al negro, que seguía fuera en la plaza del palacio de justicia. Sherman se volvió hacia un general y preguntó: ¿Quién es ese coronel? ¿Cómo se llama? Se comporta como un soldado, a diferencia de la mayor parte del Departamento Médico.

Al amanecer del día siguiente, Arly Wilcox fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento, un auténtico acto ceremonial con oficiales montados, una banda militar, un ataúd de pino y un destacamento de prisioneros de la Confederación tomados en Bentonville y obligados a asistir a modo de aleccionamiento. Arly sostuvo que era un prisionero de guerra en toda regla, y los guardias, sonrientes, le aseguraron que precisamente por eso iban a fusilarlo en lugar de ahorcarlo. Bien, Will, dijo a la foto en su bolsillo, así que hemos vuelto a donde estábamos en Milledgeville. Pero al menos es la maldita Unión quien me ejecuta en lugar de mi propio ejército, lo que me hace pensar en la continua misericordia de Dios y quizá en un reconocimiento futuro de mi martirio.

Cuando se le obligó a cavar su propia fosa, Arly cuadró los lados con el borde de la pala. Ésta va a ser mi nueva casa y quiero que quede bonita, había dicho.

A Calvin no lo habían ejecutado junto con Arly Wilcox a causa de su herida y porque no estaba claro el alcance de su complicidad. Había dudas acerca de por qué un negro participaría en semejante empresa. Wrede Sartorius debía decidir cuándo Calvin Harper estaría en condiciones de comparecer ante la audiencia administrativa que determinaría su suerte.

Pero ahora Wrede recibió órdenes que lo asignaban provisionalmente al Estado Mayor del general Sherman. Debía acompañar a Sherman al cuartel general del Ejército del Potomac en City Point, Virginia. No se imaginaba para qué, o de qué manera podía ser más útil para el ejército que como médico de regimiento.

Aunque no sabía cuánto duraría el traslado provisional, supuso que estaría de vuelta antes de que fuera posible certificar la recuperación del negro. Tenía la nariz rota por el puente y las dos córneas quemadas. La ceguera podía ser parcial o absoluta. Era demasiado pronto para saberlo. Dejó instrucciones acerca de los cuidados del paciente, reunió unas cuantas cosas, cogió su maletín de instrumental y se marchó sin decir a su equipo adónde iba.

Wrede seguía furioso por la pérdida de Albion Simms. El niño negro nunca tenía que haberse quedado a solas con él. Por supuesto, ha sido mi culpa por trabajar con gente sin la menor formación médica, pensó. Stephen Walsh y la señorita Jameson son también niños. Tendrán buenas intenciones, pero mira lo que he perdido. Cuando vuelva, haré que Walsh regrese a su regimiento. Y la chica tendrá que apañárselas sola.

VIII

Una locomotora los había llevado a Morehead City, y allí se embarcaron en un vapor costero para el viaje de una noche hasta City Point. Aunque el mar estaba como una balsa de aceite, Sherman preguntó: ¿Qué puede hacer para el mareo? Wrede le recetó tintura de láudano y Sherman la tomó ávidamente.

Entre otras cosas, tengo que hablar con Grant de la ejecución de un negro, dijo Sherman. Los periódicos del Sur harían su agosto con eso. Y quiero que usted observe a Grant cuando lleguemos. Dígame si tiene bien el hígado. Espero que sí. Preferiría que siga bebiendo: piensa mejor cuando está borracho. Me doy cuenta cuando escribe sus cartas bajo los efectos... son precisas, al grano, claras y hermosas de leer.

Cuando Sherman se durmió, Wrede se fue a la cubierta de proa y contempló el mar. La vida militar requería una sumisión que a él no le salía de manera natural. Ahí estaba él, a bordo de ese vapor con su maletín de instrumental como único equipaje y la obligación de atender a un general como si fuera un factótum.

Esa noche encapotada costaba ver dónde se separaba el mar del cielo. Wrede Sartorius vio, como si se reflejara, su carácter inherentemente taciturno. Sonrió, un hombre que vivía solo, sin más compañía que su mente. Llevaba casi veinte años en América y, sin embargo, no se sentía más integrado aquí de lo que se sintió en Europa. Despreciaba el Departamento Médico del ejército y ya no veía ninguna razón para compartir sus hallazgos. La guerra casi se había acabado. Había llegado el momento de dimitir de su cargo.

La residencia del general Grant no era ostentosa, pero estaba bien situada en la orilla del río James, con vistas al puerto. Era una casa. No se movía. Sartorius de pronto se encontró sentado en una butaca tapizada, con las rodillas juntas y las manos en el regazo, mientras la señora Grant, sentada delante de él, intentaba sortear cordialmente sus silencios. En algún momento de la marcha, suponía Wrede, había perdido el talento para las charlas de salón. Era una mujer encantadoramente hospitalaria, la señora Grant, una anfitriona atenta, y él apreciaba su esfuerzo por entretenerlo mientras su marido y el general Sherman se hallaban recluidos. Pero eso sí, le consultó acerca de Ulysses, que tenía problemas de espalda. Después incluso reconoció tener ella misma dificultades para respirar cuando subía una escalera.

Grant, cuando apareció con Sherman, casi lo sorprendió por su falta de atractivo: más bien bajo, fornido, con una poblada barba castaña, un hombre tranquilo a quien obviamente no le interesaba causar impresión, a diferencia de Sherman, que al parecer no podía callar ni un momento. Grant presentaba buen color, y sólo tenía los ojos un poco inyectados en sangre.

Wrede fue incluido en el almuerzo, al que asistieron doce comensales, la mayoría del Estado Mayor del Ejército del Potomac, con la señora Grant en una punta de la mesa y el general en la otra. Con la guerrera desabrochada, Grant estaba encorvado en la silla, sin comer mucho ni beber más que agua. Uley, le dijo la señora Grant, el doctor Sartorius tiene un linimento para tu espalda, si te parece. Creo que es muy amable por su parte, ¿no crees?

Tras la comida todos se pusieron en pie y Wrede no supo qué hacer cuando Grant y Sherman abandonaron la estancia y se dispusieron a salir de la casa, pero Sherman volvió y le hizo una seña, y él se fue con los dos generales, que se dirigieron al muelle y subieron a bordo del *River Queen*, un gran vapor blanco con una bandera estadounidense ondeando en la popa. Tras la viva luz del día, Wrede necesitó un tiempo para adaptarse a la tenue luz del camarote de popa, donde un hombre alto se había levantado de su silla para recibirlos. Tenía la sonrisa débil y esperanzada de los enfermos, una mata de pelo sumamente rebelde, un chal sobre los hombros y zapatillas de andar por casa, y Wrede Sartorius se dio cuenta, sorprendido, de que éste no era el líder del país visionario y resuelto cuyas fotografías se veían por toda la Unión. Éste era un hombre consumido por la vida, con dolor en la mirada y una fisonomía casi cadavérica, y pese a todo, inconfundiblemente, el Presidente de Estados Unidos.

Después de tantos meses de vida nómada en las tierras bajas del Sur, a Wrede le costaba aceptar la proximidad de Abraham Lincoln. La presencia real y el cargo mítico no casaban. Lo primero estaba aquí en un pequeño espacio, lo segundo era imposible de situar salvo en su propia cabeza. Lincoln conversaba con deferencia, con demasiada deferencia. Nadie imaginaría a un líder europeo mostrándose tan despectivo consigo mismo delante de subordinados. Había momentos en que el Presidente parecía una anciana, temerosa de la guerra y desesperada porque no se acababa nunca. General Sherman, preguntó, ¿está usted seguro de que su ejército ha quedado en buenas manos en su ausencia? Verá, señor Presidente, durante mi ausencia está al mando el general Schofield, y es un oficial muy capaz. Sí, asintió Lincoln. Seguro que lo es. Pero mantendremos nuestra pequeña conversación y no lo retendré.

Sherman estaba dispuesto a hablar de la guerra como si se hubiera acabado. Creía que para el ejército profesional en tiempos de paz no había que crear regimientos nuevos sino más bien reponer los regimientos existentes aprovechando la propia tropa. Ah, general Sherman, dijo Lincoln con una débil sonrisa, ¿cree, pues, que tenemos futuro? Sherman, que en situaciones así no tenía sentido del humor, contestó: El general Grant coincidirá conmigo en que con una buena batalla más, habremos ganado la guerra. Una batalla más, repitió Lincoln, inclinando la cabeza y cerrando los ojos.

El general Grant preguntó por la señora Lincoln, y el Presidente se disculpó un momento para ir a buscarla, y entonces Grant se acercó a Sartorius. El Presidente

parece haber envejecido diez años. ¿Qué panacea tiene para animarlo? ¿Tiene algo? Esto es difícil para todos, pero nosotros estamos en el campo de batalla. Él no puede hacer otra cosa que esperar nuestras noticias, sentado en Washington sin la euforia que da una buena batalla.

Antes de que Wrede pudiera contestar, el Presidente volvió y anunció que la señora Lincoln estaba indispuesta y había pedido que la disculparan. El Presidente abrió entonces los ojos de párpados caídos y dirigió a Sartorius una mirada alarmanamente reveladora. A continuación se produjo un silencio incómodo.

En ese momento, el Presidente y sus generales se retiraron a otro camarote. Sartorius empezó a ir de un lado al otro, procurando no interpretar el sonido de la conversación que atravesaba la pared. No oía las palabras exactas, pero sí las voces: los murmullos del Presidente con su voz de barítono, las ocasionales palabras roncadas de Grant y las exclamaciones más sonoras de Sherman, que parecía el advenedizo que aseguraba a sus superiores que lo tenía todo bajo control.

Finalmente se abrió la puerta del camarote y Sartorius, que estaba de pie cuando entraron, tomó conciencia en ese momento de lo alto que era el Presidente. Casi rozaba el techo con la cabeza. Tenía unas manos enormes y pies grandes y torpes; remangado, dejaba a la vista el vello negro y rizado en los antebrazos. La gran cabeza estaba en proporción a su tamaño, pero intensificaba los rasgos, de modo que había cierta belleza en su fealdad, con la boca ancha, profundas arrugas en las comisuras, una nariz prominente, orejas largas y ojos que parecían a punto de desaparecer bajo los párpados caídos. Sartorius pensó que la fisonomía del Presidente podía indicar algún tipo de enfermedad hereditaria, un síndrome de extremidades hipertrofiadas y rasgos toscos. El envejecimiento prematuro podía ser otro síntoma. Eso explicaría el aspecto angustiado, con los pesares de su cargo agravados por la enfermedad.

Lo más importante, decía el Presidente, a modo de conclusión, es que no debemos enfrentarnos a ellos con una severidad tal que la guerra siga en sus corazones. Queremos que los insurrectos vuelvan a considerarse ciudadanos de Estados Unidos.

En ese momento apareció finalmente la señora Lincoln, una mujer robusta con el pelo recogido y muy tirante en torno a un rostro redondo y una mirada llena de celos indiscriminados. Apenas consciente de la presencia de los generales de visita, y no digamos ya de Wrede, fue derecha a su marido y le habló de algún plan que tenían para ese mismo día, como si allí no hubiera nadie más. A continuación, frunciendo el entrecejo en respuesta a una molestia invisible, se fue tan repentinamente como había llegado, dejando abierta la puerta del camarote al salir, que Lincoln se acercó a cerrar.

A los generales, que se habían puesto en pie para saludarla, no se les ocurrió otra cosa que reanudar la conversación.

Wrede se sorprendió al descubrir ante sí al Presidente. La extraña agitación que le sobrevinía a uno cuando el señor Lincoln le dirigía la palabra casi impedía prestarle atención. Había que apartar la mirada para poder escuchar. El general Sherman me

dice que usted es lo mejor que tiene, dijo el Presidente. Ya sabe, coronel, que esta guerra ha sido tan dura para la señora Lincoln como para el más veterano soldado exhausto por la batalla. Me preocupan los nervios de mi esposa. A veces pienso que ojalá pudiera disfrutar ella de las ventajas del pensamiento médico más moderno, el mismo del que dispone cualquier soldado herido en nuestros hospitales militares.

Sólo unos minutos después, cuando Wrede Sartorius acompañó al general Sherman al vapor que aguardaba para el viaje de regreso, se le dio a entender en qué consistía un deseo presidencial. Lo siento, coronel, dijo Sherman. Pero para usted se acabó la marcha. Ha sido asignado a la oficina de la dirección general de Sanidad en Washington. Viajará con el séquito del Presidente.

Sherman hizo ademán de embarcar, pero de pronto se volvió. A veces se dan incongruencias trágicas en la vida de un hombre, dijo. Y así es como un gran líder nacional padece un matrimonio con una neurasténica desagradable. Es verdad que perdieron un hijo. Pero yo también, y el general Hardee. Todos nuestros Willies se han ido. Pero mi esposa, Ellen, es firme como una roca. No me acosa con sus celos y sospechas cuando tengo que atender una crisis nacional. Haré que le envíen sus pertenencias. Suerte, dijo Sherman, y recorrió la pasarela.

En City Point, Sartorius se compró ropa y una maleta donde llevarla y se fue al *River Queen* para el viaje a Washington. Tenía que aceptar su situación, no le quedaba más remedio. Puede que el señor Lincoln se haga ilusiones acerca de la calidad de la atención en los hospitales militares, pensó. Si es así, sólo son ilusiones.

No tengo ninguna panacea: ninguna. Tengo unas cuantas hierbas, y pociones, y una sierra para cortar miembros.

No podía dejar de pensar en el Presidente. Parte de lo que sentía empezaba a convertirse en veneración. En retrospectiva, la humildad del señor Lincoln, que Wrede había percibido como debilidad, ahora parecía un favor a sus invitados, para que no vieran el páramo oscuro donde habitaba. Tal vez su tormento era el punto donde convergían sus seres público y privado. Wrede se entretuvo en el muelle. La capacidad moral del Presidente hacía difícil estar en su compañía. Para explicar su mal aspecto, la preocupación por lo público reflejada en la frente, no bastaba con un síndrome heredado. Un diagnóstico correcto no pertenecía al ámbito de la ciencia. Su dolencia, al fin y al cabo, podían ser las heridas de la guerra que había asumido como propias, la personificación del sufrimiento acumulado de este país desgarrado.

Wrede, que había asistido a toda clase de muertes en el campo de batalla, no recordaba haber sentido tal tristeza por otro ser humano. Permaneció en el muelle, reacio a embarcarse. En ese momento, la vida le pareció llena de siniestros augurios.

IX

Cuando las locomotoras entraron con un chirrido en la estación de ferrocarril de Goldsboro, sus ruidos estridentes se percibieron como una fanfarria. Los soldados formaron filas antes de recibir la orden. Pronto se mostraban unos a otros sus flamantes guerreras y pantalones azules. Se maravillaban con los fusiles de repetición que salían de las cajas, lubricados y relucientes. Pisaban encantados con sus botas de suela gruesa. Encomendaron sus harapos y zapatos gastados a pequeñas hogueras festivas. Los músicos de la banda recibieron pieles nuevas para sus tambores, lengüetas nuevas para sus clarinetes, y el intendente general fue loado por todos como el mejor oficial del ejército. También había llegado correo, y las soldadas del pagador, y tras las semanas de descanso en el campamento, y con el equipamiento renovado, y las cartas de casa, y la paga en los bolsillos, los noventa mil hombres que partieron puntualmente de Goldsboro el 10 de abril estaban descansados, reabastecidos y dispuestos a acabar la guerra.

Desplegándose desde sus campamentos, el ejército se extendió lentamente a lo ancho de una franja de sesenta kilómetros a orillas del río Neuse, y por carreteras que atravesaban fértiles campos de maíz verde y joven. A lo largo de la fila de carromatos que avanzaban pesadamente corrió la noticia de que Lee había sido expulsado de Petersburg y Richmond. Eso explicaría las ovaciones que llegaron a Stephen y Pearl flotando por encima de las colinas. Ahora el propósito de la marcha era muy sencillo. No habría una gran conversión hacia el noreste y Richmond. Iban a Raleigh y al encuentro del ejército rebelde del general Johnston.

Stephen y Pearl estaban demasiado preocupados para participar del buen humor reinante. Al no volver el doctor Sartorius, otro coronel del Departamento Médico había unido su dispensario al suyo. Como Stephen no tenía nada que acreditara que era enfermero militar, recibió la orden de volver con su regimiento original. Y como Pearl era una voluntaria civil, se le dijo que no la necesitaban y la enviaron a casa, dondequiera que estuviese. Pearl estaba asustada, pero Stephen dijo: Tú tranquila, así que habían hecho caso omiso a las órdenes. Stephen conocía el ejército mejor que ella. Sabía que, en la confusión por la llegada del equipamiento nuevo para las tropas y la reorganización administrativa impuesta por el general Sherman, el caos les permitiría hacerse un lugar en la marcha. Y eso era más necesario que nunca, ya que tenían a Calvin Harper a su cargo. Cuando un destacamento del Departamento Médico se llevó las dos ambulancias y el carromato de material asignados a Sartorius, Stephen había preguntado al teniente al mando qué debían hacer con el negro que estaba allí con los ojos vendados. Es todo tuyo, hijo, contestó el teniente. Pero eso no bastaba para quedarse tranquilos. Podía presentarse otro teniente, o capitán o general, diciendo otra cosa. Por supuesto, Calvin les había contado todo lo sucedido. Pearl

casi se echó a llorar porque este hombre que tanto amaba tomar fotografías tal vez no recuperaría la vista. El doctor Sartorius había dicho que era posible. Y no pasaba ni una hora sin que Calvin Harper se levantara el borde de la venda para comprobar si la vista le había mejorado. Veo luz, nada más. Nada más que luz. David lo observaba atentamente, y fue él mismo quien tuvo la idea de coger a Calvin de la mano para que pudiera moverse sin hacerse daño.

Si bien es cierto que Calvin Harper había prevenido al general Sherman y, de un modo más coherente, al coronel Teack, de que el hombre detrás de la cámara era un soldado rebelde, sabía que el general más importante del ejército, con todo lo que tenía que hacer, nunca se tomaría la molestia de declarar, y era poco probable que el coronel, que también había resultado herido, atestiguara a su favor. La única posibilidad que tengo, les dijo Calvin, es que soy negro y con todo lo que está pasando, se olviden de semejantes menudencias. Ésa es la única posibilidad.

Stephen pensó que quizá tenía razón. Era una multitud, ese ejército, y la guerra se estaba apagando rápidamente de tal manera que se relajaba la disciplina militar. Los generales, previéndolo, habían creado una burocracia nueva con la esperanza de controlar la situación. El ala derecha era ahora el Ejército de Tennessee, la izquierda el Ejército de Georgia y la nueva columna de la costa era el Ejército de Ohio. ¿Y eso qué significaba? Había cuerpos, divisiones, brigadas, destacamentos, todos con su estandarte de batalla y distinguiéndose unos de otros por motivos administrativos que estaban fuera del alcance del soldado raso que marchaba bajo el sol. Stephen ni siquiera sabía si su antiguo regimiento seguía siendo el 102 de Nueva York. Podían pasar kilómetros sin que pudiera adivinarse el final de una procesión de tropas y caballos y carromatos. Un águila planeando a gran altura en los vientos de abril sólo vería una sinuosa franja de color azul iridiscente, parecida a las tierras anegadas por un río. Stephen propuso incorporar el carromato de Josiah Culp Fotografía con licencia de Estados Unidos y, sentado en el pescante del cochero con su nuevo uniforme azul, esperaba no necesitar más credenciales.

El único problema era *Bert*.

Habían ocupado un lugar hacia el final de la caravana, a tantos kilómetros del cuerpo de vanguardia que no oían los habituales ruidos de las escaramuzas conforme la caballería rebelde arremetía, se replegaba y volvía a arremeter. Sólo les llegaba el susurro de la brisa de abril y los chirridos de los carromatos y el continuo chacoloteo de los cascos en la dura carretera de tierra. Pero a la mula *Bert* no le gustaba caminar detrás de un carromato y delante de otro. Se plantaba una y otra vez y detenía a los que venían detrás. Intentaba desviarse de la procesión y adentrarse en los maizales. Cuando la caballería pasaba al galope demasiado cerca por la carretera, *Bert* levantaba la cabeza y enseñaba los dientes y rebuznaba.

A esta mula tuya, gritó Stephen hacia el tendal del carromato, no le gusta el viaje. *Bert* es así, contestó Calvin. Siempre ha sido cabezota. Para mí es como un viejo

amigo. Déjame hablar con él y veré qué puedo hacer.

No es una buena idea, dijo Stephen. Creo que será mejor que te quedes ahí escondido.

Poco después llegaron a un arroyo donde habían volado el puente y los ingenieros habían tenido que tender los habituales pontones. La corriente era rápida y los pontones se balanceaban un poco y, como no le gustó el sonido hueco de sus propios cascos, *Bert* estuvo a punto de lanzarse al agua a sí mismo y al contingente de Josiah Culp Fotografía con licencia de Estados Unidos.

Stephen consiguió obligarlo a pasar, pero enseguida se desvió de la carretera y se detuvo con *Bert* junto a un pino.

Pearl se bajó de un salto. ¿Qué vamos a hacer?

Esperaremos. Pronto pasarán con los caballos y las mulas de repuesto. Cambiaremos a este animal por una mula del ejército.

¿Y quién va a quererlo?

Pues en ese caso intentaré sacarles una como sea.

Tienes que comprarla, dijo Pearl. Nadie te va a regalar una buena mula del ejército.

Se miraron. Stephen no había ido a buscar su paga. Habría sido la manera más segura de acabar en su regimiento. Pearl sacó del bolsillo el pañuelo con el águila.

Oye, no, dijo Stephen. Ya has dado la otra.

Da igual. Calvin, gritó, ¿dónde dices que vives? En Baltimore, fue la respuesta.

Vamos a comprar una mula, Calvin. Esta tuya nunca verá Baltimore.

Se hizo un largo silencio. De acuerdo, contestó Calvin.

Bobby Brasil, con la avanzada en el pueblo de Smithfield, de pronto se encontró bajo fuego rebelde. Los fogonazos procedían de almacenes y ventanas de los segundos pisos. Un rebelde disparaba desde el campanario de una iglesia. Brasil dobló una esquina y al final de la calle vio una barricada y escondió la cabeza a tiempo. Un proyectil estalló justo allí donde había estado él, y cuando se despejó el humo, había un boquete en la calle. Lo habían ascendido a sargento por haber sobrevivido a dos predecesores. Su sección se componía de jóvenes campesinos. Agazapados al amparo de un callejón, estaban totalmente desorientados. Se suponía que la guerra se libraba desde zanjas y detrás de árboles, a través de ríos y en ciénagas. No en calles. No de un edificio a otro. Tenéis suerte, palurdos, les aseguró. Bobby J. Brasil ha luchado en las calles desde que aprendió a caminar. Es el terror del barrio de Five Points y el azote de Centre Street. Ya era hora de que esta guerra se volviera civilizada.

Al frente de sus hombres por el callejón, los llevó a una zona de vertederos y anexos. Saltaron vallas de madera, reventaron la puerta trasera de una ferretería vacía y salieron por la puerta de delante, rebasando la barricada. Desde el porche, empezaron a disparar. Antes de que los rebeldes se dieran cuenta de lo que ocurría,

los abatieron a tiros, al menos a media docena, incluidos los dos artilleros que manejaban el cañón Parrot. Una vez tomada la barricada, Brasil y sus hombres recibieron el saludo de los soldados de caballería que pasaron por delante.

Cuando se presentaron en la plaza Mayor, ya habían empezado a llegar casacas azules de todas direcciones. Habían tomado Smithfield. Los hombres lanzaron vítores, y tras dar vueltas por el pueblo durante unos veinte minutos, volvieron a reunirse para proseguir la marcha.

En el extremo occidental del pueblo, los rebeldes habían quemado el puente del río Neuse. La marcha se detuvo, y los hombres se sentaron en la ladera del monte. Los palurdos fumaban sus pipas, y Brasil, acostado con las manos detrás de la cabeza, contemplaba el cielo mientras los ingenieros traían los pontones. Brasil empezaba a disfrutar con el mando, aun cuando fuera con esos nueve desdichados holandeses que le habían caído en suerte. Semejante hecho lo habría avergonzado incluso un mes antes, pero tenía que reconocer que se había convertido en un buen soldado. Había desarrollado, al parecer, un sentido de la responsabilidad que no sabía de dónde le venía. Su concepto de la vida militar ya no era exclusivamente personal, ya no se trataba de velar sólo por sí mismo en todas y cada una de las situaciones. Se rio, pensando en lo que dirían su padre o sus tíos, ya que la familia Brasil simpatizaba con el Sur. Pero un ejército tenía su interés y Brasil empezaba a enorgullecerse de él, como si de algún modo le perteneciera, o él al ejército. Pensó que se le daría bastante bien estar al mando de una compañía o incluso un regimiento. Sabía que sólo los que iban a West Point podían ser generales, pero en un ejército había mucho más que generales.

Una vez cruzado el río, la marcha prosiguió por la carretera de Raleigh. Pasaron ante granjas reducidas a cenizas, cosechas pisoteadas. Niños descalzos y medio desnudos, con el pulgar en la boca, miraban a los soldados desde los porches. En los campos, a lo lejos, se veía de vez en cuando alguna que otra plantación, con los postigos cerrados y sin la menor señal de vida. A lo largo de toda la marcha, aparecían negros por la carretera para caminar con las tropas y bailar y vocear y alabar al Señor.

Brasil se dio cuenta de que era feliz. Se sentía realizado: su naturaleza rebelde nunca lo había recompensado con semejante sensación.

Se detuvieron temprano a acampar en las praderas a unos quince kilómetros al este de Raleigh. Apilaron los fusiles, plantaron las tiendas y encendieron las hogueras. Algunos hombres bajaron al río a refrescarse los pies. Brasil estaba sentado delante de su tienda, pensando en bajar él también, cuando oyó un ruido que no consiguió identificar. Desde luego no eran disparos, era un sonido desapacible pero más bien bajo, como el viento en la rendija de una ventana. Pero de pronto sí oyó disparos de mosquete, y cogió el fusil y se levantó porque ahora el sonido era más fuerte, y oía voces, y parte del ruido consistía claramente en alaridos, y se acercaba,

procedente del este, de Smithfield, donde aún permanecía el grueso del ejército. Los soldados de su compañía se habían puesto en pie. Algunos subieron corriendo del río, y todos preguntaban a todos qué demonios sucedía. Y entonces oyeron el toque de los clarines, los resoplidos de las tubas y los bocinazos de las trompetas de la banda militar, y aquello no tenía nada de musical, era una locura, ese ruido era de tazas de hojalata contra platos de hojalata, y parecía que en el ejército todo el mundo sabía qué pasaba excepto Bobby Brasil, hasta que apareció un oficial de caballería, agitando el sombrero, el caballo encabritado y caracoleando, y él gritaba ¡Arre! a voz en cuello, y luego un par más hicieron lo mismo, sin la dignidad propia de su rango, pensó Brasil, hasta que oyó las palabras exactas, o las interpretó a partir de los aullidos y sombreros que volaban por los aires, y soldados idiotizados que bailaban en parejas, y ahora parecía que un gran coro masculino y ronco resonaba por los montes, con los mosquetes disparando hacia el cielo como petardos y las voces de todo el Ejército del Oeste reverberaban en el suelo bajo sus pies igual que las notas graves y profundas del órgano de una catedral como si hasta Dios celebrase la rendición. Porque era eso: Lee se había rendido, y aquello se había acabado, ¡la maldita guerra se había acabado! Tal era el estruendo que ahuyentaba a los pájaros de los árboles, mandaba a los conejos a sus madrigueras, a los zorros a sus guaridas, a los rebeldes a sus escondrijos. Brasil se desplomó en el suelo y, sentado con las piernas cruzadas al estilo indio, se tapó los oídos con las manos para poder oírse dar gracias a Dios por haberle permitido sobrevivir. Te doy gracias, Señor, por dejar vivir a este chico de ciudad sí, estaba loco de alegría, claro, y en ese momento pasó alguien y lo puso en pie y pronto él también daba alaridos y bailaba con los demás, y se reunió con el comandante de su compañía, que repartía tragos que sacaba de su tienda, y brindó con su taza de hojalata por el padre Abraham y una vez más por el Tío Billy Sherman y una vez más por el Gran Ejército de la República, mientras bajo su sonrisa pensaba que maldita su suerte porque la guerra había acabado justo cuando por fin había encontrado algo en qué creer.

La orden especial de campaña de Sherman anunciando la rendición del general Lee con todo su ejército ante el general Grant el día 9 de ese mismo mes en el palacio de justicia de Appomattox, Virginia, no significaba que no quedase trabajo por hacer. Faltaba ver si Joe Johnston diseminaría sus efectivos y llevaría a cabo una larga campaña: una marcha interminable, por así decirlo, ante la cual las de Georgia y las Carolinas no habrían sido más que un prelude, con cada vez más tierras por asolar y saquear. Gloria a Dios y a nuestro país, había dicho Sherman en su mensaje a la tropa, y todo el honor a nuestros compañeros de armas. Pero dio orden a la caballería de Kilpatrick de que acudiera en avanzada a Raleigh, y planeó un recorrido hacia el sur para su cuerpo de infantería a fin de impedir que Johnston huyera en esa dirección. Cuando todavía estaba en Smithfield, recibió a una atemorizada delegación civil procedente de Raleigh con la intención de solicitar protección para su ciudad. Eran

cuatro concejales consternados a quienes Kilpatrick había sometido a un obstruccionismo brutal antes de autorizarlos a salir de la ciudad. Sherman tuvo que reconfortarlos y asegurarles que, dado que la guerra casi había terminado, la ocupación de su localidad sería pacífica y el gobierno civil seguiría al frente de sus responsabilidades. Pero ¿qué demonios le pasa a Kilpatrick?, preguntó después Sherman a su ayuda de campo, el comandante Dayton. Cualquiera diría que Kil no quiere que acabe la guerra. Pero se rio y frotó las manos. Y si los concejales se presentan con una bandera blanca, ¿puede Joe Johnston estar muy lejos?

El 13 de abril, Sherman entró en Raleigh y, tras instalarse en la mansión del gobernador, escribió órdenes para que las columnas se movilaran hacia Asheville a través de Salisbury y Charlotte. Después se reclinó y esperó. En efecto, al día siguiente recibió por mediación de Kilpatrick, que estaba acampado a cuarenta kilómetros al oeste, una carta del general Johnston entregada bajo una bandera de tregua. Johnston quería hablar del cese de hostilidades. Sherman pidió a Moses Brown una copa de coñac, encendió un puro y dictó al comandante Dayton una respuesta que fue lo que más tarde definió como la experiencia más placentera de su vida al escribir una carta. El acuerdo consistió en suspender todo movimiento militar, y en que los ejércitos permanecieran donde estaban, mientras los dos generales se reunían en la carretera entre la vanguardia de la Unión en Durham y la retaguardia de los Confederados en Hillsboro. Sherman decidió acicalarse para la ocasión, cepillándose el uniforme y permitiendo que Moses Brown le lustrara las botas y le diera una camisa limpia. El 17 de abril, a las ocho de la mañana, cuando estaba a punto de subirse al tren con destino a Durham, el telegrafista se acercó corriendo desde su oficina encima de la estación con un telegrama del secretario Stanton, en Washington. Todavía no era más que puntos y rayas, pero si el general retenía el tren unos minutos podría transcribirlo.

Sherman se paseó de un lado al otro en la sala de espera, al tiempo que su euforia disminuía por momentos. No le había gustado la expresión del telegrafista. Cuando por fin recibió el telegrama, su humor se había ensombrecido y convertido en una premonición. No sé cómo pero yo ya lo sabía, escribió después a su mujer. Stanton siempre fue un portador de malas noticias.

El presidente Lincoln había sido asesinado. Un criminal se había acercado a él por detrás en su palco del teatro y le había descerrajado un tiro en la cabeza. El secretario de Estado Seward había sido gravemente herido en otro atentado. No se sabía el número de conspiradores, y al parecer también habían planeado matar al general Grant y a él mismo. Le ruego, escribió Stanton, que tenga dicha información más presente que el señor Lincoln.

Sherman dobló las hojas y se las guardó en el bolsillo. Demasiado tarde, Stanton, pensó. Conmigo ya lo intentaron. Y fallaron. Ojalá hubieran acertado. Ojalá hubieran fallado con el Presidente y acertado con Sherman.

El telegrafista seguía allí. Sherman preguntó: ¿Ha visto esto alguien más, aparte de usted? No, señor, contestó el hombre. Bajo ningún concepto, dijo Sherman, debe hablar o aludir a esto o dar siquiera la impresión de que conocía su contenido. A nadie, ¿entendido? Sí, lo entiendo, repuso el telegrafista. Usted reside en esta ciudad, ¿no es así? Si corre la voz antes de que yo vuelva, si el ejército se entera, las consecuencias para esta ciudad serán inimaginables. Lo entiendo, general, dijo el telegrafista. No hace falta que me lo explique. En la estación de Durham, Sherman fue recibido por Kilpatrick, y provisto de un caballo, y con una sección de soldados de caballería como escolta, y siguiendo a un único jinete con una bandera blanca, enfiló por la carretera en dirección a Hillsboro. Había llovido la noche anterior y los campos olían a fresco y la hierba en el borde de la carretera estaba salpicada de gotas de lluvia que relucían y chispeaban al sol. Las lilas estaban en flor, y el aroma a pino sugería una tierra libre de sangre y guerra. Sherman vio avanzar por la carretera una imagen idéntica a la de su séquito, con las dos banderas blancas que se acercaban meciéndose. Y allí estaba Joe Johnston, que se quitaba el sombrero, así que yo también me descubriré.

Los dos generales se reunieron a solas en una pequeña granja mientras sus oficiales permanecían fuera y el dueño se retiraba a su granero, asegurando a su atribulada mujer y a sus cuatro hijos pequeños que algún día su casa sería un museo y vendrían los turistas en tropel a ver dónde se había pactado el final de la guerra.

Johnston, un hombre mayor con bigote cano y barba de chivo y uniforme gris impecablemente entallado, se quedó a todas luces estupefacto cuando Sherman le entregó el telegrama. Gotas de sudor le asomaron en la frente. Doy por hecho, murmuró, que no acusarán de este vil crimen al gobierno confederado. Jamás a usted, contestó Sherman, ni al general Lee. Pero yo no diría lo mismo de Jefferson Davis, y de otros hombres de su calaña. Esto es una vergüenza para nuestros tiempos, dijo Johnston. Siempre me ha parecido que el presidente Lincoln era un hombre capaz de mostrar compasión y tolerancia. Que si la guerra acababa mal para nosotros, él impondría condiciones justas y caritativas.

Los dos generales permanecieron un rato en silencio. Esto le complica mucho las cosas, señaló Johnston. Nos las complica a los dos, repuso Sherman. En ese momento reconoció en Joe Johnston la formación de West Point que creía también evidente en él, y que había permanecido durante todos esos años en el ejército sin que se hubiera parado a pensar en ello. La manera de sentarse en la silla, su dicción, la gravedad de su porte, inculcado todo ello sólo en aquellos cuyas responsabilidades serían las de un general: todo eso le recordó las clases, la instrucción militar, los cursos de táctica, el estudio de guerras extranjeras y la memorización de versos homéricos. De pronto, Sherman sintió una gran simpatía por ese enemigo, ese astuto viejo zorro de ojos pequeños y brillantes y nariz de pinzón. Había un vínculo de reconocimiento entre ellos, y es que los dos eran de la misma escuela. Los dos eran militares excelentes. Ese general, un enemigo, le inspiraba más confianza que sus superiores de

Washington: Stanton, Andrew Johnson ¿el supuesto Presidente nuevo?, toda la camarilla de políticos de Washington que despertaban en él recelos, por no decir más, acerca de sus intenciones.

Ahora que Lee se ha rendido, dijo Sherman con toda la delicadeza de la que fue capaz, usted puede hacer lo mismo con honor y dignidad. La otra vía no es factible, ¿no? No le queda gran cosa con la que plantar cara a mi ejército.

Johnston se pasó la mano por los ojos. Sí, coincidió, seguir no sería guerra, sino asesinato.

Aun así, tenían que poner manos a la obra. Pero Sherman estaba exultante, rebosaba la generosidad del vencedor. Asumió la caridad y tolerancia del presidente difunto como si se las hubieran legado en testamento. Siempre había dicho que tal como había sido implacable en la guerra, sería un amigo igual de perseverante cuando el Sur depusiera las armas. Así que, poco a poco, durante esta conversación y las que se sucedieron, no se daría mucha cuenta de que, en su euforia, concedió más a Johnston de lo que Grant había concedido a Lee. El acuerdo alcanzado sería revocado furiosamente en Washington, y el propio Grant tendría que ir a Carolina del Norte a poner las cosas en su sitio. Ahora, sin embargo, Sherman estaba en trance con las negociaciones. Los temas que debían tratar eran numerosos. ¿Qué otros ejércitos sureños desplegados en Alabama, Louisiana y Texas podían incluirse en la rendición de Johnston? ¿Qué armas podrían conservar los oficiales y los soldados? ¿Qué garantías se exigirían para la restitución de la ciudadanía? ¿Cuáles serían los derechos de propiedad legales de los insurgentes que se rendían? ¿Qué raciones se darían a los veteranos confederados para que no asolaran los campos de camino a casa? ¿Y Jefferson Davis y su gabinete? ¿Se les concedería una amnistía?

Y así fue como la guerra se redujo a palabras. Ahora se libraba con terminología en una mesa. Se disputaba con frases. Trincheras y asaltos, redobles de tambor y toques de clarín, marchas, emboscadas, incendios y batallas campales se metamorfosearon en sustantivos y verbos. Está todo muy silencioso, dijo Sherman a Johnston, quien, sin acabar de entender, levantó la cabeza para escuchar.

Aquí, en el lenguaje hablado y las palabras escritas, no hay cañonazos ni metralla, pensó Sherman. El lenguaje es guerra librada por otros medios.

Sólo después, entrada la noche, sentado al amor de la lumbre en la casa donde lo alojaron, Sherman sintió una envidia especial por Joe Johnston y el Sur que representaba. Qué inquietante. Con una mano, Sherman sostenía el puro, con la otra la copa de coñac. Miraba el fuego. Eso es lo que tenía el fin de la guerra, que una vez acabados los vítores, uno se sentía dividido. Sin duda, tu causa era justa. Sin duda, podías beber tu cáliz de orgullo. Pero la victoria era algo ambiguo y ensombrecido. Yo seguiré cuestionándome mis acciones. Mientras que el general Johnston y sus colegas de la causa injusta, ahora llenos de amargura y derrotados, habrán sublimado

un estado de agravio justificado que les dará poder durante un siglo.

Tras informar a sus generales de la muerte del Presidente y ordenar ciertas medidas cautelares, Sherman dio a conocer la noticia a las tropas en una Orden Especial de Campaña: El general al mando anuncia con pena y dolor que la noche del 14 del corriente, en el teatro de la ciudad de Washington, su Excelencia el Presidente de Estados Unidos, el señor Lincoln, fue asesinado por un hombre que pronunció el lema del estado de Virginia. Como había previsto, un gran grito de dolor e ira se elevó en los campamentos. Pronto miles de hombres, sin que nadie los dirigiera, y encolerizados en medio del desorden, ahora ya no un ejército sino lo que en rigor se consideraría una sublevación, avanzaron hacia Raleigh con la intención de reducir la ciudad a cenizas. Se vieron convertidos en una turba enfrentada a las líneas del Cuerpo Decimoquinto bajo el mando del general John Logan, las calles bloqueadas por la artillería y las filas de bayonetas de sus propios camaradas fijas y apuntándolos. El propio Logan, montado en un gran semental, se paseaba ante las líneas. Una y otra vez ordenó a los hombres que regresaran a sus campamentos. No lo mataron en Raleigh, gritó Logan. Nuestro presidente no fue asesinado por alguien que vivía en esta ciudad. No lo hizo nadie de aquí, ¡vuelvan al campamento! Den media vuelta, den media vuelta, ¡es una orden!

Con la misma prontitud con que el sentimiento general había pasado del júbilo por la rendición de Lee al dolor y la ira explosiva, se disolvió ahora para convertirse en calma, conforme los hombres, abochornados, cuchicheando, se dispersaban lentamente y volvían a sus campamentos. Como la situación seguía tensa, Sherman apostó guardias en los campamentos y patrullas en las calles de la ciudad.

Al llegar a Washington, Wrede Sartorius se había presentado en la oficina de la Dirección General de Sanidad y se le asignó el Hospital General del Ejército de Estados Unidos. Instalado en su propio quirófano y su propia ala, con un ayudante de cirugía y un equipo de enfermeros militares, pronto empezó a desarrollar la misma labor que había llevado a cabo como cirujano militar en campaña. Aquí, sin embargo, muchas de las crisis eran postoperatorias, donde había que realizar más cirugía para retirar tejido gangrenado, o amputar miembros que no habían respondido a una resección. Y una mayor proporción de pacientes, veteranos del Ejército del Potomac de Grant, sufrían más trastornos miasmáticos, fiebres eruptivas o enfermedades sociales degenerativas de los que había visto en el ejército de Sherman.

Durante casi dos semanas, Sartorius no tuvo noticias de la Casa Blanca, cosa que para él fue un alivio. Hasta que por fin, a última hora de la tarde del 14 de abril, recibió la visita de un secretario de la Presidencia: ¿Sería el coronel Sartorius tan amable de acompañar al Presidente y la señora Lincoln al teatro esta noche? Esa misma tarde había llegado un gran número de pacientes trasladados de uno de los hospitales de campaña de Grant. Eran hombres heridos, lamentablemente, en las

últimas escaramuzas con el ejército de Lee. Muchos de ellos habían sido mal atendidos en los hospitales de campaña, y Sartorius, saturado de trabajo, con su delantal de goma manchado de sangre, declinó la invitación. El secretario, un joven teniente, le confió que varias personas ya habían rechazado la invitación del Presidente, incluidos los Grant, el secretario Stanton y su mujer y otras dos o tres parejas. Lo siento, se disculpó Sartorius. Tal vez sea porque es Viernes Santo, dijo el secretario al marcharse.

Más tarde, esa misma noche, mientras Sartorius seguía trabajando, llegó la noticia de que habían atentado contra el Presidente. Sartorius y otro médico de guardia encontraron enseguida un coche de punto y acudieron al lugar. El Presidente había sido trasladado a una casa frente al teatro. Estaba tumbado en diagonal en una cama demasiado corta para él, en una pequeña habitación, y lo atendían ya varios médicos, incluido el director general de Sanidad. La única luz venía de una trémula lámpara de gas. Sartorius se abrió paso con cierta brusquedad y se arrodilló para examinar la herida, un diminuto orificio detrás de la oreja izquierda. La señora Lincoln, sentada en el borde de la cama, lloraba con las manos del Presidente entre las suyas. Alguien tendió una mano por delante de Sartorius y retiró un coágulo de sangre, no el primero, que se había formado en la herida. Eso, y cometer el error de llevar coñac a los labios del Presidente, por lo que casi se atragantó, amén de ponerle bolsas de agua caliente en los pies, y registrar sus signos vitales en gráficos, era lo único que podían hacer todos esos médicos que lo atendían.

Le habían quitado la camisa. Allí arrodillado, Wrede observó contracciones pectorales espasmódicas que causaban una pronación del antebrazo, un cese de la respiración e inmediatamente después una espiración violenta. Tenía una pupila contraída como la punta de un alfiler, la otra totalmente dilatada. Wrede se puso en pie y se encolerizó de pronto por el excesivo número de médicos en esa pequeña habitación. El Presidente respiraba cada vez con mayor dificultad. La señora Lincoln, al oír ese estertor, exclamó: Ay, Abe, Abe, y se dejó caer en la cama. Wrede dijo en voz alta a la silenciosa concurrencia: No hay nada que hacer, le queda una hora como mucho. Sus conocimientos médicos ya de nada sirven. Deberían salir todos de aquí. Déjenlo en paz: no necesita público en su muerte. Y sin escuchar las respuestas escandalizadas de sus colegas, Wrede se abrió paso entre ellos por el pasillo y hasta la puerta, y salió a la calle. No tenía ni idea de adónde iba. Era una noche húmeda, y los faroles de gas llameaban y se debilitaban en la niebla.

Cuando el coronel Teack se enteró de la muerte del Presidente, decidió que si habían atentado contra el señor Lincoln y el general Sherman en tan breve período de tiempo, tenía que ser una conspiración. No habían interrogado al rebelde antes de ponerlo delante del pelotón de fusilamiento, y ése fue otro error del general. Cuando sucede algo así, uno averigua todo lo que puede. Quiere saber si sólo ha sido obra de un loco rebelde o si ha recibido órdenes. Presentarse de ese modo, como un fotógrafo

con licencia, había sido muy astuto por su parte.

Teack se levantó de la cama, y aunque todavía estaba dolorido, y posteriormente se le había debilitado el brazo, fue a ver al capitán de la policía militar y ordenó que llevasen ante él al negro que trabajaba para el fotógrafo.

No sabemos dónde está ese negro, dijo el capitán de la policía militar. Nunca ha estado en nuestras manos. Fue entregado al Departamento Médico.

¿Por qué?

El hombre que iba con él le pegó un tiro, señor. No podemos hacerle comparecer hasta que el médico le dé el alta. ¡Pues busque al médico!

Ojalá pudiéramos. El coronel Sartorius se ha ido. Han reasignado su dispensario.

Esto no me gusta, dijo Teack. No me gusta nada. Ese negro tiene que estar en alguna parte. Además iban en un maldito carromato, ¿y ahora dónde está?

Señor, con tanta confusión...

Él me dijo algo, sabía qué estaba pasando, señaló el coronel Teack. Lo encontraré. Usted dice que está herido. ¿Adónde puede haber ido? Iré a buscarlo yo mismo si es necesario.

Mientras seguían las negociaciones, con el general Grant que había llegado discretamente a Raleigh para volver a redactar las condiciones demasiado generosas concedidas por Sherman —por ejemplo, no había nada que exigiera a los rebeldes acatar la Emancipación—, era evidente que la tregua podía expirar antes de llegar a un acuerdo, de modo que los soldados de ambos bandos tendieron gradualmente hacia una paz forjada por ellos mismos. Nadie quería volver a marchar hacia el Sur, y hacía tiempo que las tropas confederadas se habían dado cuenta de que su causa estaba perdida. La disciplina se relajó, y en algunos campamentos entre Raleigh y Durham Station los combatientes llegaron de hecho a confraternizar, y soldados rebeldes en harapos empezaron a acercarse poco a poco, desarmados, y a sentarse ante las hogueras con sus iguales de la Unión. Las raciones en el ejército de Johnston eran escasas y los muchachos rebeldes tenían hambre, y muchos soldados de la Unión compartían sus víveres. Azules y grises podían departir asimismo de las batallas en las que habían participado como algo que habían hecho juntos, como algo compartido.

Stephen Walsh consideraba que todo esto beneficiaba el plan concebido por él, Pearl y Calvin. Para preparar el viaje hacia el Norte, Stephen se había convertido en una suerte de unidad de aprovisionamiento y a diario montaba a pelo la mula nueva para ir hasta los campamentos de vanguardia y recoger las raciones, como si realmente le correspondieran, en las numerosas tiendas de campaña del economato. Nadie hacía preguntas, tal era el estado de ánimo que prevalecía conforme se perdía gradualmente el rigor militar. También contribuía el buen tiempo. La desertión era un hecho natural realizado abiertamente en el bando de los Confederados, cuyos muchachos no estaban muy lejos de sus casas. Se veía un goteo constante en las

carreteras. También algunos de la Unión, previendo una marcha gloriosa, triunfal, hasta la capital de la nación, habían decidido iniciar discretamente la caminata desde allí, pues ya había corrido la voz sobre qué cuerpos tendrían semejante honor y cuáles se quedarían para guarnecer lo que ahora llamaban el Departamento de Carolina del Norte. Todo esto casi parecía formar parte de las rutinas cotidianas de la instrucción y formación de filas, pues hasta los oficiales superiores bostezaban al cumplir con las obligaciones de rutina. En general, reinaba una lasitud que se propagaba desde la tropa, aunque todavía no había alcanzado a los generales ni a sus Estados Mayores, donde seguía la planificación como si la guerra fuera a continuar, y el tira y afloja entre la ingratitud de Washington y las desmedidas exigencias de los sectores leales a Sherman era una fuente de tensión no muy distinta de un auténtico combate.

Durante varios días, Stephen pudo llevar al carromato sacos de harina de maíz, arroz, café, guisantes secos, cajas de galletas, latas de sorgo y bloques de tocino, pero también desperdicios que encontraba por la carretera que, a su juicio, podían ser de utilidad: trozos de tiendas desechados, una pala, cubiertos, mantas y hasta un viejo fusil Springfield que encontró medio enterrado en una zanja.

Fue Pearl quien un atardecer vio a un oficial al que reconoció de cuando viajaba como tamborilero del general Sherman. Era aquel coronel tan alto, y cabalgaba junto a la caravana como si buscara algo. Así que ahora andaban con especial cuidado. Colgaron los trozos de tienda a los lados del carromato para tapar el cartel de Josiah Culp. Stephen se colocó hacia el final de la caravana, a la vista de los refugiados negros acampados allí. No era una comunidad tan grande como la que en su día había seguido a la marcha, pero lo bastante para que Calvin Harper se perdiera en ella.

Cada mañana, Pearl, con su uniforme de enfermera, se acercaba a Calvin y le lavaba y vendaba los ojos aplicándole el unguento recetado por el doctor Sartorius. Calvin permanecía escondido con un grupo de mujeres y niños que observaban cada uno de los gestos de Pearl. Los primeros días, las mujeres guardaron las distancias con la blanca, pero al final se quedaron impresionadas con su visita diaria y el cuidado con que trataba a Calvin Harper. Pearl llevaba también raciones para compartirlas con las mujeres y ellas se lo agradecían amablemente.

¿Y cómo estáis esta mañana?, preguntaba Pearl, y todo el mundo contestaba que bien. ¿Y a ti cómo te va, Calvin? Calvin, parpadeando a la luz sin el vendaje, respondía: Creo que un poco mejor gracias, señorita Pearl.

Lo único que no le gustaba a Pearl era que el pequeño David había preferido quedarse con Calvin. Los dos eran inseparables. Por razones que no analizó, Pearl se sentía desilusionada al ver que el niño se había encariñado de esa manera, aunque suponía que estaba bien que tuviera otros niños con quienes jugar. Bien, David, dijo una mañana, veo que tienes amigos nuevos. Sí, señorita, dijo David. No me digas sí, señorita, lo riñó Pearl, nada de sí señorita, David. Sólo sí. Dilo. Y cuando él lo dijo, un tanto confundido, ella añadió: Y a partir de ahora, cuando contestes a una pregunta, dirás eso. No sí señorita o no señorita, sino sí o no: dos palabras así de

claras, ¿me oyes? Sí señorita, contestó David, y todos se rieron, incluida Pearl. Se avergonzó por haberse dejado llevar de ese modo por su enojo.

Stephen hacía los preparativos tan pacientemente, tan a su manera, que Pearl pensó que nunca se pondrían en marcha. Pero él estaba reparando las varas que sostenían el tendal sobre la plataforma del carromato y tensando la lona a fin de que hubiera más espacio en el interior para los bultos y para ellos y de que pareciera un medio de transporte bien cuidado. Porque Calvin pensó que podían sacar fotos por el camino y de ese modo ganar un poco de dinero.

Pero si Calvin no ve para sacar fotos, dijo Pearl mientras miraba trabajar a Stephen.

Puede enseñarnos, si hace falta. Todo lo necesario está aquí. Las bandejas y las placas y los líquidos. La cámara está un poco mellada, pero por lo demás está bien.

Dice Calvin que fue nuestro coronel doctor quien la guardó en el carromato cuando lo atendió delante de la escalinata del palacio de justicia. En el fondo era bueno, ¿verdad? Aunque no hablaba mucho. Haz esto, coge lo otro. Pero nosotros sí. Y luego va y se marcha sin decir esta boca es mía. Coge y se va, así sin más.

Un cambio de destino, dijo Stephen.

Sí, un cambio de destino, pero ¿eso qué significa sino que se ha ido? Yo me sentía a salvo con él, ¿tú no?

Conmigo estás a salvo, dijo Stephen, y eso puso fin a la conversación. Pearl sabía lo mucho que él admiraba al médico. Pero a él no le gustaba hablar de eso.

Pearl se quedó un rato callada. Escuchaba los pájaros en el campo. Contemplaba los mirlos de alas rojas que volaban casi a ras de los surcos y se posaban en los arbustos.

Ese David, dijo. Ya no me quiere. Quiere a Calvin. Lo lleva de la mano a todas partes, no se separa de él. ¿Es que un niño no necesita una madre?

Stephen se bajó de la plataforma del carromato de un salto. Calvin es negro.

¡Yo soy negra!

Stephen movió la cabeza en un gesto de negación. No, Pearl, con esa piel blanca como un clavel no lo eres a ojos de ese niño.

Le acarició la cara y le enjugó las lágrimas. Nada sigue igual, dijo él. Ni David, ni Sartorius, ni el ejército en marcha, ni la tierra que pisa, ni los vivos, ni siquiera los muertos. Siempre es ahora, dijo Stephen con una triste sonrisa por el pobre Albion Simms.

Y luego, pocos días después, llegó el momento de partir.

Stephen volvió de Raleigh con la mula. El final de la guerra era ya oficial y los generales Grant y Sherman pasaban revista a las tropas. Pearl oía débilmente la música de la banda incluso a esa distancia. Estarán un tiempo ocupados con la paz, dijo Stephen. Se quitó la guerrera y la gorra y se puso una chaqueta de civil que

encontró en la pila de disfraces del señor Josiah Culp.

Se desviaron de la carretera, y Stephen dirigió la mula hacia el campamento de los negros donde recogieron a Calvin y al niño y se despidieron. Les llevaremos al menos un día de ventaja, dijo Stephen a Pearl. Vamos hacia el este, pasando otra vez por Goldsboro y rumbo a la costa. Ellos marcharán en línea recta hasta Richmond y Washington. No nos pondremos en su camino, y ellos tampoco en el nuestro.

Sherman, junto a Grant en una tribuna con la bandera estadounidense, sentía su presencia. Grant era más bajo que él, pero quizá de pie se le veía más robusto. Parecía haber visto algo entre los que desfilaban con el Cuerpo Decimoséptimo que lo obligaba a uno a mirar qué era. ¡Y eran los hombres de Sherman!

Tenía pensamientos ocultos, ese Grant, siempre daba esa impresión. Sentimientos íntimos de tal supuesta profundidad que un mortal cualquiera sólo podría aspirar a ellos. Sherman sentía un respeto por Grant rayano en la veneración, pero a la vez veía en él esa apariencia de aplomo suya, como si en el fondo de su alma no albergase la menor mala intención. No tenía malicia ni ningún interés personal en esta guerra, y eso era lo que resultaba tan inquietante.

Los hombres también parecían conocer su bondad, la constancia de su ánimo, y marchaban muy serios, e incluso quizá un poco menos orgullosos que de costumbre de su aspecto desastrado y sus uniformes polvorientos. Lo que emanaba de las filas era devoción.

Y las condiciones de la rendición tras la llegada de Grant con el objetivo de definir las eran de la mayor sencillez. Debía cesar todo acto de guerra entre los soldados bajo el mando de Johnston. Debían entregarse todas las armas a los oficiales de armamento y material del Ejército de Estados Unidos. Debían presentarse censos de los oficiales y los hombres, y cada uno debía comprometerse por escrito a no tomar las armas contra el Gobierno de Estados Unidos. Los oficiales podían conservar las armas de mano y los caballos particulares y el equipaje. Una vez cumplidas las obligaciones burocráticas, todos los oficiales y hombres estaban autorizados a volver a casa. Y Johnston y él lo habían firmado, y con ese texto se acabó la guerra de cuatro años.

El hecho de no haber basado mis negociaciones, tal vez demasiado amplias, en esos puntos claros y sencillos me ha puesto en un aprieto, me ha dejado a la merced de ese despreciable político de Stanton, que ha publicado insinuaciones de que mediante mi generosidad con los sureños tal vez pretendía derrocar al Gobierno estadounidense con mi ejército. Así me dan las gracias por servir toda mi vida a esta república. Y ahora todo lo sucedido en estos últimos cuatro años se reduce a este desfile, como sucederá en Washington. No hemos hecho más que marchar en un desfile de políticos.

Antes de ir allí, quiero encontrar un pinar fresco una vez más. Orden Especial de Campaña de Sherman para sí mismo: Deberá ir al bosque y montar su tienda, y

encender su fuego y prepararse la cena y dormir en el duro suelo bajo las estrellas y despertar al amanecer con los malditos pájaros a tiempo para oír el toque de diana. Entonces podrá ir a Washington y presenciar el desfile.

Aunque esta marcha ha acabado, y airosamente, ahora, y que Dios me perdone, siento nostalgia: no por la sangre y la muerte, sino porque ha dado sentido al suelo mismo que pisó, por cómo ha otorgado trascendencia moral a los campos, ciénagas, ríos y caminos, en tanto que ahora, conforme se disuelve la marcha, también se disuelve su sentido, a la vez que el ejército se disgrega en las intenciones aisladas de la difusa vida privada, y por tanto el terreno queda vacío y también difuso, e inefable, convertido una vez más en objeto, y queda, en la victoria, despojado de su razón de ser, y, ya sea iluminado por el día o a oscuras, ya sea estéril o fértil, ya sea violento o sereno, también queda completamente insensible y sin un objetivo propio.

Y por qué Grant está hoy tan solemne frente a nuestro gran logro si no es porque este planeta inhumano y sin sentido necesitará nuestra huella guerrera para concederle valor, y porque nuestra guerra civil, la fábrica devastadora de los huesos de nuestros hijos, no es más que una guerra posterior a otra guerra, una guerra anterior a otra guerra.

Por el camino, discutieron acerca de la mula del ejército, que todavía no tenía nombre. Calvin era reacio a llamarla *Bert*. Esta que se pasea tan elegantemente no tiene nada que ver con *Bert*, dijo Calvin. Hace lo que le pides. No tiene personalidad. En cambio, *Bert* era lista. Quería la buena vida de una mula, que no coincidía necesariamente con lo que tú querías. Pensaba por su cuenta, y si hacía lo que le pedías, sabías que era con su consentimiento o que te seguía la corriente por sus propias razones.

Bueno, si le damos a esta joven el nombre, dijo Stephen, tal vez le sirva de inspiración, tendrá algo a qué aspirar. *Bert Segundo*.

Espero que no lo haga antes de llegar a Baltimore, dijo Calvin.

Sin proponérselo, avanzaban deprisa. La carretera estaba seca y apisonada por los miles de pies del ejército. Al mediodía se desviaron y bajaron por la suave pendiente de un campo sin cultivar, y allí encontraron un arroyo cristalino y de corriente lenta, donde el agua se separaba en las rocas y peñascos y volvía a juntarse de una manera determinada, como si tuviera voluntad propia. Había una buena sombra bajo un roble, y Pearl extendió una manta para el almuerzo con galletas y tocino y agua de sus cantimploras.

Me alegro de volver a casa, dijo Calvin. Se levantó la venda de los ojos y dijo: ¿Sabéis? Ahora sí veo un poco: se parece mucho a una fotografía cuando empieza a aparecer en la bandeja de revelado. Te veo con mucho grano, señorita Pearl. Y te veo a ti, cabo Walsh. Y tú, David, dijo al niño acurrucado en su regazo, eres el más fácil de ver. Se echó a reír.

Pearl se quitó los zapatos y se tumbó en la hierba y se desperezó. Me siento más

libre que nunca, dijo.

Calvin dijo: Culp y Harper, Fotógrafos del Ejército de Estados Unidos, tiene aquí en este carromato una buena cantidad de fotos del ejército. El señor Josiah Culp y yo estuvimos en la carretera más de un año. Las fotos darán dinero, además de ser valiosas en sí mismas por su historia. Y estoy seguro de que tendré mucho trabajo haciendo retratos y *cartes de visites* de los soldados que, a la vuelta, querrán sacarse otra foto de uniforme antes de quitárselo. Espero ganarme bien la vida. Estáis todos invitados a trabajar conmigo, dijo al cabo de un momento. Daría para todos.

Pearl se había sentado. Stephen la miró y se aclaró la garganta, a punto de decir algo, pero Calvin no lo dejó. Me habéis salvado la vida, dijo. Vuestro doctor fue quien usó este carromato como ambulancia para llevarme a su dispensario. Salvó mi cámara y las fotos del señor Culp, y yo sólo le di mi nombre y le dije que había hecho lo posible por evitar el atentado. Y todos me habéis salvado la vida. Sé que os proponéis ir a Nueva York. Pero eso está muy lejos de Baltimore, y Baltimore está muy lejos de aquí, así que quizá queréis volver a planteároslo. O a lo mejor podéis quedaros un tiempo con nosotros, ganar bastante dinero para ir en tren a Nueva York y despreocuparos así del forraje.

¿Quién es nosotros?, preguntó Pearl.

Pues David y yo y Jessie. Jessie adorará al niño.

David se levantó y se acercó adonde pastaba la mula y le acarició el cuello. Pearl lo miró. Algo en el suelo captó la atención del niño y se agachó a mirarlo y luego, con una rama, lo pinchó.

¿Jessie es tu mujer?

Yo no soy de los que se casan. Jessie es mi hermana. Es soltera sin hijos. Pero cose edredones para vender, y da clases de catequesis en la parroquia. Los niños adoran a Jessie.

Calvin y el niño se echaron una siesta después de comer, y Pearl y Stephen pasearon río abajo y encontraron piedras en el cauce que les permitieron llegar hasta una gran roca en el centro, y allí se sentaron, Pearl con la falda subida hasta las rodillas y los pies en el agua.

La verdad, dijo a Stephen, es que después de llevar esa carta a los padres del teniente Clarke en el número 12 de Washington Square, saldré por la puerta, y hacia dónde iré, si a la izquierda o a la derecha, o por una calle u otra, en realidad dará igual, porque no sabré dónde estaré ni qué querré hacer con mi vida libre.

Vendrás conmigo, dijo Stephen.

¿Y si soy blanca hasta que tenga un bebé negro? Entonces, ¿qué harás?

Seré su padre, si soy su padre.

Ella lo miró, sorprendida, hasta que vio la sonrisa en su cara. Por supuesto que serás su padre, ¿a quién más aceptaría como esposo?, dijo Pearl. Estás diciendo tonterías, y esto es serio.

Tengo en el banco los trescientos dólares del reclutamiento, dijo Stephen. Lo he pensado. Quiero estudiar derecho.

¿Y yo qué haré?

Irás a una escuela pública y te pondrás al día rápida como una flecha con esa cabeza que tienes. Y después estudiarás medicina.

¿Eso es lo que has pensado para mí?

Te he visto en el dispensario. La atención médica se te da con naturalidad. No me digas que nunca lo habías pensado.

Lo he pensado hasta que me he acordado de que soy negra. Tienes muchos planes para tus trescientos dólares.

Si no aceptan a chicas en la Facultad de Medicina, serás la primera, porque presentaré el caso en los tribunales. Pearl lo miró y meneó la cabeza. De pronto le asomaron lágrimas. Stephen Walsh ya no pudo más. La rodeó con los brazos y la besó en los labios y las mejillas y los ojos. Pearl le devolvía los besos y lloraba al mismo tiempo. Se abrazaron.

Si quieres que nos llevemos a David, a mí no me importa, susurró Stephen. Le besó la oreja.

¿Allí arriba es diferente?

No.

Estás loco, Stephen. Eres un soldado de la guerra pero no sabes lo temible que es la vida.

Creo que sí, replicó, como buen irlandés que soy. Permanecieron inmóviles, mirando el agua. Pasaron pájaros volando a su lado, siguiendo el curso del río.

Si vivo como una blanca, ¿hasta qué punto soy libre? Más libre que de la otra manera.

Libre en todas partes menos en mi corazón. ¿Eso es más libre que mi madre Nancy Wilkins?

Tendrás que dejar que el mundo te alcance.

¿Y eso cuándo será?

Puede que tarde un tiempo.

Pearl se puso en pie y se sacudió la falda. No, dijo ella. David debería ir con Calvin y Jessie. Calvin no se ha molestado en preguntar, pero es lo mejor para el niño. Y nos carteamos en cuanto aprenda a leer y escribir.

Después, de vuelta en la carretera, las sombras empezaron a alargarse conforme avanzaba la tarde. El verdor de la tierra se atenuó, y la carretera, en suave pendiente, se adentró en un valle. Y luego apareció un pinar oscuro y espeso por donde había pasado parte de la guerra. Había una bota en la pinaza, y jirones de un uniforme desteñido. Detrás de un tronco caído, una pequeña pila de cartuchos. Todavía olía a pólvora entre los árboles, y se alegraron de volver a salir al sol.

Agradecimientos

El autor desea agradecer sinceramente a:

El doctor Daniel F. Roses, miembro del Colegio de Médicos de Estados Unidos, profesor de cirugía y oncología en la cátedra Jules Leonard Whitehill del Centro Médico de la Universidad de Nueva York.

Joseph T. Glatthaar, profesor honorífico de historia en la cátedra Alan Stephenson en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill.

El doctor Marc K. Siegel, profesor adjunto de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York.

Kate Medina, editora ejecutiva de Random House.



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 1931 - Nueva York, 2015). Escritor estadounidense de varias novelas aclamadas por los especialistas, en las cuales mezcla historia y crítica social.

Creció en Bronx, Nueva York, educado por sus padres, descendientes de judíos rusos. En la Preparatoria de Ciencias del Bronx se destacó en la creación artística, mientras leía libros de todo tipo; posteriormente continuó su educación en el Colegio Kenyon, donde estudió con John Crowe Ransom. Después de graduarse con honores en 1952, trabajó en la Universidad de Columbia, antes de ser enrolado en el ejército estadounidense y ser enviado a Alemania. Comenzó su carrera como lector en Columbia Pictures y posteriormente fue editor de la *New American Library* a principios de la década de 1960; durante la misma década fue también el editor principal de *Dial Press*, de 1964 a 1969.

Aunque había escrito varios libros con anterioridad a 1971, fue con la publicación de *El libro de Daniel* (*The book of Daniel*) cuando comenzó a ser reconocido y aclamado. Cuatro años después salió su siguiente libro, *Ragtime*, que ganó el National Book Critics Circle Award 1975, También recibió un premio de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras y la Modern Library la incluyó entre las 100 mejores novelas del siglo xx. Miloš Forman la llevó al cine en 1981.

Entre otros muchos premios y distinciones, ha recibido; el National Book Award 1986 por *La feria del mundo* (*World's fair*); el National Book Critics Circle Award 1989 por *Billy Bathgate* y el National Book Critics Circle Award 2005 por *La gran*

marcha (The march).

Desde 2006, Doctorow ocupaba la plaza Glucksman Chair de Letras Estadounidenses en la Universidad de Nueva York. Su archivo personal está bajo la custodia de la Biblioteca Fales de la misma universidad.